SOMBRAS EN EL AGUA

Ele Serfstone



Ele Serfstone

Título: Sombras en el Agua

Autor: Ele Serfstone

ISBN: 9798737476465

“[…]

Amaneció sin porvenir,

el sueño, la palabra.

Siempre estarás para vivir,

en la sombra del agua.

[…]”

EN LA SOMBRA DEL AGUA
Alejandro Filio

CONTENIDO



PRIMERA PARTE:

VIERNES

Viernes 23 de noviembre del 2012.

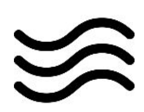
Área metropolitana de la ciudad de Monterrey.

Nuevo León, México.

CHARLIE DESPIERTA empapado en sudor frío. No recuerda el sueño que tuvo, pero debió ser horrible a juzgar por lo rápido que late su corazón. No quiere seguir durmiendo, no quiere volver a ese sueño. Aparta la sábana y se levanta. Hace su cama para eliminar cualquier tentación de volver a dormir. Se estira y bosteza ruidosamente para oxigenar el cerebro.

Se queda un rato de pie, sin saber qué hacer. Afuera aun no sale el sol por completo. Luego de pensarlo un rato toma su mochila y la lleva al escritorio. Es mejor si acaba la tarea temprano, así tiene el resto de la mañana libre.

1 EN EL PASADO.



LA LLUVIA caía a raudales. Mejor dicho, diluviaba. Era como si el cielo se hubiera partido en dos. En algún momento de la madrugada dios abrió el grifo y dejó el agua correr. La ciudad se encontraba en medio de un gran valle que además estaba rodeado por una serie de cadenas montañosas. Era, para fines prácticos, como un enorme cuenco. El agua inevitablemente se acumuló; escurrió de las montañas en busca de tierras bajas, y cuando estas tierras se llenaron no le quedó más remedio que desbordarse por las salidas más próximas. Así quedó patente al ver la corriente que recorría con violencia al rio seco, que arrastraba vehículos, anuncios panorámicos, árboles, casas, desafortunadas mascotas y los

cadáveres de aquellos que terminaron ahogados por la inundación.

Cerca del río se encontraba la camioneta del señor y la señora Hugler. La corriente los arrastró varios metros hasta dejarlos atorados en un poste de luz caído a mitad de la calle. El agua seguía meciéndolos sin descanso, pero sea por suerte o por intervención divina, la camioneta quedó tan enganchada al poste que el agua no pudo llevarlos más allá.

El señor Hugler miró a su mujer e intentó sonreír. Su sonrisa no era tranquilizadora, aun así, fue suficiente para calmar los nervios de la señora Hugler. Ella permanecía en su asiento, respirando con dificultad y gimiendo a causa de las contracciones. Eran cada vez más frecuentes.

La señora Hugler intentó decir algo, pero sus palabras quedaron opacadas por el rugido de la

tormenta. El señor Hugler no atinó a hacer otra cosa que tomar la mano de su esposa y apretarla con fuerza, como si por medio de ese apretón pudiera transmitirle algo de seguridad. Ambos se miraron. Intercambiaron pensamientos por medio de sus ojos, por medio de sus gestos. Alcanzaban ese punto en la relación en la que bastaba una mirada para tener discusiones complejas. Así llegaron a un común acuerdo, después de todo no había otra cosa que se pudiera hacer.

Charlie nació ese día, empapado por el agua de lluvia que había conseguido colarse al interior de la camioneta. Fue sorprendido por el frio, suficiente para hacerlo llorar sin necesidad de una nalgada. Fue limpiado por el agua de lluvia. Fue separado de su madre por un cuchillo para mantequilla que se había quedado

por ahí durante el último día de campo familiar. Fue cubierto por la camiseta de su papá, quien no tuvo reparos en quedarse desnudo de cintura para arriba. Y fue calentado por los cuerpos de su madre y de su padre quienes no dudaron en apresarlo en un abrazo.

Ninguno de los tres recuerda con exactitud cuánto tiempo estuvieron ahí, presos por la tormenta. Una vecina que observó la escena desde la ventana de su casa declaró que el tiempo transcurrido fue de poco más de cuatro horas.

Tan pronto la lluvia menguó el agua que lo inundaba todo no tardó en escurrirse. Dejó al descubierto calles destrozadas, casas derruidas, árboles arrancados de raíz, cuerpos humanos sin vida. Fue tan grande la tragedia que el peculiar nacimiento de Charlie no tuvo más impacto que

una ligera mención en un periódico local de poca circulación. El señor Hugler se dio a la tarea de buscar la nota para recortarla y traerla en su cartera.

El bebé Charlie fue registrado con el mismo nombre de su papá, Charles Hugler, y no con el nombre que su mamá eligiera desde meses antes. Era la costumbre. Tantas veces había ocurrido que una mujer daba a luz en un taxi, y la madre en agradecimiento al conductor o conductora que se diera a la tarea de recibir a su bebé lo llamaba con el mismo nombre del taxista. Así pues, para su mamá lo más natural fue llamarlo Charles, el nombre del hombre que recibió a su bebé, y no hubo fuerza en la Tierra que la hiciera cambiar de opinión.

Los meses pasaron. La ciudad fue reconstruida, los muertos fueron enterrados y

superados, el bebé Charlie creció.

Era, a ojos de su mamá, la criaturita más hermosa que jamás hubiera visto. No lo decía en voz alta, claro, pero incluso lo consideraba más hermoso que sus otros dos hijos. El bebé Charlie, sin embargo, no demandaba toda la atención que su ternura ameritaba, razón por la que sus hermanos no tuvieron motivos para sentirse celosos. Resultó ser, más bien, un niño tranquilo. Apenas lloraba, como no fuera un llanto silencioso y lleno de sentimiento del que no te enterabas hasta que lo veías directamente al rostro. Si recibía su alimento a tiempo, si era cambiado de sus pañales cuando se requería, si era acostado para tomar sus siestas, no tenía razón para llorar o hacer berrinche. No se molestaba con los cambios de temperatura, así hiciera frio o hiciera calor. Tampoco le

resultaban desagradables los baños, hasta podría decirse que los disfrutaba.

Tal situación tenía preocupada a la señora Hugler. Jamás había escuchado, visto o leído de ningún niño con esas características. Ella misma había criado ya a un varoncito y a una nena, y esos dos sí que resultaron un verdadero dolor de cabeza.

La preocupación llevó a Charlie a visitar al doctor. Este era un pediatra que se había montado un consultorio particular, donde trabajaba con su hijo y su nuera, ambos pediatras también, así como con un equipo de enfermeras. Era tanta la fama del doctor y tan buenas sus referencias, que la señora Hugler confiaba ciegamente en él. Cada que solicitaba una cita, pedía específicamente al doctor, por ser el mayor y por lo tanto por ser de más

experiencia.

El doctor vio a Charlie, lo alzó en brazos y lo puso sobre la mesa de auscultación.

—Qué mono. A mí me parece que es un chiquitín bastante sano; y muy despierto.

La señora Hugler no tardó en exponer su inconformidad. Ya la delataba el tic nervioso que le obligaba a ajustar unos lentes inexistentes al puente de su nariz, lentes que no usaba desde el sexto año de primaria.

—Es muy silencioso, doctor. Me preocupa que tenga algo malo.

—¿Algo como qué?

—Algo.

El doctor auscultó al niño de forma superficial, más para la comodidad de la madre que por verdadera necesidad. Le aplicó una serie de pruebas que más bien parecían juegos,

con los que le comprobó a la señora que el bebé Charlie escuchaba, sentía, oía y pensaba como cualquier otro niño.

Ese día la señora regresó a casa con sentimientos encontrados. Por una parte, estaba más tranquila de que el doctor le asegurara que el bebé Charlie era normal. Pero, por otra parte, no terminaba de estar segura de sí era bueno que no fuera todo lo normal que un bebé debería ser. Como sea, decidió confiar en el doctor y dejar el asunto correr.

Los meses siguieron pasando y el bebé Charlie aprendió a gatear. Le gustaba curiosear por toda la casa. Entraba a todas las habitaciones y se le quedaba viendo a todos los objetos que encontraba interesantes. Jamás abrió un cajón, ni tomó entre sus manos ninguno de esos objetos. Sólo se limitaba a ver

todo aquello que sus ojos eran capaces de ver. Primero a gatas, después de pie.

El señor Hugler solía decir que Charlie era un explorador. Llegó a imaginarlo como a esos investigadores de animales capaces de soportar semanas contemplando a un bicho raro para documentar la vida del animal.

Con el tiempo Charlie y el señor Hugler llegaron a desarrollar una especie de juego. Cuando el señor Hugler se descuidaba de pronto descubría a un Charlie de dos años observándolo con mesura, como estudiándolo, siempre desde un rincón apartado, siempre silencioso. Y cuando Charlie se descuidaba de pronto descubría a un señor Hugler contemplándolo desde una ventana, o desde otra habitación, o desde detrás de su periódico. En esos momentos ambos tenían la misma

reacción; un incómodo choque de miradas y luego un pretender que se hacía otra cosa.

Con tres años cumplidos Charlie volvió a visitar al pediatra. La señora Hugler estaba preocupadísima porque el nene no decía ninguna palabra.

—No dice nada de nada.

La señora Hugler relató al doctor las largas sesiones en las que sentaba al pequeño Charlie en su sillita y le pedía a suplicas que dijera mamá, o papá, o cualquier cosa.

El doctor se limitó a tranquilizarla diciendo que eso no significaba nada. De hecho, advertía la atención con la que el pequeño Charlie los observaba conversar, y se afeitaría su mostacho de cuarenta años si ese diablillo no estaba entendiendo todo lo que se decía.

—Ya verá —dijo el doctor.

Se puso frente al niño, que estaba sentado sobre la mesa de auscultación, y se inclinó un poco para quedar a su altura.

—¿Es verdad que no has dicho ninguna palabra?

El pequeño Charlie observaba al doctor con los ojos muy abiertos, ese doctor que le resultaba tan familiar de tanto que lo visitaba. Empezó con una ligera inclinación, hasta que terminó asintiendo con la cabeza, un asentimiento en toda regla.

—¿Por qué? ¿No te gusta hablar?

Charlie se lo pensó un momento, después levantó los hombros y los dejó caer en un claro gesto de duda.

—¿Sabes que si nunca lo intentas no sabrás si te gusta o no?

Charlie volvió a tomarse su tiempo para

pensarlo, luego asintió.

—Deberías hablar un poco, para que tu mami esté más tranquila.

Charlie volteó a donde su mamá. La señora Hugler le devolvió la mirada. Estaba sorprendida, muy atenta a las reacciones de su bebé.

—Está bien. No quiero que mami esté triste.

La señora Hugler se alegró tanto de oír la voz de su pequeño por primera vez que de inmediato lo abrazó y lo llenó de besos.

—¿Lo ve señora? Tiene a un niño muy inteligente, aunque a usted no se lo parezca. A la otra que no haga algo, pruebe a preguntarle directamente, puede que se sorprenda. ¿Verdad amiguito?

A partir de ese día Charlie habló; y para sorpresa de muchos su repertorio de palabras

era bastante extenso, al menos todo lo extenso que puede llegar a ser el vocabulario de un niño de su edad.

Charlie tenía dos hermanos. Un varón, el más grande; y una damita, la de en medio. No fue sino hasta que aprendió a andar, por ahí de los dos años, cuando resultó interesante para su hermano mayor. Entonces Fernando rondaba los siete años. Le gustaba jugar con sus bloques de construcción. Hacía enormes estructuras que acomodaba en gigantescas mini ciudades. El bebé Charlie de dos años observaba todo con curiosidad, sin atreverse a tocar nada. Fernando le hablaba y le contaba sobre sus ciudades; sobre los conflictos de gobernar un pueblo, sobre cómo era importante construir escuelas, hospitales, casas, incluso iglesias. Le contaba sobre las vidas hipotéticas de los hipotéticos

habitantes de las ciudades. Charlie escuchaba y observaba con atención. Eso encantaba a Fernando. Al fin alguien escuchaba todo lo que tenía que decir.

Aunque Fernando no lo dijo, desde ese momento sintió un gran aprecio por Charlie. En cuanto a Charlie, entonces no entendía del todo el concepto de los hermanos mayores; para él lo más importante eran su mamá y su papá. Pero aprendió mucho de Fernando, empezando por todas esas palabras que su hermano decía y explicaba con tanta dedicación. Con el tiempo Charlie llegó a ver a Fernando como una figura de respeto, alguien a quien quería y a quien imitaba. Así, cuando dijeron a Fernando que tenía que compartir habitación con su hermanito menor, a él no le incomodó, al contrario, le fascinó la idea.

Con Clara las cosas eran diferentes. Ella era tres años mayor que Charlie. Nunca se llevó muy bien con Fernando, por eso nunca se juntaban, exceptuando las ocasiones en que se sentaban a la mesa a comer. No sé fijó en Charlie sino hasta que comenzó a hablar. El día en que Charlie y la señora Hugler regresaron de ver al pediatra, y que a la hora de la cena la señora anunció que su hijo hablaba perfectamente, la más sorprendida de todos fue Clara. Para entonces la niña ya contaba con seis años edad. Cursaba el primer grado de la educación primaria y aprendía a leer.

Esa misma noche llevó a Charlie a la sala de su casa y le leyó un cuento de su libro. El cuento que leerían en clase al día siguiente. Clara no era muy buena lectora. Se trababa con las palabras todo el rato, aun así, Charlie se las

arregló para entender el cuento e imaginarse todo lo que escuchaba. Aquel primer cuento lo dejó encantado.

Cuando el señor Hugler vio lo feliz que estaba y cuánto sonreía y reía lo dijo de inmediato a la señora Hugler.

—Mira —susurró al oído de la señora.

Al verlos tan felices la señora Hugler se emocionó y cedió a las lágrimas. Rápidamente se hizo de la cámara y les tomó una foto a sus bebés.

Clara no perdió oportunidad de hacer preguntas a Charlie sobre el cuento. Charlie no dejó de responder lo mejor que pudo. Le resultaban muy curiosos esos changuitos que querían usar calcetines, sombreros, zapatos, camisas y hasta calzoncillos. Clara le explicó que el cuento de hecho era una canción e

inventó una melodía para acompañar los versos. Charlie al instante empezó a saltar y a aplaudir al ritmo de la canción de Clara.

Cuando la canción terminó Clara también rio divertida.

Fue eso último, la risa de Clara, lo que terminó de fascinar a Charlie. Abrazó a su hermanita y le dijo con una claridad brillante y transparente: —Te quiero.

Clara se sorprendió. Al principio no supo cómo reaccionar. Pero cuando asimiló las palabras de su hermanito correspondió al abrazo. Volteó a ver el rostro de Charlie y descubrió una mirada llena de la más conmovedora de las sinceridades.

Ella respondió: —Yo también te quiero —y lo dijo en serio, a partir de ese momento quiso mucho a Charlie, con todo su corazón.

Cuando Charlie no estaba con Fernando escuchando todo lo que tenía para enseñarle, o cuando no estaba jugando al *pilla-pilla* con su papá, o cuando no estaba por enésima vez explorando cada rincón de la casa, pasaba el rato con Clara cantando canciones; o más bien, escuchando a Clara cantar. No había cosa que le gustara más; sólo quizás el recibir los mimos de su mamá. Clara hasta intentó enseñarle a cantar, pero la voz de Charlie era chillona y desafinada. Así que pronto desistieron del experimento.

Clara también hablaba a Charlie sobre la amistad y sobre el amor, sobre ser bueno y ayudar a las personas. Todo ese asunto de los buenos sentimientos hacia los demás era nuevo para Charlie. Hasta entonces sólo se había preocupado por sí mismo. Las charlas de Clara le hacían recordar las palabras del doctor,

cuando le dijo que preocupaba a su mami por no hablar. Recordaba lo triste que se sintió al darse cuenta de que por su culpa su mami se sentía triste. Así es como entendió la importancia de las cosas que le enseñaba Clara, aunque aún no tenía del todo claro que era eso del poder de la amistad, ni entendía que tenía que ver el poder de la amistad con las figuritas de caballos con alas o con un cuerno que tenía su hermana en su habitación.

A veces Clara lo invitaba a jugar con esos caballitos llamados ponis. A Charlie no le gustaba ese juego. Le parecía aburrido. Casi siempre los ponis se la pasaban organizando fiestas y desenredando complicadas intrigas y mal entendidos entre amigas. Aceptaba jugar sólo un ratito y enseguida se marchaba a donde Fernando para ver la nueva ciudad.

Con Fernando las cosas eran diferentes. Siempre lo decía, ser presidente no es una tarea sencilla. A veces Fernando pedía a Charlie que le ayudara a buscar piezas específicas. Eso le gustaba a Charlie.

—Busca cuadritos como este, son cuatro puntitos alargados, ¿lo ves? Uno, dos, tres y cuatro. Tienen que ser de color azul. ¿Lo ves? Este es rojo, este es amarillo, este es verde, este es azul. Tiene que ser como este, azul.

Entonces Charlie se sumergía entre los innumerables bloques de Fernando y encontraba todas las piezas iguales. Las entregaba y Fernando lo felicitaba.

—Hiciste un buen trabajo, ciudadano. Tal vez te de una medalla al mérito. Y si sigues esforzándote, también las llaves de la ciudad.

A Charlie le hacía ilusión recibir esa medalla

o esas llaves. Aunque por más que se esforzó buscando piezas nunca las recibió. De todas formas, buscar era divertido, sobre todo porque mientras buscaba Fernando no dejaba de hablarle y decirle lo trabajador que era y lo valioso que era para la construcción de la ciudad. Una vez que toda la construcción quedaba lista se sentía satisfecho. Sabía que a su manera él también había contribuido.

—Si sigues así pronto serás un gran constructor como yo. La maestra dice que soy muy creativo; y que la creatividad está en los genes; y como eres mi hermanito tú también la tienes.

Charlie abrazó a su hermano una sola vez. En esa ocasión construyeron una enorme ciudad. A diferencia de otras veces, Fernando no estuvo tan platicador. Charlie recordó la ocasión

en que el poni rosa estaba triste y no quería hablar con nadie. Los otros ponis le hicieron una fiesta sorpresa y le dieron un fuerte abrazo. Por eso Charlie abrazó a Fernando. Le dijo que lo quería. Fernando lo alejó de si y retrocedió dos pasos. Charlie lloró pues creyó que su hermano no lo quería. De hecho, hasta entonces jamás se lo había dicho realmente.

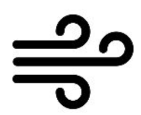
—No llores. Yo también te quiero. Pero no me gustan los abrazos. ¿Me perdonas?

Charlie asintió, y luego de un ratito se serenó.

Fernando se acercó a él y le dio un rápido abrazo, tan rápido que Charlie no pudo corresponderlo.

—Si te quiero, ¿ves? Ya no llores por favor. Mejor vamos a levantar todo.

2 EN EL PRESENTE.



LA HABITACIÓN de Charlie es amplia, forma parte de un agregado que se hizo a la construcción original. Su cama está en una esquina, en contra esquina está una segunda cama. Junto a la ventana está el escritorio, frente al escritorio una silla, y en la silla está Charlie. La luz de la ventana ilumina la libreta. Charlie se reclina sobre la libreta y lee. Está ocupado en resolver un problema razonado. Según dice un comerciante compra una tonelada de naranjas por mil ochocientos pesos. Después, el mismo comerciante vende las naranjas por kilos, al módico precio de veintisiete pesos. ¿Cuál es la ganancia?

El tío abuelo de Charlie vende naranjas, tiene decenas de hectáreas con sembradíos. Él

no las cultiva, desde luego; son los empleados los que las cultivan, el tío solo es dueño de las tierras. Cada que es temporada la casa de Charlie se llena de naranjas, tantas que algunas terminan secándose. El problema razonado tiene pegas, y eso es que no contempla las pérdidas. Porque siempre hay pérdidas, en el transporte, en el almacenaje, en la venta. De esa tonelada de naranjas, ¿Cuántas se magullarán y quedarán inservibles para la venta? ¿Cuántas se secarán y se pudrirán antes de que se terminen de vender todas?

El señor Hugler entra a la habitación. Camina a pasos cortos a donde Charlie y carraspea para llamar su atención. Charlie no reacciona, está ocupado escribiendo en su libreta sobre las posibles mermas en la venta de naranja.

—Hijo.

El señor Hugler hace una pausa, como eligiendo las palabras que dirá a continuación.

—Mi tío Carlo, es decir, tu tío abuelo, murió.

Charlie deja el cuaderno, el libro y el lápiz, y voltea a donde su papá. El señor Hugler no muestra ninguna emoción reconocible. Es decir, no parece estar triste, pero tampoco parece estar feliz, mucho menos enojado. Sólo puede significar una cosa, el señor Hugler está embotado.

—Tal vez no lo recuerdas. La última vez que lo vimos eras muy pequeño. Y estos últimos años han sido muy difíciles para todos.

Hace otra pausa, como recordando algo particularmente desagradable. Se advierte por la repentina y fugaz expresión en sus ojos antes de volver a esa cara inexpresiva.

—Como sea, tenemos que ir a presentar nuestros respetos.

Charlie no responde. Es consciente de que el señor Hugler espera una reacción de su parte, pero no se siente de humor para darle esa satisfacción. Adopta el mismo semblante inexpresivo de su papá, casi como una afrenta.

—Nos vamos en una hora.

Charlie sí que recuerda al tío. Recuerda las ridículas postales en su cumpleaños y en navidad. Recuerda los billetes que acompañaban esas postales, mismos que siguen almacenados, acumulando polvo en el fondo de su baúl. Recuerda la frívola charla sobre las pérdidas en la venta de naranja, y el asqueroso aroma de la bebida alcohólica que el tío abuelo tomaba mientras exponía sus argumentos a un grupo de hombres tan viejos como él.

El señor Hugler da media vuelta y sale de la habitación. Charlie lo ve marcharse. Espera cerca de medio minuto antes de reaccionar. Finalmente se pone de pie, se despereza estirando los brazos y la espalda, y sale también. Cierra la puerta a su paso, o mejor dicho la empareja. El picaporte no funciona, tiene años así, basta un empujoncito para abrirla de nuevo. La puerta da a un pasillo que conecta la habitación de Charlie con la habitación de Clara, todo es un agregado a la construcción original. El pasillo a su vez conecta con la estancia.

La casa es silenciosa. Aparte del engranaje del reloj en la sala, el único sonido, si se le puede decir así, es el que hace la señora Hugler al pasar la plancha sobre la tela. Rocía agua con el atomizador, luego desliza la plancha. Vuelve

a rociar agua, vuelve a deslizar la plancha. Los movimientos son mecánicos, automáticos, monótonos.

—¿Estás llorando, mami?

La señora Hugler tarda en reaccionar, como si las palabras mismas tardaran en llegar a su cabeza. De alguna forma se abren un hueco entre la maraña de sus pensamientos y se instalan.

—No corazón.

Sorbe los mocos.

—Es esta alergia que no me deja.

La alergia es tan pesada que termina venciéndola. La señora Hugler hace la plancha a un lado y se encierra en el baño.

Charlie levanta la plancha antes de que queme la tela de la tabla para planchar. Luego se acerca a la puerta del baño. Escucha sollozos

y el agua del grifo correr.

—Yo termino, mami.

—No te vayas a quemar, corazón. En seguida salgo.

Su voz se escucha forzada, como si apretara los dientes.

Charlie toma la plancha y termina de alisar la manga de su camisa. Es lo único que falta para completar el conjunto. Allí mismo se deshace de la camiseta. Levanta el brazo derecho para olisquear un poco, pero no encuentra nada particularmente desagradable, quizá un cierto tufillo dulzón. No es nada que no pueda tolerarse. Se pone la camisa recién planchada, tomándose su tiempo para abrochar cada botón. Después se quita los pantaloncillos. Los olfatea superficialmente, en especial de la entrepierna. No huelen todo lo mal que podrían

oler; según cree lo mismo debe aplicar para los calzoncillos, así que esos los deja bien puestos en su lugar. A su juicio no es necesario cambiarse de ropa interior, como no es necesario darse un baño aún. Se pone los pantalones negros, los que su mamá dejó tendidos en el sillón. Hace equilibrios para ponerse los calcetines, uno negro, otro de un café tan oscuro que podría ser negro. Se ajusta la corbata. Alguien, seguramente el señor Hugler, hizo el nudo de antemano. Y ya por último se pone el saco, negro también.

—Ropa de funeral —masculla entre dientes.

La señora Hugler sale del baño. Tiene los ojos hinchados y la cara roja de tanto tallarla.

—Ya estás listo. Yo… voy a alistarme también.

Charlie se hace a un lado para dejar pasar a

la señora Hugler. Ella se marcha, no sin antes levantar la camiseta y los pantaloncillos que Charlie dejó tirados en el suelo. Charlie la ve avanzar a pasos cortos. La señora anda como si arrastrara los pies. Si apenas va a alistarse entonces falta mucho para que salgan. Charlie lo sabe. Al menos media hora de llanto en el agua de la regadera, otra media hora para vestirse y maquillarse, más todo el tiempo que se pierda entre cosa y cosa.

Sin más que hacer se pone a andar de allá para acá. Camina sin descanso, pero sin prisa, viendo todo a su alrededor. Va por su habitación, por la habitación de Clara, por la sala, por la Cocina, por el estudio de su papá, por el patio de atrás. Camina y camina, hasta que oye al señor Hugler.

—¿Estás listo, hijo?

Charlie se para en seco. Asiente como toda respuesta. El movimiento lo marea. No físicamente, sino emocionalmente. De pronto siente que algo no está bien, es una corazonada. Se siente un extraño dentro de su propia casa.

La señora Hugler lo toma de la mano y lo conduce al auto.

—Vamos, cariño.

Charlie sube con los ojos cerrados. No los abre hasta que está convencido de que su casa se ha quedado atrás. Quiere conservar intacto el recuerdo de ella.

La señora Hugler sigue sorbiendo los mocos, afectada por esa peculiar alergia.

—¿Qué pasa, Charles?

El señor Hugler escucha distraído.

—No estoy seguro. Está mañana me llamó el licenciado Carvajal para darme la noticia.

—¿Y Santi? ¿Ya lo contactaste?

—No responde a mis llamadas. El licenciado dice que ya fue notificado.

—Pero a ti no te responde.

—No.

Charlie recuerda al tío abuelo. Pero no a ese tal Santi, el primo de su papá. Nunca, jamás, lo ha visto, como no sea en fotos. Pero aun eso no cuenta, porque esas fotos son de cuando su papá era un niño, y el tal Santi era un niño también. Las imágenes pasan por la mente de Charlie, difusas, como vistas a través de una neblina muy densa. Lo que recuerda con viveza es la casa, el lugar donde se tomaron la mayoría de ellas, lo único que en verdad llegó a interesarle de esas viejas fotografías.

El señor Hugler ve a Charlie por el espejo retrovisor.

—Te veo pensativo hijo, ¿estás bien?

Charlie no sabe que responder, recurre a lo más fácil.

—No terminé mi tarea. Y no empaqué nada.

El señor Hugler se queda en silencio. No así la señora Hugler.

—Haces tu tarea después, corazón. No pasa nada si no llevas la tarea por una vez en tu vida.

—Sí, mami.

El cielo se nubla, poco a poco, hasta pintarlo todo de gris. Los colores son irreales, como rodados en una película antigua de bajo presupuesto. Charlie extiende las manos y las ve por ambos lados. Mueve los dedos, se pellizca las mejillas. Confirma que está despierto, aunque su cerebro le diga otra cosa, aunque sienta que lo que lo rodea no es real.

La señora Hugler se inclina un poco al frente

al ver la enorme casa.

—¿Seguro que es aquí, amor?

—Es la dirección que me dio el licenciado Carvajal. Dijo que necesitábamos hablar antes de empezar con los preparativos del entierro.

—Santi es el que debería encargarse de esto. Después de todo era su padre.

—Mi tío Carlo fue un padre para mí también.

—Lo sé amor, lo siento. Es que no me siento a gusto. Odio los funerales.

—No conozco a nadie que los ame —dice Charlie al bajar del coche.

El señor Hugler escucha y sonríe.

—Dile eso al vendedor de servicios funerarios.

Charlie voltea a ver a su papá, le sostiene la mirada. El señor Hugler hace lo propio.

Finalmente, Charlie cede, cierra la puerta del auto y se encamina un par de pasos en dirección a la casa. El señor y la señora Hugler se quedan meditando por unos segundos, luego bajan del auto también.

El camino de baldosas lleva directo a la entrada principal. Una mujer bajita y rellenita los espera en la puerta. Los tres avanzan muy juntos. Se sienten intimidados.

—Usted debe ser el señor Hugler. El licenciado Carvajal los espera. Síganme, por favor. Es por aquí.

Charlie imagina que recorrerán largos pasillos por la extensa construcción, de hecho, lo espera con ansias, pero en lugar de eso se limitan a dar unos cuantos pasos, del vestíbulo directo al despacho del abogado.

—Adelante —dice Carvajal al verlos—.

Tomen asiento.

La primera en entrar es la señora Hugler, su rostro de circunstancia delata que el asunto es todo nuevo para ella. Enseguida entra Charlie, que es empujado por el señor Hugler. El enorme despacho, con todos esos libros de leyes apilados en altísimos libreros en la pared, desde el suelo hasta el tejado, las pinturas, los gruesos muebles de madera, los gigantescos ventanales a los jardines; todo el conjunto consigue distraerlo de la decepción de no poder conocer cada rincón de la casa. Naturalmente el señor Hugler entra al final. Otra vez adopta ese semblante inexpresivo, típico de su embotamiento. Estando todos dentro la mujer cierra la puerta desde afuera.

Ni Charlie ni la señora Hugler se mueven, hasta que el señor Hugler se instala en uno de

los sillones. Sólo entonces reaccionan y lo imitan.

El abogado acomoda unos papeles en su escritorio.

—¿No pudo venir la niña?

El señor Hugler levanta la mirada, nervioso.

—Está en casa de un familiar, en ciudad de México.

—Entiendo. Todo fue tan repentino. Sin embargo, me temo que su presencia es imperativa en esta reunión, así lo demanda el testamento.

—¿Testamento? —murmura la señora Hugler, en realidad piensa en voz alta.

—Tendrá usted que llamarle y decirle que busque una habitación apartada y privada para enlazarla. Sólo ella debe escuchar la conversación.

El señor Hugler llama al colegio de Clara. Pide hablar con ella de forma urgente. Recalca la importancia de que la llamada sea privada. El director accede. Cinco minutos más tarde Clara está a solas en la dirección del colegio, con la bocina en la oreja. Se ve diminuta en la enorme silla del director.

Carvajal carraspea para aclarar la garganta.

—Bien, estamos aquí. ¿Me confirman que todos escuchan?

—Sí —dice Clara del otro lado de la línea.

—Como albacea de la herencia, y por petición del señor Villarroel, los he reunido aquí para hacer lectura de su testamento. Es mi deber informar que lo que tengo en mis manos es una carta redactada por puño y letra del señor Villarroel. El testamento oficial, firmado y sellado ante notario público, según las

disposiciones de ley, podrá ser consultado después de la lectura de la carta. Como fue su voluntad, la carta debe ser leído horas antes de su cremación a las personas aquí presentes. Cabe destacar que el fallecimiento del señor Villarroel tuvo lugar cinco días atrás en Holanda Septentrional. Hizo uso de su legítimo derecho, como ciudadano de Los Países Bajos, a tener una muerte digna, practicando la eutanasia. Como fue su voluntad, no es sino hasta este día que su familia es informada de su decisión.

El señor Hugler se contrista al escuchar tales afirmaciones, lo mismo que la señora Hugler, pero es esta última la que cede a las lágrimas. Eso le sienta bien al señor Hugler, el encargarse de su esposa le permite hacer de lado sus propios sentimientos. Charlie no entiende del todo bien a que se refiere eso de la eutanasia, ni

estaba enterado de que su tío abuelo era ciudadano de esos países que menciona el abogado.

—A continuación, hago lectura de la carta:

»Familia, ruego no sufran por mí. Viví una vida plena, más extensa de lo que habría esperado. Me marcho satisfecho y feliz de sentirme amado. No tengo nada de verdadero valor que ofrecerles, salvo un puñado de bienes materiales y un montón de dinero, el objeto más común del mundo. No me mal entiendan, no insinúo que el dinero no sea valioso o práctico, pero luego de vivir tanto, aprendes que hay cosas de mucho más valor. Espero no crean que decir estas cosas sea una excentricidad o una frivolidad de mi parte. Cuando se tiene el dinero que tengo la gente deja de tomarte en serio. Por favor, crean que lo que digo viene del corazón.

Y por favor, acepten estos obsequios de mi parte. Sólo eso me hace falta para sentirme plenamente feliz.

»Norma. Mi querida hija. En el momento en el que te casaste con mi hijo y lo hiciste feliz, en ese momento me hiciste muy feliz a mí también. Conozco tu gran corazón, y tu fortaleza. Me consta que ha sido difícil, y has de saber cuánto me ha dolido cada lágrima que te vi derramar. No tengo nada para ofrecerte, que pueda, aunque sea, apaciguar ese dolor en tu interior. Te dejo estas cosas, sabiendo que no es suficiente, que nada será suficiente. Diamantes tan numerosos como las lágrimas perdidas. Un total de dos millones novecientos cincuenta mil dólares en joyas.

»A ti, Clarita. Mi pequeña Clara Bell. No imaginas lo orgulloso que me haces sentir. Oírte

tocar es oír a los mismos ángeles. ¿Qué puedo darte que no pueda darte tu extraordinario talento? Nada que se le compare. Pero me he esforzado. Por ello en vida pedí la construcción del auditorio que lleva tu nombre. Este auditorio es tuyo, al igual que las ganancias que produzca. Podrás reclamar tu herencia cuando seas mayor de edad. Mientras tanto tu dinero estará protegido en fondos de inversión. Un total de cuatrocientos millones de dólares y sumando.

»A ti, Charlie. Mi pequeño Carlitos. ¿Qué te puedo dejar a ti, colega? ¿Realmente quieres algo? Me da la impresión de que te encuentras a varios niveles por encima de nosotros. Pero te diré, desde la primera vez que te vi supe que tú y yo éramos muy parecidos. Puedo imaginarte con tu cara toda seria mientras escuchas estas

palabras. Sé que eres muy curioso y un amante del arte y de la arquitectura. A ti te confío mi bien más preciado. Mi casa es tuya. Cuídala y consérvala con el mismo interés y cariño con la que yo la conservé. Es una casa con mucha historia y cuyo valor es mucho mayor que cualquier suma de dinero. Lo mismo toda mi colección de pinturas, sé que no hay mejores manos que las tuyas. También, una porción de mi fortuna ha quedado separada para ti en fondos de inversión. Podrás reclamar tu herencia cuando cumplas la mayoría de edad. Un total de seiscientos millones de dólares y sumando.

»A ti, Charles. Cuando tu madre murió prometí cuidarte como a un hijo. Aunque te empeñaste en llamarme tío la verdad es que yo siempre te vi como un hijo mío. Eres sangre de

mi sangre. Yo sé que nunca me pediste nada, y que siempre te negaste a recibir mi dinero. Por ello espero seas indulgente con este viejo y aceptes este obsequio. Fuiste el único que siempre estuvo ahí para mí. El único que realmente me respetó y me valoró por mi persona y no por mi dinero. El único que me dio la alegría de ver a mis nietos antes de morir. El dinero no compra la felicidad. Eso me lo dejaste bastante claro. Perdóname por todas las veces que te di dinero cuando lo que necesitabas era un hombro donde llorar, o un abrazo sincero. Pero si no te lo dejo a ti, no sé a quién más dejar mi dinero. El resto de mi fortuna, propiedades, franquicias, patentes, bienes y efectivo, todo es tuyo. Un total aproximado de ochocientos once mil billones de dólares.

»Me marcho en paz. Sé que ustedes, mi

familia, respetarán mi decisión y me recordarán siempre por el hombre que fui.

»Sin más, me despido.

El silencio es absoluto, no se oyen ni siquiera los quejidos habituales de la señora Hugler. El mutismo se prologa un rato más, el tiempo necesario para que la información siente en las cabezas de los presentes. Es mucha información que asimilar. El silencio finalmente es roto por el teléfono, al escucharse el clic en el momento en el que Clara cuelga.

—Cabe aclarar, nuevamente, que esta es sólo una carta que habla a groso modo de la decisión del señor Villarroel. Aquí tengo una copia del testamento original, sellado y firmado ante notario público. En él se especifica de forma detallada cada uno de los inmuebles, franquicias, fondos de inversión, acciones,

pertenencias, etcétera, antaño propiedad del señor Villarroel. Cantidades exactas y a nombre de quiénes quedan. Otra de las beneficiadas es la que fuera ama de llaves del señor Villarroel, quien ya cesó actividades junto con el resto de los empleados de la casa, lo mismo que algunas asociaciones benéficas a las que el señor realizaba constantes aportaciones, así como dos ahijados y una jovencita a los que el señor patrocina su educación. Esa es información que también se recoge en el testamento.

—¿Qué hay de Santi? —dice el señor Hugler.

—Ya fue notificado de la muerte de su padre. Pero se niega a asistir a la ceremonia de cremación o al homenaje.

—¿Y el dinero? Es de él, era su hijo.

—Es cierto que el señor Villarroel era su padre, que por sangre Santi era su hijo. Pero se

equivoca con lo primero. El testamento es bastante claro con respecto a quién pertenece la herencia. Como abogado del señor Villarroel me limito a asegurarme que se cumpla su voluntad.

—Pero…

—Con todo respeto señor Hugler, el dinero es de quien dice el testamento. Si su tío lo hubiera dejado a su mascota yo igual me hubiera asegurado de que se cumpliera su voluntad. Sé que no me está pidiendo ningún consejo, pero atienda lo que le digo, que es por su bien. Tráguese su orgullo y tome la herencia.

El señor Hugler se destraba de los brazos de su mujer, se levanta del sillón y va a la ventana. Afuera el día se torna aún más gris. Su mano deja una marca sobre el cristal.

—No lo entiendo.

—Charles. Le hablo no como el licenciado

Carvajal, sino como Homero Carvajal, el hombre. He sido amigo de Carlo por décadas, y le puedo asegurar que usted fue más hijo para él de lo que fue Santi. Ese niño ingrato jamás sintió amor por nadie, salvo el amor que siente por el dinero. Usted bien sabe que él no está en la calle. Solicitó su herencia por adelantado y firmó un contrato en el que se comprometía a no recibir ni un centavo del dinero de su padre tras su muerte. Aunque no existiera testamento, el contrato le impediría reclamar ni un centavo, y por eliminación la herencia habría terminado con usted.

—¿Hace cuánto? —dice la señora Hugler—. El contrato.

—Hace quince años aproximadamente. Desde entonces ya sabía que la herencia sería del señor Hugler.

El señor Hugler voltea a ver a su esposa.

—Es por eso que se alejó.

El abogado abre el cajón de su escritorio y saca barias carpetas con documentos. Después presiona el botón del intercomunicador y da una señal a su secretaria. Enseguida entra una mujer al despacho.

—La licenciada Alejandra Pérez Rincón, de la notaría. Está aquí para dar fe de la repartición de bienes.

—Mucho gusto —saluda el señor Hugler, la señora Hugler hace lo propio.

—La papelería está lista. Bastan sus firmas. Terminando podrán disponer de los bienes de forma inmediata. Salvo el dinero de los niños que se encuentran en fondos de inversión. Con respecto a la casa, está lista para ser ocupada. Hace un año que el señor Villarroel la preparó

para este fin. En cuanto al auditorio de Clara, es responsabilidad de ustedes como padres de la niña. La junta directiva se reúne cada seis meses. Aunque no es necesario que asistan, harían bien en estar presentes en esas reuniones. De cualquier forma, les llegará un informe detallado del estatus del inmueble después de cada junta.

El abogado abre las carpetas, una tras otra, y dispone los documentos en el escritorio. El señor y la señora Hugler se dedican a firmarlos. Las pilas de documentos parecen interminables. En varias ocasiones se detienen para descansar.

Puesta la última firma el abogado saca una cajita de acero y la abre frente al señor y la señora Hugler.

—Estas son sus tarjetas. Ambas están ligadas a una cuenta compartida con fondos de

emergencia. La cuenta se abastece automáticamente cada mes. Esta es la llave que les da acceso a la bóveda en el banco, ahí encontrarán la mayoría de las joyas de la señora. Les recomiendo acudan al banco para que se pongan al corriente con los fondos de inversión y la cuenta concentradora. Claro que no es necesario que vayan ya mismo, sólo traten de ir antes de que acabe el año.

—No sé qué decir —dice el señor Hugler.

—No tiene que decir nada. Como abogado del señor Villarroel me limito a hacer mi trabajo. Concluida la ceremonia de cremación habrán concluido mis servicios.

—Licenciado Carvajal. Sé que necesitaremos un abogado, y me sentiría muy tranquilo si usted aceptara serlo.

—Bueno señor Hugler, la verdad es que yo

ya soy un hombre viejo. Puedo ofrecerle mis servicios una corta temporada más, tanto como mi vida me lo permita. Pero atienda mi consejo, lo mejor es que consiga los servicios de un abogado joven. Podría recomendarle algunos prospectos.

—Sí, eso estaría bien. Pero sólo si usted acepta entrenar al nuevo abogado.

—En ese caso podría recomendarle a mi hijo. Él trabaja conmigo en este despacho, y ya sabe todo lo referente a señor Villarroel.

Salen de la oficina del licenciado Carvajal y van directo a la casa, ahora propiedad de Charlie. Según el abogado los restos del señor Villarroel ya son preparados para la ceremonia de cremación. El grupo de amigos íntimos del señor ya fueron notificados para asistir a la ceremonia. Además, se prepara una pequeña

recepción para el resto de los amigos en la que fuera la casa del difunto tío. Un total de setenta invitados.

Hacen el recorrido en silencio. La impresión por lo ocurrido es tanta que la señora Hugler no tiene ocasión de gimotear, como si de pronto se olvidara de la alergia. Afuera ya caen algunas gotas de lluvia; nada significativo.

—Llegamos —dice el señor Hugler. Los ojos se le humedecen al ver la casa de su infancia.

A Charlie le parece que la casa es mucho más grande de lo que se veía en las fotografías. Secretamente eso lo llena de emoción. No puede esperar para recorrerla toda, examinar cada pequeño rincón, cada escondrijo.

Entran por la puerta principal. Un numeroso grupo de personas preparan el salón para el homenaje. Cuelgan adornos y cortinas,

acomodan esculturas de hielo, acomodan las mesas, delimitan la pista, montan una plataforma.

Una mujer sale del salón al encuentro de la familia.

—Deben ser los Hugler. No se preocupen, tenemos todo bajo control.

El señor Hugler echa un vistazo al salón.

—Me doy cuenta, señorita. Gracias.

—La fiesta comenzará a las veintidós horas. Esperamos recibir invitados desde las veinte horas.

El señor Hugler se queda en silencio.

—Oh… discúlpeme, señor.

La mujer echa un vistazo a sus notas, muy apenada.

—No es una fiesta, es un homenaje.

—Descuide, señorita. Hace un buen trabajo.

—Gracias, señor. Con su permiso.

—Propio.

La mujer se retira para continuar con los preparativos. La familia, por su parte, sube al segundo piso. Aún les llega el barullo de los trabajadores, pero acá gozan de cierta privacidad.

La señora Hugler se adelanta un paso y retira una basurita del hombro del señor Hugler.

—Amor, no tenemos ropa para el evento.

Los tres lo piensan, pero sólo ella lo materializa en palabras. Incluso la ropa de la mujer que organiza el evento en la planta baja es mejor que la que ellos traen puesta.

—Lo sé. La ceremonia de cremación es a la una de la tarde. Tenemos cuatro horas para comprar algo.

Charlie deja a sus padres un momento para

explorar la estancia. Además, no le interesa una discusión tan superficial. Lo que le interesa es la casa, los pasillos que llevan a todas esas habitaciones por descubrir. Quiere recorrerlos todos. Y en su momento lo hará.

El señor Hugler voltea a ver a Charlie al notar que se aleja.

—Hijo. Ven aquí.

Charlie vuelve a donde ellos.

—Nos mudaremos, ¿verdad?

El señor Hugler duda en responder, pero la respuesta es obvia.

—Es lo mejor.

—Ahora viviremos en esta casa —sigue la señora Hugler, e intenta sonreír.

Charlie voltea a donde el señor Hugler

—Bien. Pero… papi, quiero mi baúl.

3 EN EL PASADO.



PARA CHARLIE el concepto del tiempo era complicado. A su corta edad había escuchado a su mamá apurar a sus hermanos para que se alistaran para el colegio, lo mismo que a su papá, quien se quejaba de que el tiempo nomás no alcanzaba para nada. Una vez preguntó a su papá que era ese tiempo que no alcanzaba. La explicación no fue nada esclarecedora. Según el señor Hugler el tiempo era lo que diferenciaba el antes del después. Todo ese asunto, naturalmente, superaba la mente de Charlie. Pensar en el tiempo le causaba dolor de cabeza. Por eso, para él, el tiempo era un algo que se podía tocar, como la arena del reloj en la oficina de su papá. Ya una vez había oído de las arenas del tiempo. Para Charlie, todos los relojes, sin

importar como fueran, estaban llenos de esa arena. Era algo que corría y que incluso se podía acabar. Ya lo confirmaba la película, donde el conejo blanco corría y gritaba —es tarde, se acaba el tiempo, es tarde—, sin dejar de ver su reloj de tanto en tanto. Tales eran las ideas de Charlie sobre el tiempo.

Esa mañana Fernando le dijo que podía construir cosas con los bloques. Al principio Charlie creyó que estaba soñando; pero no, no era un sueño. Espabiló, hizo pipi en el baño, se lavó las manos, se lavó la cara, se quitó el pijama y se puso su ropa de andar por casa, todo más temprano de lo habitual; tan temprano que incluso la señora Hugler se lo dijo.

—Mira nada más a quien tenemos aquí. Nos levantamos temprano hoy.

Charlie sonrió y se sentó a la mesa. La señora

Hugler terminaba de preparar los almuerzos de Clara y Fernando. Adicional a eso preparó el desayuno de Charlie. Un tazón mediano con su cereal favorito, círculos de colores, y leche fresca, un platito de plástico rojo con algo de fruta, trozos de piña y algunas uvas, uno de esos batidos extraños que su mamá se empeñaba en que se tomara todos los días, el de hoy simulaba saber a fresa, y un vaso pequeño con agua. Charlie acabó con todo y quedó satisfecho. Un sonoro eructo lo confirmó. Se llevó las manos a la boca y se disculpó muy apenado.

—Perdón mami.

La señora Hugler rio.

—No pasa nada.

Charlie rio también.

Era temprano para Charlie, no así para sus hermanos, para quienes ya era tarde. Qué raro

era el tiempo, en serio. Clara y Fernando sólo se tomaron el batido extraño que simulaba saber a fresa, el resto de la comida iba en sus loncheras. Charlie no se explicaba por qué no se comían todo ahí, de una buena vez. Siguió a sus hermanos hasta la puerta de la casa, cuando escucharon ese molesto claxon y se marcharon corriendo. Afuera los esperaba un pequeño autocar color amarillo. Estaba lleno de niños. Ambos se despidieron con un movimiento de la mano y subieron al vehículo. Charlie los miró marcharse muy sorprendido. El mismo autocar que los traía de vuelta cada tarde era el mismo que se los llevaba cada mañana.

—¿A dónde van, mami?

—A la escuela, corazón.

—¿Yo también voy a la escuela?

—Irás, pero después.

Otra vez estaba ahí el tiempo, metiéndose en todo.

—¿Puedes hacer que sea después, mami?

—No, corazón, tendrás que esperar.

Meditaba en eso cuando recordó el motivo por el cual estaba despierto tan temprano. En seguida se marchó corriendo.

—Voy a jugar—alcanzó a decir antes de perderse en el pasillo.

—Ve —dijo la señora Hugler; al aire, porque Charlie ya había desaparecido.

Lo primero que hizo tan pronto entró a la habitación fue correr al baúl. Dentro estaban todos los bloques. Empezó separándolos por colores y por tamaños. Tan sólo esa tarea le tomó más de una hora y media. O bueno; minutos más, minutos menos; porque luego de un rato después de empezar tuvo que hacer una

interrupción para ir al retrete. Siempre le ocurría lo mismo, cada que tomaba el desayuno, pasado un rato, le daban unas ganas insoportables de ir al baño. Los siete minutos más largos de su corta vida. Casi hasta olvidó lavarse las manos, iba a medio camino de vuelta a su habitación cuando se dio cuenta, así que tuvo que volver. Se enfadó consigo mismo por semejante pérdida de tiempo.

Terminada la clasificación de los bloques puso manos a la obra, era momento de construir. Al principio la estructura no tenía mucha forma. Eran bloques tras bloques, de colores específicos, de tamaños específicos. Recorrió la casa varias veces, hasta que estuvo seguro de lo que hacía. Colocó bloques, uno tras otro, hasta que terminó.

Realmente quedó satisfecho por su trabajo.

Después de todo era una construcción muy bonita. Cada espacio, cada color, cada muro. Era algo que definitivamente debía ver Fernando. Seguro que ahora sí se ganaría la medalla al mérito.

Qué raro era el tiempo. Charlie construyó lo más rápido que pudo para que el tiempo no se le acabara, y al final vino terminando temprano, antes de que fuera el momento de que Clara y Fernando regresaran. No podía contener su emoción y su ansiedad. Andaba y andaba en círculos por toda la sala, muy nervioso. Era tanta su hiperactividad que incluso la señora Hugler lo reprendió.

—Ya siéntate de una vez. O vete a dar vueltas a otro lado.

Charlie se detuvo y se sentó un momento en el sillón más grande.

—¿Falta mucho para las doce y media, mami?

La señora Hugler no despegaba la vista de los calcetines que remendaba.

—Un rato.

—Ya quiero que sean las doce y media.

—Me parece bien, corazón.

—¿Puedes hacer que sean las doce y media?

—Me temo que no.

Estuvo sentado por diez minutos a lo sumo. Finalmente, la desesperación pudo más, así que se levantó y salió de la sala para caminar por las otras habitaciones. Caminó y caminó hasta que le empezó a doler la tripa. Su pequeño estómago hizo un extraño gruñido. Tenía hambre. Tanto movimiento hizo que el desayuno se digiriera rápido. Además, ese día tomó el desayuno más temprano de lo habitual.

—Mami, tengo hambre.

La señora Hugler ahora remendaba la ropa interior del señor Hugler. Un agujero en particular le estaba dando mucha lata, pronto ese calzón seria completamente inservible.

—¿No estabas dando vueltas?

—Sí, pero me lele mi pancita, mami, tengo mucha hambre.

—Dame un momento, corazón, ya casi termino.

—¿Puedo garrar una manzana, mami?

—Ya comiste fruta con tu cereal. Además, ya voy a preparar la comida, no quiero que arruines tu apetito.

—No voy a runar mi petito.

—Arruinar tu apetito, amor. Significa que no tendrás hambre para comer.

—Pero tengo mucha, mucha, mucha hambre.

Mucha muchota.

—Está bien, sólo porque es mucha muchota. Toma una manzana, pero de las pequeñas. Y te vas a comer todo lo que te sirva, ¿eh?

Charlie asintió y se marchó a paso veloz. La señora Hugler dejó la ropa interior a un lado y se levantó.

—No corras. Ya voy a preparar la comida, amor. No tardan tus hermanos.

Entraron a la cocina al mismo tiempo. Charlie, por su parte, abrió la puerta de la nevera. Con algo de dificultad, pues estaba completamente pegada, como una ventosa. Abrió el cajón de las frutas y se puso a hurgar. Las manzanas estaban hasta el fondo. Le parecía mucho más apetitosa la manzana roja y grandota de la esquina. Casi estuvo a punto de tomarla. Pero se acordó que su mamá le había

dicho que tomara una de las pequeñas, así que agarró la manzana más pequeña que encontró. Era amarilla y tenía una abolladura en un lado. Además, estaba arrugada, como doña Fina, la vecina. Del lado del golpe se veía un poco más obscura, como oxidada. De cualquier forma, la manzana era mejor que nada. La llevó al fregadero, se subió a la escalerita de su mamá, la que usaba para alcanzar las repisas altas, y lavó la manzana con el agua del grifo. No tardó mucho en devorarla. Se sintió más tranquilo.

—¿Ya son las doce y media, mami?

—No te acerques, cariño, estoy cocinando.

—¿Ya son las doce y media?

—Ya casi, faltan diez minutos. ¿Por qué tanto interés?

—Ya quiero que venga Fernando.

—Pues ya no ha de tardar.

Charlie se fue directo a la sala y trepó al sillón que estaba pegado a la ventana. Se propuso esperar al transporte escolar que venía cada día a dejar a sus hermanos mayores de donde sea que fueran cada día. El afuera siempre le resultó enigmático y gigantesco. Lo más cercano que estuvo al afuera en lo que iban de sus cortos cuatro años de vida fue cuando salía al patio de atrás de su casa.

Pasado un rato, que a Charlie le pareció eterno, al fin vio el autocar que traía a Clara y Fernando. El rostro se le iluminó al tiempo que aspiraba una gran bocanada de aire en un suspiro de emoción. Saltó del sillón a gran velocidad y corrió a la puerta de entrada para recibir a su hermano mayor.

La puerta de la casa se abrió. Ambos chiquillos entraron cargando sus pesadas

mochilas.

—Ya llegamos, mami —dijo Clara.

Fernando no dijo nada, pasó de largo frente a Charlie y se fue directo a su habitación. No tenía sentido. Charlie incluso pensó que era invisible, como el niño del cuento de Clara. Quiso comprobarlo.

—Hola, Clara.

Clara sonrió, abrazó a Charlie y le besó la mejilla.

—Hola, Charlie.

Definitivamente no era invisible. ¿Debía sentirse mal por eso? Seguro que no. Los ponis de Clara siempre tenían malentendidos de ese tipo y al final resultaba que seguían siendo grandes amigas. Tal vez Fernando no lo vio. Puede que Charlie se volviera invisible sólo por un instante.

—¿Pasa algo? —dijo Clara.

Charlie sonrió y negó con la cabeza.

Dejó a Clara en la sala y se fue a su habitación para ver a Fernando. Esperaba encontrarlo admirando su gran obra. La había dejado en el piso, en medio de la habitación. Era imposible no verla. Sin embargo, la sonrisa se le borró del rostro cuando entró y descubrió que Fernando no contemplaba su creación. Ni siquiera le hizo caso.

Fernando estaba recostado en su cama, tapado hasta la cabeza. Sus zapatos y su mochila adornaban el piso. Obviamente aun llevaba puesto el uniforme de la escuela. A Charlie le pareció extraño por dos razones. Primero, porque no era hora de dormir, y segundo, porque no llevaba su pijama.

—¿Vas a jugar hoy?

Fernando no daba seña de querer destaparse, seguía cubierto de pies a cabeza.

—Hoy no, ciudadano, no tengo ganas de jugar.

Charlie se sentó en el suelo del cuarto, viendo en dirección a la cama de Fernando. Aquello no le gustaba nada. Fernando no debía estar en su cama tan temprano, no era el tiempo correcto, y encima sin su pijama.

—¿Estás fermito, manito?

La pregunta venía de lo más profundo de su corazón. Tanto que Fernando pudo escuchar la angustia que Charlie sentía.

—Estoy bien, no pasa nada, ciudadano.

La respuesta, no obstante, para nada dejó tranquilo al pequeño Charlie.

—¿No me quieres ver?

Fernando tardó un largo rato antes de

reaccionar. La colcha sobre su rostro se debatió por espacio de dos minutos, hasta que al fin descubrió su rostro.

—Siempre querré verte, ciudadano. Tú eres mi ciudadano favorito.

En seguida Fernando sonrió, lo mejor que pudo.

La respuesta fue suficiente para Charlie. Se puso muy feliz, tanto que sintió deseos de abrazar a su hermano y decirle que lo quería, pero recordó lo ocurrido la última vez, así que no hizo nada más que sonreír.

—¡Vengan a comer!

La señora Hugler gritaba desde la cocina

—¡Lávense las manos!

Charlie volteó a la procedencia del grito. Aún tenía mucha hambre. La manzana lo había calmado, pero no fue suficiente para saciarlo.

—Vamos, manito. Tengo mucha hambre.

Fernando volteó la mirada al techo de la habitación. La sonrisa se borró por completo.

—Ve tú, ciudadano. Yo no tengo hambre.

Dicho eso volvió a cubrirse con la cobija.

Charlie esperó por casi dos minutos. Tenía la esperanza de que fuera una broma y Fernando se levantara para acompañarlo. Pero Fernando no se levantó. Charlie se marchó sin él al escuchar el segundo llamado.

—Mami, el petito de Fernando se runó.

La señora Hugler sonrío al escuchar el comentario. La sonrisa no le duró mucho. Se desvaneció al ver el rostro con el que Charlie decía esas palabras. Algo en su interior encendió el foco de alerta, y casi tuvo la certeza de que algo andaba mal. Se desembarazó del delantal y se dispuso a ir a donde su hijo Fernando. Pero

antes de que diera los primeros dos pasos Fernando entró al comedor.

—¿Qué hay para comer, mami?

Naturalmente que Charlie se puso muy contento al ver a su hermano tan recuperado. La señora Hugler también lo vio tan sonriente como siempre, así que decidió no darle mayor importancia a esa corazonada.

La comida pasó como ocurría siempre. Fernando habló y habló sobre todo lo que pensaba, sobre lo aprendido en la escuela, sobre lo que vio en televisión la tarde anterior. Era como si nunca se le acabaran las palabras. Clara se la pasó tamborileando con los dedos y mascullando canciones mientras meneaba y meneaba la sopa con la cuchara. En cuanto a Charlie, se la pasó muy contento escuchando a su hermano mayor y deseando llegar a ser como

él algún día. Trataba de sentarse como Fernando se sentaba, de tomar la cuchara como lo hacía él, incluso trataba de repetir las palabras de su hermano en voz muy bajita, para poder aprendérselas todas.

—Yo también vi la tele —dijo Charlie muy excitado.

La emoción le hizo decir en voz alta lo primero que le vino a la mente. Se puso rojo de vergüenza al no tener más que decir.

La señora Hugler se le quedó viendo muy interesada.

—¿A sí? ¿Y qué es lo que viste?

Clara dejó de cantar para prestar atención a Charlie.

Charlie, sin embargo, no decía nada, y a cada momento se sentía más avergonzado por ser tan descuidado de hablar sin pensar.

—Sí, vimos la tele ayer, las caricaturas –dijo Fernando para ayudar a su hermano—. ¿A que sí, Charlie?

—Sipi —repuso Charlie sintiéndose aliviado —. Bob Esponja y Patricio.

La señora Hugler se sintió complacida. Era la primera vez que Charlie intervenía por su propia iniciativa en la conversación.

—También —titubeó—, hice una cosa.

Le gustaba cómo se sentía la adrenalina de expresarse y recibir atención.

Está vez hasta Fernando se sintió intrigado.

—¿Qué hiciste, corazón? —dijo la señora Hugler.

—Lo voy a traer.

Charlie se fue corriendo a su cuarto. Cargar la construcción no fue sencillo. Era grande y frágil. Aun así, se las arregló para llevarla en

una pieza hasta el comedor y depositarla sobre la mesa.

La señora Hugler lo vio sin entender muy bien.

—Qué bonito. ¿Qué es, amor?

Charlie de pronto no supo qué responder. Estaba seguro de que era muy obvio. Tal vez no lo hizo bien.

Fernando también veía la construcción con mucha atención.

—Es nuestra casa, ¿a que sí, ciudadano? Aquí está la sala, aquí la cocina, acá el comedor, los cuartos, el patio, los baños. Está todo.

La señora Hugler volvió a ver la construcción, esta vez con gran cuidado. Conforme más la veía más se sorprendía. Realmente era un plano de su casa.

—¿La hiciste tú solito?

—Sí, mami.

La señora Hugler se emocionó y lo abrazó. Le dijo que estaba muy contenta de tener a un niño tan listo y que quería que su papá la viera cuando volviera. Clara también felicitó a Charlie, lo mismo que Fernando. Esa era la mejor comida que Charlie tenía desde que viniera al mundo. Se sentía tan feliz.

Terminaron la comida. La señora Hugler se encargó de levantar la mesa y llevar los platos sucios al fregadero para lavarlos. Clara y Fernando se fueron directo a sus respectivas habitaciones, y Charlie llevó la construcción a la sala para que su papá la viera cuando volviera del trabajo. Seguro también lo felicitaría. Después de eso se fue a su cuarto para ver si Fernando ahora sí quería jugar. Entró muy emocionado pensando que por fin le darían su

medalla al mérito. Pero no fue así. Fernando estaba en su cama, sentado en la esquina más alejada, abrazando sus piernas, con el rostro hundido entre sus rodillas.

—¿No quieres jugar, manito?

Fernando negó con la cabeza.

—No tengo ganas de jugar hoy, ciudadano.

Charlie sintió muchas ganas de llorar. Subió a la cama y se sentó frente a su hermano, en la esquina opuesta a la de Fernando.

—¿Estás triste?

Fernando levantó el rostro, descubriendo las lágrimas que resbalaban por sus mejillas. Intentó secarlas con las palmas de las manos. Pero las lágrimas no dejaban de salir. Sentía como si hubiese fuego en su interior. Algo extraño en la boca de su estómago. Sentía ganas de gritar, y patalear, y manotear. Sentía ganas

de tomar la almohada y oprimirla contra su rostro hasta ya no sentir más.

—Estoy bien.

Trataba inútilmente de secar las lágrimas, ya tenía la cara toda roja y mojada.

—Quedaron muchos cuadritos, ciudadano. Vamos a jugar. Sepáralos todos. Ya voy.

—¿Por qué estas llorando, manito?

—No es nada. De verdad. ¿Lo ves? Mi cara está seca. No hay lágrimas ni nada. ¿Lo ves? No estoy llorando. Sólo estaba descansando un poco, porque estaba cansado. Pero ya estoy muy bien. No pasa nada. No te preocupes. Yo estoy muy bien. ¿Lo ves? ¿Si lo ves?

Charlie no supo cómo responder. Lo veía, y estaba llorando. No pudo evitar derramar algunas lágrimas. Definitivamente Fernando no estaba bien. Intentó acercarse, gateo hasta

media cama, hasta que el espacio que lo separaba de su hermano fue muy corto. Pero se detuvo. Vio a Fernando sentado en su rincón, tan vulnerable, como nunca lo había visto. Como la flama de una vela justo antes de apagarse y desaparecer. Así que desistió de acercarse. Decidió que acercarse no era una buena idea. Porque Fernando estaba muy débil. No sabía qué hacer o que decir. Estaba muy asustado.

—Anda, ciudadano, la ciudad no se va construir sola. Tienes que separar los cuadritos para poder construirla.

Entonces sonrió. La sonrisa de Fernando brillaba con luz propia. Siempre conseguía ese efecto. Sus ojos se rasgaban y se dibujaban hoyuelos en sus mejillas.

De alguna forma la sonrisa de Fernando

consiguió dar ánimos a Charlie. Se levantó de la cama y fue directo a clasificar los bloques con los que construirían la nueva ciudad. Comenzó a separarlos por color y por forma, justo como hizo esa misma mañana.

Pronto las lágrimas de Charlie se secaron hasta desaparecer por completo. En cierto momento llegó a dudar de si realmente había llorado o no. Quizás sólo fue imaginación suya. Imaginó todo, incluso las lágrimas de Fernando. Porque Fernando no lloraba nunca, él era muy feliz, además de muy fuerte y muy inteligente. Seguro que todo estuvo en la imaginación de Charlie. O eso era lo que él quería creer.

Propiamente dicho, Fernando abrazó a su hermano sólo una vez. Se sentía tan desdichado. Le habían hecho creer que no merecía el amor de nadie. Y de pronto se dio cuenta de que

había alguien que no sólo lo quería, sino que lo respetaba. Alguien que no lo dejaría nunca y que siempre se preocuparía por él; y que nunca pediría de él otra cosa que no fuera una sonrisa. Se levantó de la cama, terminó de limpiar del todo cualquier vestigio de aquel llanto, alisó el uniforme —que había quedado todo arrugado por acostarse en la cama con él puesto— y caminó a donde su hermanito, con pasos cortos, con pasos indecisos. Temblaba de pies a cabeza. No se sentía seguro de lo que estaba a punto de hacer. Se arrodilló junto a Charlie, a su espalda, y sin más lo rodeó con sus brazos.

Charlie se quedó muy quieto al sentir los brazos de Fernando apretándolo en aquel inusual abrazo. Su hermano temblaba tanto, como sollozando. Podía sentir su aliento cálido en el cuello. Una respiración lastimosa,

entrecortada.

—Te quiero mucho, ciudadano.

La voz de Fernando se oía como si llorara de nuevo.

Charlie no dijo nada. Se encontraba tan pasmado por lo que ocurría que lo mejor que se le ocurrió fue quedarse muy quieto y muy callado.

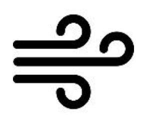
Fernando abrazó a su hermanito por casi tres minutos, debatiéndose en su interior, luchando contra sí mismo, hasta que su respiración se regularizó. Entonces lo soltó y se sentó del otro lado del montón de bloques para empezar la construcción de la ciudad.

—Trabajaremos muy duro, ciudadano. Será la mejor ciudad que hayamos construido nunca. Con grandes rascacielos, y con puentes, y con plazas, y con monumentos también. Usaremos

los libros de papá, y sus reglas. También las horquillas de la ropa, mamá no las está usando.

Charlie asintió con la cabeza, feliz de que Fernando volviera a ser el mismo de siempre.

4 EN EL PRESENTE.



EL SEÑOR Hugler tarda en reaccionar. Observa a Charlie con interés, como tratando de leerlo, aunque ya hace tiempo que se dio por vencido.

—¿Tú baúl?

Es una pregunta más bien retórica.

Charlie se encoge de hombros.

—Entiendo que es muy valioso para ti, pero por ahora hay cosas importantes que demandan toda nuestra atención. ¿Lo entiendes?

Charlie no responde.

—Será un par de días. Tan sólo un par de días y traeremos tu baúl, junto con el resto de tus cosas.

Charlie levanta el rostro y cruza miradas con el señor Hugler.

—Pero es un regalo.

—No… —zanja el señor Hugler—. Que ni se te ocurra usar la memoria de tu hermano de esa forma. Ten un poco de vergüenza, por favor.

—Es un regalo —masculla Charlie.

La señora Hugler explota. Los sollozos la descomponen al instante. Se marcha a toda prisa a cualquier dirección, lejos.

—Estás siendo injusto, Charlie. Conmigo; y sobre todo con tu madre. Y lo sabes.

Charlie se queda quieto en su lugar, apretando los puños, crujiendo los dientes, tensando su cuello.

El señor Hugler suspira completamente derrotado. Aguarda una respuesta que no llega. Finalmente desiste y va a donde su esposa. Pasado un rato vuelven.

La señora Hugler camina a pasos cortos,

apoyándose de su esposo. Luce más que sosegada; como ida o drogada. No parece enterarse de lo que ocurre a su alrededor. No es la primera vez que le ocurre.

Charlie toma la mano de la señora Hugler, sintiendo algo parecido al remordimiento; quizá, algo más bien parecido a la lástima. Esta última aprieta la mano de su hijo, como asegurándose de que sea real.

—Vamos, mami.

La señora Hugler sonríe.

Siguen de cerca al señor Hugler. Deben darse prisa si quieren llegar a tiempo a la ceremonia de cremación. Más de una veintena de años no fueron suficientes para borrar de la mente del señor Hugler la casa y su distribución. Bajan directo al garaje. Ahí se alinean tres coches; ninguno tan lujoso como Charlie imaginara,

pero definitivamente en mejor estado que el viejo auto del señor Hugler, lo que representa un verdadero ahorro de tiempo.

La señora Hugler, aun desconectada, hurga en su bolso en busca de las llaves que le dio el abogado. Por más que remueve en el fondo no logra dar con ninguno de los tres juegos de llaves. Comienza a impacientarse, a ponerse nerviosa.

El señor Hugler la toma del mentón, obligándola a levantar la vista. Le sonríe cariñosamente. La señora Hugler devuelve la sonrisa.

Sintiéndose más tranquila hunde la mano en el interior de su bolsa y coge las llaves. Las saca, junto a un montón de envolturas de caramelos. Las observa sorprendida.

—Gracias, cariño.

El señor Hugler toma las llaves de manos de su esposa.

La señora Hugler sonríe y abraza a Charlie, satisfecha consigo misma. Charlie voltea hacia arriba para ver a su mamá. Ésta se inclina para plantarle un beso en la frente.

El señor Hugler ve la escena y sonríe.

—¿Nos vamos?

Es otra pregunta retórica.

El botón en la llave hace sonar el claxon del auto negro. Charlie ignora de marcas y modelos, pero le parece que la selección es adecuada, por su color y su diseño tan similar a una carrosa fúnebre. Por un momento piensa en comentarlo, pero finalmente desiste. La señora Hugler aún se encuentra sensible, y seguro que ese comentario la pone más nerviosa.

Con cuidado Charlie se destraba de los

brazos de su mamá y sube al auto, en el asiento de atrás. No pierde la oportunidad de dar un vistazo al área de carga. Debe ser el auto con la que el encargado de las compras salía a conseguir víveres.

Enseguida suben el señor y la señora Hugler. Se toman su tiempo en admirar el auto por dentro. De lejos está en mejor condición que el viejo auto familiar, a pesar de ser el auto de los mandados.

El señor Hugler se agarra la panza de forma teatral.

—¿Y si vamos a comer algo? Muero de hambre.

Charlie sonríe al escuchar una referencia a la *muerte* tan descarada; sobre todo en esa situación y en ese automóvil. Le parece tan divertido como de mal gusto.

—No podemos —dice la señora Hugler al instante.

Con esa misma espontaneidad se queda callada. —No podían— debió decir. Ahora sí que pueden comer en donde les plazca.

—El tiempo —sigue, como intentado justificar su arrebato—. La ceremonia de cremación.

El señor Hugler se toma un momento para voltear a verla, durante la luz roja, y sonríe.

—Nos daremos prisa. Que sea comida rápida. Luego nos vamos directo a ver lo de la ropa.

La costumbre los lleva a los mismos sitios. Si bien ahora podían comer en el mejor restaurante y comprar en la tienda más costosa. Terminan en la plaza comercial de toda la vida.

El señor Hugler estaciona el auto junto a un

local de hamburguesas, luego voltea a ver a su esposa con una mirada cómplice. La señora Hugler sonríe y da un golpecito al hombro del señor Hugler.

Charlie ve el lugar con asco.

—¿Aquí?

El señor Hugler igual sonríe a su hijo. Una sonrisa amable y cristalina.

—¿Por qué no?

Bajan del auto y entran al local. Charlie no recuerda cuando fue la última vez que comieron en un lugar así. Quizá un año o dos.

El señor Hugler observa el menú con la fascinación con la que un arqueólogo observa a las ruinas de una ciudad antigua.

—¿Qué vas a pedir, hijo?

Charlie no ve al menú, sino a su papá. No entiende esa reacción. No entiende por qué no

está triste por la muerte de su tío. O si lo está, no entiende por qué se niega a demostrarlo.

—No tenemos todo el día.

Charlie no tiene por qué pensarlo.

—Quiero la de guacamole, la más grande.

En realidad, no tiene hambre. En realidad, no se le antoja nada de lo que hay en el menú. Sin embargo, pide esa hamburguesa, más bien por ser la más grotesca, costosa y vistosa.

La señora Hugler mira el dibujo de la hamburguesa horrorizada.

—¿Seguro, bebé?

Ella conoce a su hijo. Sabe perfectamente que Charlie no puede ni con la mitad de esa hamburguesa.

—Es la que quiero.

El señor Hugler sonríe.

—Esa será.

La señora Hugler va en busca de una mesa.

Charlie aguarda un momento, después va a donde su mamá. Camina lento sobre los cerámicos recién trapeados, mira con envidia a los niños que juegan en los toboganes, mira con asco a los comensales que zampan sus hamburguesas con bestial voracidad, incluso mira con desprecio a los adolescentes que atienden las mesas, seguro que para apoyarse en el pago de sus estudios o cualquier otro motivo igual de ridículo. Así llega a la mesa y toma asiento.

La señora Hugler acaricia la mejilla de Charlie.

—Las cosas van a mejorar, bebé.

Charlie odia que toquen su rostro, sobre todo su cicatriz. Por eso no responde. La señora Hugler, sin embargo, no deja de verlo con

ternura.

—Anda, regálame una sonrisa.

Charlie sonríe, sin ganas. No obstante, es suficiente para poner de buen humor a la señora Hugler, quien incluso mejora de su alergia crónica.

Pasado un ratito el señor Hugler llega y pone sobre la mesa una charola con las hamburguesas.

—Helas aquí.

Toma cada una de ellas, lo mismo que los refrescos, y coloca cada cosa frente a su respectivo dueño.

Charlie observa su hamburguesa con aprensión. Es la más repulsiva que ha visto en su corta vida. La suya, es de hecho, la más asquerosa y nauseabunda de las tres. Resulta complicado distinguir el contenido: carne,

cebolla, tomate, jamón, queso y mucho, pero que si mucho guacamole. Eso sólo lo que está simple vista, porque el resto es un misterio.

Levanta la hamburguesa con dificultad e intenta darle un mordisco. Por más que abre la boca simplemente no puede abarcarla. Tan pronto hinca el diente gran parte del contenido sale por el otro extremo. La extraña plasta verde cae sobre el papel acerado. Intenta regresar la plasta a su sitio, pero no tiene éxito. El pan de abajo termina destrozado por el exceso de humedad, y algo parecido ocurre con el pan de arriba. El contenido termina dispersándose por doquier, sin orden ni concierto. Se esfuerza por mantenerlo todo junto, y así procura darle otros dos mordiscos, pero la tarea es imposible.

—Estoy lleno.

La señora Hugler resopla.

—Te dije que no te la terminarías.

—Ya. Es que hace rato en verdad tenía mucha hambre.

La señora Hugler tampoco termina su hamburguesa. Al ver inminente el momento de marcharse, la costumbre le hace envolver los sobrantes y prepararlos para llevárselos.

Charlie ve el proceso completamente asqueado.

—¿Qué haces?

La señora Hugler se detiene, asustada.

—Para después.

—Qué tontería. Después podremos comprar más. Eso ya es basura. Sucias sobras. No somos puercos.

Siente el peso de las miradas, como alfileres. Y siente el ardor en su mejilla.

—No vuelvas a hablarle así a tu madre.

Discúlpate ahora mismo.

Charlie se lleva la mano a la mejilla, ahí donde aún arde la bofetada. No se trata de un golpe particularmente fuerte; ni siquiera dejará marca. Sin embargo, le duele.

—Perdón mami.

No llora, aunque a punto está. Más que el golpe le duele la vergüenza de ser el foco de todas las miradas.

—Qué grosero —dice una señora en la mesa de al lado.

—Pero no creo que sea correcto que le peguen frente a toda la gente —dice el hombre que la acompaña.

La señora Hugler se levanta abrazando su bolso y sale del restaurante. No soporta todas esas miradas curiosas burlándose de su dolor.

Charlie igual se levanta y va tras su mamá.

Poco después sale el señor Hugler.

—Mami, perdón.

La señora Hugler llora por un rato más, luchando por calmarse.

—¿Por qué te empeñas en lastimarme?

Habla con la voz quebrada. Al escucharla Charlie se siente fatal. A punto está de llorar, sin embargo, no llora.

La señora Hugler finalmente se serena.

—Está bien corazón. Claro que te perdono.

Da un beso a Charlie en la frente.

Suben al auto para aparcarlo en otro cajón del mismo enorme estacionamiento. La señora Hugler se apresura a la tienda de siempre, la que visita cada quincena sin falta para dar los abonos de las cosas que ha comprado a plazos. No se detiene hasta que llega a la fila de cajas. Tan pronto es su turno demanda le digan a

cuánto asciende su deuda, y acto seguido, la liquida por completo. Es como si se quitara un gran peso de encima. Ahora respira aliviada. Incluso su semblante mejora notoriamente.

—Ya estamos aquí, vamos a ver la ropa.

El señor Hugler asiente. No puede evitar sonreír. Le gusta ver a su esposa feliz, y últimamente son pocas las veces que la ve feliz.

—Creo que también necesito unos zapatos nuevos, estos ya están gastados de las puntas.

Charlie voltea a ver los zapatos de su mamá. En efecto, están raspados de la parte frontal. Hasta parece una mentira que nadie notara antes esos tallones tan antiestéticos.

El área de ropa es de esos lugares que solo visitan una o dos veces al año. Charlie en particular la había visitado menos, pues heredó buena parte de la ropa de su hermano mayor.

—¿Puedo escoger lo que yo quiera?

El señor Hugler cruza los brazos.

—Venimos a comprar un traje para la ceremonia de cremación de tu tío abuelo.

—Pero si no me llevan todas mis cosas a la casa nueva necesitaré más ropa.

El señor Hugler dedica una larga mirada a Charlie. Intenta, sin éxito, tratar de descifrar lo que está pensando. Los ojos de Charlie, sin embargo, no expresan nada.

—Tenemos una hora. No podemos llegar tarde a la ceremonia de cremación.

Charlie no quita la cara de póker.

—Está bien, hijo. Pero lleva únicamente lo que puedas cargar con tus propias manos. Y recuerda, tienes hasta que te llame para pagar, ni más ni menos.

Charlie asiente y va directo al área de la

ropa de niños. Le cuesta admitirlo, pero está emocionado. Hasta ahora lo único que ha estrenado son zapatos, ropa interior y uniformes escolares, a veces. El resto de ropa ha sido la heredada por su hermano. Pero ahora, ahora puede estrenar, lo que sea que escoja. Hasta el universo parece estar de su lado, pues convenientemente encuentra una canasta olvidada debajo de un aparador.

Toma la canasta y se dispone a llenarla. Tiene que escoger bien, pues sólo puede llevar lo que pueda cargar con sus propias manos. Tres pares de calcetines negros, un paquete con tres calzoncillos negros, un paquete con tres camisetas interiores negras. Le sorprende la cantidad de ropa negra que hay. Está resuelto a seguir tomando ropa negra, hasta que ve una chaqueta gris. Sin pensarlo dos veces deja la

canasta en el suelo, se deshace del saco y se prueba la chaqueta. Le ajusta a la perfección. Se la quita para echarla en su canasta y vuelve a ponerse el saco. Deja el interés por el negro y se concentra en lo que le guste. Dos camisetas con divertidos estampados y dos jeans azules. Sigue viendo por ahí, buscando qué más llevar, hasta que recuerda el motivo de la compra. Enseguida corre al área de ropa formal y toma aprisa camisa, pantalón, corbata y saco, todo color negro. Es similar a lo que ya viste, obviando la camisa negra en lugar de blanca, aunque de una apariencia mejor. El saco, por ejemplo, es de un diseño moderno y elegante, nada que ver con el saco viejo que trae puesto.

Convencido de que tiene todo lo que necesita, se dispone a ir a donde sus padres. Pero se detiene a mitad de camino. Puede hacer

una parada más.

El vendedor se acerca temeroso al señor Hugler.

—Disculpe señor. Su hijo insiste en llevarse un equipo celular muy costoso. Necesito su autorización.

Aquella es, desde luego, una forma elegante de decir al señor Hugler que controle a su insoportable hijo.

—¿Equipo celular?

El vendedor suspira por tanta calamidad. Odia tratar a clientes así de odiosos.

—Entenderá, que no podemos vender un equipo celular a un menor de edad, previa autorización de los padres. Además, debe pagarlo primero.

El señor Hugler deja su traje a un lado, junto a la ropa que ha escogido su esposa, y sigue al

vendedor. No tarda en escuchar los berridos de Charlie. Insiste en llevarse el teléfono, asegura que puede comprarlo cien veces si lo desea, que incluso puede comprar toda la tienda.

Deja de vociferar al ver que el señor Hugler se acerca.

—¿Pasa algo, Charlie?

—Yo, quiero ese teléfono. Pero no me lo quieren dar.

—¿Un teléfono celular? Ni siquiera tu hermana tiene uno, y Dios sabe que lo necesita.

—Dijiste que podía llevar todo lo que pudiera cargar con mis manos, y ese teléfono cabe en mi canasta.

—Hablamos de ropa. Ese fue el trato. Ropa.

—Pero quiero el teléfono. Nunca te pido nada. Y te consta. Yo nunca, nunca te pido nada. Y sé que puedes comprarlo.

El escandalo atrae al gerente de la tienda. Es todo sonrisas, pero queda claro que está haciendo su mayor esfuerzo por mantener las formas.

—Disculpe, señor. Le ruego que controle a su hijo o, con toda la pena, tendremos que pedirle que se retire. Incomoda a los otros clientes.

El señor Hugler respira profundo. Entiende la molestia del gerente, y la molestia del vendedor, incluso la molestia del resto de compradores, pero en verdad le molesta que hablen así de su hijo y lo amenacen con echarlos. Fuerza una sonrisa. Sin embargo, está enfadado, y no puede ocultarlo.

Charlie no está tonto, de inmediato nota la horrible tensión entre ambos hombres, y sabe que la culpa es suya.

—Ya. Lo siento. No quería causar problemas.

El señor Hugler voltea a verlo.

—Muy tarde, ¿no crees?

Charlie se encoge de hombros.

—¿Qué has hecho para ganártelo?

Charlie no tiene palabras para responder. Agacha la mirada para ocultar sus ojos anegados en lágrimas.

—¿Lloras, en serio?

—No he hecho nada. He sido malo todo el rato.

Por un momento el señor Hugler no sabe cómo reaccionar. ¿Por algo tan tonto se rompe la armadura de indiferencia que Charlie ha formado en torno suyo?

—Ya no diré nada, papi, lo prometo. Sólo quiero ir a casa. Estoy cansado.

El señor Hugler toma la canasta de manos de Charlie y da una rápida ojeada. No hay nada

ostentoso o pretensioso, sólo ropa que al parecer le ha parecido bonita. Le gusta el detalle de incluir calcetines y ropa interior, lo que denota practicidad. Además, se limita a dos cambios de ropa, aparte del traje para la ceremonia, tal como pactaron. Apenas lo suficiente para pasar un par de días hasta que le lleven el resto de sus cosas.

—Hagamos un trato. Te compro el teléfono, pero no te daré tu asignación por medio año.

—Medio año es mucho tiempo.

—Tómalo o déjalo.

Charlie lo piensa por un minuto entero. Luego asiente para aceptar el trato.

El señor Hugler pasa la canasta al vendedor. Le dice que se llevará todo eso además del teléfono. El vendedor intenta explicar, con bastante paciencia, que la ropa y los

electrónicos se facturan de forma independiente, por lo tanto, se pagan por separado. Pero ni Charlie ni el señor Hugler entienden eso. Así que ninguno dice o hace nada mientras esperan una reacción por parte del vendedor.

—Bien —dice el vendedor resignado, luego de anotar unos códigos en su libreta—. Síganme por favor.

Primero los lleva a pagar la ropa en la caja que está en el área de ropa. Les entregan todo en elegantes bolsas amarillas junto con un ticket que certifica la compra. Naturalmente que Charlie debe cargar las bolsas, ese es el trato.

Después los lleva a la caja del área de muebles para pagar el teléfono celular. El precio asciende a casi dieciocho mil pesos mexicanos.

—No me dijiste que costaba tanto.

—No había visto el precio.

En realidad, sí que vio el precio, es de hecho la razón por la que escogió ese equipo en particular.

El vendedor trae el equipo de la bodega.

—Hay que activarlo primero. No toma mucho. Unos diez minutos a lo sumo. Pero debe hacerlo un adulto.

El señor Hugler responde muchas preguntas a una operadora en algún lugar lejano del país antes de que liberen la línea. De paso lo engatusan para activar un plan de llamadas y datos con cargo a su tarjeta. La faena de activar el teléfono tarda en realidad dieciocho minutos. Así lo constata, pues con el tiempo tan justo no deja de ver su reloj.

—Aquí tienes, hijo.

El señor Hugler deposita el teléfono y su respectivo ticket de compra en una de las bolsas

amarillas que Charlie carga.

—Ya hablaré contigo después sobre la actitud que adoptaste hoy. No me gusta nada.

Con diez minutos de retraso la familia sube al coche cargando las bolsas de la compra. La señora Hugler está feliz, liberada de todas sus deudas. Además, ha comprado dos hermosos vestidos y dos nuevos pares de zapatos. Incluso ha comprado un vestido para su pequeña Clarita. No decide si mandarlo por paquetería o dárselo en las próximas vacaciones. El señor Hugler, por su parte, se limitó a comprar un único traje, modesto, pero con buen gusto. Algo digno para la ocasión. Y Charlie, él lleva su lustroso teléfono nuevo, además de un montón de ropa.

—Tiene muchas aplicaciones y juegos. Gracias papi.

La señora Hugler escucha muy contenta.

—Qué bueno que te guste, bebé. Habrá que comprarle uno a Clarita también, así podremos hablar todos los días.

5 EN EL PASADO.



LA MÚSICA era algo que a Charlie le gustaba. Era divertida, pegajosa y adictiva. En lo más profundo de su imaginación, allá en donde se hilaban las explicaciones más rocambolescas a cada cosa que se escapaba a su comprensión, la música era un algo con muchas formas, cada una distinta a la anterior, cada una con su marca especial. Era un algo tan enigmático y fascinante, tan atrayente y, tan personal. Y es que, en realidad, la música no tenía explicación o razón de ser; sólo era.

La música era una mañana de domingo mientras su papá, el señor Hugler, armaba un rompecabezas gigante en su estudio, y las notas le hacían mover los pies y la cabeza en rítmicos compases. La música también era una mañana

cualquiera, mientras su mamá, la señora Hugler, bailaba con la escoba o el trapeador. Momentos en los que el pequeño Charlie también bailaba, ya sea meneando la cabeza al compás del jazz o dando saltos y aplaudiendo, motivado por los elogios de la señora Hugler, que no dejaba de asegurarle que se movía muy bien. Pero la música, sobre todo, era escuchar a Clara.

Cierto que la señora Hugler a veces cantaba con las canciones de la radio, especialmente cuando lavaba ropa o lavaba la bajilla. A Charlie le encantaba escucharla cantar. La verdad es que la señora Hugler, y no es porque fuera su mamá, cantaba hermoso. Sin embargo, no era tan hermoso como el canto de su hermanita.

Con Clara la música era diferente; cobraba otra dimensión. Es decir, Charlie sabía que las

canciones que cantaba la señora Hugler salían de la radio; lo mismo que las canciones que a veces cantaba el señor Hugler con su horrorosa voz. Pero en cuanto a las canciones que Clara cantaba, esas no salían de ninguna radio, sino de su cabeza.

—Charlie, vamos a jugar —solía decirle Clara con su voz aflautada. Entonces tarareaba deliciosas melodías, y cantaba canciones hipnóticas, como una sirena, de las que era imposible escapar.

Anda Charlie, vamos a jugar.

Dame una sonrisa, Ja Ja Ja.

Anda Charlie, oye mi canción.

Bate bien tus palmas, Ploc Ploc Ploc.

Vamos a correr, vamos todos a saltar.

Con la magia de, "el poder de la amistad",

vamos todos si, vamos todos a crear,

un mundo mejor.

Anda Charlie, vamos a jugar.

Dame una sonrisa, Ja Ja Ja.

Anda Charlie, oye mi canción.

Bate bien tus palmas, Ploc Ploc Ploc.

Anda Charlie, vamos a jugar.

Dame una sonrisa, ya.

Era como si Clara viviera la música a cada momento del día, como si corriera por sus venas. Si te la quedabas viendo la descubrías con los ojos cerrados, soñando despierta; tal vez escuchando la música a su alrededor, la música de la vida. Todo el tiempo tarareando y murmurando melodías infantiles, reflexionando en la magia, y en el amor, y en la amistad, y en la lealtad, y en la honestidad, y en todas esas cosas de las que tanto le gustaba hablar y, por supuesto, cantar.

Cierto día Charlie despertó muy alegre. ¿Sabía el motivo del por qué? No lo sabía. Seguro era que le encantaba descubrirse vivo y con muchas energías.

Saltó de su cama y se encaminó a paso veloz al baño a echar la meada más larga que había echado en toda su corta vida. El tiempo que duró el chorro amarillo superó tanto sus expectativas, cosa que le divirtió y le asombró a partes iguales, que se dijo que era algo que debía saber Fernando. Por supuesto que se lo contaría cuando se despertara, le diría que había meado mucho.

Ya iba devuelta a su habitación cuando la voz de Clara llamó. Estaba en su cuarto, sentada en su cama, cepillando los largos cabellos de su poni morado, su favorito, el que tenía alas y un cuerno. Tarareaba una canción.

Charlie no sabía distinguir entre cantar y tararear. Cada que Clara tarareaba se imaginaba que estaba cantando en otro idioma. Como esa vez que vio en la televisión a unas personas que hablaban chistoso. Charlie no les entendía. El señor Hugler le dijo que hablaban otro idioma. Pero si el tarareo de Clara era otro idioma entonces la letra era muy boba, porque solo decía: —La, la, la…

Clara alzó la vista al sentirse observada. Charlie permanecía en la puerta, asomando la cabeza. Siempre fue así de sigiloso y silencioso, como un fantasma. Sin embargo, su mirada tenía un peso descomunal. Era imposible no darte cuenta de que Charlie te veía.

—Hola, Charlie. Despertaste muy temprano.

—¿Qué cantabas?

—Nada.

Clara seguía en los suyo, sin darle mayor importancia a su canción.

Charlie se acercó y se sentó en el suelo, sobre la alfombra, a los pies de Clara. Ella no dejaba de cepillar los cabellos de su poni, así como no dejaba de tararear aquella pegajosa melodía.

—Me gutas mucho, manita.

Clara dejó de cepillar y levantó el rostro. Sonrió; una sonrisa tan dulce que a Charlie se le derritió el corazón.

—Y tú a mí, mucho.

Cepilló un par de veces más, luego inspeccionó el resultado. Asintió convencida de que era suficiente. Enseguida se levantó de la cama y fue en busca del resto de sus ponis. Igual se trajo su mesita y su juego de té. Dio hasta tres vueltas antes de dejar todo listo. Cada invitado

estaba dispuesto en su lugar en la mesa, preparados para empezar una de sus famosas fiestas de té.

—De acuerdo, Charlie, valiente caballero de luz, a qué debemos el gran honor y placer de tu visita.

Clara llenó la tacita de Charlie con té imaginario.

—Me guta mucho cuando cantas.

Clara escuchó con atención. Incluso hizo una pausa de servir el té imaginario para no perderse ningún detalle, luego siguió sirviendo.

—La bella voz de la princesa Clara Luz gusta a todos, noble caballero de luz —dijo Clara, fingiendo la voz de uno de sus ponis mientras removía al poni en cuestión sobre su sitio en la mesa.

—Escucharla es como escuchar a los ángeles

—dijo otro poni tomando prestada la voz de Clara, aunque con un tono distinto, como para secundar lo dicho por el primer poni.

Clara sonrió a sus invitados, como apenada de recibir tantos halagos, incluso se sonrojó.

—Podría cantar un poco para ustedes.

—Sí… —dijo un tercer poni.

—Desde luego… —dijo un cuarto poni.

—Queremos escucharte, princesa —volvió a decir el segundo de los ponis.

Charlie igual afirmó que le gustaría escucharla.

Clara hizo una reverencia, inclinando ligeramente la cabeza, y se preparó para cantar. Por un momento todo fue dicha, hasta que todo estuvo mal. Clara movía los labios y hacía exagerados ademanes con las manos, como sumergida en la más emotiva de las

interpretaciones. Pero su voz no se oía. Nada de nada.

Charlie se asustó. No entendía lo que pasaba. Se preocupó mucho, sobre todo cuando Clara llevó sus manos a la garganta e hizo un teatral gesto de negación.

Charlie casi estuvo a punto de llorar, pero uno de los ponis lo tranquilizó.

—Oh no. El malvado dragón se ha robado la hermosa voz de nuestra bellísima princesa. ¿Quién será tan valiente, guapo y cordial como para rescatar su voz de las garras del malvado dragón? Tienes que ayudarnos noble caballero de luz. Salva la voz de la princesa.

Charlie asintió, aun algo asustado.

—Yo salvaré la voz de la princesa.

Aunque no estaba seguro de cómo lo haría.

—El malvado dragón ha dejado fragmentos

de la voz de la princesa por todas partes. Tres fragmentos ocultos en una canción. Encuentra los fragmentos de canción y la princesa recuperará toda su voz —explicó el poni.

Charlie escuchó con atención, con una expresión tan seria que Clara casi no podía contener la risa.

—Pero no sé qué es un framento.

—Un fragmento es como un pedacito de algo. Tienes que encontrar un pedazo de canción.

—¿Y cómo sé que contré el framento?

—La princesa cantará. Cuando la princesa cante un pedazo de canción sabrás que has encontrado un fragmento.

Al instante Charlie se levantó y se puso a buscar por todas partes. Clara y el poni le siguieron por la habitación. Pero por más que

buscaba y buscaba, no se veía nada medianamente parecido a un fragmento de canción.

—Oh noble caballero de luz. Reconozco tu esfuerzo en la búsqueda. Pero no creo que el dragón haya sido tan bobo de esconder fragmentos de canción en el reino de la princesa.

Charlie se detuvo para pensarlo un momento. El poni tenía razón. Si él fuera un malvado dragón y quisiera esconder algo bien escondido, lo haría muy, muy lejos.

La búsqueda se extendió a toda la casa. En compañía de Clara y el poni recorrió cada habitación, analizando cualquier minúsculo recoveco. Hasta que la señora Hugler los llamó para desayunar.

—Ha llamado la reina, noble caballero de

Luz.

La comitiva fue al comedor, encabezados por Charlie. Los platos de cereal con leche y la fruta picada ya estaban sobre la mesa.

—Mami, mami. Toy buscando framentos de canción. ¿Los viste?

Charlie hablaba muy apurado. Ya tenía rato buscando y no encontraba nada. Si alguien podía saber esa era su mami. Ella siempre sabía dónde estaban las cosas.

La señora Hugler se quedó pensando, algo desencajada. Hasta que escuchó las risillas ahogadas de Clara y entendió que se trataba de un juego.

—Me temo que no, corazón.

La señora Hugler volvió a llamar a Fernando, que seguía sin aparecer.

Charlie bajó la mirada, resignado, casi al

borde de las lágrimas, y se echó pesadamente sobre su silla.

—No los contraré nunca.

—No te rindas caballero de luz. Sólo tienes que abrir muy bien los ojos. Los fragmentos de canción brillan, y son tan pequeños que se escapan de la vista si no los observas con atención.

Charlie meditó en esas palabras durante todo el desayuno. La señora Hugler lo miraba divertida, pues ponía la misma mueca que el señor Hugler cuando se concentraba en sus rompecabezas.

Fernando pocas veces veía a su hermanito en ese estado, así que se preocupó.

—¿Te pasa algo, ciudadano?

Charlie apenas notó que le hablaban.

—Los framentos brillan —alcanzó a

murmurar mientras masticaba la última cucharada de hojuelas de maíz.

La señora Hugler les dijo que irían al centro comunitario. Pediría informes sobre un trámite relacionado con su identificación, que recién había caducado.

A Charlie le llamó la atención aquel cuadrito de plástico; le pareció que brillaba. Se abalanzó sobre la señora Hugler para verlo mejor, pero descubrió que no tenía nada de especial, salvo esa foto de una señora que se parecía ligeramente a su mamá, pero sin parecerse del todo. Examinó la imagen largo rato, mientras volteaba ocasionalmente a ver el rostro de la señora Hugler.

—Sí soy yo, corazón. Era joven.

—Ahora tas más bonita, mami.

Dicho eso le devolvió la identificación.

La señora Hugler se sonrojó y le dio un beso en la mejilla.

—Eres un coqueto.

Clara igual se hizo con la identificación para ver la foto, quería corroborar lo que Charlie decía. En realidad, no parecía que su mamá hubiera cambiado mucho. Aunque quedaba claro que antes tenía un peinado muy raro.

—¡Contré un framento! —gritó Charlie emocionado—. Los ojos de mami brillan.

Clara parpadeó un par de veces, devolvió la identificación y volteó a ver a la señora Hugler. Los ojos de ella estaban humedecidos, y en efecto brillaban. Charlie no podía ocultar su emoción. Clara lo pensó un momento, sonrió ligeramente, después cantó.

Puede parecer,

que la oscuridad,

vuela a tu alrededor.

No debes temer,

no te dañará,

yo a tu lado estoy.

La melodía era suave y algo melancólica. Y se truncaba tan de improviso que te dejaba la sensación de que algo faltaba.

—Has encontrado el primer fragmento de canción —dijo el poni—. Oh caballero de luz. Confiamos en ti para que rescates la voz de la princesa.

Charlie se puso tan feliz que comenzó a saltar.

—Contré uno mami, contré uno. ¿Lo viste?

La señora Hugler abrazó a Charlie, contenta de verlo tan feliz.

—Sí, corazón.

Clara también se les unió al abrazo.

—Qué bonita canción.

La señora Hugler suponía que era una de las tantas canciones que salían en las caricaturas de los ponis que tanto le gustaban a Clara.

En un principio Fernando no quería salir. Decía que tenía mucha tarea por hacer. Pero la señora Hugler le dijo que no podía quedarse solo. Además, lo necesitaba para que vigilara a sus hermanitos mientras ella pedía informes.

Los cuatro se alistaron y salieron de casa para eso de las nueve y media de la mañana de aquel sábado. Para sorpresa de la señora Hugler iban en completo silencio. Incluso Fernando, que sólo hablaba para comentar algo improvisado cada que la señora Hugler notaba que ya tenía largo rato sin decir nada.

Para Charlie aquellas pocas veces en las que su mami lo llevaba al afuera eran muy

emocionantes. Se daba cuenta de lo gigantesco que era el mundo, y de lo diminuto que era él en comparación. Podía ver a otras personas, a otros niños y niñas, pero, sobre todo, otras casas y otras cosas que explorar.

—Mami, yo quiero ir a la escuela.

Hablaba con algo de dificultad, entre jadeos. La señora Hugler lo sujetaba de la mano y el pobrecito Charlie tenía que ir casi corriendo para seguirle el paso.

—Falta un año, corazón.

—¿Puedes hacer que sea un año?

—No puedo, amor. Tienes que esperar.

Charlie dejó de hablar; en parte porque apenas y podía respirar; y en parte porque debía concentrar todas sus fuerzas en caminar y observar a su alrededor. No dejaba de ver cada cosa con curiosidad. En realidad, no dejaba de

buscar los fragmentos.

A diferencia de Charlie que debía correr para seguirles el ritmo a todos, y a diferencia de Fernando que daba pasos largos y desazonados, Clara avanzaba dando pequeños saltos y bailando. Era como si hubiera música en su cabeza. Hasta se daba el lujo de rodearlos dibujando círculos y haciendo arabescos con las manos. Sin embargo, no cantaba.

Charlie sabía por qué Clara no cantaba. No tenía su voz; y no la tendría hasta que él la recuperara. No podía seguir perdiendo el tiempo. Abrió los ojos, todo lo grande que pudo abrirlos, y vio a su alrededor, cuidando no perderse ni un solo detalle.

—¡Lo contré… otro framento! —gritó y se detuvo en seco.

Con su mano libre señalaba el cielo.

La señora Hugler se detuvo al sentir el tirón de esa manita que aferraba con tanta fuerza. Clara en seguida dejó de saltar y fijó la vista en donde Charlie señalaba. Incluso Fernando salió de su aletargo para mirar con atención.

En el cielo volaba un trozo de celofán, seguro que de buen tamaño pues se alcanzaba a distinguir a pesar de la gran altura a la que se encontraba. Giraba y giraba, prisionero de las caprichosas corrientes de aire. Y con cada giro lanzaba destellos, reflejos del sol.

Al distinguirlo Clara cantó.

Puede parecer,
que la oscuridad,
vuela a tu alrededor.
No debes temer,
no te dañará,
yo a tu lado estoy.

Brillará esa luz en ti,
desde tu corazón.
Yo estaré, justo aquí,
para darte mi amor.

Charlie y Clara se tomaron de las manos y saltaron emocionados. Clara no pudo traer a su poni, de modo que no pudo felicitar a Charlie de viva voz, así que se limitó a sonreír y a hacer una letra "o" con los dedos para indicar que todo iba muy bien. Charlie conocía esa seña, el señor Hugler la usaba todo el tiempo para indicar que algo estaba bien. Tan pronto la vio su rostro se iluminó por la felicidad.

La señora Hugler trataba de disimular una sonrisa.

—Son unos locos.

Fernando también sonrió un poco; aunque nadie lo notó.

—Ya pónganse serios.

Clara asintió con la cabeza. Al verla, Charlie la imitó. Enseguida reanudaron su camino.

Para Charlie, la idea de que el dragón había ocultado la voz de Clara en un sitio tan alejado de casa era excitante y atemorizante a un mismo tiempo. Le emocionaba la expectativa de tener que explorar todo el mundo para encontrar el fragmento que faltaba, pero el mundo era tan grande que le daba miedo la idea de hacerlo solito.

Llegaron al centro comunitario faltando diez minutos para las diez de la mañana. En la recepción habían improvisado un módulo para tramitar identificaciones. Según rezaba la lona de afuera estarían ahí sólo hasta la próxima semana.

La señora Hugler miró a los tres con bastante

seriedad. Levantó el dedo índice, señal de que se trataba de instrucciones importantes.

—Quédense aquí, quietecitos. Yo tengo que hacer fila aquí en frente. Nada de irse a vagar por ahí.

Las palabras las dijo a todos, aunque miró sólo a Fernando cuando las pronunció. Fernando entendió la orden, a él le tocaba vigilar a sus hermanitos, así que asintió enérgico.

Al principio podían ver a la señora Hugler, a unos cuantos pasos frente a ellos. Pero poco a poco la fila fue avanzando, así como también fue creciendo y creciendo, por lo que pronto la señora Hugler quedó lejos y semi oculta tras mucha gente.

La señora Hugler volteaba a verlos ocasionalmente. Y se tranquilizaba al ver a Clara, o a Charlie, o Fernando. A cualquiera de

ellos tres, aunque sea tantito, entre ese mar de brazos y torsos que los separaba.

Sin la señora Hugler cerca, Fernando volvió a sumergiese en el silencio. Charlie normalmente habría intentado animarlo, pero ahora mismo estaba más preocupado en encontrar el último fragmento de canción. Como sea, tanta quietud terminó sumiendo a Fernando en un sueño ligero e intranquilo. Respiraba dificultosamente, aunque sin llegar a roncar.

Al poco rato llegó una señora acompañada de sus dos hijas. Las tres se sentaron en la misma fila de sillas donde Fernando dormía. Desde la perspectiva de la señora Hugler podía verse a Fernando y media niñita de suéter azul charlando muy animosa con alguien más. Ella, desde luego, supuso que se trataba de Clara divirtiéndose con Charlie.

En cuanto a Charlie, buscó por toda la sala, tratando de esquivar a tanta gente. La tarea era imposible y empezaba a fastidiarse.

—No tá —dijo frustrado

Clara contuvo una risa.

Charlie lo pensó por un momento, y vio a la señora Hugler tan entretenida en esa interminable fila, así que se armó de valor y se fue de la sala.

—Esper… —alcanzó a musitar Clara antes de llevarse las manos a la boca, aunque Charlie no la escuchó.

Clara fue tras él. No salieron del edificio; no por falta de ganas sino por falta de ocurrencia. El lugar era grande, y a Clara le recordaba los edificios de una escuela. Charlie no tenía punto de comparación, así que para él sólo era un lugar grande.

Anduvieron por los pasillos, viendo todo en rededor. Charlie buscando y Clara siguiendo a Charlie. Pasaron por salones donde niños grandes tenían clases. Incluso donde adultos tenían clases. Aquello sorprendió a Clara. Pensaba en lo desdichadas que debían sentirse esas personas de ir a la escuela en sábado.

Fueron tres las notas que llamaron la atención de Clara. Un Do, un Mi y un Sol. Una tras otra, y después las tres juntas. Se trataba de una mujer sentada frente a un piano. Desde luego que Clara sabía lo que era un piano, lo había visto en televisión. La mujer se levantó, bajó la tapa de las teclas, tomó sus cosas y se fue. Incluso pasó a un lado de Clara sin prestarle atención.

Charlie se detuvo en seco al dejar de oír los pasos de su hermana. Volteó a tiempo para verla

entrar a uno de los salones.

—Manita, perame.

Enseguida corrió para alcanzarla.

Clara se sentó en la butaca. Se veía algo nerviosa. Levantó la tapa de las teclas y las observó con la misma intensidad con la que Charlie observaba todas las cosas. Fue presionando cada tecla, una a una, desde la primera hasta la última. Se tomó su tiempo para escuchar cada sonido con atención. Rápidamente identificó ese Do, ese Mi y ese Sol que la habían llamado.

Charlie se acercó a Clara. Veía el piano con ojos muy abiertos. No se atrevía a tocarlo. Le parecía que era muy bonito y valioso.

—¿Es una música?

Había visto los pianos, pero no sabía cómo se llamaban, nunca preguntó.

—Es un piano.

—Hablaste —dijo Charlie divertido.

—Tú brillas Charlie. Me trajiste el último fragmento y me devolviste mi voz.

—¿Yo brillo?

Charlie se quedó pensando en eso. La idea superaba por mucho a su imaginación.

Clara carraspeó para preparar la garganta, luego cantó. Pero no cantaba sola, tan sólo con su voz, ahora cantaba también con el piano.

Puede parecer,
que la oscuridad,
vuela a tu alrededor.
No debes temer,
no te dañará,
yo a tu lado estoy.
Brillará esa luz en ti,
desde tu corazón.

Yo estaré, justo aquí,

para darte mi amor.

Siempre cada vez,

que la oscuridad,

lo pinte todo de gris…

tienes que saber,

que solo no estás,

que yo estoy junto a ti.

Era la primera vez que Charlie escuchaba algo así. Le pareció que era lo más bonito que había escuchado nunca. En seguida corrió a abrazar a Clara.

—Canta otra vez.

La mujer de hacía un rato observaba todo desde la puerta del aula. La canción de Clara le despertaba interés. La segunda interpretación superaba por mucho a la primera. Y es que Clara intuía las notas con mucha naturalidad,

las hacía propias y las expresaba con el mismo sentimiento que su garganta hacia vibrar su voz; como si el piano fuera una extensión de sí misma, una parte de su cuerpo que no conocía, pero que ahora le era revelado.

—¡Clarita!

La señora Hugler corría atraída por la voz de su hija.

Clara dejó de tocar muy asustada y azotó la tapa de las teclas. Intentó levantarse, pero topó con Charlie que ya prácticamente estaba sobre su espalda.

—Charlie —se quejó.

Nunca había escuchado a su mamá gritar así. Ahora sí debía estar en problemas.

La señora Hugler llegó a la puerta del aula, pálida y agitada; apenas podía respirar. Tras ella venía Fernando llorando en silencio.

—Señora, ¿es su hija? —preguntó la mujer.

—Sí —dijo la señora Hugler, aun sin recuperarse del todo de semejante carrera—. Siento mucho que se hayan metido sin permiso. No sabe el susto que me pusieron. Yo los perdí de vista solo un momento y…

—Cálmese, ¿por qué no se sienta?

Pasó un buen rato hasta que la señora Hugler se calmó. Charlie quería correr a sus brazos para consolarla, pero Clara lo detenía. Le murmuraba al oído que no era buena idea.

—Soy Ágata Vico. Enseño música aquí.

—Norma Nava. Mucho gusto.

—Mire señora Norma. ¿Le puedo decir Norma? Lo que acaba de hacer su hija es sorprendente. Me gustaría que la escuchara.

—¿Hizo qué?

La mujer se acercó al piano y levantó la tapa

de las teclas. Luego invitó a Clara para que se sentara. Clara se acercó con timidez y volvió a sentarse.

—¿Puedes cantar otra vez?

Clara asintió, no muy convencida. Era nuevo eso de tener a tanta gente tan atenta a lo que hacía. Respiró profundo y empezó a cantar su canción. No con el mismo sentimiento, por lo nerviosa, pero si fue una muy buena interpretación. Incluso el acompañamiento con el piano había mejorado notoriamente.

—¿Su hija había tocado el piano antes?

—No.

Ágata volteo a donde Clara.

—Clarita. La canción; tú la inventaste, ¿a que sí?

Clara asintió.

Por un momento todos se quedaron callados,

cómo si no supieran que decir. Para la señora Hugler, Charlie y Clara la situación era poco menos que extraña. Para Ágata era el descubrimiento más sorprendente de su vida como maestra de música. Para Fernando no significaba nada en lo absoluto, lo que no le quitaba el sentimiento por recibir los gritos de su mamá y la posibilidad de haber perdido a sus hermanitos menores.

Ágata no perdió oportunidad de hablarle a la señora Hugler sobre una escuela llamada conservatorio. Hasta donde Charlie alcanzó a entender aquella escuela quedaba muy lejos, en algo que se llamaba Ciudad de México.

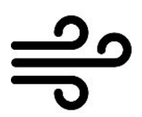
Al día siguiente la misma señora fue a casa de Charlie para hablar con el señor Hugler sobre Clara y sobre esa escuela. Por esos días llevaron a Clara al centro comunitario para grabarla

mientras cantaba su canción. Durante todo ese proceso Charlie estuvo angustiado. Primero, porque Clara ya no le hacía tanto caso como antes. Y segundo, porque seguían diciendo que Clara iba a ir a esa escuela que quedaba muy lejos, y lo decían como si ya no fuera a regresar jamás.

El tiempo pasó y con él lo inevitable. Clara se fue a vivir con un tío de Charlie, hermano mayor de su mamá, con esas primas que Charlie no conocía. Iba a estudiar en esa fea escuela de música.

Desde entonces la música ya no le gustó tanto. Ni ya le emocionó tanto la expectativa de ir a la escuela. Clara no estaba y eso le dolía mucho, lo hacía llorar.

6 EN EL PRESENTE.



LA SEÑORA Hugler no deja de cuchichear cosas sobre Clara. Repite lo mismo una y otra vez, cada ocasión como si lo hiciera por vez primera. Habla del vestido, de las cosas que le enviará por paquetería, de comprarle un teléfono como el de Charlie, de, para variar, que ellos la visiten a Ciudad de México en las próximas vacaciones. Para Charlie es tan irritante que se hunde en su asiento, malhumorado. Ni siquiera la novedad de su teléfono nuevo consigue distraerlo de tanta cháchara.

El señor Hugler aprieta el volante; se ve en sus nudillos pálidos.

—Vamos algo tarde. Tendrán que cambiarse rápido.

Habla con voz monótona, señal inequívoca de que intenta reprimir sus emociones, quizá contener el llanto. Siempre se pone así cuando hablan de Clara o de Fernando, sobre todo de este último.

Charlie se coloca los audífonos y pone a todo volumen las únicas dos canciones que el teléfono trae a modo de prueba. No las conoce, tampoco le gustan, pero cualquier cosa es mejor que tener que escuchar a su mamá o a su papá. El señor Hugler conduce al límite de velocidad. Ni por encima ni por debajo de lo que marcan los señalamientos en carretera. Por sorprendente que parezca ese viernes el trafico da tregua, no es tanto como cabría esperar. Los agentes de tránsito, sin embargo, sí que están atentos al camino, a la caza de cualquier incauto que se atreva a pisar el acelerador un poco más de lo

debido. La señora Hugler abraza el vestido de Clara con todas sus fuerzas, como si por el acto de abrazar el vestido ya estuviera abrazando a su hija. La alergia vuelve a producirle lagrimeos involuntarios. Con todo, consiguen llegar a la casa ex propiedad del tío abuelo sin ningún contratiempo. Ese auto tan parecido a una carroza fúnebre responde mejor que el viejo auto del señor Hugler. No hace ruidos extraños ni avienta esos apestosos y densos nubarrones negros por el escape. El motor funciona tan bien que cuando se detienen, por ejemplo, en una luz roja, es como si el auto estuviera apagado de tan sereno que anda.

El señor Hugler ve a Charlie por el espejo retrovisor.

—Tenemos el tiempo contado, no lo olvides. Nos vamos en treinta minutos. Sólo dúchate

rápido y vístete.

Charlie asiente, toma sus cosas, baja del auto y se va corriendo. Esquiva a los empleados que preparan el homenaje y sube a la segunda planta de la casa. Treinta minutos es una eternidad de tiempo para algo tan simple como ducharse y vestirse.

Va primero por el pasillo que da al ala este de la casa. Las puertas de las cuatro habitaciones están cerradas con llave; incluso la de sus padres, o la que debe ser de sus padres a juzgar por el letrero que cuelga de la perilla. Vuelve sobre sus pasos y va al ala oeste. Ahí encuentra otras cuatro habitaciones. Dos de ellas están marcadas, con el nombre de su hermana y con su nombre respectivamente. Entra a la que tiene el letrero con su nombre.

Es enorme, incluso más grande que la

habitación que tiene en casa, la que compartía con su hermano. Al centro hay una cama queen size. Sobre ella hay una caja, y sobre la caja un sobre blanco. Las cortinas, el escritorio, el armario, en fin, cualquier mueble y casi cualquier cosa, todo es enorme.

Entra a pasos lentos, sintiéndose un invasor. ¿Cómo es que el tío abuelo nunca dijo ser tan rico? Bueno, Charlie sabía que tenía dinero, pero no cuánto. ¿Cómo es que nunca los ayudó antes? O tal vez sí lo intentó, pero el ridículo de su padre debió negarse por esa absurda dignidad suya. Ya vista así, aquella enorme propiedad, igual no se explica cómo es que rechazó una y otra vez la oferta del tío abuelo de pasar las vacaciones en su casa.

Deja su ropa nueva sobre la cama, a un lado de la caja. Se toma un momento para verla más

detenidamente. Parece una caja de zapatos, pero no debe serlo. Es de madera y tiene su nombre grabado a modo de tapiz o collage. "Charlie por todos lados, de todos los tamaños". Por cierto, encima del sobre blanco hay una llave en la que no había reparado antes. Por lo visto la llave no es para la caja, ya que esta no está asegurada, así que debe ser de la puerta de la habitación. Toma la llave y la pone sobre el buró, a un lado de la cama. Ya buscaría un llavero después. En cuanto a la caja y el sobre, los oculta bajo la cama. Ya tendrá tiempo de ver su contenido cuando termine la ceremonia de cremación.

Cierra la puerta de su habitación con seguro. Le resulta reconfortante el clic que hace el cerrojo al trabarse. Se concentra en preparar su ropa. Quita los ganchos y las etiquetas, luego la organiza sobre la cama. No quiere reconocerlo,

pero le emociona la expectativa de estrenar ropa, apenas puede esperar para ponérsela. Asiente para sí mismo y va al baño a ducharse. Su habitación, como presumiblemente todos los dormitorios de la casa, cuenta con su propio cuarto de baño. Abre la puerta sin muchas expectativas. Se sorprende al constatar lo amplio que es. El inodoro y la tina son como dos islas en medio de un mar de mosaicos turquesa; dos islas muy separadas la una de la otra; bien pudiera ser otro dormitorio.

Cierra la puerta del baño para toparse con su reflejo. Hay un espejo de cuerpo entero adherido al reverso. Da dos pasos atrás sorprendido. El corazón le late con fuerza, muy rápido. Por un momento creyó ver un fantasma; más específicamente el fantasma de su hermano. Nada más lejos de la realidad.

Sonríe nervioso. Se burlaría de sí mismo si no estuviera tan agitado. Endereza su espalda para erguirse tan alto es. Estira bien las piernas, levanta el mentón, hace los hombros para atrás. El traje que trae puesto le pertenecía a su hermano Fernando; como la mayor parte de su ropa, es heredado. Visto así pantalón y saco le quedan cortos de mangas y perneras. Como sea, es la última vez que usa ropa heredada. Lo sabe por tres razones. Primero, porque ahora tiene el dinero suficiente para comprar ropa nueva. Segundo, su hermano ya no está, así que ya no hay más ropa que heredar. Y tercero, el pronto dejará de estar, por lo que ya no necesitará más ropa. Por lo pronto, aquel viejo traje le queda bien. Le recuerda a Fernando, lo que lo pone algo nostálgico. Después de todo era su hermano, es lógico que se parezcan. No es que

sean idénticos, pero por ser hermanos vaya que comparten rasgos en común.

Se quita el saco y lo arroja al suelo, sin cuidado. No pasa nada, ya no lo usará más. Enseguida se encarga de la camisa. Desabotona cada botón tomándose su tiempo. Sonríe al pensar en lo estresado de su padre por lo tarde que es; y él perdiendo el tiempo con unos botones que bien podría reventar y a nadie importarían.

Voltea a ver su imagen en el espejo al darse cuenda de que sonríe. Pero lejos de lo que esperaba su sonrisa no se parece en nada a la sonrisa de Fernando. Es como si él mismo fuera un Fernando corrompido. Pierde su sonrisa. Su cara de tristeza sí que se parece a la cara de tristeza que solía tener Fernando. Se descubre a sí mismo con la camisa desabrochada, con el

pecho y vientre desnudos, con la corbata rodeándole el cuello. De pronto siente ganas de vomitar. Se inclina sobre el retrete, pero no avienta más que un poco de bilis. Toma una de las toallas y cubre el espejo, luego jala la cadena del inodoro. No le interesa ver su reflejo desnudo en aquel incómodo sitio. O eso se dice: es su reflejo, no el que su reflejo sea similar a su hermano. Le parece que es una completa tontería tener un espejo de ese tamaño en ese lugar y en esa posición.

Le toma alrededor de cinco minutos el ducharse; y otros cinco minutos más el vestirse. En ese momento el espejo de cuerpo entero ya no le parece tan inútil. Se toma su tiempo para contemplarse. La ropa nueva le sienta bien. Definitivamente el negro es su color, aunque la odiosa de Clara insista en que el azul se le ve

mejor.

Toma el cordón de la etiqueta de su saco nuevo y ata la llave a la funda de su teléfono; así no se perderá.

Aprovechando ve la hora en la pantalla. Faltan diez minutos para irse. Sale de su habitación, camina por el pasillo, de extremo a extremo, y llama a la puerta de la habitación de sus padres.

—Ya estoy listo.

El señor Hugler abre y lo inspecciona superficial mente.

—Vuelta.

Charlie obedece y da media vuelta para darle la espalda.

—Está bien. Espéranos abajo.

Charlie se pone en marcha tan pronto escucha el azote de la puerta. Va directo a las

escaleras y de ahí al salón en la planta baja. La gente extraña sigue sumando adornos a la sobrecargada decoración. Flores y listones negros por todas partes. También colocan mesas entorno a la pista de baile, y sillas en torno a las mesas, todo perfectamente acomodado para estar en pos de una suerte de plataforma de madera con un micrófono en un pedestal alto. Otra plataforma, no tan alta, obviamente es la destinada para los músicos, a juzgar por los instrumentos que acomodan. Charlie nunca ha estado en ninguna fiesta —u homenaje— en donde se tocara música en vivo.

Ahí está esa mujer que los saludó más temprano; debe ser la jefa, la delatan sus elevados niveles de estrés.

—Hay que probar la acústica y ajustar el monitor, con el salón lleno esto va a ser un caos.

¿Dónde está Priscila con las bebidas?

Charlie pasa de todo eso. Camina por el salón, observando cada cosa con indiferencia, estorbando sin dar seña de que le importe en lo más mínimo. Gradualmente su caminata lo acerca a la mesa de los aperitivos. Estos sí que no lo dejan indiferente; su estómago protesta pidiendo comida. Camina directo a la mesa e intenta tomar algo.

De inmediato se acerca la mujer a cargo.

—No deberías tocar eso.

No suena tan amable como cuando los recibió.

Los dedos de Charlie casi rozan los panecillos.

—¿Por qué?

—Por respeto. Aunque es evidente que eso es algo que no conoces.

Charlie retrae los dedos, después el brazo. Le sostiene la mirada a la mujer, más de lo que ella habría esperado, luego se marcha a pasos firmes, sin mirar atrás.

Espera en el vestíbulo, a los pies de la escalera. Mira en dirección a la estancia, donde una serie de mullidos sillones, visiblemente cómodos, le invitan a sentarse; pero debe estar ahí, de pie, dándole la espalda al salón, dándole la espalda a la odiosa mujer encargada de semejante circo.

—Te ves precioso —dice la señora Hugler.

Charlie habría preferido apuesto antes que precioso. Voltea a las escaleras. Bajan su mamá y su papá. Ella con un vestido negro de corte discreto y un saco modesto, pero con buen gusto, así como un par de zapatos tan elegantes que se ven raros con esa ropa. Los ojos

hinchados delatan que ha llorado. Normal, la señora Hugler llora todo el tiempo. Aunque ha intentado ocultarlo con el maquillaje. En cuanto al señor Hugler, viste el típico traje negro genérico del que poco o nada se puede decir. Charlie suspira al verlos. Sus padres definitivamente no se ven como gente rica. Son demasiado ordinarios, demasiado simplones.

—Tú te ves preciosa, mami.

Charlie extiende la mano para ayudarle a la señora Hugler a bajar el último escalón. Ella toma la mano de su hijo, sintiendo una pequeña punzada en el corazón, un leve soplo de felicidad.

Llegan a la capilla con veinte minutos de anticipación. El escaso tráfico y la ausencia total de contratiempos ya resultan descarados. Por momentos Charlie sigue pensando que se trata

de un sueño, pero cada vez la realidad termina imponiéndose por fuerza.

El abogado los espera en el lugar, reacciona tan pronto los ve entrar.

—Buenas tardes, señor Hugler. Me alegra verlos. Ya hay algunos invitados en la sala. Tal vez quieran entrar.

»Por cierto, este es mi hijo Teo.

Al abogado le acompaña otro hombre, parecido a él, pero definitivamente más joven. Este se adelanta y extiende la mano para saludar al señor Hugler.

—Teo Carvajal, mucho gusto.

Enseguida voltea a donde la señora Hugler y le besa la mano.

—Señora.

—El gusto es mío —dice el señor Hugler.

Charlie ve al tipo con recelo. No le gustó que

besara la mano de su mamá. Su traje es mucho mejor que el de su papá, también huele mejor que su papá y definitivamente es más joven que su papá. Enseguida toma la mano de su mamá y se pega a ella como una sanguijuela.

El abogado mayor señala a una dirección.

—Vamos por aquí, señor Hugler. Mi hijo se encargará del resto.

Los lleva a la capilla: una habitación privada, libre de cualquier indumentaria religiosa o de cualquier arreglo floral. En el lugar hay unas diez personas, todas viejas y cansadas. Al fondo está el féretro con el cuerpo del difunto.

El señor Hugler se acerca a ver el cuerpo. Lo contempla por largo rato. No llora, no abiertamente, pero sí que termina con los ojos enrojecidos.

Charlie no deja de aferrar el brazo de su mamá. Mira a su alrededor, comprobando que no los ha seguido el abogado más joven. Sólo entonces la suelta.

Sigue llegando gente, al menos cinco personas más, igual de viejas y cansadas que las primeras. Sus ropas son excéntricas, y definitivamente costosas.

Pasado un rato uno de los ancianos asistentes va a donde el señor Hugler, le pone una huesuda mano en el hombro y le dice que la ceremonia va a empezar. Este vuelve a donde la señora Hugler y Charlie.

Todos en la sala se acomodan, prestos a escuchar, en lo que el anciano toma su lugar tras el féretro con el cuerpo.

—Carlo dejó un gran legado tras de sí.

Arrastra las palabras, como si pesaran. Los

ancianitos asienten, como avalando lo dicho.

—Familia…

Ve fijamente al señor Hugler.

—Amigos…

Ve al excéntrico grupo de ancianos.

—Amantes.

No aparta la mirada del grupo, aunque si inclina la cabeza como para matizar; algunas señoras parecen ruborizarse.

—Siempre fue un ejemplo de liderazgo, de laboriosidad, de testarudez, de aplomo.

Los presentes siguen asintiendo, dando su total aprobación. Ninguno, salvo la señora Hugler, llora.

—Hoy yacen aquí los restos del que fuera un gran hombre. Para recordarnos lo efímera que es la vida. Para recordarnos la importancia de saber vivirla, pues al final todos dejamos de

existir.

»Carlo vivió, y no se arrepintió de nada cuanto hizo. Su vida fue plena pues cumplió cada uno de sus propósitos. Y hoy nos deja para siempre. Con el deseo de que le recordemos, por ser Carlo el hombre. Por ser un padre, por ser un amigo, o por ser un amante.

»Que se haga su voluntad. La última de ellas.

—Así sea —dicen los presentes a coro, exceptuando a los Hugler.

Concluido el brevísimo discurso cada invitado pasa al frente, uno a uno, para ver por última vez aquel rostro; y así se van marchando, uno a uno, primero a dar el pésame a los Hugler, después afuera.

El abogado se acerca con discreción al señor Hugler.

—Me informan que el horno ya está listo.

—Tal vez el señor quiera unos minutos más con el cuerpo —sugiere uno de los trabajadores de la funeraria.

El señor Hugler permanece callado por casi un minuto entero, sin dejar de abrazar a la señora Hugler en todo momento. El empleado espera paciente una respuesta.

—No… —dice finalmente el señor Hugler, luego de un largo suspiro— pueden llevárselo ya —de esa clase de suspiros que absorben tanto oxígeno que terminan por ahogar la flama del dolor, de modo que la apagan de momento.

En seguida un grupito de trabajadores entra y se lleva el féretro, directo al horno de cremación, pues tiene prioridad.

—Bueno, señor Hugler. Oficialmente aquí terminan mis servicios. Ya nos veremos esta tarde en el homenaje. Recuerde que puede

llamarme en cualquier momento.

—Gracias por todo, licenciado Carvajal.

—La cremación durará un rato según escuché. Mi hijo puede hacerse cargo de llevar las cenizas a la casa. Tal vez quieran descansar un poco antes de la cena. Me imagino que ha sido un día difícil.

Dicho eso el licenciado se va.

Ya que todos se han marchado la sala se ve más grande de lo que aparentaba en un principio. El gris de la alfombra en los muros y en los cerámicos del suelo le confieren al lugar una atmósfera lúgubre y depresiva. Cinco minutos son una eternidad para Charlie. Tiempo suficiente para ver cada desperfecto en paredes, techo y suelo. Está a punto de protestar cuando el señor Hugler al fin reacciona y se pone en marcha. Charlie va tras él y su mamá, quiere

salir cuanto antes de aquella habitación tan hostil, no le gusta para nada.

No son los únicos en la funeraria. En realidad, hay gente lacrimosa por doquier; al parecer la gente se muere a diario. A Charlie le incomodan todas esas cruces con ese sujeto sádicamente clavado a ellas, observándolo con esa particular mirada llena de inexplicable piedad. La sangre le resbala de la cabeza, ahí donde las espinas se le clavan en la piel. Y aun así conserva esa mirada, como diciéndole: —perdono lo que hiciste pues no sabías lo que hacías —eso sin mencionar los clavos en manos y pies.

Charlie se acerca a su papá y jala la manga del saco para llamar su atención. Está angustiado, el sitio simplemente le pone los nervios de punta.

—Papá, quiero irme ya, por favor. No me gusta este lugar.

—Ya nos vamos, hijo. Calma.

Charlie se refugia en los brazos de su mamá; hunde la cara en su regazo, para no tener que ver nada de aquello. La señora Hugler lo acoge con ternura.

El señor Hugler tarda una eternidad en buscar la tarjeta que le dio Teo Carvajal, perdida en algún oscuro rincón del bolsillo de su saco barato. También se toma su tiempo en digitar cada número en su viejo teléfono celular.

El teléfono suena una vez.

—Señor Hugler. Aquí estoy. ¿Para qué soy bueno?

La voz se escucha desde la bocina del teléfono y desde algún lugar del vestíbulo al mismo tiempo.

Charlie enseguida alza la cabeza para ver al hombre. Disimuladamente se mueve un poco para colocarse entre su mamá y el tipo. También la abraza con más fuerza.

El señor Hugler lo ve y cuelga la llamada.

—Aquí está. Qué bueno que lo veo, licenciado Carvajal.

—Oh, por favor, sólo llámeme Teo.

—Bueno, Teo. Su padre me dijo que podíamos adelantarnos a la casa. Hay que prepararnos para la cena y esas cosas.

—Por supuesto. No hay problema. Tan pronto termine la cremación yo me encargo de llevar la urna. De eso no hay que preocuparse.

—Muy bien. Con eso nos vamos tranquilos.

El abogado se despide y se va, a esperar la urna, según dice. Con eso el señor Hugler al fin anuncia la retirada.

Suben al auto, sintiéndose extrañamente muy cansados. Estar en la funeraria roba las fuerzas.

Ya que se alejaron lo suficiente el señor Hugler intenta romper la tensión.

—Vamos con suficiente tiempo. Podríamos pasar a la casa a recoger algunas cosas antes de la cena.

La señora Hugler asiente en silencio. Charlie no dice nada; intenta serenarse y no llorar.

No tardan en llegar, las avenidas vacías hacen un viaje muy poco memorable. Entrar al barrio, no obstante, es otra cosa. Los vecinos reconocen a la familia, y notan la diferencia. Un auto nuevo, ropa nueva. Saben que definitivamente algo pasa, algo grande.

La familia baja del auto, como si tal cosa, bajo el implacable escrutinio de los vecinos.

Charlie siente las miradas. Siente, incluso, las palabras que murmuran sobre ellos. Toma la mano de su mamá para sentirse seguro. Esta húmeda por las lágrimas. Pero Charlie está acostumbrado; con su mamá todo es lágrimas.

Tan pronto entran a la casa Charlie vuelve a recorrerla, como si no hubiera hecho eso mismo esa mañana. Su habitación está tal cual la dejó, con el libro de matemáticas abierto un poco más allá de la mitad y su cuaderno abierto con unas modestas operaciones básicas sin resolver.

El señor Hugler entra a la habitación tras él

—No hay mucho tiempo, hijo. Deja de vagar. Sólo toma lo que puedas cargar en una mochila y vámonos. El resto lo llevará el servicio de mudanzas.

Charlie lo piensa. En realidad, lo único que quiere es su baúl. De todos modos, guarda libro

y libreta en su mochila y se la cuelga a la espalda.

El señor Hugler observa todo el proceso.

—Quieres tu baúl, ¿verdad?

Charlie asiente con timidez.

—¿Y tienes cosas muy pesadas?

Charlie se encoge de hombros.

—No lo creo, papi.

El señor Hugler se inclina de cuclillas y abre el baúl. El corazón le da un vuelco. Casi cae al perder el equilibrio por un repentino ataque de vértigo. El baúl esta lleno de bloques de construcción, los bloques de Fernando. También guarda una cometa roja con apariencia de ser nueva de tan conservada. Pero lo que sobresale es un viejo marco de madera con una fotografía de Charlie y Fernando. Ambos están de pie en el patio de la casa. Fernando simula hacer volar un

avión de juguete mientras Charlie ve a su hermano con admiración.

Charlie nota el cambio en el rostro del señor Hugler, de pronto se ve ten pálido.

—Papá, ¿Estas bien?

El señor Hugler se toma un momento para respirar.

—Sí, estoy bien. Sólo algo cansado.

El baúl promete tener muchas más cosas, pero el señor Hugler no cree soportar verlas. Tiene una idea bastante acertada de lo que encontraría, objetos de Fernando que Charlie conserva, para no olvidarlo, como una suerte de altar. Cierra el baúl.

—Lo extrañas mucho, ¿verdad?

Charlie desvía la mirada.

—Era mi mejor amigo.

Por primera vez en mucho tiempo el rostro

de Charlie muestra una emoción. Así lo constata el señor Hugler: dolor, angustia, nostalgia.

El señor Hugler lo ve ahí, pequeño e indefenso. Por un momento lo recuerda tan frágil y quebrado; y algo en su interior se remueve; viejos temores y viejos dolores. Se apresura a abrazarlo con ternura, como hacía mucho tiempo no lo abrazaba. Charlie corresponde al abrazo, esta vez con las ganas de corresponderlo, y llora. No mucho, apenas unos cuantos sollozos y unas cuantas lágrimas, pero si lo suficiente como para sentirse un poco más libre.

El señor Hugler sonríe a su hijo.

—Vamos, ayúdame a cargarlo.

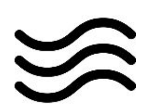
Luego le revuelve el cabello.

Charlie toma el baúl de un asa y el señor Hugler de la otra. Batallan, pues para Charlie el

baúl es grande y pesado. Aun así, consiguen llevarlo hasta el auto.

Visto ahí dentro, en la amplia cajuela, el baúl parece el típico féretro dentro de la típica carroza fúnebre. Tal escena divierte y contrista a Charlie, ambas cosas a la vez.

7 EN EL PASADO.



LA RAZÓN por la cual Charlie parecía ser un nene que no lloraba era que pocas cosas podían hacerlo llorar. Si bien el dolor y el malestar físico no eran cosas que la agradaran, tampoco representaban una razón de peso para el llanto, simplemente las soportaba estoico. Como el día que se quemó con la bombilla de la lámpara de la sala. La encendió para que acumulara mucha luz, luego intentó desenroscarla para llevársela a su cuarto y aluzar bajo su cama. O como el día que el gato que invadió su patio lo rasguñó en el chamorro. Se le lanzó encima para atraparlo y el gato se defendió. En cada ocasión sintió el dolor, no le gustó nada y expresó su pesar, pero si derramó lágrimas, esas no fueron ni muchas, ni memorables. Sin embargo, como constataría

la señora Hugler, sí que había algo que podía hacerlo llorar, el dolor emocional.

Pero, con cuatro años, ¿qué pudiera provocarle dolor emocional? No es como que tuviera una vida complicada, o como si su reducida capacidad le diera las herramientas para entender las emociones de una forma profunda. No obstante, sí que hubo algo.

Un mal día todos se levantaron extraños —con el pie izquierdo—. No dejaban de ir de allá para acá, acomodando cosas, para luego moverlas una y otra vez y terminar acomodándolas en el mismo sitio en donde estaban en un principio. Si era un juego era uno muy extraño; además de nada divertido, por descontado.

Movido por la duda Charlie fue a preguntar a su papá.

—¿Qué pasa, papi?

El señor Hugler sonrió, le revolvió el cabello y lo mando a ayudar a su mamá. Charlie obedeció. Fue a donde la señora Hugler y se presentó presto a ayudarla.

—Yo te yudo, mami.

—Ahora no, bebé, estoy muy atareada. Anda a jugar con tus hermanos.

De ahí Charlie se fue a la habitación de Clara, pero se topó con una barricada de ponis en la puerta.

—Ahora no, noble caballero, la princesa Clara Luz se encuentra muy atareada.

Resignado, Charlie fue a donde su hermano, se montó a la cama y lo sacudió para despertarlo.

—Manito, vamos a jugar.

Fernando apenas abrió un ojo, lo suficiente

para ver a Charlie; bostezó y se volvió a acomodar para seguir durmiendo.

—Ahora no, ciudadano, juega tú, yo estoy durmiendo.

Charlie se quedó en su cama sin entender nada. Luego de un largo rato su hermano se levantó, hizo la cama y se alistó. En seguida vino la señora Hugler, quien se encargó de dejar a Charlie presentable.

—¿Vamos al afuera?

La señora Hugler limpiaba el rostro de Charlie con un paño húmedo. Entornaba los ojos muy concentrada.

—No amor. Tenemos visitas.

Por azar o perfecta sincronía del destino, tan pronto todo estuvo listo llamaron al timbre de la puerta. La señora Hugler volteó a la procedencia del ruido, visiblemente emocionada; y con la

misma excitación se apresuró a atender. Charlie fue tras ella, ansioso por saber quién venia y por qué era tan importante.

La señora Hugler abrió la puerta. Eran dos, un hombre y una mujer. Eran grandes y feos, de piel tan oscura que asustaban. Su voz además sonaba extraña. En suma, para Charlie resultaban desagradables. La señora Hugler los saludó a ambos con un abrazo y beso, el señor Hugler hizo lo propio. De igual manera, Clara y Fernando saludaron, cuando menos con una medida cortesía. En cuanto a Charlie, se negó rotundamente a acercarse a aquel par de extraños, por más que la señora Hugler asegurara que el hombre era su hermano y que por tanto era el tío de Charlie.

Los adultos charlaron largo y tendido en la estancia de la casa, acompañados de café y

galletas. Charlie no entendió nada de esa conversación, ahora por su recelo, ahora porque en verdad trataban cosas que sobrepasaban sus capacidades. Como sea, aquello no le dio buena espina. Estuvo renuente toda la tarde, lo mismo que esa noche durante la cena. Por primera vez se comportó necio y caprichoso, cosa que dejó en ridículo a la señora Hugler, pues Charlie era todo lo contrario a lo que la señora había presumido. Estaba tan ofuscado que no le importaron ni los regaños ni las dos nalgadas que se ganó. Ciertamente fue desconcertante para la señora Hugler ver la indiferencia con la que Charlie aceptaba las palmadas en el trasero. Pero el verdadero drama inició al día siguiente, cuando fueron al aeropuerto para despedir a los tíos. Y es que no se fueron solos, se llevaron consigo a Clara.

Algo se movió en el interior de Charlie, algo que hasta entonces mantenía a raya sus lágrimas. Lloró desconsolado, con tal intensidad que rompía el corazón el sólo verlo. Lloró desde el momento mismo en que Clara desapareció de su vista y entendió que no volvería en mucho tiempo —si acaso volvía—. Su llanto se prolongó por tanto tiempo que la señora Hugler tuvo que obligarle a tomar muchos líquidos y sueros por temor a que se deshidratara. Naturalmente que el asunto terminó en manos del pediatra.

—Le pasa algo terrible, doctor, estoy segura.

El doctor se acercó a Charlie, que yacía sentado en la mesa de auscultación, y lo revisó superficialmente.

—El nene extraña a su hermana. Eso es todo, señora.

La señora Hugler, sin embargo, no terminaba de entender las implicaciones de esa declaración. Por eso seguía llevando a Charlie una y otra vez a ver al médico. Cada visita salía exasperada por la respuesta del doctor, siempre afirmando que todo iba bien, cuando era obvio que no. No era normal que un niño llorara tanto.

—¿Cree que deba ver a un psicólogo infantil? Escuché en televisión que los niños viven el duelo de forma diferente a los adultos.

El doctor sonrió ligeramente, con un poco de condescendencia.

–No creo que Charlie esté tan afectado. Además, su hermana no está muerta, sólo se fue a vivir lejos. Para nada es un duelo. Llevarlo a un psicólogo infantil, si me permite dar mi opinión profesional, al menos en estas

circunstancias, únicamente conseguirá confundir a Charlie, y a usted también de paso.

El doctor se acercó a Charlie. El nene estaba sentado sobre la mesa. Se colocó frente a él de tal forma que Charlie podía ver el rostro del doctor con toda claridad. Carraspeo un poco para llamar su atención. Charlie abrió los ojos y miró al doctor con algo de aprensión. El rostro del hombre estaba demasiado cerca, y demasiado lleno de feas arrugas. Eso le hizo intensificar más su llanto. Entonces el doctor, al ver que tenía la atención de Charlie, le sacó la lengua en un claro gesto retador y desdeñoso.

La señora Hugler se sorprendió al ver esa actitud de parte de un hombre maduro y estudiado. Era la burda parodia de un niño enojado. Charlie también se sorprendió. Fue tal su impresión que se olvidó de que estaba

llorando.

—Ya no me caes bien. Eres muy chillón. Así te ves muy feo.

Charlie se quedó callado un momento. Dio señas de pretender llorar de nuevo, pero al final consiguió contenerse. Respiraba con dificultad, los sollozos seguían convulsionando su cuerpecito, aunque ya no con la misma violencia.

El doctor sacó una paleta de limón del bolsillo de su bata

—Te iba a dar esta paleta. Pero ya no.

Charlie abrió mucho los ojos, redondos como platos, sin dar crédito al espectáculo que estaba viendo.

—Así que me la comeré yo.

El doctor quitó la envoltura a la paleta y se la llevó a la boca.

El rostro de Charlie comenzó a transformarse de nuevo. Pasó de esa cara de estupefacción a un puchero hecho y derecho. Entonces se echó a llorar de nuevo.

La señora Hugler estuvo a punto de intervenir, pero el doctor le cortó el paso y le pidió con señas que no se entrometiera. Ella miraba la escena algo confusa, sin saber si debía enojarse o no por lo que estaba pasando.

—Qué chillón eres.

A Charlie ya no le gustaba el doctor.

—Quería la paleta de mimón. Ya no te quiero. Tú eres feo y malo.

La señora Hugler otra vez se dispuso a intervenir. Que el doctor actuara como un niño caprichoso era una cosa, pero que su hijo se expresara así era algo que no podía permitir. Sin embargo, el doctor volvió a pedirle que no se

metiera.

–¿Crees que soy malo?

—Feo y malo —confirmó Charlie y siguió llorando.

—¿Y si te doy dos paletas?

Charlie se serenó un poco, lo suficiente para ver las dos paletas en la mano del doctor. Una de limón y otra de fresa.

—Si dejas de llorar te las doy. Saldré al pasillo con tu mamá un ratito. Si vengo y ya no estás llorando te doy las dos paletas. Y si me sonríes y me dices que ya no soy malo té daré tres.

El doctor sacó una tercera paleta de su bata, esta era de uva. Se aseguró de que Charlie las viera bien. Después las volvió a guardar y se fue al pasillo. La señora Hugler le siguió.

—Charlie está bien. ¿Ya vio?

—No voy a sobornarlo con dulces cada que le dé por llorar.

—No, señora. La razón de que Charlie dejara de llorar es que su motivo de llorar ya había cambiado. La primera vez que lo trajo no quiso la paleta, entonces estaba muy triste por qué extrañaba a su hermana. Las otras veces ya no dudó en tomarla.

—No le entiendo, doctor.

El doctor comenzaba a impacientarse; la señora Hugler en particular a veces podía ser muy desesperante.

—Que ya pasó tanto tiempo que ya no sabe por qué llora. Mire, señora. Cada que Charlie se acuerde de su hermana y le dé por llorar, distráigalo con otra cosa. Aún tiene el dolor muy fresco, por eso, si le habla de su hermana todo el tiempo, así sea para decirle que está bien

y que volverá, lo único que conseguirá es que llore más. Dele tiempo, pasados los días lo asimilará, y el recuerdo de su hermana dejará de hacerlo llorar.

Volvieron al consultorio. Charlie se veía muy sereno sentado sobre la mesa. El doctor se acercó.

—Ya no lloras.

Charlie negó, aun entre suspiros. Sorbía los mocos y limpiaba los últimos rastros de lágrimas con sus manitas.

—Te ganaste dos paletas, bien por ti.

El doctor le entregó una paleta de limón y una de uva.

Charlie tomó las paletas gustoso y no demoró en abrir la de limón. Entonces volteó a ver al doctor y le sonrió.

—No eres feo y malo.

—Gracias. Y tú no eres un niño chillón.

—¿Me das mi paleta de fesa?

El doctor lo pensó por un momento.

—Sí. Pero dilo bien.

—Se dice fresa amor —dijo la señora Hugler.

—¿Me das mi paleta de fresa?

El doctor le entregó la paleta.

—Ten. Y como ya vimos que puedes hablar bien, nada de cambiar palabras o de mocharlas. Ya eres un niño grande, ¿no?

Siguiendo las indicaciones del doctor la señora Hugler se dio a la tarea de distraer a Charlie cada que se acordaba de Clara y el sentimiento le hacía ceder al llanto. Con el tiempo Charlie dejó de llorar por eso. Estaba más atento a las veces en que llamaban a Clara y las veces que ella venía de visita. Entonces tenía que estar feliz y sonriente. Eso decía su

papá. Para que Clara no se desanimara de seguir estudiando en esa escuela tan importante. Porque era lo mejor para ella, y Charlie quería lo mejor para su hermanita.

Fue en ese periodo de tiempo en que Fernando comenzó a distanciarse. Charlie apenas se enteró, pues estaba concentrado en extrañar a Clara. Aunque después de esa fatídica primera semana sin Clara, cuando dejó de llorar y volvió a acompañar a Fernando, ya notaba algo peculiar.

Gradualmente Fernando fue comiendo menos. Al principio dejaba unas cuantas migajas o unas cuantas cucharadas, hasta llegar al extremo de, en los peores momentos, dejar más de medio plato de comida. Él siempre estaba hablando y sonriendo por lo que la señora Hugler apenas sospechaba que algo iba mal.

Como Fernando siempre se ofrecía a levantar los platos y como nunca dejaba de enredarla con sus pláticas, ella no se enteraba de que mucho del alimento iba directo a la trituradora.

Era cuidadoso, a su manera, pero no perfecto. Cierto día la tía de Charlie, hermana de su mamá, vino de visita. Lo primero que comentó fue lo delgado que se veía Fernando. Lo dijo con preocupación, incluso preguntó si estaba enfermo. Fernando escuchó horrorizado esa plática. A partir de ese día se aseguró de comer casi todo lo de su plato. Si bien no todo, por lo menos si la mayor parte. Logró recuperar algo del peso perdido, aunque no todo; ahora su rostro, antes sonrosado, se veía gris y enjuto.

Al ver que su hijo mejoraba su aspecto, y al ver que seguía igual de risueño y platicador, la señora Hugler decidió no darle mayor

importancia. Incluso se convenció de que la pérdida de peso respondía a que Fernando había dado un estirón; y en efecto era unos diez centímetros más alto. Eso le dijo a su tía. Y su tía, al ver que su sobrino recuperaba peso, también creyó lo mismo.

El asunto de la comida, sin embargo, no llamó la atención de Charlie. Lo que sí le alertó fue la hora del baño. Y es que, por esa época, Fernando exigió más enérgicamente su privacidad.

La señora Hugler preparó la tina.

—A bañarse.

Charlie corrió a su cuarto y tomó sus juguetes, los echó apresurado a su cubeta, la que le compraron la vez que fue a la playa, y fue directo al cuarto de baño.

El agua estaba tibia y perfumada. Charlie no

tardó en despojarse de la ropa y se metió al agua para jugar con sus barcos y su Godzilla.

Luego de un rato llegó Fernando. Pero no entró. Se quedó de pie en la puerta, viendo al suelo.

—Mami, yo quiero bañarme solo.

Charlie estaba tan entretenido chapoteando que no escuchó.

La señora Hugler ya esperaba esa petición. Después de todo Fernando tenía nueve años. Aunque se imaginó que quizás pasarían uno o dos años más antes de que decidiera independizarse en eso.

—Está bien, corazón.

Fernando prefería ducharse solo. A veces no tardaba más de cinco minutos en hacerlo; otras veces duraba un poco más. Aquello extrañó a Charlie. Cuando se bañaban juntos duraban

hasta treinta minutos en la tina jugando con los barcos y con el dinosaurio gigante que destrozaba a Japón en la película. Así pues, sin Fernando, los baños de Charlie también se transformaron en duchas muy rápidas y aburridas.

La señora Hugler trató de explicar a Charlie la situación. Se rascaba la cabeza recordando todo lo que había leído en sus libros sobre ese tema tan espinoso.

—Tu hermano ya es mayor. Tal vez le dé vergüenza que lo vean desnudo.

Charlie pensó en eso por varios días. Pero no alcanzaba a entender el significado de la palabra vergüenza en ese contexto. A Charlie no le incomodaba que su mamá lo viera desnudo, o que, en ese caso, Fernando lo viera desnudo. Incluso, hasta ese momento en que su mamá

planteaba la situación, ni siquiera había reparado en el hecho de que al bañarse estaba desnudo. Desde luego que sabía que no era correcto andar por ahí sin ropa como si nada pasara. Pero tratándose de un baño, pues lógicamente que lo natural era estar sin ropa, ya que sino la ropa se mojaría.

Fernando volvía de ducharse. Su ropa estaba mojada pues se la había puesto en el baño y no se había secado bien el cuerpo.

Charlie coloreaba su cuaderno del Dr. Seuss, a la cosa uno y la cosa dos. Levantó la vista al oír a su hermano entrar.

—A mí no me da vergüenza que me veas desnudo.

Fernando hizo una mueca extraña. No era ni siquiera un intento de sonrisa. Era más bien una expresión cercana al asco y la repulsión, aunque

con la intención de pasar por un gesto agradable. Entonces se fue.

Charlie se divertía mucho en la escuela, o en el jardín de infantes como decía la señora Hugler; él nunca entendió esa expresión. En esos ratos se olvidaba de lo distante que se había vuelto Fernando, a quien consideraba su mejor amigo. Ahora conocía a otros niños con los que también podía jugar. Pero cuando volvía a casa y se sentaba a esperar a que llegara el transporte que traía a su hermano de la escuela para niños grandes, la melancolía lo embargaba. Desde que Fernando se volviera así, Charlie inevitablemente comenzó a sentirse como su hermano, por lo menos de forma superficial.

Algunos días, que cada vez eran más frecuentes, Fernando llegaba, saludaba a su mamá y se iba directo a su cuarto. Al principio

Charlie solía acompañarlo, con la esperanza de poder contarle todo lo que había aprendido y como había jugado con sus amigos del jardín de infantes. Pero luego dejó de hacerlo. No le gustaba ver a Fernando llorar. Era todo lo que hacía. Dejaba su mochila, se quitaba sus zapatos, y se subía a su cama para irse al rincón más alejado a llorar. Se reducía tanto como podía, hundía el rostro en sus rodillas y lloraba en silencio.

—¿Estás bien, manito?

—Estoy bien, ciudadano.

En ocasiones ese era su único intercambio de palabras.

Para cuando la señora Hugler los llamaba a comer Fernando ya estaba listo, con cara lavada y ropa limpia. Entonces sonreía y hablaba de su maravilloso día en la escuela. Inventaba

historias jocosas y fantasiosas, siempre con esa pizca sutil de verosimilitud. Incluso inventaba pequeñas dudas y preocupaciones absurdas que la señora Hugler no tardaba en despejar tan gustosa.

Charlie lo escuchaba, aunque ya no con la misma admiración. Era obvio que Fernando mentía. Y por lo visto mentía en muchas cosas. Y además mentía muy bien. Era sorprendente que la señora Hugler no se diera cuenta.

Fernando ya no era el mismo. Seguía siendo amable con todos, también con Charlie. Siempre le respondía a cada pregunta, siempre le sonreía, pero ya no era el mismo, Charlie lo sabía bien.

Las pocas veces que Fernando se ponía a construir con sus bloques Charlie se acercaba y le ayudaba. Se encargaba de organizar los

bloques por colores y por tamaño, se encargaba de despejar las áreas donde se pondría un nuevo edificio, se encargaba de acomodar los cochecitos y las personas. Le pasaba los bloques que necesitaba, en el tamaño justo y en el color justo, aunque Fernando no lo especificara. Charlie ya conocía de memoria los diseños de su hermano.

Fernando lo felicitaba como siempre, pero esas felicitaciones ya no se escuchaban naturales, al menos Charlie ya no las escuchaba así.

Fernando cada vez jugaba menos. Las ciudades cada vez eran más pequeñas. La admiración de Charlie por su hermano cada vez era menor.

Las pocas veces que Fernando se ponía a ver la tele Charlie lo acompañaba. Le acomodaba su

cojín, le traía el control, le traía un poco de jugo. Fernando decía gracias con cada cosa, aunque sus palabras se percibían vacías. Estaban casi tan vacías como su mirada. Sus ojos miraban la pantalla, pero a la vez no la miraban. Ya no reía con las cosas graciosas, ni se sorprendía con las cosas sorprendentes, mucho menos se emocionaba con las cosas emocionantes. Era como si estuviera muerto.

Charlie reaccionaba a lo que veía. En ocasiones reía muy divertido o se sorprendía. Pero al ver el rostro inexpresivo de su hermano de pronto se sentía mal por tener emociones que su hermano era incapaz de demostrar.

Los fines de semana, cuando su papá los llevaba al parque, Fernando corría y reía. Actuaba tan bien que a veces Charlie se dejaba engañar y sentía que las cosas volvían a ser

como antes. Pero al primer descuido de sus padres, cuando Fernando creía que nadie lo observaba, su verdadero ser lo traicionaba y su rostro volvía a ser frío y rígido. A veces Fernando no podía evitar llorar, y entonces inventaba que la había caído una basura en los ojos o que le calaba el sudor del rostro. Entonces se apresuraba a mojarse la cara para disimularlo todo y a los pocos minutos ya estaba repuesto.

Charlie no entendía lo que pasaba, tal vez era demasiado pequeño e inocente como para entenderlo, lo que si entendía era que su hermano ya no era el mismo; que había perdido a su hermano, así como había perdido a Clara.

Entonces pasó. Aquella horrible noche, mucho después de que las luces se apagaron y de que cada quien se acostara en su respectiva

cama, Fernando habló.

Respiraba con dificultad y se revolvía entre las cobijas. Tanto escándalo despertó a Charlie. Fernando no dejaba de gemir, manotear y patalear. Incluso sus cobijas terminaron en el suelo. Se movía tanto que terminó arrancando tres botones de la camisa de su pijama.

Charlie se levantó de su cama y atravesó la habitación a oscuras hasta la cama de su hermano, sorteando los juguetes desperdigados en el suelo.

Fernando decía las mismas palabras una y otra vez: —No te vayas… No me dejes… —las decía con voz lastimosa y suplicante.

Charlie alargó la mano para intentar despertarlo. Y así, tan pronto la mano de Charlie tocó el pecho desnudo de Fernando, este se despertó de golpe gritando. Un grito fuerte y

agudo, capaz de despertar a todos los vecinos del barrio. En la confusión lanzó a Charlie muy lejos. El pobrecito Charlie terminó en el suelo muy cerca de su cama. Enseguida se levantó y volvió a meterse debajo de sus cobijas, muy asustado.

El señor y la señora Hugler no tardaron en aparecer. Fernando gritaba y lanzaba golpes al aire, peleando contra un enemigo invisible. Su rostro mostraba un terror como el que Charlie no había visto antes.

En medio de todo ese caos el señor Hugler se armó de valor y enfrentó los golpes de Fernando hasta que logró someterlo en un fuerte abrazo. Y así lo mantuvo, asido con fuerza, hasta que Fernando dejó de gritar. Su rostro de pronto se dibujó como siempre; incluso con algo de asombro al ver cómo su mamá y su papá lo

abrazaban.

—¿Qué pasó?

El señor Hugler se tomó un momento para limpiar el sudor en la frente de su hijo.

—Tuviste una pesadilla.

Charlie lloró todo el rato que duró el episodio. Su cobija terminó mojada por las lágrimas. La señora Hugler, dejó a Fernando en brazos de su papá y fue a donde Charlie para tranquilizarlo. Le prometió que todo estaba bien y le pidió que intentara dormir.

Se sucedieron muchas noches parecidas. Fernando siguió teniendo esas horribles pesadillas. Y es que debían ser horribles como para que se revolviera tan violento y se quejara con tanto dolor. Charlie, por su parte, no intentó despertarlo de nuevo. Sabía que si lo hacía Fernando volvería a gritar como aquella primera

vez. Charlie no quería verlo lanzar golpes y patadas, ni quería escucharlo gritar tan feo. Soportar sus gemidos de dolor y miedo era mucho más llevadero que soportar sus gritos de pánico y desesperación.

Charlie lo entendió, no había nada que se pudiera hacer. Con el asunto de las pesadillas todo se terminó de descomponer. Fernando ya no volvió a jugar. No apartaba a Charlie de sí, no con palabras. Pero Charlie sí que se alejó de su hermano, porque Fernando ya no era Fernando. Así que Charlie no tuvo más remedio que volver a su antiguo pasatiempo de explorar y observar.

8 EN EL PRESENTE.



EN EL cielo se disipan las nubes dejando al descubierto al ardiente sol. Naturalmente la temperatura aumenta, así lo siente Charlie ataviado con saco y corbata. Suda tanto que el cabello se le pega al rostro, ahora por el calor, ahora por cargar el pesado baúl, ahora por cargar encima la mochila en su espalda. El señor Hugler saca un pañuelo del bolcillo de su pantalón y enjuga el rostro de su hijo. Charlie, sin embargo, vuelve a mostrarse distante. El señor Hugler lo nota y esboza una ligera sonrisa, más cargada de nostalgia que de alegría.

—Deja tu mochila junto al baúl. Hay que ver si tu mamá necesita ayuda.

Charlie obedece, no sin antes restregarse la cara con el áspero saco, para quitar la sensación

de la suave seda del pañuelo de su papá. Desde luego, no planea quitarse el saco, como ya hizo su papá, por lo que el sudor ya lo tiene previsto y lo acepta sin reparos.

—Don Charles, ¿cómo está? Lo noto mal.

Es doña Fina, la vecina de al lado. Cada vez son más los vecinos que salen a ver o se asoman desde las ventanas de sus casas. Resulta tan escandaloso que el peculiar siseo de los chismorreos se hace eco.

El señor Hugler saluda, luego se explica, más con la intención de cortar con tanta especulación que con la intención de confesarse.

—En duelo doñita. Falleció mi tío. Justo venimos de su cremación. Él fue como un padre para mí.

—No me diga don Charles. En verdad le doy mi más sentido pésame. Dios sabe cuánto han

sufrido.

—Es doloroso, pero saldremos adelante.

La anciana se despide y continúa con su camino. A juzgar por el carrito que arrastra se dirige a hacer compras. En cuanto al resto de vecinos, escucharon la conversación así que vuelven dentro de sus casas. Tienen material para conversar, y seguramente se encargarán de informar al resto del barrio los pormenores y sus conclusiones.

El señor Hugler da una palmadita a la espalda de Charlie para apurarlo.

—Vamos, hijo.

Ambos entran a la casa y van a la cocina, en donde la señora Hugler vacía la nevera y la despensa. Charlie se apresura a tomar una manzana, hace un par de horas que está hambriento.

La señora Hugler coloca la última tapa de plástico a la última de las tres cajas contenedoras.

—Pueden subir esto al auto. Yo iré por…

La alergia vuelve a llenar de lágrimas su rostro. Se levanta y se marcha a toda prisa antes de que los sollozos le impidan hablar.

El señor Hugler enseguida va tras ella.

—Voy a ver a tu mamá. Ve si puedes cargar alguna caja.

Charlie lava la manzana en el fregadero. Es grande y roja. Enseguida la devora casi por completo, dejando apenas un corazón muy delgado, el cual arroja a la trituradora. El bocado es suficiente para animarlo. Con energías renovadas se prepara para cargar una caja. La primera es tan pesada que no puede moverla, la segunda apenas puede sostenerla

unos segundos, la tercera es tan pesada como la primera. Toma otra manzana de la segunda caja, de donde tomara la anterior. La lava, la devora y se deshace de las sobras. Tiene el secreto deseo de hacerse con más fuerza y aligerar el peso de la caja; aunque en realidad no encuentra diferencia significativa en el peso, o en sus fuerzas.

Se prepara, está vez amacizando la espalda, y alza la caja. Logra sacarla afuera, descansando cada tercer paso. En el cielo pasa una nubecilla solitaria que le da un poco de sombra. Nuevamente se mentaliza y la levanta, esta vez por encima de su vientre, y no sin esfuerzo logra colocarla en el portaequipaje.

Dirá a su papá que no le fue posible cargar las otras cajas. Cierra la puerta de la cajuela para volver adentro. En ese momento, cuando la

puerta hace clic al trabarse, ve en la ventana su reflejo y detrás el reflejo de un hombre. Charlie se vuelve para ver al que está detrás suyo, pero no hay nadie. Voltea a ver su reflejo, se encuentra solo en la calle.

Regresa a casa a toda prisa, entra y cierra la puerta tras de sí. Se aleja cinco pasos de la puerta, se voltea para verla con recelo, después cierra los ojos apretándolos muy fuerte. Siente esa presencia acechante, se acerca a él, está a su espalda, viene a pasos lentos.

—Yo no creo en fantasmas. Soy ateo.

—Una declaración interesante. Y fuerte también.

Charlie gira sobre sus pies. Es el señor Hugler quien está a su espalda. Trae cargando una de las dichosas cajas.

—Yo…

—Sí, ya escuché, eres ateo. Es la moda, supongo. No eres el primer niño que lo dice. Tal vez yo no sea tan religioso como me gustaría ¿sabes?, pero para nada soy ateo.

Se inclina hasta que su rostro está a la altura del rostro de Charlie, con la nariz a milímetros de su nariz.

—Y sí que creo en fantasmas. Los hay en todas partes.

Charlie espabila y abre la puerta de la casa. Igual corre y abre la puerta del portaequipaje. El señor Hugler sube la caja y la acomoda a un lado de la otra.

—Gracias, hijo. Sí que pesan, ¿verdad?

Charlie asiente con la cabeza.

—Con permiso —dice la señora Hugler.

Carga un cuadro grande envuelto en una bolsa negra, obviamente el retrato familiar.

También carga otros cuadros más pequeños, todos ellos envueltos en plástico. Charlie la ayuda a acomodar los cuadros en el auto, mientras tanto el señor Hugler va a la cocina por la última de las cajas. Al ver el movimiento, casualmente a muchos de los vecinos les da por salir a barrer las banquetas de enfrente de sus casas; a pesar del suelo húmedo por la lluvia caída esa mañana, y a pesar del fuerte sol que rostiza la tierra. Al notarlo la señora Hugler se encierra en el auto. Poco después el señor Hugler vuelve con la última de las cajas. Se toma su tiempo para acomodarla en la cajuela, ignorando de forma magistral todo ese montón de ojos espiando cada uno de sus movimientos. Finalmente, vuelve a la entrada de la casa y cierra la puerta con llave.

—Hora de irnos, hijo.

Charlie sube al auto y se ajusta el cinturón. Una extraña sensación le recorre el estómago. No es hambre ni ganas de visitar el retrete. La sensación es algo más parecida a la desesperación. Por algún motivo que desconoce se siente ansioso; y la ansiedad lo incomoda.

El señor Hugler da un último vistazo a la casa.

—¿Seguros que no se olvidan nada?

Charlie no dice nada, se limita a negar con la cabeza, como si el señor Hugler tuviera ojos en la nuca. En cuanto a la señora Hugler, permanece en silencio, sin decir ni hacer nada.

—Tomaré eso como un sí.

El tráfico sigue siendo ligero. El auto nuevo avanza sin dificultad subiendo todas esas colinas. En esta parte de la ciudad no hace tanto calor, hasta podría decirse que hace algo de frio.

Al llegar dos jóvenes de los que están arreglando el salón se ofrecen a ayudar con las cajas de alimento y con el baúl. Para este momento ya está todo en su sitio. El salón luce irreconocible, no se parece en nada al salón que vieron esa mañana.

Charlie guía al joven que carga su baúl hasta su habitación. Le abre la puerta con su llave, sin ocultar un dejo de arrogancia, y le muestra dónde ponerlo, a los pies de la cama. Concluido el trabajo el joven se marcha a toda prisa.

A pesar de su actuación como chico estirado, la sensación de intranquilidad permanece en el estómago de Charlie. Es como si algo quisiera salir de su cuerpo, pero no encontrara la salida. Prueba a tumbarse sobre la cama para ver si la sensación pasa y lo abandona. Casi tiene la certeza de que vomitará en cualquier momento.

Incluso llega a pensar que se trata de un gas, así que puja para liberarlo de una vez por todas. Pero no, tampoco es un gas. Suspira hondo. Es inútil, la sensación está ahí para quedarse; o eso parece. Piensa en ello, hasta que se acuerda de la caja y el sobre. Baja de la cama para buscarlos. Una caja de madera perfectamente tallada y barnizada, con su nombre impreso por doquier. Un sobre blanco sellado con cera, como las cartas en la época de la corona.

Levanta el sobre para verlo a contra luz; intenta adivinar su contenido. Debe ser una carta. Examina con detenimiento el sello, un escudo de armas muy peculiar. La respuesta llega a su cabeza, como un susurro: Trece reales de plata sobre campo de azur.

Pasa saliva, con un extraño nudo en la garganta. Humedece sus labios con la lengua,

luego rompe el sello del sobre. Esta tan atento al contenido que no se da cuenta que las molestias desaparecen junto con la integridad del sello, como si ambas cosas fueran una misma.

Dentro, confirmando sus sospechas, hay una carta. Una cuartilla perfectamente doblada en tres, escrita con pulcritud, en una caligrafía pequeña, metódica y elegante.

Hola Charlie.

Desde la primera vez que te vi supe que eras especial. No fue necesario elegir entre tú y tu hermana, la respuesta era obvia. Se notaba en ese peculiar brillo en tus ojos, en la forma en que lo mirabas todo, como evaluándolo o clasificándolo.

Aunque no lo creas teníamos mucho en común. Me hubiese gustado que hubiésemos convivido un poco más. Tenía tantas cosas que enseñarte. Pero las circunstancias nunca se dieron.

La última vez que te vi, tendrías unos nueve años, noté una carga muy grande sobre tus hombros. Me pareció gracioso en su momento, ver a un niño tan tenso, seguro que por simples problemas de niño.

Estuve pensando mucho tiempo en eso. Quiero que sepas que no hay problemas suficientemente grandes. Que lo que hoy te parece un obstáculo infranqueable mañana será un simple bordo en el camino. Y que confío en que sabrás vivir tu vida incluso mejor de lo que yo viví la mía. El camino, sin embargo, no será fácil, al menos no al principio.

Sé que hubieses preferido cariño, comprensión y quizás un poco de sabiduría. Sobre todo, por lo que se avecina. De antemano me disculpo. Sin embargo, eso es algo de lo que carezco, salvo quizás la sabiduría, y de eso no pude dejarte nada. Espero me dispenses por darte algo tan común e insulso,

que es lo único que tengo.

Y Charlie. Para este momento ya debes saber que te he confiado mi bien más preciado. Esta casa tiene mucha historia. Es de un valor incalculable. Confío en que la cuidarás de la mejor manera. Pero también debo advertirte que es muy vieja y que guarda muchos secretos. Así que por favor atiende a mi advertencia. Nunca subas solo al tercer piso de esta casa. Si es posible, nunca subas ahí. Lugares así pueden ser peligrosos para personas como tú.

Siempre tuyo, Carlo.

Charlie vuelve a doblar la carta y la mete en su sobre. Casi de forma instintiva la echa al baúl, como si fuese cualquier cosa. Después de todo la carta le resulta tan ridícula como aburrida. Enseguida abre la caja. Se toma un momento para pensar si le sorprende. Concluye

que no, no le sorprende en absoluto. Se trata de un montón de dinero en efectivo. Prueba a pensar si eso le hace sentirse asqueado o decepcionado. Pero no, en realidad no le importa. De hecho, le parece que es el mejor obsequio que pudiera recibir de parte de aquel viejo excéntrico; obviando la casa, por supuesto.

Cuenta el dinero. Diez fajos de billetes de cien pesos. Cada fajo es de cinco mil. Suma un total de cincuenta mil pesos. Nada mal en realidad. Incluso quizás un poco parco. Cincuenta mil pesos se gastan realmente rápido. ¿A caso el tío pensó que una cantidad así de ridícula impresionaría a alguien?

Guarda el dinero en su caja y después arroja todo al baúl. Ya habrá después oportunidad de gastar parte de ese dinero.

El reloj de la habitación marca las cuatro de

la tarde. Según dice el señor Hugler la cena comienza a las nueve. Eso le da cinco horas de libertad. Se desviste a prisa, cuidando colocar bien su ropa sobre la cama. Usará ese mismo traje en la noche. Por un instante se siente tentado a quedarse en ropa interior todo ese rato. Sólo sus calcetines, su bóxer nuevo y su camiseta interior nueva. Todo en color negro, desde luego. Pero opta por tomar una de las batas que están colgadas en el baño. Casualmente, o, mejor dicho, porque así lo han dispuesto, aquella bata azul marino le ajusta perfecta al cuerpo; lo mismo que las pantuflas azules que hacen juego con la bata.

Toma su teléfono y lo pone en el bolsillo frontal. Si bien el tío abuelo fue enfático con su advertencia sobre la tercera planta de la casa, entre más pronto se entere de a qué se enfrenta,

mejor.

Sale de la habitación, tan sumergido en sus pensamientos que se olvida de cerrar la puerta. ¿A qué se refería el tío cuando dijo personas como tú? El viejo era un auténtico chiflado.

Espera de pie frente a las escaleras, indeciso. Algo en su interior le dice que no es buena idea, que no debe subir. Pero no debe detenerse, no ahora; no permitirá que un muerto lo condicione lo que puede o no puede hacer. Además, nada puede ser peor que la lluvia.

La tercera planta es del mismo tamaño y con la misma disposición del segundo piso. Aunque por la ausencia total de mobiliario luce más amplia. Vista así no parece tener nada especial. El polvo se acumula por doquier —capas y capas de polvo—, señal inequívoca de que ha pasado mucho tiempo desde la última vez que

limpiaron. El suelo de madera cruje con cada paso, sobre todo aquellas tablas levantadas a la espera de hacer tropezar a alguien.

Recorre el extenso pasillo, primero el ala oeste, luego el ala este. Las puertas están abiertas, exhibiendo su desnudez de forma desvergonzada; todas ellas excepto una, precisamente en el ala este. Se acerca para abrirla casi de forma automática, pero se detiene antes de tocar la perilla. Otra vez lo embarga esa sensación, como una voz gritando en su cabeza. Pero no, no hay voz ni palabras, no escucha nada; pero, de forma inexplicable, es como si las sintiera, como si alguien las dijera: no lo hagas.

Humedece sus labios, parpadea un par de veces, pasa saliva. No tiene caso pensar en eso. Se concentra. No puede haber voz sin sonido.

No puede haber palabras sin voz. Pero las palabras ya no son una voz. Las siente diferente. Es como si estuvieran escritas en alguna parte de su mente. No puede verlas, pero sabe que están ahí: no lo hagas.

Sacude la cabeza para sacarse esa idea. Las palabras se desarticulan, como escritas con arena sobre una mesa de madera que vuelca de lado con el movimiento de la cabeza.

Al fin toma la perilla y la gira para abrir la puerta. Sin embargo, está cerrada con llave. Hurgó en los bolsillos de su bata en busca algo para quitar el seguro, pero no encuentra nada. De todos modos, igual no sabe nada sobre forzar puertas, si acaso lo que ha visto en televisión. Pero no tiene ni clips como los que usa su papá en la oficina, ni pasadores incaíbles como los que usa su mamá en el cabello.

Está a punto de darse por vencido, hasta que da con la llave atada a su teléfono. Por no dejar, introduce la llave en la cerradura y gira la perilla. La puerta abre, desprendiendo una nubecilla de polvo. Rechina ruidosamente. La abre lento, tratando de imaginar qué pudiera haber del otro lado. Supone que un oscuro secreto: un cadáver, o cualquier otra cosa, quizá algo vergonzoso. Sin embargo, dentro no hay nada. El mismo vacío, igual que el resto de las habitaciones.

Ríe, en una mezcla de nerviosismo y alivio. En serio, ¿Qué esperaba encontrar?

Entra a la habitación vacía —habitación que ahora contiene a un "Charlie"— y camina directo a la ventana. Desde arriba se tiene una estupenda panorámica de los jardines. Observa abstraído, cautivado por los exóticos colores,

por los árboles y por las flores, por las fuentes.

Da un salto al escuchar el estrépito. Su corazón late desenfrenado. Al instante da vuelta para encontrar la puerta cerrada. Lo piensa por dos segundos, luego corre a la puerta. Pasan muchas cosas por su cabeza. Se hace a sí mismo encerrado, solo en aquella habitación, lejos de toda la gente, en un lugar en donde nunca escucharían sus gritos.

Toma la perilla y gira para abrir. Suspira aliviado, la puerta abre. El gusto, sin embargo, le dura poco. Su teléfono celular no está. Lo había dejado ahí, atado a la llave con la que abrió la puerta.

—Qué estúpido.

Se recrimina en voz alta. Seguramente alguien lo robó, tan fácil como eso. Lo tomó y luego dio el portazo para ganar tiempo.

Respira profundo y trata de tranquilizarse. Es un tonto teléfono, nada más. Puede comprar otro, puede comprarse otros dos si quiere, hasta tres, tiene el dinero para hacerlo.

Camina despacio, con la rabia aun hirviéndole en la sangre, pensando en lo que dirá a su papá sobre el teléfono. De todos modos, no es su culpa; debió ser uno de esos tipos que están preparando lo del homenaje. Su papá llamará a la policía, lo buscaran, alguien ira a la cárcel. Lo más probable es que lo recupere ese mismo día. En eso está hasta que la escalera lo saca del trance, o mejor dicho la falta de escalera. Ha desaparecido. El lugar en donde debería estar ahora es un amplio vestíbulo.

Mira desesperado a todo en rededor, con los ojos bien abiertos y los sentidos en punta.

Tiembla a causa del miedo. Todo es *similar* a lo que recordaba, no *igual*. Hay diferencias; unas sutiles, como el tramado de los tapices o el patrón de las tablillas de madera en el suelo; otras abrumadoras, como la falta de escalera o el color de la luz en el ambiente. Además, todas las puertas están cerradas y con la llave echada.

Corre a la ventana, la única visible. Descorre las cortinas y se topa con que la ventana está tapiada con tablones de madera. Por las pequeñas rendijas distingue un escenario extraño, similar, más muy diferente de lo que debería ser afuera. En los árboles, césped y arbustos predomina el color rojo.

Abre la ventana y empuja una de las tablas para tener una mejor vista. Empuja y empuja hasta que la tabla cede y cae al vacío. El color rojo se extiende hasta donde alcanza la vista, el

cielo es rosa, las nubes amarillas.

Ahoga un grito y se aleja de la ventana. Su cuerpo tiembla sin control. Afuera hay sombras, está lleno. El ruido del tablón al caer debió llamarlas. Pero no puede ser posible. Estaba seco, no hay lluvia, y aun así las sombras están ahí. Sigue retrocediendo, sin quitar la vista de la ventana, hasta que cae al suelo de nalgas. El estrépito lo alerta de nuevo. No logra distinguir de dónde viene, pero supone que es de afuera. Las sombras deben estar trepando, vienen en busca de él. Trata de apartarse tanto como puede, se arrastra en el suelo irregular, sin importarle todo el polvo que recoge. Se descubre llorando, con gruesas lágrimas escurriendo por sus mejillas.

Es su culpa. A esto se refería el tío, pero no hizo caso.

—¿Hay alguien ahí?

La voz viene de una de las habitaciones cerradas.

En seguida Charlie se levanta y corre a la habitación de donde ha salido, la única con la puerta abierta. Cierra tras de sí y da media vuelta para verla. No puede apartar la vista de la puerta, sabe que en cualquier momento se abrirá. Alguien camina afuera y va directo a él. Alguien toma la perilla y la hace girar.

Charlie cierra los ojos y retrocede, esperando lo peor. Pero lo peor no llega. Su espalda topa con la ventana. Abre los ojos. La puerta está ahí, abierta, con su teléfono colgando de la llave que esta incrustada en la perilla. La ventana también está, con esa espléndida vista de los jardines, con el brillante cielo azul lleno de nubes blancas.

Sigue temblando y se siente frío. La extraña voz que no puede oír, pero que sabe que está ahí, vuelve a hablarle. Pero Charlie está paralizado de miedo. Ahora escribe palabras en su mente, no con arena sino con tiza: Corre, huye.

Las piernas le responden. Corre a la puerta, la cierra y echa llave. Recupera su teléfono y va directo a las escaleras. Están ahí, en su lugar. Baja tan aprisa como puede y corre a su habitación.

Sigue temblando y no puede dejar de llorar.

9 EN EL PASADO.



PARA CHARLIE ya eran comunes las noches difíciles. Por ejemplo, la noche y la madrugada de ese día Charlie apenas pegó ojo. No fue tanto por los constantes quejidos de Fernando en sueños, aunque vaya que contribuyeron. Lo que en realidad terminó por quitarle el sueño fue la emoción. Su hermana Clara vendría de visita. Y es que las visitas de Clara eran escasas desde que se marchara a estudiar a esa horrible escuela tan lejana.

Corrían las vacaciones de primavera, las favoritas de Charlie. Si acaso, lo único que no le gustaba era que en la tele pasaban muchas películas de ese señor que clavaban de manos y pies. Fuera de eso todo lo demás le divertía. Como cuando pintaba huevos con su mamá, con

Clara y con Fernando. Lo más emocionante era buscar los huevos por toda la casa y el jardín. Charlie se quedaba con más regalos y dulces, ya que conocía la casa de cabo a rabo; no existía escondite que no descubriera.

El reloj marcaba las cinco de la mañana cuando por fin se quedó dormido. Se sumergió en un sueño inquieto, casi como los de su hermano mayor. No recordaba mucho de ese sueño, salvo que estaba rodeado de agua. En su sueño también estaban su mamá y su papá. Pero no estaban solos. Los rodeaban extrañas personas con cuerpos tan negros como el carbón y ojos tan blancos como la tiza. Intentaban tomarlo, pero Charlie se encontraba a salvo en los brazos de su mamá. Cuando despertó el reloj marcaba las nueve de la mañana. Las reminiscencias del sueño le dejaron un sabor

amargo en la boca.

–¡Mami!

La señora Hugler se asomó a la puerta de la habitación, lo más rápido que pudo. Recién salía de ducharse, por lo que estaba envuelta en su bata blanca y con una toalla en la cabeza.

–¿Qué pasa, amor?

Charlie dudó por un instante, entonces levantó la cobija, con mucha pena. Mostró el pantalón de su pijama, húmedo por el pis. Estaba tan pasmado por la situación que no apuntó a decir nada. Removió un poco las piernas y se descubrió empapado. Se sintió tan avergonzado y humillado frente a su mamá que gradualmente su rostro se transformó en un puchero y al cabo de un instante rompió a llorar.

La señora Hugler se apresuró a sentarse a su

lado sobre la cama. Lo rodeó con ambos brazos y comenzó a mecerlo. Tarareó una melodía extraña, difícil de comprender, pero particularmente reconfortante. Así hasta que Charlie se serenó.

–No pasa nada, bebé.

–Perdón, mami, no me di cuenta.

Los sollozos comenzaron de nuevo.

–No hiciste nada malo, es normal. Los niños pequeños siempre mojan la cama, al menos una o dos veces en su vida.

Lo último lo decía más bien para sí misma. Había leído tantos libros sobre el cuidado de los hijos y en todos se dedicaban sendos capítulos a las camas mojadas. Lo cierto es que hasta ese momento Charlie no había vaciado la vejiga sobre las sábanas. Secretamente eso mantenía preocupada a la señora Hugler, pues los libros

aseguraban que era algo tan normal que la idea de que su bebé no lo hiciera le sugería que su bebé no era normal. Desde luego que lo comentó con el pediatra, pero este último se limitó a reír como si se tratara de un chiste. De cualquier forma, ahora se sentía más tranquila al respecto.

Charlie no pudo evitar notar la abstracción en que se encontraba sumergida su mamá.

–¿Mami?

La señora Hugler parpadeó un par de veces.

–Anda, quítate esa ropa sucia, te prepararé la tina.

Poco después Charlie ya estaba jugando con sus barcos y con su Godzilla. La conmoción por lo sucedido pasó tan rápido que ni siquiera requirió de tiempo para asimilarlo. Cuando volvió a su cuarto la cama estaba limpia y

hecha. No hubo motivos para preocuparse. Su mami ya se había encargado de todo.

Se vistió tan rápido como pudo, recordando que tenía muchas cosas planeadas para ese día, y salió corriendo al encuentro de su mamá para preguntarle por Clarita.

–Aun no llega corazón. Tu papi ya fue por ella al aeropuerto.

–¿Y Fernando, mami?

–Está jugando afuera.

–¿Puedo ir con él?

–Sí, pero no se alejen mucho.

Técnicamente no tenían prohibido salir a jugar afuera. Los libros leídos por la señora Hugler hablaban de la libertad de que deben disfrutar los niños para crecer sanamente, así que en lo que a ella respecta, siempre les dio esa libertad. Por supuesto, esa libertad era algo que

los niños ignoraban. Fernando siempre prefirió jugar dentro de casa con sus bloques de construcción; y cuando llegó Charlie este no tardó en convertirse en su compañero de juegos. Algo parecido ocurrió con Clara, que jugaba con sus ponis en su habitación, a veces con Charlie, o en ocasiones en casa de sus amigas. Y respecto a Charlie, independientemente de si jugaba con Fernando o con Clara, su pasatiempo más grande era recorrer la casa y acomodarlo todo en su sitio para que todo se viera siempre igual. En un principio este comportamiento le pareció extraño a la señora Hugler; pero el pediatra nunca dejó de decir que aquello no era nada malo. Así que con el tiempo la señora Hugler se acostumbró a esa excentricidad y hasta le buscó un lado amable, gracias a Charlie la casa siempre estaba limpia y ordenada; y sin el

mayor esfuerzo de su parte.

Cuando Fernando exigió su privacidad, cosa que la señora Hugler esperaba porque así lo decían los libros, gradualmente fue cambiando sus hábitos. Con el tiempo empezó a salir más para jugar afuera, en lugar de quedarse encerrado en casa todo el día. Para la señora Hugler, lo que Fernando hacia afuera no era ningún misterio, pues él siempre tenía algo nuevo que contar. Charlie, sin embargo, no lo seguía; le daba miedo lo que pudiera encontrarse en la inmensidad del afuera, donde las cosas eran como eran y él no podía intervenir. Por ejemplo, una vez mientras hacían las compras, Charlie notó que una señora mayor estaba acomodando todo mal en su carrito. Tan acomedido como era no demoró en acercarse al carrito de la señora para poner todo

en su sitio. La señora desagradecida se enojó tanto al verlo hurgar entre sus cosas que le estiró su orejita muy fuerte. Charlie no tuvo tiempo de llorar por el estirón de oreja pues de inmediato la señora Hugler lo regaño frente a toda la gente, así que lloró por eso último. Esa mañana, no obstante, Charlie estaba tan emocionado por la visita de Clara que quiso compartir esa emoción con su hermano mayor.

La familia Hugler vivía en un fraccionamiento en donde todas las casas eran exactamente iguales. La casa de ellos, sin embargo, se distinguía del resto por dos razones. Primero, porque estaba en una esquina, lo que le dejaba mucho terreno extra en comparación con otras casas del mismo tamaño. Y segundo, que la casa contaba con una ampliación, lo que le confería una apariencia más grande e

imponente en comparación a las otras. La casa, además, estaba al límite del fraccionamiento.

Si bien la señora Hugler ignoraba lo que Fernando hacia o en donde pasaba el rato, –al menos hasta que volviera y contara su día, como tenía por costumbre–, Charlie sí que se hacia una idea de en dónde estaba. En el patio de atrás, en la pared del fondo, un hueco comunicaba con el afuera. Más allá del árbol de naranjas la lluvia se había encargado de deslavar el terreno de modo que se formaba un túnel que daba al otro lado. En su momento el señor Hugler lo cubrió con una hoja de madera; cosa que no era muy difícil de mover.

Charlie se aproximó al hueco e hizo la tabla a un lado para pasar. Había visto a Fernando hacer lo mismo tantas veces. Para él, sin embargo, era la primera vez, y lo que encontró

le sorprendió muchísimo. Del otro lado se extendía un monte inmenso, tan inmenso que a Charlie se le figuraba ser una selva o un bosque, cosas que para él eran más o menos lo mismo.

Tan observador como era, pronto distinguió una ramita quebrada en un matorral cercano. Se aproximó al matorral e hizo la ramita quebrada a un lado. Así descubrió un camino entre la maleza.

Charlie se sentía como un explorador, como el sujeto de la tele que caía en islas desiertas y sobrevivía de la naturaleza. Se imaginó a sí mismo en taparrabos, recolectando fruta y cazando conejos. Aquello le pareció muy divertido, hasta tomó un palo del suelo y comenzó a blandirlo como si fuese un machete. Se estaba divirtiendo tanto que por un momento se olvidó del motivo de su excursión.

Rápidamente volteó tras de sí, al sentir una presencia a su espalda. No era nada, sólo un charco de agua casi seco por completo. También pudo ver su casa y eso le tranquilizó.

Lanzó el palo a un lado y siguió avanzando por el sendero. Tenía esa extraña cualidad de moverse con sigilo. Sus pasos se volvían uno con el suelo de modo que no producía ruido alguno. Avanzaba inexorable hacia enfrente, sin que nadie advirtiera sus pasos.

Un poco más allá, semi oculta entre los árboles, estaba una chozuela de madera. Un vestigio de tiempos pretéritos, quizás anteriores a la existencia del fraccionamiento. Ya más cerca distinguió un muro de bloques soportando al resto de la construcción de madera.

Charlie se acercó, con lentitud y sigilo; esta vez con sigilo expreso. No sabía por qué, era

como si alguien se lo susurrara en la cabeza. La petición, sin embargo, era para marcharse, no para quedarse. Charlie, no obstante, desoyó la figurativa voz y se asomó por una rendija. Ahí estaba Fernando volcado sobre una mesa improvisada, dibujando o escribiendo. El momento tenía esa cualidad de intimidad, de algo privado. Fernando se levantó de improviso, tan rápido que Charlie se creyó descubierto, pero no. Fernando empezó a desabrochar su cinturón y su pantalón.

–No hagas ruido –susurró una voz distinta, y sin embargo familiar.

Clara le cubría la boca. La reconoció por su perfume y su voz. Con señas le pidió que se alejaran, sin hacer ruido. Era fácil considerando los ruidos que Fernando hacía.

Ya lejos, Charlie abrazó a su hermana con

fuerza. Su rostro era surcado por gruesas lágrimas que no sabía que estaban ahí, hasta que Clara las limpió con sus manos.

Clara no dejaba de inspeccionar a Charlie por todas partes.

—¿Estas bien? ¿No te hizo nada?

Charlie sacudió el cuerpo, avergonzado de que su hermana lo tocara de esa manera. Le supo mal, pero la apartó de sí de un empujón y retrocedió dos pasos.

—Estoy bien.

—Nunca vayas a ese lugar. Aunque él te invite. Nunca vayas, y mucho menos te quedes solo con él.

Charlie no respondió.

—¿Seguro que no te ha hecho nada?

—¿Cómo qué?

—Como cualquier cosa. Algo que te lastime

o que no te guste.

Charlie negó con la cabeza.

Clara miró a su hermanito con toda la seriedad que le fue posible y tomó sus manos entre las suyas.

—Azur no es bueno, ¿entiendes? Hace cosas que no están bien. Y piensa cosas malas todo el tiempo. No creas lo que te dice porque él siempre miente. Busca la forma de acercarse para lastimarte. Y no debes dejar que te lastime.

Charlie soltó las manos de Clara y se volvió a alejar.

—Eres mentirosa. Fernando no es malo, él me cuida y es mi mejor amigo. Está triste, pero tú no lo sabes porque nunca estás, siempre te vas a esa escuela fea.

—Espera.

Charlie ya se estaba marchando. Dio media

vuelta al escuchar a Clara.

—¿Qué quieres?

—No quiero que te enojes conmigo. Perdóname.

Charlie se acercó a su hermana y la abrazó.

—No estoy enojado.

—Todos los días pienso en ti. Y tengo mucho miedo de que te pase algo malo. Es sólo eso, estoy… preocupada.

—Fernando me cuida. Él siempre me ha cuidado.

Clara escuchó, mas no quedó convencida. Se apartó de su hermano para verle el rostro, pero el rostro de Charlie estaba protegido por una extraña máscara de tozudez, una que no le conocía. Definitivamente Charlie no sabía nada de Fernando. O al menos así parecía. Pero Clara sí que conocía a Fernando. Lo había descubierto

en la escuela con ese otro niño, y no iba a permitir que arrastrara a Charlie a eso. Daría la vida por evitarlo, si fuera así de fácil, lamentablemente las cosas nunca son así de fáciles.

—¿Él te ha tocado?

Charlie lo pensó por un momento. A decir verdad, la interacción física con Fernando era prácticamente nula.

—No. No le gustan los abrazos.

—No me refiero a los abrazos. Me refiero a…

El rostro de Charlie permanecía imperturbable. En definitiva, no tenía idea de qué iba la conversación.

—No importa. Sólo quiero que te cuides, ¿sí? Pero tienes que prometérmelo. Prométeme que te cuidaras mucho y que nunca dejarás que te hagan nada malo. Promete que nunca te

quedarás a solas con Fernando. Porque, aunque digas que no es malo yo sé que, si lo es, y sé que tú también lo sabes. Sólo aguanta un poco más. Te llevaré a vivir conmigo a la casa del tío Roque. Sólo aguanta un poco más.

Charlie volvió a abrazar a su hermana, esta vez sin recelo ni resentimiento.

—Te extraño.

Clara respondió más o menos lo mismo, aunque con evasivas.

—Yo también te quiero mucho.

—¿Cómo me encontraste?

Clara señaló el hueco en el muro.

—La tabla, no estaba en su sitio. Además, cuando mamá dijo que estaban afuera y vi que no estaban en la calle supuse que estarían por acá.

Volvieron al patio de la casa y colocaron la

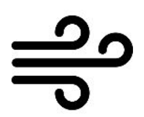
tabla en su lugar por sugerencia de Clara. Según decía, así Fernando no sospecharía que habían estado en su territorio. Porque si ella fuera Fernando, y no quisiera que la molestaran, habría puesto la tabla en su sitio para que no descubrieran que había salido por ahí.

Se fueron directo a la estancia donde Clara dijo que traía regalos para todos. El regalo de Charlie era una paleta enorme, casi tan grande como su cabeza. La vio boquiabierto, muy sorprendido. No sabía si era capaz de comer tanto caramelo, pero vaya que lo intentaría.

Toda la escena fue captada en una sucesión de fotografías. La señora Hugler estaba extasiada. No dejaba de decir a Clara lo grande que estaba y lo hermosa que se veía. Charlie creía todo lo que su mamá decía. A él también le parecía que su hermana era hermosa.

Después de los regalos Clara pidió a todos que se sentaran para que la escucharan tocar. Sacó su violín de su estuche, lo afinó y comenzó con su interpretación. Era una melodía suave y nostálgica; muy bella según palabras del señor Hugler. La señora Hugler lloraba, aunque no dejaba de sonreír, lo que sugería que sus lágrimas eran de felicidad. A Charlie le gustaba ver a su mamá feliz, y le gustaba estar con Clara, y le gustaba escuchar la música que Clara hacía. Así que Charlie era feliz.

10 EN EL PRESENTE.



AFORTUNADAMENTE PARA Charlie se ha dejado la puerta abierta. Entra corriendo, la cierra y pone el seguro. Las lágrimas siguen saliendo, sin control, opacando su vista. Las intenta limpiar, pero vuelven a salir más. Quiere estar atento a la puerta. Se aleja lentamente de ella hasta que sus nalgas topan con la cama. El dolor le hace consiente de su estado, pero no se mueve, sigue alerta, hasta que un nuevo mensaje llega a su mente en la forma de una certeza: estás a salvo.

Va al baño y se quita la bata maltrecha. Gracias al genio que puso el espejo puede verse de cuerpo entero. Baja con cuidado el bóxer y localiza la astilla clavada en su nalga derecha. Ha pasado por tantas cosas como para

amilanarse por esa tontería. Aprieta los dientes, toma la astilla y la saca de un tirón. Apenas sale un poco de sangre, lo que no quita el hecho de que le ha dolido un montón. Pero ya visto así, de cuerpo entero, en realidad ha salido bien parado de la extraña experiencia en el tercer piso de la casa. Pudo ser peor, pudo no haber regresado.

Se lava la cara para eliminar los últimos vestigios de aquel llanto. Después levanta la bata para tirarla a la basura. El peso de la prenda le recuerda su teléfono, así que lo saca del bolsillo de la bata antes de desecharla.

El resto de la tarde la pasa en su habitación. Aún tiene miedo; son suficientes experiencias para un día. Quita la ropa de la cama y la acomoda en el escritorio para que no se arrugue. Está exhausto, así que trepa a la cama

para descansar un poco, quizá jugar un juego en su celular. Pero no se concentra, los párpados le pesan. Se queda dormido.

Horas más tarde la señora Hugler lo despierta. Le sacude suavemente del hombro hasta que Charlie abre los ojos. Está seguro de que cerró la puerta con llave, aun así, la señora Hugler está ahí.

—Ya es tarde, bebé, tienes que vestirte.

Charlie no responde. Suficiente tiene con levantarse e intentar despertar. Baja de la cama y se estira mientras bosteza.

La señora Hugler le da una nalgada que levanta una nube de polvo.

—Estás todo sucio.

Charlie reprime un quejido, pues le ha pegado en donde se clavó la astilla.

—¿Qué estabas haciendo para ensuciarte

así? Quiero que te duches antes de bajar, ¿oíste?

Charlie asiente con la cabeza.

—Te espero abajo. Si te tardas mucho tendré que venir por ti.

Aguarda a que su mamá se vaya, luego va al baño y se ducha. No tarda mucho, basta con tumbar el polvo del tercer piso de la casa. Enseguida se viste con ropa interior limpia y con su traje nuevo.

Baja las escaleras, a tiempo para ver a un puñado de gente vieja entrar por la puerta principal. No son los únicos, en el salón ya hay algunas personas dispersas en las distintas mesas.

Se asegura de que su mamá lo vea, más con la intención de identificar cuál es su mesa. Luego se va a curiosear por el salón. Lejos de lo que esperaba, las personas viejas lo ignoran,

como si no estuviera ahí. Ninguno le dirige la mirada. No logra decidir si eso le agrada o lo ofende.

El gruñido en el estómago le recuerda que no ha comido y que tiene hambre. Va directo a la mesa de los bocadillos. A punto está de estirar la mano para tomar uno cuando ve a la organizadora. Está de pie junto a la mesa. Seguro que se ha quedado para supervisar el evento.

—¿Ahora si puedo tomar uno? Muero de hambre, no me han alimentado en todo el día. Mis padres no me hacen caso, ¿sabes? A ellos no les importa si tengo hambre o frío; o si me siento bien o mal. Aunque seguro tú no sabes nada de eso.

La mujer voltea a donde Charlie y lo ve por vez primera con verdadera atención. Charlie se

encarga de que su rostro se distinga con claridad bajo la luz de las lámparas.

—¿Qué te pasó en el rostro?

—Nada importante…

Toma un bocadillo y vuelve a la mesa con su mamá. Visto bajo la penumbra que forman los haces de luz de las lámparas del salón luce más deprimido que de costumbre. Da pequeños bocados, como pretendiendo que la pequeña porción de alimento no se termine.

—Arruinarás tu apetito —dice la señora Hugler.

—Intentaré que no.

El señor Hugler está en el vestíbulo principal recibiendo invitados. De pronto hace una seña a su esposa para que se acerque. La señora Hugler se levanta de su asiento y va a la puerta. Charlie la ve marcharse y lanza un hondo suspiro.

—Perdona lo de esta tarde.

La organizadora trae consigo un plato lleno de aperitivos.

—No es excusa, ya sé; pero es la presión. Todo debe ser perfecto, ¿sabes?

Charlie no responde, ni siquiera se anima a levantar la mirada.

—Me imagino que la estás pasando fatal con todo esto. No sé qué me pasó, no afectaba que tomaras un bocadillo. Debí dejarte que comieras algo. ¿Me perdonas?

Charlie asiente, sin mucho ánimo. Sigue sin levantar la mirada.

Le gusta sentir esa atención. Se encoje de hombros, en un movimiento gracioso. Luego sorbe los mocos y deja salir una lágrima. La gota salada cae sobre un canapé. Enseguida se levanta y se va directo al baño, sin mirar atrás.

En realidad, no se siente mal. Tampoco tiene ganas de llorar. Lo único que quiere es hacer sentir mal a esa mujer tan quisquillosa. Y se alegra de haberlo logrado.

Curiosea en el baño por un rato. No se parece en nada al que tiene en su habitación. Ya que está ahí aprovecha para usar el retrete. Lava sus manos a conciencia, acomoda su traje lo mejor que puede, vuelve a peinarse. Hace cuanto está a su alcance para alargar el momento de volver a su lugar. Finalmente se moja la cara y así sale. Se sienta a la mesa, aun con el rostro escurriendo.

La señora Hugler lo ve y apenas puede ahogar una exclamación.

—Charlie. Estás todo mojado, das muy mal aspecto.

Charlie agacha la mirada, mostrándose muy

afectado por los reproches de su mamá.

—Tenía sueño.

La organizadora lo observa consternada desde la mesa de aperitivos. Charlie la ve de reojo y se alegra de su reacción. Se concentra para no salir del papel.

El evento comienza al punto de las nueve. Contrario a lo que Charlie imaginara, la totalidad de los invitados está ahí, a tiempo para empezar. Es la primera vez que asiste a un homenaje. De hecho, es la primera vez que escucha sobre un evento de esa naturaleza. Supone que es parecido a los eventos patrios en los que se conmemora la muerte o el nacimiento de algún personaje de la historia. La navidad y la pascua son otros ejemplos de eso. Pero, ¿qué tiene de especial el viejo?

El señor Hugler sube a la plataforma. No

hace falta que pida la atención de los presentes, todos ellos lo observan fijamente. Carraspea un par de veces, da un trago al vaso de agua que le ofrece uno de los meseros, devuelve el vaso, saca una hoja de papel del bolsillo de su saco. —Gracias por venir —dice. En seguida declama un discurso lisonjero. Habla de su infancia y adolescencia, cuando vivió al cuidado de su tío, cómo este fue un padre para él. Vuelve a agradecer a los presentes y, acto seguido, los invita a tomar la cena.

El discurso y la propuesta de cena son recibidos con un aluvión de aplausos. Charlie también aplaude, no por el discurso sino por la cena.

El señor Hugler baja de la plataforma y ocupa su lugar en la mesa, junto a su familia. Tan pronto su trasero toca el asiento los músicos

comienzan con la interpretación de una melodía suave para acompañar los alimentos, como si ambas acciones estuvieran sincronizadas. Charlie lo nota y le parece divertido, tanto que apenas puede disimular la risa con un falso tosido. Se imagina a la organizadora atenta a los movimientos de su papá para dar la orden de empezar a tocar en el momento perfecto.

Los platos con la cena llegan justo cuando han acabado con los bocadillos. Desde luego, de los tres sólo Charlie sabe de dónde vinieron.

La cena trascurre entre el murmullo de las conversaciones, los repiqueteos de los cubiertos sobre la loza de porcelana y la anodina música de fondo. Luego de una media hora la música desaparece en un sutil efecto de desvanecimiento. A la plataforma sube un hombre, supuestamente pintor. Dedica unas

breves palabras, luego retira la sábana que cubre al cuadro que carga uno de los meseros. Es un retrato del tío abuelo. Charlie apenas le pone atención, está entretenido comiendo el postre, aunque también aplaude con la multitud. A continuación vienen más discursos lisonjeros, como si los disertantes compitieran por ver quién hace el mayor ridículo.

A mitad de uno de esos discursos la señora Hugler se levanta y sale del salón. Por respeto —o por indiferencia— ninguno de los invitados le presta atención, continúan con la vista fija en el disertante. El señor Hugler se debate en su lugar, indeciso de seguir a su esposa o quedarse a atender a los invitados.

—Yo voy —dice Charlie.

El señor Hugler sonríe en una mezcla de desesperación y alivio. Asiente para dar su

aprobación.

Charlie se levanta, intentando ser lo más discreto posible, y sale del salón. Llega al vestíbulo a tiempo de ver a su mamá girar por el pasillo al otro extremo de la casa. Charlie corre para alcanzarla. Es obvio que la señora conoce el camino, sabe a dónde va.

Charlie la encuentra sentada en una silla de madera con cojines rojos. Llora profusamente.

—Mami.

La señora Hugler intenta secar sus lágrimas, pero no puede.

Charlie advierte los cuadros, los que su mamá trajo de la otra casa. Aún están envueltos en sus plásticos negros.

—Mami, ¿estás bien?

—Sí, bebé. Es sólo que… sólo que…

La señora Hugler no puede continuar. Un

nuevo acceso de llanto descontrolado la hace resbalar de la silla al suelo. Charlie se acerca y la abraza. Ella lo aferra, incapaz de controlarse. Lo aprieta con tanta fuerza que comienza a lastimarlo.

—Me duele mucho —alcanza a susurrar.

Charlie no dice nada. Se limita a prestar su cuerpo para ser estrujado. Sigue así por largo rato, soportando la presión del abrazo, apenas respirando. Gradualmente la presión cede, hasta que su mamá pierde todas las fuerzas y cae rendida.

—¿Colgamos las fotografías, mami?

La señora Hugler se levanta del suelo y acomoda su falda y su saco. Trata de limpiar las lágrimas con las manos y medio acomoda su peinado. De pronto se da cuenta que ha perdido la compostura.

—Sí.

Se siente avergonzada por semejante espectáculo.

Charlie tarda un rato en levantarse del suelo. Le duele la espalda y aun batalla para respirar. Tan pronto se siente capaz se endereza. Sonríe para tratar de ocultar el dolor.

La señora Hugler desenvuelve los retratos. Las imágenes le producen toda clase de emociones, pero consigue controlarse. El cuadro más grande es el retrato familiar, ese en el que no aparece Clara. El siguiente en tamaño es el retrato de bodas del señor y la señora Hugler. El resto son fotografías individuales.

La señora Hugler descuelga el cuadro que ocupa el centro de la pared.

—Qué hermosa pintura.

Titubea. Planeaba poner el retrato familiar

en ese sitio, pero la pintura es realmente bella, así que la devuelve a su lugar.

—Está bien aquí, ¿verdad?

Charlie asiente como toda respuesta.

Cuelgan la mayoría de los retratos valiéndose de los ganchos que sostenían a otros cuadros. La sala está llena de ellos. Pinturas con valores incalculables, más sin ningún valor sentimental para la señora Hugler.

—¿Volvemos con papá?

La Señora Hugler lo piensa.

—Sí, bebé.

Se han perdido parte del programa, pero llegan a tiempo de ver un discurso lisonjero excepcionalmente largo y la declamación de una oda no menos lisonjera que la anterior disertación, aunque si con una estética impecable. Continúan con una composición

musical y la presentación de una estatuilla esculpida en mármol recién terminada, un busto que ocupará el vestíbulo de la casa. Con eso último se cierra el programa y se da paso al baile de salón y la conversación.

Charlie se hunde en su asiento, profundamente aburrido. El señor y la señora Hugler están en un rincón del salón conversando con algunos invitados. En cuanto a Charlie, ¿qué puede hacer? Sopesa la idea de retirarse a su habitación.

A estas alturas está tan acostumbrado a las miradas atentas de las sombras que en un principio no se da cuenta. Pero la mirada es poderosa. Pesa tanto que termina notándola. Viene del otro lado del salón, más allá del montón de vejestorios bailando. Charlie la busca, se trata de una mujer. Ella lo observa con

fijeza. Apenas parpadea. No deja de abanicarse a pesar de que no hace calor. Seguro lo hace para presumir el ostentoso abanico de plumas exóticas.

Ambas miradas naturalmente chocan. La mujer permanece firme, sin inmutarse. Charlie sí que titubeó un poco, pero logra concentrarse. Le sostiene la mirada como todo un campeón. El duelo de miradas se prolonga por un minuto entero. La mujer sonríe a causa de la expresión seria en el rostro de Charlie. Eso le hace desconcentrarse y desviar la vista a un lado por un segundo. Sabiéndose vencedora la mujer alza la mano derecha y llama a Charlie, invitación que Charlie no puede rechazar. Los movimientos de la mujer son lentos, como si se deslizara en el agua, como si el agua a su alrededor opusiera alguna resistencia, y aun así los movimientos

son elegantes y delicados.

Charlie avanza atraído por una fuerza misteriosa. A mitad de camino consigue dar nombre a esa fuerza, se llama curiosidad. Sortea a los vejestorios danzantes para llegar al otro lado de la pista. Luego se acerca a la mesa del rincón y se sienta frente a la mujer. Ella no deja de abanicarse.

—Buenas noches, jovencito.

Charlie no entiende por qué no deja de menear semejante artefacto, más considerando que se abanica desde hace largo rato y en ningún momento se ha tomado un respiro. Debe dolerle el brazo, a él le dolería.

—Buenas noches.

—Solo y aburrido, ¿eh? ¿Por qué no te diviertes?

Por un momento se ve tentado a no

responder. No acostumbra responder preguntas tontas.

—Bueno, señora. Seguro ya notó que aquí todos son viejos, soy el único niño. Además, no entiendo por qué hacen una fiesta para mi tío muerto el mismo día en que lo cremaron. No me parece que sea algo divertido.

—Tienes razón, aquí todos somos viejos.

»Por otro lado, este es un homenaje. Carlo, tu tío, planeó esto con anticipación. Cuando llegas a viejo tienes el privilegio de escoger cómo serán tratados tus restos y tu memoria. Carlo tuvo una vida plena. Eso es más motivo de gozo que de tristeza. Como su sobrino y nieto deberías saberlo.

—No lo sé, si le soy honesto. Pero ya puestos, no podría bailar frente a su urna. Sería como bailar sobre su tumba..

La mujer sonríe con lo mordaz del comentario.

—Si tanto te afecta su muerte, jovencito, llora con libertad.

Charlie se toma un momento para pensar.

—Ya lo lloré —miente—. Por ahora me limito a no divertirme.

Por fin la mujer deja de abanicarse. Cierra el exuberante abanico y lo pone sobre la mesa.

—¿Qué edad tienes, jovencito?

—Diez años. ¿Por qué lo pregunta?

—Por nada. Simple curiosidad.

El silencio se prolonga por un minuto entero. Tiempo en el que la música de la banda hace de las suyas, en el que el barullo de la gente hace de las suyas, en el que el abanico vuelve a desplegarse por lo incómodo que se ha vuelto el tiempo mismo y, como viene haciéndolo desde

hace largo rato, hace de las suyas.

—¿Y cómo voy a divertirme? —dice Charlie para romper el incómodo silencio.

—No lo sé. Eres el único niño aquí. Tienes razón al sentirte solo y aburrido. Si pudiera bailaría contigo, pero la artritis no me deja. Porque soy vieja, ¿verdad? Además, claro, tú no bailarías sobre las tumbas, así que sería impensable.

Charlie escucha con atención cada palabra. Se pregunta cómo esa artritis que no deja bailar a la señora no le impide abanicarse con tanta vehemencia.

—Entonces bailar no es opción, ¿a que sí?

La señora vuelve a adoptar un semblante serio. Ve a Charlie por debajo del hombro, con un cierto desprecio.

—Obtienes lo que buscaste, jovencito.

Seguro que estarías más divertido hablando con tu amiga la organizadora. Pero, por tu insignificante orgullo, preferiste hacerla llorar. Así que con eso mataste tu única oportunidad de hablar con alguien relativamente joven, comparada con tanto viejo; como yo, ¿no?

—Yo no la hice llorar.

—Por favor, claro que sí. Como actriz reconozco a un colega a kilómetros de distancia. Vi todo tu numerito desde que entraste al salón. Además, soy una experta leyendo labios, y mentes.

—¿Cree que soy actor?

—Creo que tienes madera. Pero que no se te suba a la cabeza. Suficiente aserrín tienes ahí.

—No la entiendo…

—Ni caso tiene que te esfuerces.

—Entonces, estamos de acuerdo en que

hablar con la organizadora queda descartado.

La mujer hace una seña a uno de los meseros. Pide que llene su copa y que traiga algunos bocadillos. También pide una bebida para Charlie; algo de jugo o quizá leche caliente.

—Si no te parece mal charlar un rato conmigo, podríamos pasar la velada juntos. Como vez también estoy sola y aburrida en este salón. No estaría mal una plática inteligente para variar.

Charlie se acomoda mejor en la silla, sin ocultar su emoción. Hablar con la mujer le parece divertido. Está muy entusiasmado.

—¿Cree que soy inteligente?

—Dije plática inteligente. No hace falta ser inteligente para sostener una. Así como no hace falta ser un tonto para sostener una plática

boba.

—Mi maestra dice que soy muy listo.

—¿Comparado con qué? ¿Con tus compañeros de clase?

Charlie no sabe que responder.

—¿Qué pasaría si juntaran en una habitación a los niños más listos del planeta? ¿Aún podría decirse que eres listo?

—Supongo que no.

—Supones bien.

El mesero regresa con un plato lleno de bocadillos y con un vaso lleno de jugo de uva para Charlie.

—Usted si es lista, me imagino.

La mujer sonríe. Charlie aprovecha para zamparse un canapé de un bocado.

—Lo imagines o no, eso no cambia mi naturaleza. Pero no lo imagines, compruébalo, si

puedes. Sino es que eres más tonto de lo que aparentas.

—A mi hermana también le gusta hablar con acertijos. No crea que puede enredarme con facilidad.

—Eso confirma lo tonto que eres, jovencito. Sólo un tonto me compararía con una mocosa de trece años.

—Soy tonto, está bien. Pero usted no dice si es lista o no. Sólo me dijo que es actriz. ¿Cómo sé que no está actuando? Porque, cualquier tonto puede tener una charla inteligente, si sabe actuar bien, ¿no?

La mujer sonríe complacida.

—Pues actúas bien, jovencito.

—Ahora, ya que dice que es actriz, ¿por qué no la he visto en ninguna película o en la tele?

—No me inmiscuiría en asuntos tan

mundanos. Soy actriz de teatro y representé muchas grandes obras en mi juventud.

Charlie come otro canapé.

—¿Pero no son más famosas las actrices de cine? A mí me lo parece.

—¿Famosa? Lo que mides es simple presencia mediática y no talento de verdad. Claro que yo soy una artista, y como tal me consagro al arte, no a las revistas de chismes.

—Yo nunca he ido al teatro. Pero eso no debe ser difícil. En la escuela una vez hicieron una representación. Y creo que salió bien. Yo fui un árbol; el mejor árbol de todos.

—No puedes comparar un juego de niños con el arte de verdad. Mira a esas actrices de cine que mencionas. ¿Dónde está su galardón? Graban la misma escena mil veces antes de entregar un resultado medianamente aceptable.

En el teatro todo debe ser perfecto, porque sólo hay una oportunidad para actuar. Cuando logras una interpretación impecable lo haces con auténtico talento; no con ese fraude del “corte y se repite”. ¿Notas la diferencia?

Charlie apura el último trago de su jugo.

—¿Sabe? No lo había visto así, y tiene razón. Además, usted es muy hermosa.

—¿Me adulas, joven Charlie?

—Digo la verdad. Usted es hermosa.

La mujer sonríe complacida.

—Gracias. Y tú… bueno. Eres simpático.

Charlie se rasca la cabeza.

—¿Eso qué significa? Lo de que soy simpático. ¿Quiere decir que soy bonito?

—Simpático. Significa que tu imagen no es molesta de ver, que tiene su gracia.

—¿Lo que dice es que soy chistoso?

—Si así lo quieres ver.

—Pues yo creo que soy muy guapo.

La mujer toma su abanico y lo usa para levantar el rostro de Charlie. Su mentón se hunde entre las plumas; eso le hace reír un poco.

—Me hace cosquillas.

—¿Guapo, dices? Según quién, ¿tu mami?

—Pues sí.

La mujer retira su abanico y lo pone en la mesa.

—Oh… tu mami. ¿Y te lo ha dicho alguien más? No sé, ¿quizá una tía?

—Sí —acepta Charlie consciente de a dónde se dirige.

—Tremendo casanova. Debes ser el nene rompecorazones del colegio.

Charlie cruza los brazos muy molesto.

—No me llame así. Yo jamás jugaría con el corazón de nadie.

—No te pongas nostálgico, jovencito.

—Ya entendí, de todos modos. No soy guapo.

—Que no te consuma, ¿quieres? No es algo que se pueda elegir. Además, ahora mismo es imposible saber si eres guapo o no. Crece diez años más y luego ven a verme. Entonces te diré si eres guapo.

—No entiendo eso.

—Es simple. Ahora mismo tus rasgos faciales no están definidos. Lo que es normal pues eres un niño pequeño. Ni siquiera has entrado a la adolescencia. Con el tiempo serás más alto, tu espalda se ensanchará, tus piernas y brazos se harán robustos; lo mismo que otras partes de tu cuerpo, que al fin ganarán sustancia. Y tu rostro,

ese que ahora no es más que mejillas flácidas cubriendo una quijada afilada y sin sazón, con el tiempo tomará una forma varonil y bien definida. Entonces, y sólo entonces, podremos saber si eres guapo o no.

—Tiene una forma muy fea de describir a los niños. Supuse que todas las señoras creían que los niños eran lindos.

—Hay de linduras a linduras. Están las que te causan lástima, como las de un niño; y las que te causan deseo, como las de un hombre.

—Déjeme ver si entendí. ¿Me está diciendo que los niños guapos, entre comillas, crecen y dejan de ser guapos?

—No es la regla, pero pasa.

—Eso significa que hay niños feos, entre comillas, que crecen y sí que se hacen guapos.

—Nuevamente, no es la regla, pero sí.

—Pues no lo entiendo. ¿Cómo funciona? No entiendo si soy feo, lo que significa que seré guapo, o si soy guapo, lo que significa que seré feo.

—Ya te lo expliqué, los verdaderos rasgos de un varón se observan hasta que termina de crecer. Mira, piensa en esto. ¿Qué es la belleza en un niño? Ven a un nene con ojos risueños, nariz respingona y sonrisa coqueta, y ya todos se admiran de su belleza. Pero pasan los años, el nene crece su cara se achata y nos topamos con que esos rasgos infantiles no encajan con ese rostro de adulto. ¿Notas? Dejan de ser guapos. A lo mucho se ven graciosos.

—O sea simpáticos —interviene Charlie.

—Simpáticos —conviene la mujer—. Y algo parecido ocurre a la inversa. Tenemos a un chiquillo de ojos profundos, pequeños y

suspicaces. Con nariz y labios férreos. El nene crece y esos rasgos encajan a la perfección con su cara de adulto, se transforma en un galán.

—Vale, acepto eso. Pero sigue sin decirme si soy guapo o no.

—Sabes que si respondo a esa pregunta implicaría caer en contradicciones, cosa que no pienso hacer el día de hoy. Tal vez no seas el más listo, pero tampoco eres completamente tonto.

—¿Significa que cree que seré un hombre hermoso?

—¿Tanto te importa lo que yo crea? Ahora mismo tus rasgos son ambiguos. Creo que eres simpático, agradable a la vista, como ya lo dije.

Charlie se toma un rato para pensar en las palabras de la mujer. Hasta entonces siempre se creyó guapo, ahora no está tan seguro. Sin lugar

a dudas le gusta esa mujer.

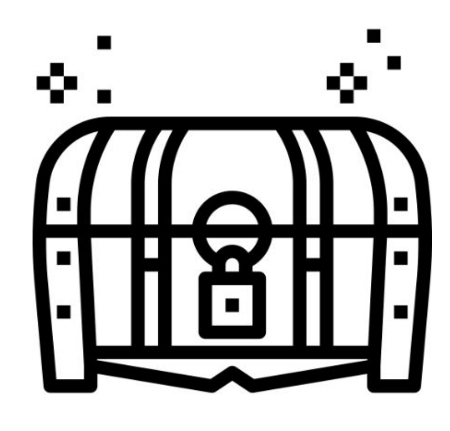
—No me ha dicho su nombre, señora.

—Tienes razón, jovencito. Como ya se el tuyo simplemente omití el presentarme. Disculpa mi falta de modos. Verás, mi nombre es Diana Amaral. Para los amigos soy Diana o Dianita. Tú me puedes llamar Señora Amaral.

Continúan charlando de trivialidades hasta que el reloj marca las once y media. En ese momento Charlie se despide para ir a la cama. Suele acostarse cada día más o menos a la misma hora, por ahí de las diez y media de la noche, lo que significa que ya pasó su hora de dormir. Diana le da su dirección y le recuerda que puede visitarla cuando quiera tener otra plática inteligente. No vive lejos.

Charlie avanza sorteando a los bailarines que persisten en la pista con taimada tenacidad. Esta

vez recibe varios empujones y pisotones pues va medio dormido. Sube las escaleras, recorre el pasillo y entra a su habitación. Se echa sobre la cama. Ha sido un día largo.



SEGUNDA PARTE:

SABADO

Sábado 24 de noviembre del 2012.

Área metropolitana de la ciudad de Monterrey.

Nuevo León, México.

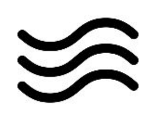
CHARLIE ESTÁ en su cama, recostado. Lo intenta, pero no puede dormir. No deja de pensar en esa señora tan elegante: en lo fino de sus facciones y en lo tersa de su piel. Hasta su nombre es elegante. No se explica cómo creyó que era tan vieja la primera vez que la vio, porque ahora, entre más piensa en ella, más joven la recuerda.

Se revuelve en la cama para deshacerse del saco. También quita la corbata de un tirón y la arroja lejos. Pero sigue teniendo calor. Desabotona la camisa y se la quita, no la soporta. Lo mismo pasa con el pantalón, desabrocha el cinturón y se vale de los pies para estirarlo y lanzarlo lejos.

Le sorprende la sensación en su entrepierna conforme el pantalón se va deslizando. Tiene una erección, pero no se parece a las que ha tenido antes. Su pene está demasiado sensible, lo nota con cada movimiento. Se queda muy quieto tratando de entender lo que pasa. Es la primera vez que se siente así. Su mano se mueve, casi de forma involuntaria. Se desliza por su vientre, lentamente, hasta llegar a su entrepierna. Mete la mano por debajo del elástico de sus calzoncillos y toma su pene, con

algo de timidez. Contiene la respiración. Aquello palpita entre sus dedos, en sincronía con el latir de su corazón. Sabe lo que debe hacer ahora —y a punto está—, pero se arrepiente. Aparta la mano, avergonzado. Se acomoda de lado y cierra los ojos para dormir.

1 EN EL PASADO.



SOBRA DECIR que Charlie no era el más brillante de los niños, pero desde luego que tenía más de dos dedos de frente como para notar que las cosas con Fernando no eran normales. Entendía que la habilidad con la que Fernando mentía mantenía a sus padres distraídos; y, siendo honesto, no le apetecía desmentir las historias de Fernando; podía decirse que incluso disfrutaba con su inventiva. Claro que, a consecuencia de todo lo anterior, poco a poco le fue perdiendo el respeto que le tenía. No el cariño, pues, no podía negar que sentía un gran aprecio por su hermano. Pero el respeto era otra cosa.

En realidad, Fernando no era malo todo el tiempo, como Clara aseguraba. Sí, se volvió

distante. Cierto que ya no le dedicaba a Charlie el tiempo que solía dedicarle antes. Pero eso no era ser malo. Fernando siempre le hablaba con cariño, siempre respondía a todas sus preguntas —por incómodas que fueran— y siempre le regalaba al menos una sonrisa al día.

Charlie sabía, por ejemplo, que las pocas ocasiones en que se sentaban a ver televisión juntos eran particularmente agónicas para su hermano; pero Fernando lo hacía con la única intención de complacerlo. Con el tiempo Fernando aprendió a reír en donde debía reír y a sorprenderse donde debía sorprenderse, todo en base a las reacciones de Charlie. Por supuesto, Charlie no era ningún bobo. Sabía que se trataba de una pantomima. Pero a veces prefería olvidarlo y dejarse llevar por el momento. Y vaya si disfrutaba esos momentos

en que se sentía con su mejor amigo, así como era antes.

No, Fernando no era malo con Charlie, Clara definitivamente se equivocaba. Fernando nunca dejó de ser atento y de preocuparse. Por ejemplo, aquella vez que ayudó a Charlie con el controvertido asunto del dinero.

Una vez a la semana el señor Hugler daba dinero a Charlie. Le llamaba asignación. Un flamante billete color rosa con un bonito número cincuenta en la esquina. La primera vez que Charlie lo recibió se sorprendió tanto que por dos días enteros no supo qué hacer con él. Lo llevaba a todas partes y lo enseñaba a todo mundo. Al tercer día lo perdió. Lloró, aunque no tanto como cuando su hermana se fue.

Al verlo llorar y enterarse de la razón, el señor Hugler se sentó a su lado en el sillón y le

ofreció darle un nuevo billete. Pero Charlie no quería uno nuevo, quería el primero; después de todo ya se había encariñado con él.

—Es lo mismo —dijo el señor Hugler.

—A que no —refutó Charlie con tozudez.

—Sí, es lo mismo.

—No, este es otro y no me gusta.

El señor Hugler se levantó del sillón, dio un par de vueltas frustrado, luego volvió a sentarse.

—¿Sí sabes para qué sirve el dinero?

Charlie no respondió. No solía responder preguntas tontas.

—Con el dinero puedes comprar cosas.

El señor Hugler hacía grandes ademanes. Le hablaba como si fuera un niño muy bobo, cosa que exasperó a Charlie. Normal, pocas veces hablaba con su papá. Casi siempre sus interacciones eran mudas.

Charlie trató de seguirle la corriente.

—¿Qué cosas pedo comprar, papi?

—Puedo hijo, no pedo. Lo segundo es el aire que te sale por detrás.

Charlie se sonrojó al evocar esa imagen. Su papá a veces podía ser muy gráfico al dar sus descripciones.

—¿Qué cosas puedo comprar?

Para sorpresa del señor Hugler, de pronto y no se le ocurriera un buen ejemplo.

—Pues cosas.

Charlie frunció el ceño.

—Yo no cupo comprar cosas.

Eso bastó para que dejara de llorar. Pensó en sus propias palabras, era verdad que no necesitaba comprar nada, así que no importaba el billete.

—Es necesito hijo. Y claro que necesitas. Tal

vez no justo ahora, pero la gente sí que necesita comprar cosas.

La señora Hugler escuchaba la conversación desde la cocina. Le desesperaba la falta de imaginación de su marido para explicar una cosa tan básica. Tomó dos manzanas de la nevera y las llevó a la sala, ahí donde un padre sin imaginación intentaba dar clases de economía a un hijo sin ambición.

—¿Qué son éstas, corazón?

—Manzanas, mami.

—Son tus favoritas ¿verdad?

—Sipi, mami. Me gutan mucho, mucho.

—¡Pues el dinero sirve para comprar manzanas! —se apresuró a decir el señor Hugler.

Charlie se quedó pensando por un rato. Su rostro de pronto se tornó en una expresión de

suma concentración. Sus neuronas establecían puentes sinápticos invisibles a la vista humana.

—Pero si ya tenemos manzanas en el refri, ¿para qué quero comprar más?

La falta de ambición de Charlie no era ninguna novedad. Era ventajoso cuando hacían las compras. A diferencia de Fernando o Clara, que siempre pedían golosinas, Charlie no pedía nada. De igual forma nunca expresó el deseo de tener un juguete o cualquier otra chuchería. Se limitaba a recibir con agrado todo lo que le daban y ya. Si tenía hambre, por ejemplo, pedía fruta. Aunque casi siempre le bastaba con las tres comidas del día. Sí, era ventajoso, pero eso no le quitaba lo exasperante que podía resultar a veces.

—Lo que tu papi quiere decir es que el dinero sirve para comprar esta clase de cosas.

Hay manzanas en el refrigerador porque las hemos comprado. Tú siempre me acompañas al supermercado. ¿Recuerdas cómo pago todo lo que nos traemos? Sin dinero no tendríamos cosas, como estas manzanas.

Charlie asintió con semblante decidido. En realidad, eso ya lo sabía, no era idiota. Pero no quería discutir con su mamá.

El señor Hugler ya se había rendido. Era más fácil hablar con Fernando o con Clara, ellos no hacían tantas preguntas, sólo aceptaban las cosas y ya.

—¿En verdad entendiste?

—Sí, papi.

—A ver. ¿Para qué sirve el dinero?

—Pos para comprar cosas. Como manzanas, o jabón, o corbatas.

El señor Hugler asintió complacido.

—Muy bien, hijo.

—Pero yo no cupo dinero, ya tengo lo que quero.

El señor Hugler volvió a levantarse del sillón. Fue a la cocina y de regreso, hasta tres veces. Le exasperaba semejante muestra de conformismo.

—Es que aún no has visto lo que puedes comprar —dijo la señora Hugler, intentando salvar la situación—. Te gustan las paletas ¿verdad?

—Sipi.

—¡Pues con dinero puedes comprar paletas! —se apresuró a decir el señor Hugler, viendo un pequeño rayo de esperanza. Estaba seguro de que esta vez sí tendría una reacción. Después de todo en ningún lugar de la casa había caramelos de ningún tipo, al menos no que él supiera.

Charlie se tomó su tiempo para pensar, aunque esta vez tardó menos tiempo.

—¿Tonces puedo comprar paletas con dinero?

El señor Hugler se acercó triunfante y sacó un billete de su cartera.

—¡Sí! Ahora ten más dinero y ve a comprar paletas.

—¿Ahora?

Charlie volteó a la ventana. Era tarde y estaba próximo a oscurecer, además no tardarían en servir la cena. Eso sin mencionar el hecho de que para nada le apetecía una paleta en ese momento.

Pero el señor Hugler estaba decidido a no perder el terreno conquistado.

—Sí. Ya te dije y es una orden. Ve a la tienda y compra todas las paletas que completes, las

que más te gusten.

—Sí, papi.

El señor Hugler llamó a Fernando y le ordenó que acompañara a Charlie a la tienda. Obedeció en seguida —el señor Hugler se veía molesto y Fernando no quería ser regañado—, tomó la mano de Charlie y lo arrastró fuera de la casa.

La tienda estaba por esa misma acera, hasta la otra esquina.

Charlie estiró el brazo para soltarse de Fernando.

—Yo pedo solo.

—Lo siento —dijo Fernando y sonrió.

Charlie veía su nuevo billete. Era más grande, era rojo y tenía un bonito número cien en lugar del número cincuenta.

—¿Al fin vas a comprar algo, ciudadano?

—Sipi.

—¿Qué vas a comprar?

—Muchas paletas.

—Te gustan mucho las paletas, ¿a que sí?

—Nopo.

—Pero vas a comprar muchas.

—Sipi.

Fernando se quedó callado un momento, pensando.

—No lo entiendo —dijo al fin.

—Papi dijo que comprara todas las paletas. Las que más me gustaran. Y dijo que era una orden.

El dinero alcanzó para comprar muchas paletas. Claro que ese día las golosinas permanecieron intactas sobre el escritorio en la habitación de Charlie. Las colocó en fila, una tras otra, para poder contemplarlas todas a la

vez. El azucarado y colorido tapiz cubría la mesa en su totalidad. Era la primera vez que tenía en su poder algo comprado por su propia iniciativa; o bueno, más o menos por su propia iniciativa.

Pasado ese primer día comió una paleta de uva. Fue raro, pues hasta entonces las únicas paletas de uva que había probado eran las del doctor. Pero esta era diferente: estaba más grande y su sabor era intenso.

Le ofreció a su mamá explicándole su descubrimiento. Viéndose acorralada la señora Hugler tuvo que probarla y confirmarle que sí, era deliciosa. Le ofreció a Fernando, pero él no quiso probarla, dijo que estaba toda babeada. También le ofreció a su papá, pero el señor Hugler aseguró que no comía dulces, que sino con gusto la probaba.

Así pasó el resto de la semana, con una paleta diaria. Y al día de la quinta paleta, la de limón, el señor Hugler le dio un nuevo billete. Aún tenía muchas paletas, para tantísimos días. ¿Qué iba a hacer con este nuevo dinero? Comprar más paletas era impensable.

—Puedes guardarlo —dijo Fernando—. No es necesario que lo gastes todo de una sola vez. O me lo puedes dar si tú no lo quieres.

Charlie no lo pensó dos veces.

—Ten manito.

Fernando se sintió tentado a tomar el billete, pero desistió.

—Es jugando, ciudadano. El dinero es tuyo.

Charlie se quedó pensando en eso. Fernando tenía razón. No era necesario que gastara todo el dinero. Podía guardarlo para después, para cuando se le ocurriera algo que quisiera

comprar.

Se fue corriendo a la sala, donde la señora Hugler remendaba calcetines.

—Mami —hablaba con tono decidido—. Quero un algo para guardar mi dinero.

La señora Hugler escuchó con atención y asintió. Se fue a la cocina para buscar en la alacena.

—Esto servirá.

Entregó a Charlie una caja de galletas. Era de metal, no muy grande, de un bonito color azul.

—Gracias, mami.

Charlie volvió emocionado a su habitación. Puso el billete al fondo de la caja, y al ver que aún tenía mucho espacio la rellenó con la mitad de su surtido de paletas. Al siguiente sábado volvieron a darle más dinero. También puso este

billete en la caja. Para la quinta semana ya eran muchos los billetes. Estaba abrumado pues no tenía idea de en qué gastarlos. Ya estaba harto de paletas, y aun le quedaban diez. Cada semana significaba más dinero, y más dinero significaba nuevas complicaciones para gastarlo.

—Compra un regalo —dijo Fernando.

—Para ti.

Fernando negó.

—No. Para alguien más. Papá, por ejemplo. Él siempre nos regala cosas.

A Charlie le fascinó la idea.

Toda esa semana se la pasó acosando a su mamá, preguntando lo mismo una y otra vez.

—¿Ya vamos a las compras, mami?

Desde luego que el repentino interés extrañó a la señora Hugler, pero no le dio mucha importancia, después de todo Charlie había

demostrado muchas veces que funcionaba en otra frecuencia.

—Ya vamos —dijo la señora Hugler finalmente.

Charlie empezó a saltar de alegría. Corrió a su habitación, tomó el dinero, lo enredó con un cordel y lo puso en sus calzoncillos.

—Toy listo, mami.

Ya en la tienda la señora Hugler tomo un carrito.

—¿Te quieres subir?

—No, mami, ya toy muy grandote, ya se leer.

Si bien era grande de edad, de tamaño no se podía decir lo mismo. La respuesta, sin embargo, no sorprendió a la señora Hugler. Charlie ya tenía tiempo negándose a subir al carrito por vergüenza. Pero no dejaba de

divertirle preguntar y ver su reacción.

—Está bien, niño grande.

Charlie no tenía tiempo de hablar con su mamá, estaba concentrado en sus propios asuntos. Veía a todas partes sin saber por dónde empezar. La respuesta le llegó en forma de plástico naranja. Se fue corriendo a tomar una canastilla.

La señora Hugler veía todo con interés.

—¿Para qué quieres eso?

—Pos para comprar —dijo Charlie, como si fuera lo más obvio.

La señora Hugler sonrió divertida. Le daba curiosidad. Además, Charlie se veía realmente tierno con esa expresión tan seria. Estaba decidido. El a *qué* era un misterio, pero ya lo averiguaría.

—Hagamos un trato. Te acompaño a ti

primero para que escojas lo que quieres comprar, y luego tú me acompañas a mí. ¿Está bien?

—Sí, mami.

El supermercado no era desconocido para Charlie, de tantas veces que acompañó a su mamá a hacer las compras ya se sabía su distribución. Además, en el techo colgaban esos enormes letreros identificando las áreas de los distintos departamentos. Sabía, por ejemplo, que donde decía *caballeros* era donde estaba la ropa de los hombres, desde calcetines hasta sombreros. Una vez habían pasado por ahí, y pudo ver a lo lejos un perchero con muchísimas corbatas.

Charlie caminaba tan rápido, sorteando gentes y aparadores, que la señora Hugler apenas podía seguirle el paso; el carrito de las

compras tampoco cooperaba. Pasaron por donde estaban los calcetines, las camisetas, los calzoncillos, los pantalones, hasta que finalmente llegaron a donde las corbatas.

Eran muchas, o así se lo parecía a Charlie. Buscó y rebuscó hasta encontrar una hermosa corbata roja. La miró fascinado. Cada detalle en el tejido y el estampado llenaba todas sus expectativas. Una vez que estuvo conforme y plenamente decidido de que esa era la corbata roja indicada, la echó a su canasta.

La señora Hugler observaba en silencio. Pensó en interrumpirlo para preguntarle por qué quería comprar esa corbata, pero al final decidió no hacerlo. Bien lo decía el doctor: Déjelo ser. Y en realidad, sí que se hacía una idea de las intenciones de Charlie. Pero nuevamente, como diría el doctor: No le arruine la sorpresa. Así

que se limitó a ver y nada más.

Del departamento de caballeros se pasaron al departamento de damas, que estaba a unos cuantos pasos. Charlie se apresuró a tomar unas pantuflas púrpuras, no muy grandes, y a echarlas a su canasta. Al ver esto último el corazón de la señora Hugler empezó a latir más rápido. Sus pantuflas, las que usaba en casa, ya estaban muy viejas. Charlie debió notarlo.

—Ya es todo, mami.

—Bien. Ahora acompáñame a mí.

Hicieron el recorrido habitual por toda la tienda, sólo que en esta ocasión la señora Hugler no estaba tan concentrada, prueba de ello es que se le pasaron tres ofertas muy buenas. Aun así, completaron toda la lista con éxito.

—¿Quieres un jugo, corazón?

Charlie se quedó pensando. Nunca había contemplado la posibilidad de que su mamá le comprara algo exclusivamente a él cuando hacía las compras. Eso era nuevo.

—Si quiero…

—¿Pero? —quiso saber la señora Hugler al notar la duda en las palabras de Charlie.

—A Fernando también le guta el jugo de uva.

La señora Hugler se quedó en silencio por largo rato. Sabía que Charlie nunca pedía nada, pero no sabía por qué. ¿Era posible que Charlie considerara injusto que le compraran algo a él y no a sus hermanos? Se agachó sobre sus rodillas para estar a la altura de Charlie y lo abrazó con ternura.

—Eres un ángel.

Charlie no se sentía como uno; no tenía ni

aureola ni alas.

La señora Hugler se enderezó y tomó dos jugos del enfriador.

—Uno para ti y otro para Fernando.

Charlie sonrió muy emocionado, le gustaba mucho el jugo de uva, igual que a su hermano.

Pasaron largo rato formados en la fila. Una fila enorme con señoras que llevaban carritos rebosantes de mercancía. Eso pasaba cada semana así que ya estaban acostumbrados.

—¿Piensas pagar eso?

—Sipi.

—¿Con qué?

—Pos con dinero, mami.

La señora Hugler no sabía si Charlie en verdad traía dinero, o al menos el dinero suficiente, por eso le dijo que él pasaría a pagar primero, para que marcaran esas cosas junto con

el resto de las compras en caso de que no tuviera suficiente para pagar. Charlie, sin embargo, aseguró que sí que tenía el dinero suficiente.

Llegados a la caja Charlie puso emocionado la corbata y las pantuflas sobre la banda transportadora, para verlas hacer el recorrido hasta el área de cobro, como hacían todas las personas que compraban en el supermercado. La mujer de la caja marcó ambas cosas.

—Son ciento noventa y ocho pesos, hombrecito.

La sonrisa de la cajera era enorme, casi le cubría todo el rostro. Eso gustó a Charlie así que también sonrió.

—Sipi, yo pago.

Entonces se llevó la mano al interior de sus pantalones y empezó a hurgar.

La señora Hugler vio la escena abochornada.

—¡Charlie!

Pero antes de que pudiera decir otra cosa Charlie sacó el dinero. La mujer de la caja rio por lo bajo muy divertida.

—No se preocupe, señora. Es que él sabe cómo guardar bien su dinero. De ahí nadie te lo roba, ¿verdad?

La señora Hugler también río; más nerviosa y avergonzada que divertida.

La mujer manipuló los billetes con gran habilidad. En total eran cinco billetes de cincuenta pesos.

—Este es tuyo —regresó uno de los billetes—. Y esta es tu feria —entregó una moneda de dos pesos.

Salieron de la tienda más aprisa de lo habitual. La señora Hugler seguía muy

avergonzada por semejante espectáculo.

—Nunca debes tocarte en público —dijo enfadada.

Charlie volteo a ver a su mamá muy asustado, no entendía por qué estaba tan molesta.

—¿En público?

—Bueno… —titubeó la señora Hugler, consciente de las implicaciones de esa declaración—. No debes tocarte ahí, ni en la calle ni en ningún lado. Esa clase de cosas no se hacen.

—No quería que se perdiera mi dinero, como el otro día —se defendió Charlie. Sus ojos estaban húmedos por las lágrimas que empezaban a salir.

—Bien… te compraré una billetera y asunto arreglado. Ya vámonos.

Esa misma tarde, tiempo después de la cena, Charlie entró a la sala donde su papá y su mamá conversaban.

—Mami, papi.

La señora Hugler volteó emocionada. Advertía que Charlie ocultaba algo a su espalda, y se hacía una idea bastante acertada de qué era.

—¿Qué pasa, corazón?

—Tengo regalos.

Eso último sí que llamó la atención del señor Hugler.

—¿Regalos para nosotros?

—Sipi.

Charlie entregó los respectivos paquetes. Estaban envueltos con hojas de colores. Incluso los listones eran simulados por hojas de colores. El trabajo no era el convencional, pero se veía

bien.

El señor Hugler tomo el suyo.

—Gracias, hijo.

No se hacía una idea de qué pudiera contener el paquete, y eso le emocionaba.

La señora Hugler igual tomo el suyo, luego retiró con cuidado las tiras de papel color amarillo que simulaban ser listones. También retiró con cuidado las hojas de papel púrpura que hacían como envoltura. Ahí estaban las pantuflas nuevas, con una tarjeta que decía con letras temblorosas: *TE QUIERO MAMI*.

Se las puso. Le ajustaban perfectamente. Lloró un poco por la emoción. Era un bonito detalle, aunque no fuera una sorpresa.

Al ver el regalo de su esposa el señor Hugler también desenvolvió el suyo, aunque con menos cuidado pues rompió toda la envoltura. Ahí

estaba, una hermosa corbata roja y una tarjeta: *TE QUIERO PAPI*.

En casa tenía corbatas de varios colores, pero ninguna roja. La alzó para verla mejor. Los estampados eran similares a los de sus otras corbatas.

—Ven aquí, hijo.

Charlie se acercó a su papá, y cuando estuvo a su alcance el señor Hugler lo abrazó. No dijo nada, simplemente lo abrazó con cariño. Después le dio un beso en la frente, lo alejó de sí para ver su carita y le revolvió el cabello.

Al día siguiente, el viernes, el señor Hugler entró cargando un paquete rojo con listones naranjas, muy parecido al que Charlie le dio. Fue directo a la habitación de Charlie, pero ahí sólo estaba Fernando recostado sobre su cama y escribiendo en una libreta.

—¿Y tu hermano?

—No sé, vagando por ahí.

El señor Hugler fue a la estancia y se sentó en el sillón para esperar a su hijo. Al poco rato lo vio llegar con una franela para limpiar las figurillas de porcelana que la señora Hugler tenía sobre las repisas.

El señor Hugler se levantó del sillón.

—Hola, hijo, ¿qué haces?

—Ayudo a mami.

—Me doy cuenta —hizo una pausa—. Mira, te traje algo.

Charlie volteó. Se emocionó al ver la envoltura. Era una caja enorme.

—¿Es un regalo?

—Para ti.

—¿Qué es?

—Ábrelo y verás.

Charlie tomó su regalo. Desgarró el papel desesperado para descubrir la caja de una cometa. En los dibujos de la caja se veía a un niño manipulando una cometa que volaba a gran altura. Se imaginó a sí mismo en esa situación. Quería salir ya a volarla. Las había visto en el parque y siempre le llamaron la atención, pero no pensó que fuera a tener una.

—Muchas gracias, papi.

Charlie no cabía de la emoción. Corrió a mostrársela a su mamá, luego a Fernando. No quería despegarse de la caja ni un minuto.

Esa noche durante la cena Charlie tomó la palabra más de lo habitual. No dejaba de comentar sobre las cometas que volaban en la plaza. Y contaba lo genial que sería que su cometa fuera la que volara más alto. La señora Hugler escuchaba contentísima, feliz por el

entusiasmo de su hijo, por verlo tan platicador, casi tan parlanchín como Fernando.

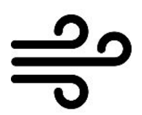
Planearon ir al parque al día siguiente para volar la cometa nueva. Pero las cosas no salieron como esperaban. Durante la noche las nubes se acumularon el en cielo. Entrada la madrugada ya era posible ver los relámpagos y escuchar los fuertes truenos. La lluvia comenzó a caer a las cuatro de la mañana y no se detuvo en todo el día.

Charlie insistió en salir, pero era imposible. El señor Hugler intentó explicarle que con la lluvia la cometa no volaría, pero Charlie no escuchaba razones.

Pasadas las diez de la mañana, cuando era obvio que la lluvia no se detendría, Charlie se puso a llorar. Se encerró en su cuarto como siempre hacía cuando lloraba. Cerró la puerta

con seguro y se ocultó bajo sus cobijas. Lloró, lloró y lloró con todas sus fuerzas. La señora Hugler intentó entrar para consolarlo, pero como siempre encontró la puerta cerrada.

2 EN EL PRESENTE.



CHARLIE DUERME sobre su cama. Le despierta el frío en los pies. Se pierde entre esa frontera que divide a la vigilia del mundo de los sueños. Está más dormido que despierto, así que apenas y se da cuenta. Pero eso basta. Los sentidos no dejan de mandarle señales de alerta. Abre los ojos lentamente, muy asustado. Su cuerpo tiembla, aunque no por el frio. Alguien más está en su cama. Puede sentir su cuerpo pegado al suyo. Puede sentir su brazo sobre el pecho, abrazándolo. Puede sentir su mano entre los dedos. Puede sentir su respiración —en el cuello— bajo la nuca. Puede sentir su calor.

Suelta esa mano que aferra entre la suya para descubrir que no es nada. No hay brazo sobre su pecho como no hay cuerpo a su

espalda. Está solo.

Se incorpora de inmediato. No quiere seguir acostado. Ve a su alrededor sin saber exactamente qué está buscando, o a quién, sólo para constatar que no hay nadie más. La mañana es fresca, lo siente en la mitad helada de su cuerpo, esa que nadie abrazaba. Baja de la cama y va al baño para usar el retrete, comió tanto la noche anterior que el vientre le duele. Se lava las manos, después la cara. Siente los parpados pesados, apenas puede mantener los ojos abiertos. Suspira, luego se desnuda con torpeza. Abre la llave de la regadera y se pone bajo el agua helada. El agua lo obliga a despertar de una vez por todas.

Pierde pisada y cae al suelo. De inmediato se levanta y cierra la llave de la regadera. Ve las sombras escurrirse por el resumidero.

Se seca superficialmente, luego se viste con la misma ropa interior que traía y se envuelve con una de las batas. El agua se ha ido, aun así, siente recelo. Sale del baño y se acerca a la ventana. Descorre la cortina de un solo tirón. Al ver el agua retrocede, incluso se cae de sentón al suelo y se golpea la cabeza con la base de la cama.

No tiene tiempo de sufrir por el dolor del golpe. Está atento a las gotas de lluvia adheridas a la ventana. Traga saliva, se arma de valor y se levanta para correr la cortina. Su corazón late desbocado.

Trata de tranquilizarse usando ese ejercicio de respiración que le enseño el doctor. Debe estar concentrado, asegurarse si es una tormenta o una simple llovizna.

Se pone las pantuflas y sale de la habitación.

A diferencia del día anterior la casa ahora está silenciosa. Eso acentúa cualquier sonido, el chirrido del letrero en la perilla de la puerta de la habitación designada para su hermana, por ejemplo. Se balancea de forma juguetona, a pesar de no haber corriente de aire para hacer posible tal fenómeno. Charlie se pega a la puerta de su habitación, tratando de alejarse lo más posible del inquieto letrero. Pocas veces ocurría, pero vaya si ocurría, que una sombra atravesaba temporalmente a este lado. Lo que le daba miedo, más que la sombra misma, era la posibilidad de ser él el que atravesara al otro lado, y que luego no pudiese volver. Si aquello lo había hecho una sombra, él no intervendría, la dejaría andar a sus anchas.

Se desliza hasta que está lo suficientemente lejos, sólo entonces despega la espalda de la

pared y se encamina a pasos cortos y silenciosos. Le espanta escuchar el portazo. Decide no voltear. Sigue caminando procurando no hacer ruido. Va directo a la habitación de sus padres. Quiere comprobar que están ahí. No le gusta estar solo en los días de lluvia. Pega el oído a la puerta y escucha el respirar pausado de su mamá al dormir, aunque no los ronquidos de su papá. Quizás él también ya está despierto, o al menos eso es lo que piensa.

Se acerca con recelo a las escaleras. Ve con particular aprensión los peldaños que llevan al tercer piso de la casa, el tiempo suficiente como para que una extraña sensación le recorra la espalda desde las nalgas hasta la nuca, casi como una caricia. Respira profundo para tranquilizarse, agita la cabeza para deshacerse de esos pensamientos, luego baja.

Desciende despacio y con los sentidos bien despiertos, atento a cualquier movimiento extraño. El vestíbulo es un desastre, seguro que por el evento del día anterior. El salón esta en las mismas condiciones. Según dijo el abogado más viejo todos los empleados fueron despedidos o algo así, ¿quién limpiaría entonces?

Se acerca al busto, el que presentaron en el homenaje; está en un pedestal, en el vestíbulo. Visto de cerca es posible distinguir todos y cada uno de los detalles. Desde luego que no se siente con la suficiente autoridad como para juzgar un trabajo de esa naturaleza, pero supone que es un buen trabajo. Además, no sabía que aún se practicaba la escultura en mármol, en su mente aquello era algo propio del milenio pasado.

Un rasguño en el cristal llama su atención.

Son las copas con agua que sobreviven sobre las mesas en el salón. Las sombras intentan salir de ellas. Debe ser una tormenta, no una simple llovizna como la del viernes.

Camina a la puerta, indeciso. Es fácil, basta con abrir la puerta y comprobar la condición del clima, pero el miedo puede más. Sus piernas flaquean y casi cae al suelo. Se descubre llorando, lo delatan las lágrimas que sí logran llegar al piso. Se endereza y limpia las lágrimas que resbalan por sus mejillas. No puede vivir con miedo todo el tiempo, no puede paralizarse de esa manera con cada tormenta.

El doctor la llama pluviofobia, una muy peculiar, pues, aunque no es la regla, casi siempre afecta a los adultos. Desde luego que Charlie sabe que no tiene tal fobia, pero para fines prácticos, no lo desmiente. No le molesta

mojarse con un poco de lluvia, aunque tampoco está dispuesto a hacerlo. Lo que en verdad le aterra son los cúmulos de agua de lluvia, específicamente mientras la tormenta esta activa. Al parecer sólo él sabe de lo que es capaz esa agua.

Tiembla, cada vez más descontrolado. Desea estar arriba, lejos del nivel del suelo; buscar protección en los brazos de su mamá, o en su defecto, en los brazos de su papá. Desea que las lluvias no existan; aunque sabe que eso último es particularmente irracional, pues para bien o para mal las lluvias son responsables directas de la conservación de la vida.

Los ejercicios de respiración surten efecto. Ya repuesto va al salón para enfrentar a las sombras. Vaya si el lugar necesita limpieza. Se acerca a una de las mesas, donde una copa llena

de agua vuelve a chirriar. Desde dentro le observan esos ojos blancos, sumidos en esa suerte de piel negra.

—No te tengo miedo —miente.

Por si las dudas, pone un plato sobre la copa.

En la mesa de los bocadillos aún hay algo de comida. Se siente tentado a tomar un poco, pero resiste. Es mejor no comer o beber hasta que acabe la lluvia.

Comienza a andar para distraerse. De forma inconsciente vuelve sobre sus pasos hasta el vestíbulo. Avanza despacio, arrastrando las pantuflas. A cada momento la extraña casa va tomando forma, se vuelve algo conocido. Se concentra en memorizar cada pequeño detalle. Esos detalles que por lo regular escapan a la vista de la gente: un cuadro ligeramente inclinado, una duela ligeramente hundida o

ligeramente levantada, alguna mancha en la pared; esa clase de cosas.

Sin saber muy bien cómo, se descubre a si mismo contemplando aquella pintura. En verdad es hermosa. La imagen muestra un lago rodeado de vegetación: algunos árboles enormes al fondo, de esos que tienen raíces grandes y profundas que se hunden al interior del agua y aún más allá, hasta las entrañas de la tierra. Más allá de los árboles, una serie de montañas prominentes, peculiarmente familiares; aunque quizás esto último es más un efecto secundario de vivir rodeado de montañas todo el tiempo. Y al fondo de todo, un cielo enigmático y evocador. Es sin duda ese cielo lo que hace especial a la pintura. La imagen en si no es nada nuevo, lo peculiar es la selección de colores: tonos naranjas, rosas, rojos, sepias, ocres. La

pintura es un atardecer, ese punto del atardecer que antecede al crepúsculo, ese que dura apenas unos tres o cinco minutos cada día.

La pintura entona perfecto con la habitación: una estancia amplia tapizada de rojo, con duela de roble oscuro en todo el piso y en el muro en todo el perímetro, desde el suelo hasta un metro de altura. Es como si la pintura hubiera sido hecha para ocupar ese espacio. La misma señora Hugler lo notó el día anterior, a pesar de estar en medio de una crisis. La descolgó y luego la volvió a colgar. Hubiera sido un crimen al buen gusto el quitarla de ahí.

Charlie se acerca a la pintura y desliza los dedos sobre su superficie. No le hubiera sorprendido el mojarse los dedos con el agua del lago. Claro que aquello es imposible, se trata de una simple pintura.

Desvía la mirada a un lado y ve el retrato de su tío abuelo, el que presentaron la noche anterior. Debieron colgarlo ahí cuando subió a dormir. Desde luego que Charlie no es un crítico de arte, pero no está ciego. El trabajo del artista es notorio. Más que una pintura parece una fotografía. Hace falta acercarse mucho para distinguir los pincelazos sobre el lienzo.

Del otro lado están los retratos que colgó su mamá, desentonando como un payaso en un funeral. Pensar en el funeral le dibuja una sonrisa en el rostro. Pero no una sonrisa divertida, sino nerviosa. Aquellas fotografías no fueron hechas para estar ahí. La habitación es demasiado perfecta para ellas.

Camina hasta el retrato de bodas de sus padres. Su mamá *se veía* hermosa. Recalca el "*se veía*", pues ha cambiado mucho en los últimos

años; ya no es la mamá que recuerda de su primera niñez. Su papá, por su parte, para nada es atractivo. Piensa en las palabras de la señora Amaral. Su papá, supuestamente joven, vigoroso y bien arreglado para su boda, no es atractivo. A lo sumo es simpático, lo que para Charlie es sinónimo de gracioso. Quizás él mismo terminará así. Puede que en ese momento tenga un cierto atractivo infantil, pero crecerá y se transformará en un hombre feo; o lo que es peor, en un hombre chistoso.

Se encamina a donde el retrato familiar. Ese en el que no sale Clara. ¿Sigue formando parte de esta familia? Hace tanto tiempo que se fue a vivir tan lejos que ya prácticamente es una desconocida. Prueba de ello es este retrato. Hasta Fernando, muerto como está, es más de la familia que Clara.

Extiende la mano y la pasa por la superficie de la fotografía. Toca la imagen de su hermano. Trata de encontrar calor, pero el papel es frío e impersonal.

—¿Te dolió? —pregunta en voz alta, una voz fuerte y nítida.

Desde luego que no hay respuesta.

—¿Por qué no pediste ayuda? —dice, esta vez en voz baja—. Yo si te amaba de verdad.

De forma instintiva se lleva la mano al rostro, a esa cicatriz que marca su mejilla izquierda. Desea ver a su hermano, con todas sus fuerzas. Darle el abrazo que nunca le dio, decirle lo mucho que lo quiere y lo necesita. Cae al suelo de rodillas y llora en silencio. No puede soportarlo más. Simplemente ya no puede. No tiene fuerzas para seguir. Ha sido superado. Quiere terminar todo, ahí y en ese momento —y

a punto está—, pero el viento frio llama su atención, lo trae de vuelta de aquella peligrosa abstracción. Algo o alguien ha abierto todas y cada una de las ventanas del corredor.

Se levanta con dificultad. No es que no pueda hacerlo, es que no quiere hacerlo. Va al corredor, despacio. El corredor atraviesa la casa desde el fondo hasta el frente. Da al lado oeste, a los jardines. Los altos ventanales permiten ver lo que ocurre afuera. Hay viento, más no lluvia. Esta última ya ha pasado.

Tiene la intensión de volver a su habitación. Camina muy despacio, el cuerpo no le responde como quisiera. Las cortinas vuelan y aliadas al viento lo despeinan. El aire frío hiere su piel, como centenares de agujas diminutas clavándose al menor contacto.

Escucha el rechinido de un sillón. Se queda

muy quieto, completamente paralizado.

—¿Estas bien? —pregunta una voz. No es su papá.

Voltea a su izquierda, a donde está la biblioteca de la casa. Hay un hombre sentado en el ruidoso sillón. Intenta correr, pero tropieza con la bata y cae al suelo como un costal de patatas.

—¿Estas bien? —vuelve a preguntar el sujeto.

De ser otras las circunstancias un golpe así habría bastado para hacerlo llorar. pero hay algo más que demanda su atención, algo más importante que un insulso dolor físico.

—Yo, yo… —tartamudea— yo, no creo en fantasmas

Sigue en el suelo con los ojos bien cerrados.

—Respeto eso. ¿Necesitas ayuda?

Charlie se levanta muy despacio. No quiere hacer nada que altere al visitante.

—No me lastimes. Por favor.

»Lamento mucho lo que pasó. De verdad.

El sujeto permanece inmóvil. No parece que respire.

—¿Lastimarte? ¿Por qué lo haría?

—Te he visto antes —la voz de Charlie no difiere mucho del llanto—. Me sigues a todas partes y me vigilas todo el tiempo. Incluso te metes a mi cama mientras duermo.

—¿Y por eso crees que te lastimaré?

—Si eres tú, ¿verdad? Estabas en mi cama esta mañana.

—Te habrías congelado.

—Gritaré —amenaza Charlie —llamaré a mi papá con todas mis fuerzas. Sé que me escuchará; o me escuchará mi mamá.

—Grita. Será interesante ver lo que pasa. Sabes bien que ellos piensan que estás loco. Sobre todo tu papá. Me pregunto cómo reaccionará. ¿Te haces una idea?

Charlie se queda en silencio un momento, pensando en eso.

—¡Déjame en paz! ¡No quiero verte! —grita de repente.

—Si yo fuera tú no alzaría la voz. Tus padres despertarán y el único afectado serás tú.

Charlie se levanta y retrocede dos pasos hasta topar con la cortina. Un poco más atrás está la ventana abierta. Del otro lado de eso está el enorme afuera amenazando con lluvia.

—¿Qué quieres de mí? —no le falta mucho para llorar de nuevo—. Déjame en paz, ya me disculpé.

—¿Qué quiero yo de ti? Una disculpa no,

evidentemente. Además, fuiste tú el que me llamó.

Charlie no sabe cómo reaccionar.

—Me iré corriendo.

—Vete. Sabes que eso no cambiará nada.

El sujeto mira Charlie fijamente. Charlie ve al sujeto.

—Parece que no tienes ganas de correr. Ven a sentarte, te ves cansado.

Charlie espera un rato más, sopesando la situación. Es verdad que no hay nada que pueda hacer. Respira profundo, entra a la biblioteca y se sienta en el otro sillón rojo.

El sujeto sonríe con suficiencia.

—No era tan difícil, ¿o sí?

—Yo no te llamé.

El sujeto no replica.

—No lo hice —insiste Charlie.

—No te gusta la lluvia, ¿verdad?

—¿Y eso qué?

Charlie se acomoda mejor en el sillón. Está tan nervioso que resbala todo el tiempo.

—Esta mañana te sentí en mi cama.

—Te habrías congelado. Estabas indefenso y con frío.

Charlie piensa en eso, en verdad la mañana es fría.

—Me refiero a que, te sentí. Fue distinto a las otras veces. Y eso no me gustó, no quiero que vuelvas a meterte a mi cama.

El sujeto ríe.

—Creí que estarías feliz de verme al fin, o sentirme. Después de todo fuiste tú quien abrió la puerta. Tú fuiste el que me dejó entrar.

—Fue un accidente —dice Charlie en seguida —. Además, cerré la puerta.

—Sí, conmigo de este lado.

De un momento a otro el cabello del sujeto luce despeinado y su ropa desarreglada. Su piel también se torna más pálida y sus ojos se nublan.

Charlie se levanta del sillón e intenta correr, pero otra vez tropieza con la bata y cae al piso.

—Aléjate de mí —musita Charlie en un hilo de voz.

—No seas ridículo. Levántate del suelo y vuelve al sillón.

—¡Eres un monstruo!

—¿Monstruo yo? —dice el sujeto con sorna —. Monstruo tú. O más apropiado aún, monstruo tu hermano.

—Cállate, no sabes lo que dices.

—No digo nada que no pienses.

Charlie se levanta del suelo y vuelve al

sillón. Mira con repulsión al sujeto: Su ropa maltrecha, sus ojos —un par de cuencas vacías—, su piel putrefacta cayendo a pedazos.

—No me mires así. ¿O así quieres verme?

Poco a poco se recupera hasta retomar la apariencia que tenía en un principio, la de un hombre de algunos veinte años de edad, de piel lozana, de cabellos bien peinados, de ropa limpia y arreglada.

—¿Qué quieres de mí? —pregunta Charlie.

—¿Otra vez lo mismo? Yo no soy el que pidió ayuda con tanta desesperación.

—No me importa si eres un fantasma o un demonio. Si te gusto olvídate de mí. Mi cuerpo está limpio. A mí no me interesan las cosas pervertidas, ni las hago, y eso te consta pues siempre me estás viendo.

—Creí que eras ateo. Por otra parte, ¡qué

vanidoso! No me gustas en el sentido que estás pensando; después de todo, como bien dijiste, yo no soy humano. Si fuera como te empeñas en pensar, ahora que estoy de este lado, habría hecho más que abrazarte y mantenerte caliente; así lo quisieras o no. Pero, dejando eso de lado, y pasando a lo que realmente importa, ya lo dije antes, yo no soy el que pidió ayuda. Así que dime tú, ¿qué es lo que quieres?

Charlie lo piensa.

—No sé lo que quiero —confiesa.

—¿No sabes? Por favor. Puedes hacerlo mejor que eso. Se honesto por primera vez en tu vida y di abiertamente qué es lo que quieres.

—Ya te dije que no lo sé.

El sujeto sonríe de forma desdeñosa.

—Qué desperdicio. Que seas quien eres. No podemos ser más diferentes. No eres más que un

niño chillón y odioso, siempre lo has sido. Me obligas a odiarte.

—¡Cállate! No me importa lo que digas, y si me odias, por mí mejor.

—¿No te importa? Qué va. Repito que no digo nada que no pienses ya.

—Tú no sabes nada —insiste Charlie. Las lágrimas vuelven a resbalar por su rostro. Su voz vuelve a ser llanto.

—Eso es más fácil, ¿verdad? Si algo no te gusta lloras. Bonita forma de arreglar las cosas.

—¿Tú qué sabes? No puedes ayudarme. Mejor vete y déjame solo. No puedes hacer nada por mí. Nadie puede.

—Cuánto drama. Pero mira que soy indulgente. Así que estoy dispuesto a hacer un trato contigo.

Charlie empieza a serenarse al ver que no

consigue una reacción con su arrebato.

—¿Un trato?

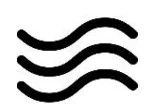
—Nada complicado. Yo te ayudo a llegar al lugar que inspiró la pintura en la pared, pero a cambio debes cumplirme tres encargos. Si los cumples, cada uno te acercará más al sitio. Si no los cumples, te las verás directamente conmigo. ¿De acuerdo?

Charlie lo piensa por largo rato. La idea de ir al lugar que inspiró la pintura es atractiva. Además, no tiene nada que perder. A estas alturas, ya no tiene nada que perder.

—De acuerdo.

—Qué así sea —dice el sujeto, y desaparece en el primer parpadeo.

3 EN EL PASADO.



EL ESTÓMAGO le molestaba, rugía exigiendo comida, pero Charlie sólo tenía cabeza para sacar su frustración de la única forma que conocía, llorando. Abrazaba con fuerza la almohada, tan empapada con las lágrimas. A decir verdad, se encontraba hecho un estropicio. La cama era un amasijo de sábanas informes bajo su cuerpo, el cobertor hacía horas que yacía en el suelo de la habitación. Si bien ya no gemía, aún lo asaltaban repentinos sollozos, espasmos involuntarios no muy distintos al hipo. A estas alturas hilillos de lágrimas resbalaban esporádicos por sus mejillas enrojecidas. El esfuerzo no era ya por dejar de llorar sino por seguir llorando.

Un chasquido en la puerta lo alertó de la presencia materna. De inmediato hundió el rostro en la almohada y reanudó sus gemidos de dolor y desesperación.

La señora Hugler entró y puso sobre el buró un plato con un sándwich de jamón y un vaso con leche fresca.

—Vamos, bebé, no te pongas así.

Puso la mano sobre la espalda de Charlie, con ternura, tratando de consolarlo. Charlie de inmediato se revolvió en la cama para deshacerse de esa mano.

La señora Hugler suspiró.

—Ya no te molesto.

Se alejó a pasos lentos, con la esperanza de ver a Charlie levantarse para comer.

—Recuerda que te amo mucho.

Salió de la habitación y cerró la puerta. Duró

un rato ahí, sosteniendo esa perilla tan rayada por las tijeras con las que constantemente la forzaban cada que a Charlie le daba por encerrarse a llorar. ¿Cuáles fueron las palabras del doctor?: —Lo que su niño necesita es aprender a manejar las decepciones, y una forma de hacerlo es descubriendo que a veces no hay nada que se pueda hacer para cambiar las cosas. La próxima vez que se encierre a llorar, déjelo que llore a sus anchas. No se va a deshidratar, simplemente se aburrirá de llorar y se detendrá.

Era doloroso para ella como madre, pero el sádico método funcionaba, cada vez era menos el tiempo que Charlie lloraba.

Charlie aguardó paciente hasta que escuchó a su mamá marcharse. Sólo entonces se incorporó y se sentó en el borde de la cama. El

estomagó le gruñía, como si dentro tuviera un animal salvaje. Vio el sándwich en el plato y el vaso con leche fresca, y su estómago volvió a protestar. En un principio intentó resistirse, demostrar que era fuerte y tenía determinación, pero finalmente la necesidad pudo más. Tomó el emparedado con ambas manos y lo devoró con apetito. Era tanta su hambre que no se aseguró de masticarlo con minuciosidad, aunque estaba consciente de que después se arrepentiría de eso. Tuvo que valerse de la leche del vaso para lograr pasar por completo el pan que se le atoraba en la garganta.

Ya con el estómago tranquilo, aunque no satisfecho, le fue imposible seguir llorando. Por más que lo intentaba ya no salían lágrimas. Hasta mantuvo los ojos muy abiertos por largo rato, con la intención de hacerlos lagrimear,

pero no pasaron de humedecerse un poco.

Salió de la habitación, malhumorado y con pesadez. Cada paso le costaba un montón, no porque fuera difícil levantar los pies, sino porque no quería hacerlo y estaba actuando en contra de su voluntad. Entró al cuarto de baño y se tomó su tiempo para echar una larga meada; desde luego que con la puerta abierta como señal de protesta. Después fue a la cocina y tomó una manzana de la nevera.

La señora Hugler preparaba la cena. Lo vio de refilón y esbozó una sonrisa. Charlie fingió no darse cuenta, no quería que su mamá sintiera que había ganado. Comió la manzana con voracidad para terminar de saciar el hambre, y en seguida se marchó.

Ya en la sala se asomó por la ventana. No le sorprendió descubrir que seguía lloviendo.

El señor Hugler veía televisión sentado en el sillón.

—¿Estás mejor, hijo?

Charlie no respondió, estaba demasiado enfadado como para hablar. Además, si pudiera, aún estuviera llorando.

—Ven, siéntate conmigo, estoy viendo tu programa favorito.

Charlie se acercó al sillón y se sentó de mala gana. Aquel no era su programa favorito, era el programa favorito de su papá. Su verdadero programa favorito era Bob Esponja. En todo caso, no le molestaba ver ese programa.

—Mira, está en una isla desierta y quiere conseguir agua dulce. Va a evaporar agua de mar para separarla de la sal.

Charlie siguió sin decir nada. Incluso cruzó los brazos para dejar bien en claro lo enfadado

que estaba.

—¿Qué pasa, malhumorado? ¿No vas a preguntarme si puedo hacer que se detenga la lluvia?

Charlie se hundió aún más en el sillón.

—Ya sé que no puedes.

—Vaya… sí que estás enojado. Hasta hablaste bien.

El señor Hugler se concentró en el programa.

—Yo nunca quiero nada, papi —dijo Charlie para recuperar la atención de su papá—. ¿Por qué cuando quiero algo siempre pasa algo malo?

—La lluvia no es algo malo, campeón. Forma parte de la naturaleza. Y la naturaleza es a veces más caprichosa que las personas.

—¿Qués caprichosa, papi?

—Ah… ya estás de buen humor.

Charlie vuelve a cruzar los brazos.

—No, no estoy.

—Repíteme la pregunta.

—¿Qué es caprichosa?

El señor Hugler se tomó su tiempo para responder, para seleccionar las palabras apropiadas.

—Caprichosa o caprichoso. Es aquel que quiere que se cumplan todos sus deseos; y nunca acepta un no por respuesta. Por ejemplo, tú estás siendo caprichoso en este momento.

—Pero la naturaleza si hace lo que quiere, yo no.

—Eso es porque la naturaleza es más grande y fuerte que tú. Así que ella gana. Pero si tú te enfrentaras a otro caprichoso y resultara que fueras más fuerte, seguro que tú ganas.

Charlie se quedó pensando en esas palabras. Recordó todas las veces que convenció a

Fernando de ver televisión, aún y cuando sabía que eso no le gustaba. Entonces había sido caprichoso, y hasta ahora se daba cuenta.

Siguieron viendo televisión en silencio. El programa terminó cerca de cuarenta minutos después, luego de que el sujeto pasara varios fatídicos días al borde de la deshidratación y con una fuerte fiebre tropical que casi le cuesta la vida. El día por su parte dio paso al atardecer, con lo que el ambiente fue tiñéndose de ámbar.

—¿Ya te sientes mejor, hijo?

Charlie despertó de su sopor. Tanta calma lo había dejado adormilado. No respondió a la pregunta, pero sí, ya se sentía mejor.

Luego de un rato la señora Hugler los llamó para cenar. Un guiso de carne de res con patatas y arroz frito para acompañar. Charlie lo devoró todo con bastante apetito, sin prestar mucha

atención a los demás.

Fernando no dejaba de hablar de ese libro que le prestaron en la biblioteca de la escuela. Al parecer lo había terminado esa misma tarde. Charlie no entendía qué gracia tenía leer un montón de letras amontonadas en las hojas de un libro; Además, encima era la aburrida historia de un niño odioso que hacía algo con el centeno. El único centeno que Charlie conocía era el del pan, y ese pan no le gustaba nada de nada. La señora Hugler, en cambio, escuchaba a Fernando muy entusiasmada, según ella también había leído ese libro en su adolescencia y era uno de sus favoritos.

El señor Hugler estaba concentrado en terminar con el guiso de su plato. Él no era de leer, al menos no libros. Si leía algo eso era el periódico. Cuando estaba en casa su pasatiempo

más grande era ver la televisión o armar enormes rompecabezas. Entonces Charlie lo acompañaba. A ambos les gustaba esa compañía silenciosa. Si armaban rompecabezas, Charlie se encargaba de buscar las piezas más difíciles. Y si veían televisión a veces compartían algunos comentarios sobre lo que ocurría en la pantalla. O a veces se volvían para intercambiar una mirada, una especie de mensaje telepático en el que su papá le decía: ¿Estás pensando lo mismo que yo? Y Charlie contestaba con la misma telepatía: Sí que lo estoy pensando. Y entonces reían, se sorprendían, se asqueaban o evidenciaban su incredulidad, todo con idénticos gestos. Como si uno fuese el espejo del otro.

Terminada la cena, y con los platos sucios en el lavavajillas, el señor y la señora Hugler

fueron a la sala para ver una película. Fernando, por su parte, no demoró en correr a su habitación para entrar antes de que a su hermanito le diera por encerrarse de nuevo a llorar.

Charlie bajó de la silla, muy ofendido de que todos se fueran y lo dejaran ahí solito comiendo el postre. Puso el vaso con la gelatina a medio comer en el fregadero, ahora sí que estaba lleno, y fue a la sala para ver la película con su mamá y su papá. Soportó apenas quince minutos del aburrido filme. Él hubiera preferido dibujos animados. Se fue de ahí protestando, por su mal humor, por lo aburrido de la película, porque lo dejaron solo en la mesa, porque no lo escuchaban quejarse.

Llegó a su cuarto, aun mascullando palabras entre dientes. Le sorprendió encontrar la puerta

cerrada con él del lado equivocado. Pegó el oído a la puerta. Se escuchaban esos pequeños quejidos y gemidos ahogados. Sabía perfectamente lo que estaba pasando. En la escuela se encargaron de explicárselo con lujo de detalle, y de una forma muy descriptiva. Esperó ahí un ratito, a ver si acababa de una buena vez, luego se fue. ¿Él lo había hecho? No, nunca. Una ocasión lo intentó. Poco después de que le explicaran como se hacía, al llegar a casa, se metió al baño y tomó su pene. Hizo lo que le dijeron, pero no pasó nada. Estaba tan nervioso que al poco de empezar se sintió muy incómodo, así que desistió. Además, su mamá le había dicho que eso era malo. Y tenía sentido, si no fuera malo, su hermano no se escondería para hacerlo. Se lavó las manos dos veces y ese día no pudo ver a nadie al rostro. Se sentía muy

avergonzado. Para nada se sintió bien, no como se lo prometieron. Al día siguiente se lo dijo a su amigo, le reclamó por haberle mentido. Su amigo se justificó diciéndole que no lo había hecho bien, incluso se ofreció a mostrarle cómo. Pero Charlie se negó, ya había tenido suficiente.

Anduvo vagando por la casa, hasta le dio una segunda oportunidad a la película, pero finalmente se desesperó. No se iba a quedar afuera de su cuarto por esa tontería. Si Fernando quería hacer esas cosas tenía su choza en el monte, o el baño.

Se levantó decidido y fue directo a su habitación, dispuesto a tumbar la puerta a golpes si era necesario. La puerta, sin embargo, estaba abierta. Entró con el mentón en alto, no dispuesto a hacer caso a Fernando, y se sentó en la silla frente a su escritorio. Tomó su cuaderno

del Dr. Seuss y se puso a colorear. Eso hacía cuando quería relajarse, aunque estaba tan molesto que en un arrebato pintó de azul los *huevos verdes con jamón*, y de rojo el lujoso traje del *Unavez*. Fernando estaba escribiendo en su libreta, así que tendría luz por largo rato. Lo único malo es que después Fernando se pondría a llorar, sorbiendo los mocos ruidosamente hasta quedarse dormido. Siempre que escribía en su libreta pasaba lo mismo.

La noche fue larga. Charlie despertó en dos ocasiones con los quejidos de su hermano mayor. A la segunda le lanzó un oso de felpa directo al rostro. El oso cruzó el cuarto, de una cama a la otra, y aterrizó en la nariz de su hermano. Fernando se sorprendió tanto que cayó al piso. El golpe fue suficiente para despertarlo, así que no gritó.

—¿Qué pasa? —dijo asustado.

—Haces mucho ruido; no me dejas dormir —espetó Charlie de mal humor.

Fernando se disculpó y se levantó para ir a la cocina por un vaso de leche tibia. El resto de la noche transcurrió sin contratiempos. Tal vez era que Charlie estaba tan cansado que ya no escuchó nada más.

A la mañana siguiente la señora Hugler le obligó a levantarse temprano, a ducharse y a vestirse para ir al colegio. Hasta se tomó su tiempo para reprenderlo por no lavarse los dientes la noche anterior.

La lluvia siguió cayendo durante todo ese día. Charlie tuvo que comer su almuerzo en el aula de clases; y tuvo que pasar el rato coloreando pues su amigo no fue a clases y por la lluvia no podía salir a jugar al patio.

De vuelta a casa comió algo, hizo su tarea y pasó el rato viendo televisión. También hizo su recorrido de rigor, desempolvando cada adorno y reacomodándolo en su sitio.

El día siguiente fue más o menos igual al anterior, sólo que ahora sí pudo salir al patio del colegio pues la lluvia había cedido.

Y así llegó aquel miércoles. Todo transcurrió con su ensayada naturalidad. El levantarse temprano y alistarse. El ir al colegio y jugar durante el recreo con sus amigos. El volver a casa y comer la deliciosa comida que su mamá preparó. Hasta que Fernando habló.

—Oye, mami. ¿Podemos ir a la plaza para volar el papalote de Charlie?

Tan pronto escuchó esas palabras el rostro de Charlie se iluminó.

—Sí, mami. ¿Podemos ir?

La señora Hugler lo pensó un momento. No había razones para negarse. Sonrió, con esa sonrisa de complicidad que tan bien le sentaba, al menos en aquella época en que aún podía hacerla.

—Está bien, pero sólo un rato.

Charlie se levantó de la silla, como impulsado por un resorte, y corrió a la habitación para tomar su cometa nueva. Le hormigueaban las manos y el vientre. Sólo una vez se sintió así antes, cuando su maestra del jardín de infantes le dio un beso en la mejilla. Le gustaba esa mezcla de adrenalina y dopamina bañándole el cerebro.

Alcanzó a su hermano en la puerta. Fernando lo esperaba con una enorme sonrisa de oreja a oreja. Algo en el interior de Charlie lo impulsó a querer abrazarlo, a darle las gracias

por acordarse de él y llevarlo al parque a volar la cometa. Pero se detuvo.

—Vamos, ciudadano.

La plaza era grande y espaciosa. Estaba al final de la calle y podía verse desde la casa de Charlie; y viceversa. Mucha gente pasaba por ella. Un grupo de muchachos jugaban futbol. Algunas señoras conversaban divertidas mientras vigilaban a niños pequeños que jugaban en los areneros —enormes sanitarios comunitarios para los gatos del vecindario a opinión del señor Hugler—. Un puñado de niños más grandes se perseguían jugando algo parecido a las traes. Otros niños simplemente conversaban entre risotadas y ademanes exagerados, presumiendo cosas que seguramente no habían hecho y jurando tener el valor para hacer cosas que seguramente no

harían. Pero lo que cautivaba la atención de Charlie eran las cometas que surcaban el cielo azul. Hasta parecía imposible que apenas el día anterior había caído una llovizna, y que un día antes de eso había caído un aguacero en toda regla. El cielo lucía mayormente despejado; lo cruzaban algunas cuantas nubes aborregadas, de esas que te invitaban a recostarte a la sombra de algún gran árbol y mirar al cielo para buscarles formas graciosas.

Fernando vio a su hermanito tan entusiasmado por las otras cometas, tan sonriente, que sintió un chispazo de esperanza.

—Mira, ciudadano, qué alto vuelan.

Fernando se puso a espaldas de Charlie y puso sus manos en sus hombros, luego se inclinó para estar a su altura, y le señaló una cometa azul muy parecida a la suya.

El contacto sorprendió a Charlie. A lo mucho, Fernando sólo le daba la mano, y eso cuando tenía que llevarlo a algún lado. Pero ahora lo tocaba con libertad. Charlie vio al cielo por un momento, luego volteo a ver el rostro de su hermano, tan cerca al suyo. Fernando le sonrió.

—¿Armamos tu papalote?

Pidió la caja de la cometa a su hermano y fue a sentarse a una de las bancas. Charlie le siguió y se sentó a su lado, dejando suficiente espacio entre ambos para poner la caja. Estaba tan feliz de que su hermano realmente lo quisiera y de que por fin volaría su cometa nueva.

—Es muy bonita, ¿verdad?

Charlie asintió orgulloso.

Fernando colocó las varillas de plástico, los

listones y el hilo.

—Pues ya está.

Charlie tomó la cometa de manos de Fernando y la contempló sorprendido. Era roja con listones naranjas, de colores tan brillantes que parecían caramelos.

—Yo la sostengo y tú corres para que se eleve. Ya verás cómo tu papalote es el que vuela más alto.

Hicieron tal y como dijo Fernando. Charlie corrió con todas sus fuerzas, la cometa se elevaba en el cielo. Se detuvo y vio orgulloso el vuelo de su cometa. Un espléndido rombo carmesí, brillando cual rubí bajo el sol de la tarde. Los listones naranjas ondeaban al viento, atrapados en aquellas corrientes de aire que atravesaban invisibles lo alto del cielo.

—Se ve genial, ciudadano. Mira que alto

vuela.

Charlie escuchó jactancioso las palabras de su hermano, las de él y las palabras de las otras personas del parque. Algunas señoras lo observaban y comentaban lo alto que volaba la cometa y lo fácil que Charlie la controlaba. Agregando también lo pequeño que era Charlie para semejante empresa, pues la mayoría de los que volaban cometas eran niños más grandes.

Movido por la vanidad a Charlie se le ocurrió tirar del hilo para balancear su cometa, como había visto hacer a algunos de los niños grandes. La cometa se movió en el cielo dibujando círculos. Los listones naranjas hacían que el vuelo fuera más vistoso.

—Lo haces muy bien, ciudadano. Si volar papalotes fuera un deporte mundial tú serías el campeón del mundo.

Charlie lo vio sonreír, y le sorprendió descubrir que se veía auténticamente feliz. ¿Era posible que ya no estuviera triste?

—¿Me dejas a mí intentarlo? —preguntó Fernando. Aún sonreía, tanto que quizás su entusiasmo y emoción eran auténticos.

Charlie lo pensó. Al fin estaba volando su cometa nueva después de largos tres días de espera. Claro que se la prestaría a su hermano, pero deseaba con todas sus fuerzas disfrutar de aquella sensación de control, al menos por un ratito más.

—Si te la pesto pero… —hizo una pausa— en un rato más.

Fernando no dejó de sonreír. Había hoyuelos en sus mejillas y sus ojos seguían rasgados. Pero su sonrisa ya no brillaba. Charlie se dio cuenta. Incluso se sintió tentado a pasarle la cometa en

ese instante, pero no lo hizo.

—Está bien, ciudadano. Sé que querías con todas tus fuerzas volar tu papalote nuevo. Y es tuyo. Yo me espero.

La sonrisa desapareció, dando paso a una expresión de duda.

—Tengo que ir a recoger algo, no me tardo. Tú espérame aquí, ¿sí? Cuando vuelva me lo prestas.

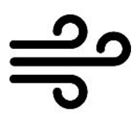
Charlie aceptó la propuesta y siguió balanceando su cometa en el cielo. Fernando dio media vuelta y se marchó.

Pasó el tiempo con su acostumbrada parsimonia. Siempre un segundo después de otro. Siempre un minuto después de otro. Charlie enredó el hilo de su cometa para atraerla. Tomó su cometa nueva y se sentó en una banca cercana para esperar a su hermano.

Estaba cansado, le dolían los brazos por sostener la cometa en vuelo por tanto rato. Y el tiempo pasó, siempre una hora después de otra. Las señoras se fueron con sus pequeñines y dejaron los areneros solitarios. Los otros niños abandonaron los columpios, los toboganes y demás juegos. Los muchachos concluyeron con su partido de fútbol. La plaza gradualmente se quedó vacía.

Charlie observó cómo el cielo se ponía rojo, cómo después se ponía azul para después dar paso a la oscuridad. Observó cómo se encendían una a una las luces mercuriales de la plaza y de las calles cercanas. Y esperó paciente el regreso de su hermano, sentado en aquella fría banca de metal, pero Fernando ya no volvió.

4 EN EL PRESENTE.



CHARLIE OBSERVA el sillón vacío sin dar crédito a lo ocurrido. Seguro que su papá tiene razón y en verdad está loco.

—¿Te quedarás ahí sentado?

Charlie voltea al pasillo. No decide si está sorprendido, asustado, o ambas cosas. Se levanta con dificultad, le tiemblan las piernas y los brazos, tanto por la conmoción como por el cansancio. Equilibrarse es otra tarea difícil, pero finalmente consigue dominarse y mantenerse de pie. El sujeto aguarda paciente.

—Te espero en tu habitación —dice y desaparece con un parpadeo.

Ahora sí que se sorprende. Definitivamente su papá tiene razón, está loco. Si bien el señor Hugler no lo decía abiertamente, no era secreto

que lo pensaba. —Es raro —dijo una vez en voz muy bajita. Estaba en el patio de la casa platicando con la señora Hugler. Charlie lo escuchó desde la ventana de su habitación.

Agita la cabeza para deshacerse de esos pensamientos. Debe concentrarse en el *ahora*, en este momento. Piensa en el dolor, es una buena ancla. Con tantas caídas le duele mucho el muslo derecho. Aparta la bata y sube un poco la pernera de su bóxer para ver. No tardará en formarse un hematoma, ya está en sus primeras fases. Seguro que para el final del día tendrá toda esa área de un insano color púrpura.

Levanta la bata para que no le estorbe y atraviesa corriendo el pasillo lateral. Le da miedo el exterior; que vuelva a llover, mejor dicho. Para su sorpresa, las ventanas se cierran a su paso, cada una con el mismo sigilo con que

se abrieron, apenas con un discreto clic. De un momento a otro desaparece el sonido del exterior, el silbido del viento agitándolo todo.

Sube las escaleras con cuidado. No quiere agregar una nueva caída al historial. Llega arriba y da vuelta en dirección al ala oeste. No le sorprende encontrar al sujeto esperándole en la puerta de su habitación. Está ahí, de brazos cruzados, con semblante arrogante. Ya no es tan alto como lo recuerda; o tal vez es que él mismo ha crecido y ahora lo ve desde otra perspectiva.

Se acerca. El sujeto se aparta para dejarlo pasar. Charlie abre la puerta. En ese momento se escucha el chirrido; no hace falta voltear para saber que es el letrero en la puerta de la habitación de Clara. Se mueve haciendo ese horrible ruido, como profiriendo una invitación.

—No he sido yo. Y aunque no te detendré, si

es que eres tan curioso que no puedas contenerte de ir a investigar, te sugiero que no te acerques ahí; al menos no el día de hoy.

Charlie entra en su cuarto y cierra la puerta. Si hay algo o alguien en la habitación de Clara, no le interesa.

—Si no te tranquilizas se te saldrá el corazón del pecho. Pareces un ratón asustado. Te dará un infarto.

El sujeto está recostado en la cama de Charlie, viendo al techo, con las manos entrelazadas bajo la cabeza. Otra vez presenta esa apariencia de cadáver de dos días, con los ojos opacos y la piel exageradamente pálida.

—Bájate de mi cama —masculla Charlie, más para sí mismo.

El sujeto voltea a donde Charlie. Espera un momento, luego se levanta. Camina a la ventana

y ve la gruesa cortina que impide la entrada de la luz del sol.

—¿Por qué me ves así? —da media vuelta.

Charlie no responde. Sigue junto a la puerta. Siente los músculos engarrotados y respira con dificultad. Tal vez sí sufra un infarto después de todo.

—¿Qué quieres de mí? —habla con el mismo hilo de voz de hacía un momento. No puede evitar tomar los laterales de su bata para cubrirse en un abrazo protector.

El sujeto sonríe divertido al advertir el gesto.

—Tú me llamaste. Ya tuvimos esta conversación.

—Lo sé. Lo dijiste —confirma Charlie en voz un poco más clara—. Pero también acordamos que me llevarías al lago de la pintura si te hacía tres encargos. Por eso pregunto. ¿Qué quieres de

mí?

El sujeto achina los ojos y abre la boca en un gesto de sorpresa. Después vuelve a sonreír divertido.

—Sí —confirma, y da un paso al frente.

Charlie retrocede hasta topar con la puerta cerrada.

—¿Qué pasa? ¿Aún me tienes miedo?

Charlie no responde, no con palabras. Aunque sí lo confirma al abrazarse a sí mismo con más fuerza.

—No me temas.

De un momento a otro está frente a Charlie, con la nariz a dos centímetros de su nariz. Vuelve a tener una apariencia sana, aun así, Charlie cae al suelo muy asustado. Se cubre el rostro con ambos brazos, incapaz encogerse más.

El sujeto se endereza y se aleja caminando hasta la ventana.

—Eres demasiado asustadizo. Y enfatizo el “demasiado”; como un ratón.

Charlie espera, pero nadie lo ataca. Baja los brazos con timidez y observa al sujeto. Otra vez está lejos, a una distancia prudencial. No tarda en percibir el olor y la tibieza. La orina le resbala por los muslos hasta el suelo de madera. Llora al descubrirse sentado en un charco de su propia orina.

—¿Otra vez llanto?

Charlie se incorpora sintiéndose cada vez más sucio. Solloza y gimotea. Se siente de nuevo como un niño pequeño.

—Será mejor que te acostumbres a mi presencia. Te dejaré para que te asees.

Al primer descuido desaparece sin dejar

rastro. Charlie está tan afectado que ya no le asombra. Le lleva un buen rato reponerse. Permanece junto a la puerta, llorando como hacía mucho tiempo no lloraba. Sin embargo, y a pesar del torbellino de emociones, consigue serenarse.

Se quita la bata mojada de orina y seca el suelo con ella; afortunadamente es absorbente. Ver la suciedad le vuelve a anegar los ojos de lágrimas, pero está vez consigue controlarse, no pasa de un modesto llanto silencioso.

Va al baño y se mete bajo la regadera sin desvestirse. Sabe que el sujeto lo vigila. Lo piensa un rato, y finalmente se deshace de la ropa sucia; ya no quiere sentirla en su cuerpo. Si el sujeto lo ve, es asunto de él.

Termina de asearse y se pone ropa interior limpia. Se ve tentado a tomar otra bata, pero ya

ha estropeado dos de ellas, así que prefiere quedarse así. Deja la ropa sucia en la tina, remojando en agua con jabón perfumado, a ver si no se impregna el olor a orina. Comprueba que todo esté en orden, luego sale del baño.

—Tardaste mucho.

El sujeto está de pie en la esquina de la habitación; en la esquina más alejada de Charlie.

—¿Eres real?

El sujeto sonríe, en lugar de dar una respuesta.

—Dime si eres real —insiste Charlie.

—¿Te lo parezco?

La piel y la ropa del sujeto comienzan a pudrirse y a caerse a pedazos, revelando órganos y huesos.

—Detente —suplica Charlie.

El sujeto se regenera en el acto. Da un paso. Charlie de inmediato retrocede.

—No irás a orinarte otra vez, ¿o sí?

El sujeto continúa avanzando hasta situarse a un metro de distancia. Charlie hace un esfuerzo sobre humano por controlar su cuerpo. Está seguro de que no volverá a orinarse, o quiere estarlo. No obstante, no puede dejar de temblar.

—Tócame —ordena y extiende la mano a donde Charlie—. Si puedes sentirme soy real. Pero si tu mano me atraviesa soy falso.

Charlie levanta la mano con algo de timidez. Ahí está el sujeto, con su brazo extendido y con su palma abierta. Se detiene a pocos centímetros de tocarlo.

—¿Qué pasa? Sólo basta que estreches mi mano para que te asegures de si soy real o no.

—Prefiero no saberlo. Además, ya te sentí esta mañana.

—¿Me sentiste, o soñaste que me sentías? Todo lo que ha pasado, ¿ha pasado?

—No sé —Charlie limpia las lágrimas que empiezan a salir.

—¿Más llanto? No sabes hacer otra cosa, ¿o sí?

Charlie no sabe que responder.

—No hagas preguntas de las que no quieras saber las respuestas. Es molesto, es muy tonto de tu parte, y es una completa pérdida de tiempo.

El sujeto se aleja y vuelve a su esquina. Es como si la oscuridad lo absorbiera como parte de sí.

—¿Qué debo hacer? —dice Charlie. Busca al sujeto, pero ya no puede verlo.

—El baúl.

Charlie voltea a todas partes, pero no puede verlo.

—Muéstrate.

—Creí que no querías verme.

El sujeto emerge de la sombra que proyecta el baúl.

—No vuelvas a hacer eso. Quiero verte todo el tiempo. Si vas a estar a mi lado quiero saberlo. Así sabré, si no te veo, que estoy solo.

—Me parece justo —el sujeto se aleja del baúl—. No te hice traerlo por nada, ¿o sí? Claro que no me interesa el baúl, sino lo que tiene dentro.

Charlie asiente con la cabeza, sabe perfectamente a qué se refiere. Se acerca al baúl y lo abre.

—Yo no creo en fantasmas —murmura una y

otra vez, como si se tratara de un mantra.

Aunque a simple vista no se percibe, el interior del baúl es más estrecho de lo que aparenta. La razón es que cuenta con un doble fondo. El descubrimiento fue fortuito. Era en ese espacio donde Fernando guardaba su cuaderno de poemas.

Retira con cuidado la tapa en la pared del fondo y saca la mochila que guarda ahí.

—¿Por eso me sigues, porque tengo esto?

—No. Ahora vacía su contenido.

Charlie abre la cremallera de la mochila y vacía su contenido sobre la cama. Contempla las cosas con aprensión: un cuaderno, una pluma, tres libros, un teléfono celular, un cargador, una botella de agua de colonia, una pequeña cajita negra.

—Perdóname —las lágrimas vuelven a

inundarle los ojos con la misma velocidad en que su voz se quiebra—. Yo no quería, de verdad que no. Por favor perdóname.

El sujeto se inclina sobre la cama y alza la cajita negra.

—Esto no es tuyo —dice, sin hacer caso a las palabras de Charlie—. Entrégalo a su legítima dueña, tal como él debió entregarlo en un principio. Ese es el primer encargo.

Charlie tarda en reaccionar. Los faldones de la camiseta interior apenas son suficientes para secar sus lágrimas.

—¿Entendido?

El sujeto suelta la cajita. Esta cae y rueda por el colchón en dirección a Charlie. Luego él se retira a su rincón.

—¿Cómo voy a hacer eso?

—Sé que lo resolverás. Usa tu imaginación

—enseguida desaparece absorbido por las sombras.

Charlie toma la cajita negra. Sabe que es, en su interior guarda una joya. Pero no cualquier clase de joya; es un anillo de compromiso. Abre la cajita para verlo. Está ahí, idéntico a como cuando lo vio por vez primera. Una argolla de oro blanco con tallado artesanal y un diamante excepcionalmente grande. Según el recibo su precio supera los cuarenta mil pesos. Cierra la cajita y la pune sobre el escritorio.

Enseguida toma la libreta, la pluma y la botella de agua de colonia. En la tercera hoja de la libreta, como recuerda, está una carta redactada a puño y letra por el sujeto. Charlie desprende la hoja con cuidado y la rocía con un poco de agua de colonia. La deja secar en el escritorio, junto a la cajita.

Suspira. No tiene idea de qué hacer, cómo se supone que entregará ese anillo. Piensa en eso por largo rato. Rendido toma el teléfono celular y su cargador. Lo conecta sin muchas esperanzas.

Se sobresalta al percibir la vibración del teléfono. La pantalla se ilumina; aparece primero el logotipo de la marca del aparato, luego inicia el sistema operativo.

Tiene más o menos una idea de qué hacer. Por eso preparó la carta. Rebusca en el interior del baúl hasta encontrar el paquete de sobres de papel, toma uno y pone la carta dentro, cuidadosamente doblada en tres. Aún con el sobre cerrado se percibe el aroma de la colonia.

Practica la escritura varias veces antes de estar convencido de que es perfecta. Llena dos cuartillas enteras con la misma frase, la misma

que después escribe con cuidado en el sobre: Para Marcia.

—¿Qué exactamente es lo que planeas hacer?

Charlie grita asustado y cae al suelo. Al menos esta vez no moja los calzoncillos. Se levanta y vuelve a acomodar la silla.

—Lo que me pediste. Ya sólo me hace falta una dirección.

Charlie soba su pierna, le duele pues se ha golpeado de nuevo. No cabe duda de que el moretón alcanzará proporciones épicas.

Encima del escritorio está el sobre listo para su entrega. El sujeto lo ve con indiferencia. Igual ve el teléfono celular conectado a la luz.

—No entiendo que ven a esos aparatos. Limitan su mundo a una pantalla de tres pulgadas.

—¿Lo dices tú? ¿Qué esto no es tuyo? —Charlie levanta el teléfono celular.

—No.

El teléfono está bloqueado. Según la pantalla es imperioso que se teclee la contraseña para iniciar por primera vez después del reinicio. Charlie marca uno, dos, tres y cuatro. La pantalla lo identifica como un error y advierte que sólo quedan cuatro intentos. Marca cuatro, dos, seis y ocho. Otra vez error. Respira profundo. Se toma un minuto para relajarse. Ahora teclea uno, tres, siete y nueve. Para su sorpresa el teléfono se desbloquea.

—Qué listo.

En la pantalla aparece la fotografía de una mujer joven, de algunos veinte años también. Charlie la ve sorprendido. De hecho, es la primera vez que la ve. Debe ser Marcia, la

Marcia de la que el sujeto habla en su carta, la dueña legítima del anillo.

—Es muy hermosa.

El sujeto se asoma a la imagen.

—Supongo que lo es, si tú lo crees. Aunque esa imagen tiene filtros.

—Creí que la amabas.

—¿A esa mujer? —el sujeto señala la pantalla, sorprendido.

Charlie busca entre los contactos. No tarda en identificar el número de Marcia. Marca desde su propio teléfono. Da tono…

—Diga —atiende una voz femenina.

Charlie se queda mudo.

—Hola…

—Lo siento, número equivocado —dice Charlie y cuelga.

El sujeto se sienta sobre el escritorio.

—Era ella, ¿no?

Charlie se encoge de hombros. No puede simplemente hablarle por teléfono, tiene que confrontarla, como un verdadero hombre.

—¿Y bien?

Charlie lee cada mensaje y cada nota registrada en el celular, el nombre de él es Víctor. Ojea los libros y examina la temática de las aplicaciones y juegos. Visto así el tipo es poco menos que corriente. Incluso descubre que había estado visitando una página de internet con contenido sexualmente explícito, pues aún se mantiene una captura de pantalla del sitio. La primera reacción de Charlie es de aprensión, pero la imagen se borra en menos de un segundo al no contar con acceso a internet.

—¿Qué buscas exactamente?

Baja del escritorio y se pone a espaldas de

Charlie. Se asoma a la pantalla por encima de su hombro. No lo toca, pero Charlie puede sentir su calor corporal y su respiración.

—Algo que me ayude a localizar a Marcia.

Lo piensa largo rato antes de animarse a examinar la galería de fotos. Si Víctor ha visitado sitios sucios de internet bien podría tener imágenes sucias en su teléfono. Respira profundo un par de veces y abre la galería. No encuentra nada raro. Hay fotografías de Víctor, de él solo o con otras personas, quizá amigos y familiares, pero sobre todo con Marcia.

Pasa las fotografías, una a una, sin saber del todo qué está buscando. Está a punto de darse por vencido cuando lo encuentra. Tiene que retroceder, pues ya se había pasado por cinco imágenes para cuando cayó en cuenta.

—Aquí está —dice emocionado.

—¿Qué? No veo diferencia, es igual a las otras ochocientas.

Charlie no responde. Apenas puede con la emoción. La imagen muestra a Marcia en un primer plano. Está de pie junto a la puerta de una casa, diciendo adiós con la mano. Viste una blusa roja muy ceñida y uno jeans azules que le llegan un poco más arriba de los tobillos. Es delgada, más no flaca. Su cuerpo está bien proporcionado; caderas y busto son del tamaño justo.

Lo más llamativo de Marcia, según consta por todas las fotografías que ha visto, es el color de sus ojos, de un negro profundo, o quizá un castaño muy oscuro; a diferencia de los ojos de Víctor que son de un desvaído color miel. En realidad, todo en él es desvaído. Es como si el uno fuera la antítesis de la otra. Víctor es de

cuerpo flaco y desgarbado, de piel tan pálida como la muerte, de ojos tan claros que parecen borrados, de cabello castaño tan claro que luce insípido. Ni siquiera Charlie tiene la piel tan pálida. Lo único que resalta de su rostro son esos labios finos de un color tan rosa que parecen pintados. Y en contra parte, el cuerpo de Marcia luce sus curvas con sensualidad. Su piel, de un evocador tono bronceado, invita a tocar. Sus ojos, con ese color tan profundo como misterioso, invitan a perderse en ellos. Y su cabello, excepcionalmente negro, largo y brillante, promete ser suave y perfumado. Hasta parece broma que esas dos personas hicieran pareja. Por un instante Charlie piensa en lo divertido que habría sido ver a los hijos resultantes de tan peculiar unión. Pero al darse cuenta de las implicaciones de sus ensueños el

corazón le da un vuelco.

—¿Dirás algo o verás esa foto todo el día?

Charlie reacciona.

—Hay una dirección. ¿Ves? Aún lado de la puerta.

El sujeto ve la imagen por largo rato.

—Viéndola bien, sí es hermosa, ¿verdad? Se parece a mamá.

El comentario descoloca a Charlie.

—¿Mi mamá, dices?

—Sí. El tono de la piel, el color de los ojos, la textura del cabello. Tiene más curvas, pero aparte de eso, se parece.

—No es verdad, cállate.

—Sabes que es verdad…

Charlie se queda en silencio, muy molesto. Su mamá es su mamá, Marcia es Marcia. No se parecen en nada.

—¿Qué me dices de él?

—¿Quién?

—Sabes de quién hablo.

—Es simpático, supongo —dice Charlie, aun molesto.

—Simpático, ¿eh? Como dijo esa señora. No por eso deja de ser hermoso. Quizá su rasgo más notorio son sus labios. Le dan color a su rostro.

—¿Y me llamaste vanidoso? —apunta Charlie—. Déjalo ya. No me gustan los chicos, y lo sabes. No me importa cómo te describas. Las palabras son cosas vacías. Conmigo no funcionan.

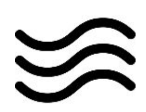
—Eres vanidoso, y lo sostengo —rodea a Charlie y vuelve a sentarse sobre el escritorio—. ¿Y ahora qué? Si se puede saber.

Charlie toma su teléfono nuevo y busca la dirección de la casa. No tarda en ubicarla. Las

fotografías del mapa interactivo confirman el lugar. La casa no ha cambiado.

—Hay que salir —dice Charlie.

5 EN EL PASADO.



OBEDIENTE COMO era, Charlie permaneció sentado en la banca de la plaza, esperando paciente el regreso de su hermano. El cielo rojizo pronto desapareció para dar paso al crepúsculo azul. Las luces mercuriales del lugar encendieron bañándolo todo de un peculiar color violáceo.

Doña Fina, la vecina, venía de la tienda cargando una pesada bolsa con la compra.

—Charlie, virgen santísima, ¿qué haces aquí solito?

—Estoy esperando a Fernando.

Charlie trató de hablar con toda la calma que podía, pero para ese momento el extraño nudo en su estómago le afligía como nunca había sentido antes, y esa aflicción se percibía en su

trémula voz.

Doña Fina lo escuchó consternada.

—Bueno, pero no se queden hasta muy tarde. Ya no hay nadie acá, y se está haciendo de noche —y se marchó.

No pasó mucho para cuando Charlie pudo distinguir una figura que caminaba a toda prisa directo a donde estaba él. Pero no era su hermano.

—Bebé, me dijo doña Fina que estabas aquí solito.

Charlie vio el rostro de su mamá. Ella no sonreía, de hecho, estaba preocupada.

—¿Estas bien?

Charlie tardó en contestar. El nudo en su estómago terminó de estrujarlo, le hizo llorar lágrimas silenciosas. Las palabras no le salían por la garganta. Asintió con duda. Después

hablo, un mensaje indescifrable para la mayoría de oídos en la Tierra, pero perfectamente claro para una madre preocupada.

—¿Dónde está?

Charlie se encogió de hombros. No lo sabía, y eso le dolía en serio.

El gesto fue suficiente para la señora Hugler. Sintió una fuerza recorriéndole el cuerpo, desde la planta de los pies hasta la nuca. Un poder primitivo, casi animal. Al instante sintió ganas de correr y de gritar. Pero tenía frente a sí a otro de sus hijos. Debía mantener la compostura.

—¿Hace mucho que se fue?

Charlie alzó el rostro para ver a su mamá a los ojos. Quiso hablar, pero no pudo. Intentó enjugar las lágrimas con su mano izquierda, pero volvían a salir más.

—Charlie, por favor, respóndeme.

—Se fue poquito después que llegamos a la plaza, mami —Charlie balbuceaba y sollozaba —. Dijo que lo esperara aquí. Pero ya no vino nunca-nunca. Quería volar mi papalote, pero yo le dije que… —el llanto le impidió continuar.

Por un instante la señora Hugler sintió que todas las fuerzas se le iban del cuerpo, incluso sus rodillas se flexionaron tras el impacto, cosa que le obligó a sentarse un momento en la banca donde Charlie lloraba en silencio. Pero pronto la vitalidad volvió a llenarla, esa furia animal, así que se levantó enérgica. Tomó a Charlie de la mano y se lo llevó de vuelta a casa. Caminaba tan aprisa que Charlie tenía que correr para seguirle el paso. Al pequeño le dolía el brazo derecho por los constantes tirones; su brazo izquierdo aferraba con fuerza su cometa

nueva.

La atmósfera era tensa, tanto que Charlie dejó de llorar tras percibir el regusto que le proporcionaba esa nueva sensación. Nunca había visto a su mamá tan ansiosa.

Entraron a la casa y Charlie se fue directo al sillón de la sala. La señora Hugler, por su parte, no dejaba de moverse. Caminaba en círculos por toda la estancia, tratando de descifrar ese difícil acertijo. Algo no encajaba, algo se le escapaba. La seguridad de que algo definitivamente andaba mal no la dejaba. Fernando era muy atento, nunca dejaría solo a su hermanito, nunca lo dejaría, a menos que… La señora Hugler se mordió los nudillos, nerviosa. ¿Y si alguien se lo llevó? ¿Y si le hicieron algo malo? ¿Y si le pasó algo?

La oscuridad ya lo dominaba todo en el

exterior. Abrazaba la casa de Charlie con sus múltiples garras, como si quisiera imponerse sobre ella. Se colaba por cada rendija y se instalaba cual parásito. Charlie se dio cuenta de eso, de pronto la casa lucía más oscura que de costumbre, como si hubiera una densa neblina. Eso no le gustaba. Se levantó del sillón y encendió todas las luces. Luego volvió al sillón, a su refugio, y abrazó su cometa nueva.

La tupida negrura de la recién nacida oscuridad fue violada por las torretas de un auto de la policía. Las luces rojas y azules se asomaban por entre las ventanas, aún por entre las gruesas cortinas. La sensación de extremo cansancio volvió a embargar el cuerpo de la señora Hugler.

—¿Mami?

La señora Hugler de pronto se había

quedado muy quieta, de una forma que no era natural. Veía directamente a la puerta de la casa, como esperando algo.

Ambos se sobresaltaron al escuchar el timbre de la puerta. La señora Hugler titubeó en acercarse. No podía despegar la mirada de aquella plancha de madera hueca. El timbre fue seguido de unos fuertes golpes.

—¿Hay alguien en casa? —gritó una voz masculina.

La señora Hugler se acercó a la puerta y atendió: —Diga.

Frente al umbral estaban de pie dos policías. Un hombre y una mujer. Los oficiales, pese a ser más altos y fuertes que la señora, Lucían pequeños y nerviosos.

—¿La señora Hugler?

—Soy yo.

—¿Podemos pasar?

La debilidad volvió a atacar a la señora. Fernando era su hijo, era su carne; y ella había dejado de intuir esa carne, cosa que la desconcertaba. Se negó a dejarlos pasar y les hizo frente obligando a los policías a retroceder algunos pasos. Varios vecinos ya habían salido para ver el motivo de tanto escándalo.

—Señora, por favor —intervino la mujer policía al ver la forma tan infantil en que la señora Hugler golpeaba al policía en el pecho para hacerlo retroceder.

—No quiero oír nada —el delineador de ojos le escurría por las mejillas.

El policía le sujetó las manos para detener sus golpes. Sólo así pudo someterla. Charlie de inmediato se levantó del sillón y fue a donde su mamá.

—¿Fernando Azur Hugler Nava es su hijo señora? —siguió el policía.

Le fue bajando lentamente los brazos. La señora Hugler cooperó dejando de lado cualquier resistencia, ya había perdido todas sus fuerzas. Un millón de ideas pasaron por su cabeza. Fernando no tenía identificación, era un niño de once años. Sólo había dos formas de saber su nombre y su dirección: si Fernando lo decía, lo que podía significar que estaba en un hospital, o sí lo leían del bordado en el elástico de sus calzoncillos.

—Ven conmigo amigo —dijo la mujer policía a Charlie. Le tomó de la mano y lo llevó adentro de la casa.

Lo primero que notó fue la pulcritud de la habitación. De los dos sólo Charlie sabía que él era el principal responsable de todo ese orden.

—Qué limpio está aquí.

Charlie no tenía nada que decir al respecto.

—Qué bonito papalote, ¿es tuyo? –insistió la mujer policía.

—¿Dónde está Fernando? —Charlie hacía un gran esfuerzo por hablar claro y no llorar—. Es mi mejor amigo. Yo.. —hizo una larga pausa—. Yo mejor si le presto mi papalote.

La mujer se sentó en el sillón e invitó a Charlie a que hiciera lo mismo.

—Hay veces… —empezó a decir la mujer policía. Ella misma tenía que hacer un esfuerzo para que su voz no sé quebrara. Había dado muchas malas noticias desde que entrara a la corporación, pero nunca las había dado a un niño—. Hay veces que…

Charlie no terminó de escuchar a la mujer. Estaba atento a su mamá. Corrió a abrazarla

cuando la vio caer de rodillas al suelo, llorando como nunca la había visto llorar.

Ese fue el día en que Norma Nava murió, el mismo día en que murió Fernando, su hijo mayor.

Aquella mujer que se parecía a su mamá lo abrazó con fuerza. Le manchó la camiseta de lágrimas y restos de maquillaje. Lo estrujó tan fuerte que sintió que lo partiría en dos. Pero Charlie soportó todo eso. Devolvió el abrazo pues sabía que era lo único que podía hacer.

—Mi hijo. Mi bebé, mi hermoso bebé.

En ese momento apareció el señor Hugler. Se acercó temeroso y aparcó su auto junto al coche de policía. No advirtió a la enorme cantidad de vecinos que se congregaba alrededor de su casa, viendo con morbo toda la situación, incluso capturándola en video. Su completa atención

estaba fija en su mujer llorando en el suelo junto a la casa, aferrando al más pequeño de sus hijos.

—¿Qué pasa? —la escena le resultaba chocante.

El policía se acercó.

—¿El señor Hugler?

—¿Qué pasa? —gritó con impaciencia.

El policía fue explicando la situación, de la forma más franca, técnica y solemne de que era capaz explicar. Con cada palabra del policía el enfado en el rostro del señor Hugler se fue transformando en aflicción. Esa mañana se despidió de su hijo con un choque de puños. Ahora ya no volvería a verlo nunca más. Sus manos se suavizaron y sus piernas flaquearon. Quedó completamente indefenso. Se sentía un niño pequeño y asustado; se sentía un niño

perdido; un niño huérfano.

Charlie se desprendió a como pudo de los brazos de su mamá. La mujer se quedó llorando inconsolable, sobre la gravilla de la entrada. No parecía que le importaran las piedrecillas que se le incrustaban en las rodillas y en las palmas de las manos.

—Papi.

El señor Hugler volteó a verlo. Después se inclinó y lo abrazó. Aunque no de forma tan violenta como lo había abrazado su mamá.

—Ya no está.

Era la primera vez que Charlie lo veía llorar. Creía que su papá no lloraba, pero ahora se daba cuenta de que sí. Y, de alguna forma, se sintió indefenso, vulnerable.

El señor Hugler, sin embargo, aún tenía fuerza. Se enderezó y fue a levantar a su mujer.

No podía dejarla en el suelo. La abrazó e intentó consolarla.

—Es mi culpa, yo no lo cuidé.

El señor Hugler soltó a su mujer para tomarla del rostro. La vio directo a los ojos.

—Escúchame. No es tu culpa, ¿me oyes? Nunca creas, o vuelvas a decir, que fue tu culpa.

Plantó un beso en su frente, casi paternal, luego volvió a abrazarla.

El policía indicó que necesitaban de alguien que fuera a reconocer el cuerpo para poder continuar con el procedimiento de ley y terminar con el papeleo. Entre más pronto terminaran con el papeleo más pronto les darían el cuerpo. Padre y madre estaban tan consternados que no tuvieron tiempo de ofenderse por semejante muestra de insensibilidad por parte del policía. Aunque,

para ser honestos, hacía falta ese cambio tan anticlimático en el curso de los acontecimientos. Ambos, señor y señora Hugler, se dispusieron a seguir al policía.

—Yo les cuido al niño, vayan con Dios —se adelantó a decir doña Fina, la vecina.

Charlie no había llorado en todo ese rato. Los veinte minutos más extraños de su corta vida; y vaya si eso es irrebatible. No lloró al ver a su mamá llorar y al ser estrujado entre sus brazos. No lloró cuando escuchó la detallada descripción que dio el policía a su papá cuando explicaba la muerte de Fernando. No lloró cuando vio a su papá llorar por vez primera, aunque eso removió muchos sentimientos en su interior. Ni siquiera lloró cuando se marcharon dejándolo solo, sin preguntarse si se encontraba bien o si quería ir con ellos. Pero ahora que

estaba sentado en el sillón de la casa de doña Fina, su vecina, no pudo evitar llorar.

Sin embargo, su llanto era diferente. Ya no gritaba, ni manoteaba, ni pataleaba como cuando hacia sus berrinches. Se limitaba a hundir el rostro en sus rodillas, se limitaba a abrazarse a sí mismo, se limitaba a dejar correr sus lágrimas.

Al descubrirse de esa forma no pudo evitar recordar todas las veces que vio a su hermano llorar de esa manera. Hasta ese momento dimensionó el nivel de dolor que Fernando debía de sentir para llorar cada día. Pero ahora él mismo lo sentía y eso le hacía sentir peor.

Doña Fina intentó consolarlo. Lo abrazó largo rato, le dijo palabras dulces al oído y le habló de Dios y de jardines hermosos, le preparó chocolate caliente y le preparó una confortable

cama muy mullida con los sillones de su casa. No pasó ni una hora de que sus padres se habían marchado para cuando Charlie ya estaba dormido. Se encontraba muy cansado.

En sus sueños Charlie vio una habitación blanca. Del otro lado de un cristal estaban sus padres observando y asintiendo. Lloraban desconsolados. Charlie dirigió la mirada a donde ellos veían y descubrió a su hermano recostado en una cama de metal. Sus padres se fueron del lugar dejando a Fernando solo en aquel horrible sitio.

En la habitación, junto a Fernando, estaba un hombre vestido de blanco. Todo su cuerpo estaba cubierto, inclusos sus manos, su boca y su cabello. Lo único que tenía descubierto eran sus ojos.

El hombre retiró el plástico que cubría a su

hermano dejándolo completamente desnudo. Entonces comenzó a marcarlo con un plumón en varias partes de su cuerpo, y después tomó un cuchillo y se dispuso a cortarlo. Extrañamente las heridas de Fernando no sangraban. Aun así, Charlie no quería ver esa escena. Al instante despertó sobresaltado.

Se descubrió durmiendo en un lugar extraño, uno que no era su cama. Rápidamente recordó que estaba en casa de doña Fina.

Los días que siguieron a la muerte de Fernando fueron tensos y muy extraños. Al velorio y al entierro asistieron muchas personas; familiares que Charlie no sabía que tenía y amigos lejanos de los que menos imaginaba su existencia.

En todo ese rato Charlie no se separó de su hermana Clara. Le era reconfortante sentirla a

su lado. Aunque para Charlie Clara ya era una completa extraña.

Faltaban dos semanas para el cumpleaños de Charlie cuando Fernando murió. Ese año Charlie no tuvo cumpleaños, y a partir de ese año ya no quiso más fiestas.

Tenía siete años y estaba solo. Se sentía desamparado en medio de su habitación. Había dos camas, pero sólo una era suya. Había muchos libros, juguetes y ropa, pero sólo la mitad eran de él. Deseó con todas sus fuerzas que su hermano estuviera ahí, que volviera su mejor amigo. Deseó con todas sus fuerzas abrazarlo y decirle lo mucho que lo quería y lo necesitaba. Deseó ver su sonrisa una vez más. Deseó decirle que al fin había entendido lo mal que se sentía, y que al fin comprendía que llorara tanto. Pero no podía, porque Fernando

no estaba.

Salió de la habitación a toda prisa. El dolor que oprimía su pecho no le dejaba respirar. Tardó un buen rato para relajarse y poder erguirse, para regularizar su respiración y los latidos de su corazón.

La casa ahora era silenciosa. Su mamá estaba en su habitación, viendo sus fotografías y llorando. Llevaba así varios días. Para Charlie aquella mujer ya no era su mamá. Era un cascarón vacío con la forma de su mamá. Charlie sabía que algo en el interior de ella se había muerto.

Salió de la casa al patio de atrás y se dirigió al hueco en el muro. La muerte de Fernando dio pie a una pregunta a la que no supieron dar respuesta: ¿qué hacía Fernando en el puente? Pero Charlie sí que sabía la respuesta.

Cruzó a toda prisa el camino entre la maleza y llegó a aquella choza en medio del monte. La rodeó buscando la entrada, y entró tan pronto la encontró. El interior era tal y como lo recordaba.

Hizo caso omiso al extraño olor acre que despedía el suelo. Cosas más importantes que el orden y la limpieza ocupaban su mente. Así pues, se sentó en la silla sin importarle el polvo.

A un lado estaba esa caja de madera con los cuadernos de Fernando. Tomó el que estaba marcado con el número uno.

La letra era infantil. Propia de un Fernando de unos ocho o nueve años, quizás menos. Las palabras eran pocas, como si no hubiera palabras para describir lo que quería contar. En su lugar había dibujos. Los dibujos contaban lo que las palabras no podían, y las palabras

contaban lo que los dibujos no.

Charlie dejó caer la libreta y se alejó de la mesa. El repentino movimiento le hizo caer al suelo. Las palabras tenían significado y Charlie lo conocía. Los dibujos representaban cosas, y Charlie lo sabía también. Pero con todo, y aunque Charlie era capaz de entender la unión de palabras y dibujos, no le dejaba la sensación de que estaba viendo algo que era privado.

Lanzó un gran suspiro, rezó una plegaria a un dios que no conocía, y volvió a la mesa para leer.

Las libretas contaban una historia. Eran sobre un chico que un día conoció a otro chico. Se vieron muchas veces, en el recreo, en las filas que formaban para entrar a las aulas. Uno de esos chicos era Fernando. Él, lo había notado. Ese otro chico, Luis, siempre lo miraba y le

sonreía. Al principio Fernando no lo entendía, pero le gustaba recibir sonrisas. Con el tiempo las devolvió, y con más tiempo, también las ofreció. Aquello se volvió tan frecuente, que Fernando no podía sacárselo de la cabeza.

Hola, dijo Luis durante una quermés. Hola, dijo Fernando. Intercambiaron nombres, y otros datos irrelevantes. A Fernando le gustaba la sonrisa de Luis, y teniéndolo cerca tenía ocasión de ver su sonrisa todo el tiempo. Así que le hablaba para hacerlo reír, y cuando Luis reía, Fernando se sonrojaba y reía también. Pasaron el resto de la quermés juntos, charlando y riendo por todo.

Un catorce de febrero, en el día del amor y la amistad, Luis envió una nota a Fernando:

Tu sonrisa es el sol que ilumina mis días. Tus ojos el brillo que ilumina mi alma.

:Luis.

Fernando leyó esa carta una y otra vez, tan lleno de emoción. Le hacía sentir algo extraño en el estómago; algo, que de hecho se sentía bien; algo adictivo. Así que escribió una nota también:

Tu sonrisa es mi todo.

:Fernando.

No era tan buena como la de Luis, pero se esforzó, y era lo que sentía. Y surtió efecto, porque tuvo réplica:

Hoy soñé con tu sonrisa, con la forma de tus labios. Toqué tus labios con mis dedos y eran suaves. Y me pregunté si podría tocarlos alguna vez.

:Luis.

Fernando leyó y releyó esa nota, junto con la anterior. Tocó sus labios y descubrió que eran suaves. Y por un momento imaginó que sus dedos eran los dedos de Luis. Y pensó que él también quería sentir sus labios.

Es tuya mi sonrisa.

:Fernando.

No había día que no se vieran en el recreo, hablando de tantas cosas, jugando, intercambiando almuerzos, intercambiando miradas.

Si es mía tu sonrisa, ¿no son míos tus labios?

:Luis.

Ese día jugaban con un yoyo que Luis había recibido de regalo. Se lo prestó a Fernando, pero Fernando no podía hacerlo volver. Luis se lo

pidió para hacerlo él, para mostrarle cómo se hacía, pero Fernando no quería devolverlo. Luis intentó quitárselo y forcejearon, hasta que cayeron al suelo. Es tuyo, dijo Fernando, y levantó la mano en señal de paz. Luis seguía sobre él, en el suelo. ¿Como estos?, dijo Luis tocando los labios de Fernando. Ambos contuvieron la respiración. Hasta que una maestra preguntó qué hacían. No me quería dar mi yoyo, dijo Luis y se levantó enseguida. Ya se lo doy, dijo Fernando. Nada de peleas, dijo la maestra y se fue.

Son tuyos mis labios.

:Fernando.

Fernando no tenía amigos, la única que sabía eso era su hermana. Por eso siempre estaba solo, inventando sus historias. Pero ahora no estaba

solo, ahora tenía un mejor amigo, alguien especial.

Si son míos tus labios, ¿no son míos tus besos?

:Luis.

Ese día fueron detrás de la biblioteca, junto a los contenedores de agua. Ahí nadie los molestaría, aunque eso era algo que sólo Luis sabía. Charlaron un rato, de dibujos animados. Luis reducía cada vez más la distancia entre ambos. Veía hacia abajo, directo al rostro de Fernando. Y en un descuido, se inclinó y besó su mejilla. Fernando sintió algo raro en su interior, en su estómago. Se puso rojo y se llevó la mano a la mejilla, ahí donde Luis le había besado. Entonces, en un extraño arrebato, se puso de puntillas y besó a Luis, en la barbilla, cerca del cuello.

Son tuyos mis besos.

:Fernando.

Adoptaron ese sitio como suyo. Un lugar donde estar, fuera de la mirada de curiosos y extraños, un lugar para ellos solos.

Si son míos tus besos, ¿no puedo decidir cómo los quiero?

:Luis.

Cruzaron las piernas y se sentaron frente a frente, muy cerca el uno del otro. Luis sonrió. A Fernando le pareció que era la sonrisa más hermosa. No tengas miedo, dijo Luis. Sólo cierra los ojos. Fernando cerró los ojos. Los abrió cuando sintió los labios de Luis y descubrió su rostro tan cerca al suyo, y vio cada una de sus pecas, y deseó que ese momento nunca se terminara.

¿Me quieres?

:Fernando.

Con todo mi corazón.

:Luis.

Yo te quiero con todo lo que soy.

:Fernando.

Si te quiero con todo mi corazón, es porque te doy mi corazón.

:Luis.

Tu corazón es mi tesoro.

:Fernando.

Si me quieres con todo lo que eres, ¿me das todo de ti?

:Luis.

Soy tuyo.

:Fernando.

Entonces eres mi tesoro.

:Luis.

Los dibujos eran toscos y desproporcionados, pero suficientes y adecuados para entender la narrativa. La impresión hizo que Charlie se sintiera mareado. Se apartó a una esquina y volvió el estómago. Se tomó un rato para calmarse. Cuando se sintió listo volvió a la silla y siguió leyendo.

Cada nueva hoja y cada nueva libreta se volvían más crudas en sus palabras y en sus dibujos. Las escenas eran más explícitas, los trazos más detallados y profesionales. Las últimas ilustraciones casi eran fotografías. Y aún faltaban siete libretas.

Charlie dejó todo donde estaba y volvió a

casa. Había estado leyendo todo el día, así que no había comido nada, aun así no tenía apetito. Su mamá estaba tan perdida en otro mundo que no le dio importancia.

Se duchó por largo rato, como si el agua de la regadera pudiera limpiarle de las cosas que vio. Sentía una gran aprensión en el pecho, sin embargo, no lloró. Dejó que el agua le recorriera el cuerpo desnudo. Que se llevara todo lo que quisiera llevarse.

Esa noche no pudo dormir bien. ¿Quién era ese niño grande? ¿Y por qué hacía esas cosas con Fernando, o Fernando con él? Charlie no podía entenderlo. ¿Era eso lo que Clara vio que hacía? ¿Era eso lo que preguntó si Fernando le había hecho?

En sus sueños sentía qué alguien lo abrazaba y comenzaba a tocarlo como en los dibujos de

Fernando. A Charlie aquello no le gustaba. Trataba de alejar aquellas manos, pero su captor era más fuerte. Aquella persona le susurraba palabras al oído, palabras que Charlie no podía entender. Sabía que podía voltear y ver quién era el que le hacía tales cosas, pero no quería. Tenía miedo de voltear y descubrir que era su hermano Fernando. Afortunadamente en el sueño aparecía una tercera figura. Se sentó a los pies de Charlie, y de inmediato su captor huyó. Así pudo terminar la noche con un sueño tranquilo.

Al día siguiente volvió a la choza. Al parecer a nadie le importaba que faltara dos días seguidos a la escuela. Respiró profundo y se sentó para seguir leyendo. Esa mañana sólo tomó jugo de naranja. Estaba seguro de que podría retenerlo en el estómago.

Ese chico, Luis, tenía completamente sometido a Fernando. No le permitía hablar con nadie o que nadie lo tocara. A cambio prometía la misma lealtad. Fernando aceptaba eso, después de todo, ¿con quién hablaría de amor o quién lo tocaría de aquella manera? Todo su mundo era Luis. Sin embargo, Luis veía rivales en todos lados, y en más de una ocasión le reclamó por cosas que Fernando no entendía. Eso le hacía sufrir. Pero entonces Luis se disculpaba, y era realmente tierno. Y Fernando no podía hacer otra cosa más que perdonarle. Ocurrió tantas veces que Fernando terminó viéndolo como algo normal.

La historia, sin embargo, tuvo un giro. Luis era alumno de sexto año de primaria, Fernando era de cuarto. El año escolar terminó y dejaron de verse en la escuela. Durante las vacaciones

coincidieron, bajo el puente, en el parque, en el monte. Se juraron amor eterno una y otra vez, fundieron sus labios como muestra de ese amor, y siguieron dándose muestras de cariño entre juegos y charlas.

Pero las vacaciones terminaron. Fernando fue a la escuela, al quinto de primaria, en el turno matutino. Luis en cambio fue al primero de secundaria, en el turno vespertino. Era imposible verse. Eso puso mal a Fernando. Luis era su mundo; sin Luis no era nada. Lo buscó muchas veces en su nueva escuela, a la hora del receso. Con cada día aumentaba más la desesperación. Hasta que un día lo vio. Se sentía tan feliz.

Las tormentas me recuerdan a ti, veo tus ojos en el gris de las nubes.

:Luis.

Luis le explicó que no podía ir a buscarlo a la secundaria, que hablarían de ellos, que no entenderían su amor. Acordó que se verían bajo el puente, si coincidían. Si no, podían dejarse notas.

Son mis ojos grises como nubes de tormenta. Si ves llover es porque lloro por ti, porque no te puedo ver.

:Fernando.

Coincidieron, muy pocas veces; y en todas ellas Luis se mostró evasivo; quizá cansado o aburrido. Fernando escribía cada día y sus notas se acumulaban. Hasta siete notas suyas esperando a ser recogidas. Y entonces recibía respuestas simplonas y evasivas.

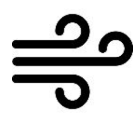
Tomo mi corazón de vuelta y te entrego lo que

eres. No me busques más.

:Luis.

Y así sin más, sin avisar, llegó la última nota, ya no hubieron más. Fernando, no obstante, no dejó de escribir para su amado, no cesó de dejar notas bajo el puente, como no desistió de seguir buscando una nota de él. Pero la nota nunca llegó.

6 EN EL PRESENTE.



CHARLIE DESCORRE la cortina para ver por la ventana; hay gotas de lluvia adheridas al cristal, las pocas que sobreviven al viento —afuera ya no llueve—. Busca entre la ropa recién comprada y se pone uno de los jeans, también la camiseta azul con estampados de motivos vegetales. Se pone un par de calcetines nuevos y se calza los zapatos. Después se pone la chaqueta gris.

El sujeto baja del escritorio.

—¿A dónde vas?

Charlie toma las cosas y las pone de vuelta en su sitio, dentro de la mochila. Lo piensa un momento, luego toma la botella de colonia, se pone generosamente en cuello y muñecas, y regresa la botella a la mochila.

—¿No es obvio? —dice, y rebusca en el interior del baúl las tarjetas que recibió por navidad, por su cumpleaños y por cuanta tontería se les ocurrió a los tíos y tías a los que producía tanta lástima. Deja de buscar cuando junta un total de cuarenta mil pesos, la mayoría en billetes de quinientos, y pone el grueso fajo en el bolsillo de la chaqueta.

—¿Tan pronto?

—Tengo prisa. Entre más rápido acabe con esto mejor.

Toma la mochila y sale de la habitación, esta vez asegurándose de cerrar la puerta con llave. Con suerte, si sus padres despiertan, pensarán que duerme.

El letrero en la puerta de la habitación destinada a su hermana sigue balanceándose. Charlie se detiene para verlo un momento, no se

explica por qué tanta insistencia. Al cabo de pocos segundos el movimiento cesa.

El sujeto se acerca a la puerta y la toca con la yema de los dedos.

—Sea lo que sea que estuviera ahí ya se fue.

Charlie decide no darle más importancia al asunto. Acomoda la chaqueta, se cuelga la mochila, comprueba que trae el dinero, y se va directo a las escaleras para bajar. Duda al escuchar el escándalo en el primer piso.

—Descuida, es el equipo de limpieza, llegaron hace un ratito. Están levantando todo.

Charlie baja. Son muchas las personas trabajando. Algunos retiran los manteles, las sillas y las mesas. Otros más levantan la basura del suelo. Otros se encargan de limpiar piso y superficies. Otros desmontan las plataformas. Sorprendente como parezca los ancianitos

también se dejan sus respectivos destrozos después de una alocada fiesta. Los del equipo de limpieza corren de allá para acá con tal sincronía que bien pueden ser la envidia de cualquier ballet del mundo. Y habrían continuado con su baile impecable de no ser por el "*Charlie*" que se atraviesa en el camino.

La mesa lo empuja al suelo y, como de costumbre, cae sobre el muslo magullado.

—Perdón niño, no te vi —se disculpa el joven que carga la mesa; la pone en el suelo y ayuda a Charlie a levantarse—. Es que, tú sabes, la mesa es muy grande y eso.

Charlie no escucha, intenta medir el estado del muslo lastimado. Trata de adivinar hasta donde ascienden los daños, no puede perder tiempo yendo al baño a comprobar.

El joven lo ve preocupado.

—Estás bien, ¿verdad? Dime que sí. No quiero problemas.

Charlie se endereza, tratando de ignorar el dolor del golpe.

—¿Dónde está la estación de autobuses más cercana?

El joven lo piensa por un momento.

—¿La más cercana a acá? —dice—. Pues la verdad no sé. Me imagino debe de haber para las criadas y así. Pero no estoy seguro.

—Creo que me duele mucho la pierna —se queja Charlie.

—Oye chico. Perdón, en serio no te vi. No quiero problemas.

—Está bien, no me quejo, pero ayúdame a salir de aquí.

—¿Qué te ayude a qué?

—A salir de esta colonia. Puedes llevarme,

¿no? Te pagaría.

—Wow, espera. Mira. Yo estoy aquí por trabajo. ¿Vez ese camión de afuera? Yo sólo cargo cosas y las meto ahí. Ni siquiera tengo asiento, viajo de pie en la caja. ¿Qué no tienes a un chofer privado o algo así? Algún Jaime en su limosina con alguna gorra chistosa.

—¿Cuándo has visto una limosina en la ciudad? —apunta Charlie con sorna—. Como no sea rentada por una quinceañera en la ciudad no circulan limosinas. Y no, no tengo un chofer personal.

—Este… tengo que llevarme esta mesa, ¿sabes?

El joven carga la mesa y se la lleva. Charlie lo sigue de cerca.

—¿Y hay mucho espacio en la caja? —insiste Charlie.

El joven pasa la mesa a otro de los trabajadores, para que la acomode en la caja del camión.

—Uy… no gracias, no quiero que me acusen de secuestro. Además, como vez no viajo solo. Y aunque pudieras subirte ahí y nadie sospechara nada raro, al parecer hubo mucha diversión anoche así que vamos a estar acá un buen rato.

—¿Sabes qué? Olvídalo. Caminaré —dice Charlie fastidiado—. Gracias por nada.

—Bueno. Eso significa que estás bien.

Charlie se va malhumorado. Si pudiera haría que despidieran a ese tipo tan molesto.

Camina hasta la reja —está abierta de par en par— y sale a la calle. A ambos lados se extienden grandes muros, todos protegiendo ostentosas construcciones como la casa ex propiedad del tío abuelo.

—¿Qué piensas hacer? No hay quien te lleve, así que supongo que no saldrás hoy —dice el sujeto, está atrás de Charlie, a una prudencial distancia.

Charlie no responde, aunque sí tiene una idea; la molesta charla con el tipo de limpieza se la inspiró: no tiene chofer privado, pero si puede contratar uno, al menos para un viaje.

Descarga la aplicación, se registra con el número de teléfono —que está a nombre de su papá— y solicita transporte. Es bastante sencillo: señala el lugar de salida y luego el lugar de llegada, especifica la forma de pago y listo. Ni siquiera hace falta dar indicaciones, el conductor ya sabe a dónde ir.

—Está hecho —alza su teléfono celular—. Sólo queda esperar.

El sujeto se acerca y se sienta en la banqueta,

justo a un lado de Charlie. Al verlo Charlie también se sienta.

—Tú no eres él, ¿o sí?

—¿Víctor?

Charlie asiente con la cabeza, en un movimiento apenas perceptible.

—¿Te molestaría que lo fuera?

—No lo sé —reconoce Charlie.

—¿Y te molestaría que no lo fuera?

—Tampoco lo sé.

Charlie voltea a ver al sujeto.

—Te ves como él. Debes ser su fantasma. Por eso quieres que entregue el anillo, para que puedas descansar en paz.

—¿Eso piensas?

—Sí.

La espera se prolonga por treinta minutos. Charlie está a punto de darse por vencido,

cuando ve al auto dar vuelta por la esquina. Avanza despacio y se detiene frente a Charlie. El conductor baja la ventanilla y lo ve con extrañeza. Comprueba dos veces el GPS para asegurarse de que está en el sitio correcto.

—¿Tú eres Charles Hugler? —pregunta el conductor. Pronuncia “Charles” tal y como se escribe, en español, incluso enfatiza el “les” extendiendo el sonido de la “s”.

Charlie asiente, no tiene ganas de corregir la pronunciación. De todos modos, el conductor debe referirse a su papá, pero para fortuna de Charlie, se llama igual a él.

—¿Estás seguro, mijo?

Charlie asiente de nuevo.

El conductor se revuelve en el asiento muy nervioso.

—Íjoles, ¿vas solo?

Charlie se levanta.

—Sí. ¿Algún problema?

A decir verdad, no hay protocolo, normalmente los niños no solicitan transporte.

—Pues no sé si te pueda llevar mijo. Déjame pregunto.

—¿Por qué? ¿Porque voy solo?

—Pues sí.

Charlie se acerca a la ventana del auto.

—Yo viajo solo todo el tiempo. Hasta he ido en autobús y en avión yo solo. Siempre que haya alguien esperándome del otro lado, no veo cuál sea el problema.

El conductor lo piensa.

—Ah pues sí, ¿verdad? —reconoce y deja su teléfono a un lado—. Aquí dice que pagas en efectivo mi rey.

Charlie sube al auto.

—Importe exacto más propina. Mi mamá no me dio nada más.

El conductor sonríe al ver la generosa propina.

—Ah qué mi Charles. Pues vámonos recio.

El auto arranca sin más dilaciones con rumbo al sitio fijado en el mapa. El conductor no deja de bailar y tamborilear en el volante, tarareando una canción que al parecer nomás él escucha.

—¿Y no te da miedo viajar solo? Que te vayan a robar o algo.

—No.

—Ah. Pues si está grueso, me cae. Con eso que dices del avión y así. A ver, ¿y si yo te secuestro? ¿No te da miedo?

—No puede secuestrarme —dice Charlie enseguida—. Si ya indicó que le pagué es

porque ya me subí al coche, así que en la central ya saben que estoy con usted. Si mi tía ve que no llego ¿el primer sospechoso quien sería?

—Pues yo, ¿verdad? No, si te digo que sí está grueso. Bueno ¿y por qué tanto perfume? Vas a ver a tu novia ¿o qué? Hasta acá me llega el tufo *mano*.

—No tengo novia —confiesa Charlie.

—Ne, si estás guapillo. ¿A poco no te dicen las niñas en la escuela?

—No.

—Está bien. No te creas. Es mejor si te esperas, me cae. Te digo porque tengo un hijo, más o menos de tu pelo. A lo mejor poquillo más alto. Está igual de fregado que yo, bien feo el condenado. Y el otro día me salió el vatillo con que tenía novia. Le digo que primero aprenda a limpiarse el culo y luego ya que salga

con eso de que la novia. Si deja todos los calzones flameados el vato. ¿Tú crees?

—La verdad, yo soy muy callado en el colegio. Quizá por eso no tengo novia. O sea, tengo amigos y eso, pero no novia.

—Eres niño bien, de los serios. Que así fuera mijo. Pero no, mi morrillo habla hasta por los codos. Pero está bien menso el vato. Ya le dije que se tiene que poner las pilas, porque la mugre escuela está bien cara, y como para que vaya nomás a calentar la banca, pues no. ¿Y tú eres listillo o qué?

—Saco buenas notas. No son puros dieces, también hay nueves. Pero la maestra dice que soy inteligente.

—Sí, tienes cara de listillo.

El conductor se concentra en el camino, da varias vueltas y efectúa una maniobra

complicada para incorporarse de una carretera a otra. Dicha acción debe exigirle mucho pues incluso deja de tararear su canción.

—Oiga señor —dice Charlie al ver que ya ha pasado el momento de tensión.

—¿Qué pasa, mijo?

—¿Usted ha pedido matrimonio? ¿Cómo se hace eso?

—Ah caray. ¿Te le vas a declarar a alguien, o qué pedo? ¿No dijiste que no tenías morrita?

—No, es que, la otra vez vi en una película que se ponían de rodillas y luego entregaban el anillo. Y he visto que hacen eso todo el tiempo. No sé si me explique.

—No, mijo, me das en la mera pata de palo. Se me hace que por eso el méndigo junior salió bien mujeriego, igualito a su padre. Mira, ya te digo. Lo que a las viejas les gusta es el mitote.

¿Para qué nos hacemos mensos?, son bien vanidosas y bien presumidas. Primero necesitas un anillo harto costoso, que casi que tuviste que vender un riñón para comprarlo. Luego necesitas muchas flores. Tienen que ser rosas rojas porque las rosas rojas representan el amor y la pasión, y eso las pone bien cachondas. Luego tienes que citarla en un lugar caro y bien lleno, así bien lleno de harta gente. Eso para que cuando le digas las palabras mágicas todos se queden así de que: “qué pedo, bien romántico el vato le está pidiendo matrimonio enfrente de todos”. Y luego ya la vieja te dice que sí, acá así bien emocionada, luego unas viejas hasta lloran que según que por la alegría y así. Ya luego, si todo te salió bien, ya en la noche la vieja afloja. Bueno, eso último olvídalo. Pero si me entiendes, ¿no?

—Creo que sí.

—Bueno mira. Lo único que tienes que saber es que a las viejas les gusta el mitote, y que son bien vanidosas y presumidas. Mientras pienses en eso ya lo que hagas sale sobrando. Digo porque la otra vez vi un vídeo de un vato que le pidió matrimonio a su vieja acá así en el cine. Y luego lo pasaron así que como una película y todo el pedo. Y luego ya llega el vato al cine y le da el anillo. Me cae que si se la rifó. Y la vieja bien diva acá presumiéndoles el anillo a las amigas. Por eso te digo que son bien vanidosas las condenadas.

Charlie se queda en silencio, pensando.

—¿Qué pasa, mijo? Te veo medio apachurrado.

—¿Usted cree en el amor verdadero? Es decir, ¿de verdad hay gente que se ama tanto

que se unen y ya nunca se separan?

—Pues yo digo que sí. La verdad yo soy divorciado, no te voy a echar mentiras; pero el mundo es muy grande, en algún lado debe existir un amor así. ¿No crees?

—Me imagino que sí.

—Tus papis están divorciados, ¿o qué, mijo?

—Están juntos, y dicen que se quieren. Pero hace mucho que están cómo muertos por dentro. Cómo si ya no sintieran realmente.

—No mijo. No pienses eso. A lo mejor lo que tú dices es que están enrachados. Pero lo que pasa es que uno como papá tiene que ajustarse a la rutina para sacar para la chuleta. Bueno, hay chuletas más grandes que otras, eso sí. Pero para el caso es lo mismo.

—Yo me acuerdo que antes se reían más, y antes hacíamos más cosas todos juntos. Pero

ahora no. Me hacen sentir…

—¿Solo?

—Sí, algo así.

—No, pues si te están mandando solo a la casa de tu tía. Ya pa' si no te sientes solo. ¿Y ya les dijiste cómo te sientes, mijo? Porque uno no es adivino. Está bien que sí, que uno tiene que acercarse y todo el pedo, pero a veces el trabajo te puede más y el tiempo se te va. Yo estoy seguro que si tú le dices a tu papá o a tu mamá cómo te sientes ellos te escuchan. Mira, el junior será todo lo que tú quieras, pero ese vato siempre habla conmigo. Y me cuenta sus cosas y ya yo le ayudo. En lo que puedo porque uno la verdad está bien fregado.

—No sé, no me gusta molestarlos.

—No digas eso, mijo. Los papás están para ayudar a sus hijos. Fíjate, tenía dieciséis años

cuando nació el junior. Su mamá era más grande, tenía dieciocho, salió chacalona. Nomás me encandiló, nos casamos y todo el pedo, y a los tres años se fue con otro vato. Yo me quedé con mi morrillo porque la vieja ni lo quería, me lo trataba bien mal. Y así me quedé. Tenía diecinueve años, no tenía trabajo, no tenía casa, no había terminado la escuela, y tenía un chavito de tres años. ¿Quién crees que me ayudó?

—No sé.

—Pues mis jefes. Mi mamacita santa, que Dios me la tenga en su gloria, me fue a buscar al día siguiente. Yo lloré como no tienes una idea. Ni de morrillo había chillado tanto. Ya mi jefa me llevó a la casa, me dejaron que me instalará con mijo en mi antiguo cuarto, y pues a darle. Mi mamá me cuidaba a mijo y yo me iba a

trabajar con el viejo. Nomás que mi mamá se me murió el año pasado, de cáncer. Pero ya no te voy a hablar de ella porque luego me vas a hacer que llore. Lo que sí te digo, mijo, es que si te sientes solo es porque tú quieres sentirte solo. Dale gracias a Dios que tienes a tu papi y a tu mami. Hay muchos niños que nomás tienen a uno, y otros que ni eso tienen. Tú diles cómo te sientes.

Pasan el resto del camino charlando de trivialidades: el clima, el tráfico, los deportes, la música, cosas así. Charlie se siente cómodo hablando con ese señor. Es mucho más joven que su papá, por lo que no lo ve como una figura paterna. Si dice que su hijo es de una edad aproximada a la suya y que lo tuvo a los dieciséis años, entonces debe tener unos veintiséis o veintisiete años aproximadamente.

Poco más del doble de su edad. Casi puede ser un hermano mayor, como el hermano de Beto, su amigo, que le gana por quince años. Quizá es que, lo que Charlie necesita en ese momento, es a su propio hermano mayor. No a este de mentiras, sino al de verdad.

—Gracias por traerme.

Charlie baja del auto y dice adiós con la mano, luego corre al interior de la plaza comercial que queda cerca.

El conductor se queda extrañado por la inusual carrera. No es quién para juzgar, pero no le parece que ese niño sea propio de la colonia de clase alta donde lo recogió. Además, el destino al que lo trajo es diametralmente distinto. Como sea, supone que la tía está dentro de la plaza. Marca el fin de la carrera y se va.

—Estás muy cerca de tu antigua casa —dice

el sujeto.

Charlie ve por la cristalera de la plaza, espera cerca de la puerta a que el conductor se vaya. Entonces sale y se pone en marcha rumbo a la casa de Marcia.

—Marcia es mi vecina. Vive en la misma colonia.

Un grupo de chicas que caminan cerca de él se burlan al oírlo hablar solo. Charlie cae en cuenta de lo raro que debe verse conversando con el aire. Busca el manoslibres del teléfono y se coloca los audífonos para simular que está en llamada.

El sujeto también ríe.

—¿Vecinos? ¿En serio?

Charlie levanta el micrófono del manoslibres y se lo acerca a la boca.

—Tiene sentido, ¿no? Seguro que Víctor

también vivía por acá, por eso me lo topé en el puente.

Usa el teléfono para ubicarse y no perderse entre las calles de la colonia. En realidad, no batalla para dar con la casa. Saca el sobre de la mochila y lo pone en el resquicio de la puerta, toca el timbre y se va corriendo para ocultarse tras unos arbustos en el jardín de al lado.

El sujeto se agacha de canclillas, a su lado, como si necesitara ocultarse también.

—¿Tan seguro estás de que vive ahí? Hasta donde sé no tienes dos cartas iguales.

No está seguro, pero no tiene un mejor plan.

—La casa no ha cambiado en tres años —dice, aunque no muy convencido.

La puerta se abre y sale ella. Parece molesta.

—Pues si estaba ahí —señala el sujeto.

El corazón de Charlie late con fuerza. Es

mucho más hermosa en persona.

Marcia voltea a ambos lados buscando al niño travieso que tiene días tocando el timbre para después salir corriendo. Se jura a sí misma que si un día lo atrapa le pondrá una buena tunda sin importar las consecuencias legales. Es lo que necesita, unas buenas palmadas en el trasero. Suspira, El mocoso no está. Ya lo pillará otro día.

Se inclina y recoge el sobre del suelo. El enfado se corta de tajo, queda helada al ver el sobre. Duda de la caligrafía. Es, ¿parecida? Definitivamente. Los trazos son perfectos, tanto que parecen falsos. Pero ese aroma. Algo se contrae en su pecho. Su cuerpo tiembla. Intenta abrir el sobre, pero los dedos le sudan y tiemblan sin control. Al fin toma el extremo del sobre y lo desgarra. Saca la carta de su interior.

Rompe en llanto al reconocer la letra. El perfume no hace las cosas más fáciles. Las letras están ahí, forman palabras, forman oraciones. Pero es incapaz de leerlas. Acerca la carta a sus ojos, tiene que ver las letras de cerca, esos trazos indecisos y algo nerviosos, como la caligrafía de un niño.

Cae de rodillas, luego se sienta en el piso. Trata de limpiar las lágrimas para leer, pero se empeñan en seguir saliendo. Llora por un rato, hasta que consigue serenarse. Entonces lee.

Tan pronto termina verifica la hora en su reloj de pulsera. Parece sorprendida. Se levanta y entra a la casa, cerrando la puerta ruidosamente tras de sí.

Charlie voltea a ver al sujeto.

—Tiene la carta.

El sujeto se endereza y rodea el arbusto. Da

unos cuantos pasos en dirección a la casa de Marcia, como atraído hacia ella.

—No te escuchas muy animado.

Charlie sale de su escondite y se sacude el polvo y las hojas que se le pegan a la ropa.

—No lo entiendes. Es tarde, tenemos que irnos ya.

El cielo luce despejado casi por completo. El sol quema y calienta el suelo. El vapor, producto de la humedad de la lluvia, se levanta ominoso. La temperatura aumenta drásticamente.

—¿A dónde vas? —pregunta el sujeto.

Charlie suda a chorros, aun así, no se quita la chaqueta.

—A una cita.

Localiza la dirección en el mapa de su teléfono e inicia el recorrido. Siguiendo las indicaciones es imposible perderse. Va a la

estación de autobuses y toma el primero en llegar. Baja en la última parada, justo donde inicia el metro.

Mezclarse entre la gente no es tan fácil, no como creía. Según palabras de su mamá, tiene una carita de ángel. El problema de esa carita de ángel, es la pequeña cicatriz que le cruza la mejilla izquierda. Es de esas cicatrices que aprendes a ignorar luego de que la ves todos los días, pero que no deja de llamar la atención a aquellos que la ven por vez primera. Es una línea muy corta, sólo que gruesa, abultada y de un tono más claro que el resto de su rostro.

Sube al metro y recorre exactamente tres estaciones antes de bajar. Le basta con seguir al mar de gente que desciende en la misma estación. La mayoría de ellos, sino es que todos, van al mismo sitio. De un momento a otro, sin

entender muy bien cómo, termina dentro del parque.

El señor Hugler le ha hablado de él. Antes era una fábrica de fundición. Incluso le señaló los que, antaño, fueron los hornos y las grandes naves. Aunque ahora para nada luce como una fábrica.

—Espera. Deberías parar y comer algo. Ya ha pasado toda la mañana y sigues en ayunas.

Charlie sigue caminando a toda prisa.

—Voy a un restaurante, ahí comeré.

—¿Ahí? ¿Cuándo?

—Cuando Marcia llegue. La cité a la una de la tarde.

—Falta más de una hora para eso. Tienes que comer algo ya mismo.

—¿Por qué tanto interés? No me voy a morir porque…

No puede ver al sujeto.

—¿Estás ahí?

Se detiene en seco y ve a su alrededor. El sujeto no está por ningún lado.

—No te veo —insiste Charlie.

Le duele la cabeza por el hambre, por el calor y por el sol.

—¿Todo bien? —pregunta uno de los guardias del parque.

Se acerca a Charlie tras verlo tan desorientado.

—Sí —responde Charlie enseguida.

—¿Con quién vienes? ¿Estás perdido?

—¿Qué? No… No estoy perdido. Es que no veía a mi mamá. Está allá. ¿La ve?

El guardia mira a donde Charlie señala. A una distancia considerable, en una de las islas, está una señora comprándoles golosinas a un

par de niños pequeños; aparentemente gemelos, pues visten igual.

—Está lejos. ¿No?

—Si. Es que, me distraje. Venía charlando por teléfono, ¿sabe’. Pero ya la alcanzo. Adiós.

Corre a donde la señora. Casi tropieza a medio camino. En verdad está cansado. Llega jadeando, sin aliento. Se sienta en la banca a un lado de la señora, quizá demasiado cerca para el gusto de ella.

—Oye, más cuidado —dice la señora molesta.

—Lo siento.

Charlie se aparta un poco. El guardia, que observa la escena desde lejos, supone que la madre lo ha reprendido por quedarse atrás.

Charlie no entiende qué le pasa. Cada vez se siente más cansado y más hambriento. Toma su

único billete de cien pesos, lo alisa y lo pone en la máquina. Le tiemblan las manos y no deja de sudar. La máquina rechaza el billete dos veces antes de tragarlo definitivamente. Marca los códigos. La máquina reacciona y entrega el producto.

Charlie toma el paquete de galletas con chocolate y las come desesperado. No para hasta acabar con las ocho galletas. El azúcar le cosquillea en el cerebro, de pronto se siente más despierto.

—Procura no ahogarte —dice el sujeto.

Charlie toma la feria, un puñado de monedas. La máquina acepta las monedas más fácilmente. Las usa para comprar un refresco de uva. Bebé a grandes tragos para despejar la garganta de tanta galleta.

—¿Qué me pasó? —dice en voz baja.

Los gemelos se burlan de él, cuchichea, lo señalan con el dedo, le hacen caras. El sujeto ríe con ellos.

—Puedo entenderles, ¿Sabes?

Charlie alza el micrófono del manoslibres para hablar.

—¿Qué fue lo que me pasó?

—Insistes en que me manifieste todo el tiempo que estoy a tu lado. No puedo hacerlo sin gastar energía. La tuya, obviamente.

—¿Mi energía?

—¿Qué otra usaría?

Los gemelos siguen burlándose a expensas de Charlie. Hablan en un extraño idioma, seguramente inventado.

—¿Qué es lo que dicen? —pregunta Charlie molesto.

—Es gracioso, de hecho. Pero básicamente se

burlan de ti porque su mamá te regañó. Además, dicen que tienes la cara cortada, que comes como un puerquito y que hueles raro.

—No te creo que les entiendas.

—Tú escuchas sus palabras con los oídos, así que no me entenderías por más que intentara explicarte.

—Pruébalo.

El sujeto sonríe. Camina a espaldas de los niños y pone sus manos sobre los hombros de ellos.

—Diles algo; sólo cuelga esa llamada falsa y repite mis palabras.

Charlie finge colgar, y aprovechando que la mamá de los niños está distraída mensajeando con su teléfono, se inclina y susurra aquellas palabras a los gemelos. Son balbuceos extraños en los que predominan las letras “M”, “B” y “L”.

Después se marcha dejándolos muy consternados.

—¿Qué cosa les dije? Creo que se pusieron mal.

—¿De verdad quieres saber?

—Te estoy preguntando.

—Les dijiste que el monstruo que vive bajo su cama los visitará esta noche por portarse mal. Y que ellos son los que huelen raro.

Ya con algo en la panza el camino es menos tedioso. Se da el tiempo de ver el paisaje a su alrededor y maravillarse por los árboles y las flores de colores que decoran todo el parque. Las familias juegan y se divierten. Él solía hacer eso mismo con su familia, en el pasado, cuando su hermano aún vivía. Ahora ya no.

—No irás a llorar, ¿o sí? —dice el sujeto.

—No.

No llora, aunque ganas no le faltan.

Va al baño, más con la intención de estar solo un momento. Cuando se siente listo, sale. Está lleno de energía gracias al azúcar del refresco y las galletas. Decide ignorar a las familias a su alrededor. Camina a paso veloz, recorriendo los senderos flanqueados con plantas de todos los colores. Nada importa, salvo llegar al lago. Debe concentrarse en llegar al sitio de la cita y terminar con el asunto del anillo.

El parque conecta con un extenso canal artificial que, según le contado su papá, se construyó sobre lo que antaño fue el venero de un canal natural. El canal conecta al parque con una gran explanada donde se erigen tres grandes museos. Su papá nunca lo llevó a ver esos museos, aunque se lo pidió repetidas veces.

Charlie ve su teléfono para comprobar el mapa y la hora.

—Faltan veinte minutos para la cita.

El resto del camino lo hace corriendo, pasando por los puentes y los senderos embaldosados que rodean y atraviesan el canal, como una suerte de caótico lazo alrededor de una serpiente plateada. Algunas señoras se quejan al verlo pasar tan aprisa. Otras más le gritan que se va a caer al agua, que ese no es sitio para correr. No obstante, no escucha las advertencias. No se detiene hasta llegar al lugar de la cita.

Se trata de un elegante restaurante a las orillas del canal. Algunas de las mesas están dispuestas afuera para que los comensales disfruten de la vista y del ambiente. A esta hora, sin embargo, todos comen dentro, pues el sol lo

chamusca todo en el exterior. En la fotografía de la publicidad es de noche, cuando no hay sol y todas las luces que iluminan el canal están encendidas, dándole a las múltiples fuentes una apariencia mágica. Al menos eso dice el sitio web. Se sienta a una de las mesas de afuera, debajo de una gran sombrilla, y muy cerca de unas plantas ornamentales.

La mesera sale a toda prisa.

—Oye niño, las mesas son para los clientes.

—Yo soy un cliente —dice Charlie, apenas con aliento.

La mesera se pone los brazos en jarras y resopla.

—Lo digo en serio, ¿dónde están tus padres? No puedes estar aquí si no vas a pedir nada o si no tienes dinero para pagar.

Charlie aspira profundo, luego exhala, aspira

profundo otra vez, luego exhala. Aun respira con dificultad, pero ya se siente mejor.

—Tengo dinero para pagar —Charlie estampa tres billetes de quinientos pesos sobre la mesa—. Si me disculpas, estoy esperando a alguien. ¿Puedes traerme mientras un café?

La mesera sonríe condescendiente.

—Las cosas se pagan hasta el final, cariño.

Charlie guarda el dinero.

—Bueno, ¿me traes un café?

La mesera escribe en su libreta.

—Si me permites una sugerencia, creo que te sentará mejor una bebida fría, quizá una malteada de chocolate.

Charlie niega con la cabeza.

—Quiero un café, gracias. Bebo café en casa todo el tiempo, del normal, no del descafeinado. Además, es sólo mientras espero. Puede tomar la

orden cuando llegue mi cita.

—No digo que no puedas tomarlo —insiste la mesera—. Pero el café es caliente, y muy amargo. Con este calor no se te antoja algo frio.

Charlie niega otra vez. Quiere su café, aunque esté empapado en sudor

—¿Me puede traer mi café?

La mesera resopla fastidiada.

—Está bien —dice y se va.

No tarda en volver con la taza de café y complementos. Los pone sobre la mesa, frente a Charlie.

—Estaré en la puerta, por si se te ofrece otra cosa.

Charlie asiente.

Levanta con cuidado la taza de café y le da un sorbo. En verdad está caliente, además de muy cargado. No se parece en nada al café

instantáneo que prepara en casa. Trata de no hacer gestos para que la mesera no se lo tome como una victoria. Le pone leche, un par de sobres de sustituto de crema y cuatro sobres de azúcar. El café sigue amargo, pero al menos es tolerable.

El sujeto se sienta en el suelo, a un lado de Charlie.

—Bastante razonable —dice con sarcasmo—. El café caliente sienta perfecto a medio día y bajo el sol.

—No sé de qué hablas —balbucea Charlie con la taza de café en los labios.

—Llegó —señala el sujeto.

Charlie levanta la vista. El corazón le late tan deprisa. Marcia viste unos jeans azules y una blusa verde que hace juego con los zapatos y el bolso. El único maquillaje que lleva encima es

un poco de delineador negro y algo de pintalabios rojo. Entra al local y busca con la mirada. El lugar no es tan amplio, además, son pocos los comensales. Intercambia unas cuantas palabras con la mesera de la puerta. La mesera niega enfática con la cabeza.

Marcia espera afuera. No deja de ver su reloj.

—Ahí está.

Charlie no reacciona, no puede hacerlo. Los nervios le tienen paralizado, así que se oculta detrás de la taza de café.

La mesera se acerca a Marcia y le murmura algo al oído. Marcia voltea en dirección a Charlie. Charlie siente que se detiene su corazón.

El sujeto se levanta del suelo y se sienta sobre una de las mesas, la que está a un lado de

la mesa de Charlie.

—No hay vuelta atrás.

Marcia se acerca a donde está Charlie. Camina despacio, indecisa y muy confundida. Charlie baja la taza, muy despacio, para revelar su rostro asustado. Ninguno de los dos se atreve a hablar. Marcia ve a Charlie, Charlie ve a Marcia. Lo único que los une, lo único que evita que Marcia se vaya, es el perfume.

Charlie toma la servilleta que le llevaron con el café y se enjuga el sudor del rostro. Siente que va a desmayarse, pero no puede prolongar más el silencio. Se dispone a hablar.

—¿Quién eres tú? —dice Marcia, antes de que Charlie diga cualquier cosa.

Charlie intenta hablar, pero tiene la garganta seca. Las palabras no salen.

—¿De dónde sacaste ese perfume? —insiste

ella.

—Yo…

—¡Habla!

Charlie se asusta, se encoge en sí mismo.

—Sí hablaré —hace un gran esfuerzo por no tartamudear—. Sí hablaré.

Marcia camina hasta la mesa y da un fuerte golpe con la mano abierta. Charlie se reduce más en sí mismo, luce diminuto en la silla.

—¿Tú dejaste la carta?

Charlie asiente.

Marcia se endereza y cruza los brazos.

—¿Y bien?

Charlie alza la vista, asustado.

—Debo hacer algo.

Se levanta de la silla. Se descuelga la mochila y busca en su interior. Saca la cajita negra y pone la mochila en la mesa, luego se

arrodilla y extiende la cajita abierta con el anillo.

Marcia ve la escena, confundida.

—Él —sigue Charlie—. Es decir, Víctor. Me pidió que te diera esto. Él quería casarse contigo.

Marcia no sabe cómo reaccionar. Se queda congelada por diez segundos, los diez segundos más largos de su vida. Un montón de cosas pasan por su mente. Hasta que finalmente se acerca a Charlie y le da una fuerte bofetada, luego se va.

Charlie cae al suelo, la mejilla le escuece. Recuerda todas y cada una de las bofetadas que le dio su papá cuando se puso insolente. Ni todas ellas juntas son tan fuertes como esta.

—¿Estás bien? —dice la mesera.

Sale corriendo para auxiliar a Charlie. Le

ayuda a levantarse. Charlie no llora a pesar del dolor. Después de todo, siente que lo tiene bien merecido.

—No era enserio, ¿o sí? No le pediste matrimonio, ¿o sí?

—No lo hizo —Marcia está de vuelta.

La mesera retrocede. El protocolo le exige que los corra por provocar tanto escándalo, pero no encuentra las palabras para hacerlo.

Marcia se sienta a la mesa.

—¿Nos traes dos ensaladas y té helado?

La mesera anota y se va. En el menú hay diez distintas ensaladas y tres distintos tipos de té, pero algo le dice que lo mejor es que ella decida de cuáles servirles.

—¿Entonces el anillo es mío?

Charlie se acerca a la mesa y toma asiento. Soba su mejilla, aun le duele.

—¿Volverás a pegarme?

—No si no me das motivos.

Charlie intenta ver su reflejo en la pantalla del celular. Marcia lo ve con impaciencia.

—No dejará Marca. Deja de agarrarte el cachete.

Charlie baja la mano, luego ofrece la cajita a Marcia.

—¿Puedo contarte una historia?

Marcia cruza los brazos.

—No sé si quiero oírte. ¿Es sobre Víctor? ¿Sobre el anillo, o la carta, o el perfume?

Charlie baja la mirada.

—Es, sobre todo.

Marcia suspira fastidiada.

—Pues venga, cuenta.

7 EN EL PASADO.



CHARLIE MIRABA afuera, como un espectro pegado en la ventana. Su aliento no era suficiente para empañar el cristal. A decir verdad, su aliento no era suficiente para casi nada, al menos no en los últimos días. Le dolía la cabeza y sentía los ojos arenosos. Quería muchas cosas en ese momento —dormir era una de ellas—, pero lo que más quería era sentirse a salvo. Extrañaba esa seguridad que antes sentía en los brazos de su mamá o su papá. Sobre todas las cosas, él les quería, pero era imposible tenerlos cerca. Tan pronto sentía el cuerpo invadido, aunque sea por un abrazo, venían a su mente todas esas horribles imágenes. La ansiedad le podía más y rápido se transformaba en terror, y entonces no podía evitar luchar por

liberarse. Por eso sólo observaba, recordando cómo eran las cosas antes.

El señor y la señora Hugler descansaban en el patio de la casa. Él cepillaba el cabello de ella, ella no sabía muy bien en dónde estaba.

—Se comporta muy raro —dijo el señor Hugler en un susurro.

La señora Hugler, naturalmente, no respondió.

—Está triste, supongo. Como todos nosotros.

La señora Hugler no daba señas de estar entendiendo la conversación. Veía al horizonte, o algo más allá; o quizá no veía nada.

—Le pasa algo malo. Estoy seguro. Lo veo más flaco; y es tan…

El señor Hugler hizo una pausa, como para pensar en la palabra adecuada. Incluso también se detuvo de cepillar el cabello de la señora

Hugler, para dedicar toda su atención a sus pensamientos.

—… asustadizo.

Charlie se apartó de la ventana y se metió a la cama. Su cuerpo menudo se perdía bajo las cobijas. De poder hacerlo lloraría. Las palabras de su papá le calaban hondo, le dolían en lo más profundo. Pero las entendía; su papá tenía razón, era raro.

Intentó dormir; estaba tan cansado. Cerró los ojos y relajó el cuerpo. Todo a su alrededor cambiaba de tamaño conforme su mente luchaba por desconectarse. A ratos sentía que se hundía, a ratos sentía que flotaba, a ratos sentía que la vida se le escapaba del cuerpo, a ratos sentía que hacía tiempo que era un cuerpo sin vida.

—Hijo.

La voz del señor Hugler lo trajo de vuelta.

Charlie abrió los ojos y vio a su papá. Quiso sonreír, pero no pudo. También quiso levantarse, pero nuevamente no pudo.

El señor Hugler dio media vuelta y cerró los ojos. Le faltaba el aliento; las paredes se le venían encima. Hizo acopio de toda su fuerza de voluntad. Se visualizó a sí mismo de pie en la habitación de su hijo. No podía derrumbarse; mejor dicho, no debía derrumbarse.

—¿Papi?

El señor Hugler respiró profundo, dio media vuelta y sonrió lo mejor que pudo. Lo asimilara o no, aquella cosita maltrecha era su hijo. Se forzó a verlo, aunque doliera; tenía que hacerlo. Ignorarlo fue la principal razón de que llegara a semejante estado. Charlie llevaba dos semanas sin ir a la escuela. El señor Hugler no lo sabía.

Se enteró cuando le llamaron a la oficina. Nadie atendía en casa, ni llamadas ni visitas. Cuando preguntó a la señora Hugler esta no supo que contestar; bueno, en realidad no dijo nada; seguro que ni siquiera entendió la pregunta. Charlie simplemente no había salido de su habitación en todo ese tiempo. El señor Hugler pidió un par de días de licencia en el trabajo y volvió a casa. Encontró a Charlie, entre dormido y despierto —a él le pareció moribundo—, perdido bajo las cobijas de su cama, frio como un tempano. Cambió la perilla de la puerta para que no pudiera cerrarse con seguro. Repasó la condición general de la casa y le sorprendió descubrirla sucia y descuidada. Su familia misma, esposa e hijo, eran autómatas sin voluntad.

—¿Qué pasa, papi?

—Hora de comer, hijo.

El señor Hugler le acomodó la almohada para que pudiera sentarse y trató de ayudarle a incorporarse, pero Charlie se revolvió violento. El miedo pudo más que el cansancio. Charlie se levantó y se sentó él solito.

—No tengo hambre, papi, tengo sueño.

No podía creerlo; lo rápido que había deteriorado. El señor Hugler no hacía otra cosa que recriminarse tan imperdonable descuido. Tan egoísta fue, sumido en su propio dolor, que ignoró a su hijo. Él lo veía cada noche durante la cena cuando lo obligaba a tomar la sopa. Era obvio que no comía durante el día, que no se aseaba, que había cambiado. Pero hasta ese momento en que le hicieron la llamada no pudo verlo; o más bien, no quiso verlo.

—Haz un esfuerzo, hijo. No me iré hasta que

comas algo.

Traía un poco de fruta y jugo. Nada pesado. Algo suave para empezar a regularizarse. Charlie hizo un gran esfuerzo por comerlo todo. A decir verdad, tenía hambre. Pero no podía apartar de su mente todas esas horribles imágenes. Los colores y las formas se transformaban frente a sus ojos, recreaban aquellas abominaciones en los cuadernos de su hermano. Las veía otra vez, en su mente, y pensaba en esas cosas. Pensaba en su hermano, que eran cosas que él hacía… ¿por gusto? Le revolvía el estómago, le producía malestar y nauseas. Su mente simplemente era incapaz de procesarlo, incapaz de relacionar a su hermano, su mejor amigo, con tales cosas.

—Está bien, hijo.

El señor Hugler retiró el plato. Charlie había

comido la mayor parte. No creyó prudente obligarlo a comer más, pues seguramente vomitaría.

Charlie volvió a ver a su papá. Quería llorar, pero no podía. De todos modos, el señor Hugler ya lloraba por él. Lo sentía desvanecerse, perderse en un mundo extraño del que era imposible traerlo de vuelta. Charlie se recostó y cerró los ojos para intentar dormir.

El señor Hugler dejó el trabajo. No le importó el precario retiro que le dieron por abandonar su puesto de esa forma tan irresponsable. Los casi quince años de antigüedad en la empresa al final no le valieron para nada. Pero él lo único que quería era estar en casa para cuidar de su familia. No tenían mucho dinero, algunos ahorros y poco más, suficiente para mantenerlos un par de meses; o

eso pensaba. Pero por ahora su prioridad era su familia. Moriría antes que perder a otro hijo, no se lo perdonaría.

Cada día se aseguró de que esposa e hijo se levantaran temprano, comieran a tiempo, se mantuvieran limpios y durmieran a buena hora. Desde luego, era una tarea demandante, y por descontado, muy frustrante. El dinero se terminó antes de lo previsto, esposa e hijo no parecían mejorar y él mismo estaba peor cada día.

Esa mañana el señor Hugler tocó fondo. Despertó muy temprano, alrededor de las cuatro de la mañana y se perdió en sus divagaciones mientras veía el techo de su habitación. Junto a él dormía la señora Hugler. Por un breve instante vino a su mente esa idea: sería realmente fácil morir y olvidarse de todo. En ese

momento se levantó de la cama. Vio a su mujer y le pareció tan hermosa, tan frágil y tan inocente. No dejó que la idea aterrizara y se instalara en su interior. Debía ser fuerte, por su familia, debía dar ese último tirón.

Estaba consciente de lo peligroso que era, pero con todo, prefería arriesgarse a perder la custodia de su hijo que verlo morir. Se vistió, a como pudo alistó a Charlie y lo llevó al médico.

Al doctor le pareció extraño recibir al padre en lugar de a la madre. Pensó en hacer un comentario divertido e ingenioso al respecto, hasta que vio al niño. No tenía palabras. Arrebató al pequeño de la mano de su papá y se lo llevó. Charlie no dejó de llorar y manotear durante todo el camino; luchaba por liberarse de los brazos del doctor. El señor Hugler observaba desde lejos, impotente.

Lo que pasó después difiere según quien lo recuerde.

El doctor, un hombre viejo que ya no estaba para emociones fuertes, dejó al niño sobre la mesa de auscultación sintiendo un fuerte dolor en el pecho. Llamó a una de las enfermeras y le pidió preparara el suero intravenoso para estabilizar a Charlie. Tomó su medicamento para el corazón, luego se disculpó con su hijo y su nuera y les pidió que atendieran sus citas de ese día. Tantas cosas pasaban por su mente en ese momento.

El reclamo del doctor prometía ser enérgico, pero no tuvo ocasión de hablar. Tan pronto volvió al pasillo el señor Hugler cayó al suelo de rodillas, completamente destruido. Daba pena verlo así. El doctor se acercó y le pidió que se levantara.

—Venga, hombre.

El señor Hugler hizo lo que pudo para levantarse, y así cayó a los brazos del doctor, derrotado. El doctor enseguida llevó al señor Hugler a su despacho, lo sentó en una silla y le ofreció un café.

—Dígame que pasa.

El señor Hugler tomó la bebida caliente entre sus manos. Visto ahí reducido en la silla, tan frágil e indefenso, parecía un niño pequeño —o así lo veía el doctor—. No estaba tan desencaminado. El mismo señor Hugler se sentía como un niño pequeño. Se vio a sí mismo de nueve años, sentado en un enorme sillón en el despacho de su tío. Recordó lo desamparado que se sintió al comprender que ya no tenía mamá ni papá.

—Tómese su tiempo.

El señor Hugler habló; de la muerte de Fernando y lo mucho que afectó a todos, de su mujer que ahora parecía muerta en vida, de Charlie que ahora era más muerte que vida, de Clara negándose a recibir sus llamadas, de él mismo soportando todo ese peso encima. Le habló del trabajo que había dejado y del dinero que había agotado. Le habló de lo humillante que fue suplicar a su tío por un préstamo, y lo humillante que fue recibirlo. Le habló también de los reproches de su cuñada, que no paraba de recordarle que era lo peor que le pudo haber pasado a su querida hermana.

El doctor escuchó paciente. No podía hacer otra cosa. Y honestamente, lo que el señor Hugler necesitaba era un oído y un hombro donde llorar. Cuando el señor Hugler se hubo desahogado, el doctor le ofreció dos

comprimidos. Placebos, en realidad.

—Se sentirá mejor.

Padre y doctor fueron a donde Charlie. El niño descansaba con ese espeso liquido entrándole por las venas. El coctel de vitaminas parecía sentarle bien, ya había recuperado un poco de su color. Sin embargo, estaba sumergido en un sueño intranquilo. Se movía, murmuraba, negaba con la cabeza.

—Presenta inicios de deshidratación y desnutrición.

No era algo que el señor Hugler no hubiera deducido ya.

—No le voy a mentir, señor Hugler. De haber demorado en traerlo un poco más, su hijo habría muerto.

Eso último sí que caló hondo en el señor Hugler. De pronto fue víctima de un terrible

vértigo que le obligó a buscar la silla más cercana. Claro que eso tampoco era algo que no hubiera deducido ya; pero una cosa es pensarlo, otra cosa muy distinta es escucharlo. La sola idea de perder a Charlie, y por una negligencia de esta naturaleza, le torturaba.

—¿Entiende la gravedad de la situación?

El señor Hugler no respondió, pero sí que entendía.

—¿Y entiende lo comprometida que es la situación?

—Sí doctor.

—Bien. Charlie se quedará aquí esta noche. El suero le ayudará a recuperarse. Ya mañana podremos hablar con él.

El señor Hugler se hundió más en su asiento. No concebía la idea de perder la custodia de su hijo, él estaba perfectamente capacitado para

cuidarlo —aunque no lo pareciera—. Un niño siempre debe estar con sus padres de verdad.

—Sé que he fallado como padre, doctor, pero yo jamás quise hacerle daño.

—Eso espero —sentenció el doctor.

El señor Hugler bajó la mirada. No sentía tanto miedo desde que era un niño pequeño y vivía solo en la enorme casa de su tío.

—En cuanto a su esposa —siguió el doctor —, sabe que no es mi campo, pero le recomiendo que la lleve a ver a un especialista.

El señor Hugler levantó la mirada.

—¿Especialista?

El doctor tomó un trozo de papel y garabateó un nombre y un número de teléfono.

—La doctora Chapman es una vieja amiga. La recomiendo ampliamente.

—Gracias doctor.

—Y señor Hugler. Ya le dije que no es mi campo. Pero tiene que estar preparado. Aunque lleve a su mujer con mil psicólogos o mil terapeutas, es muy probable que ya no vuelva a ser la misma nunca más.

Pasó el día en el consultorio vigilando a su hijo. No se despegó de Charlie salvo un par de ocasiones para usar el retrete, o cuando salió a comer algo. Fue su tío quien le llevó la comida, o más bien un empleado de su tío. El paquete incluía una tarjeta con el número de un abogado cuyos honorarios ya estaban cubiertos.

Entrada la tarde telefoneó a su casa para avisar que no volvería esa noche. Su cuñada atendió desdeñosa. Afortunadamente ella estaba ahí para cuidar de su hermana. Se preocupó por su sobrino, pero el señor Hugler no supo dar razones, se limitó a decir que le estaban

estabilizando y que ya se veía mejor. A su cuñada no le extrañó que fuera tan vago y desobligado en su informe. Colgó e intentó dormir un rato.

—Papi…

El llamado despertó al señor Hugler. Estaba torcido, graciosamente retrepado en una incómoda silla. Apenas había logrado pegar ojo.

—Papi…

—Aquí estoy, hijo, ¿Qué pasa?

Se levantó de la silla con todo el cuerpo dolorido.

—¡Está ahí, papi… que no me toque!

Era avanzada la madrugada, alrededor de las tres de la mañana. Charlie miraba fijamente algún punto en la habitación, con verdadero terror. Acto seguido se incorporó y gritó con todas sus fuerzas.

La enfermera entró corriendo e inyectó algún liquido en el coctel intravenoso. Charlie en seguida se calmó y gradualmente volvió a quedarse dormido. Tomó más tiempo estabilizar al señor Hugler después del ataque de nervios.

—Sus ojos, doctor. Esa cara de pánico que tenía. Era como si realmente estuviera viendo algo dentro de la habitación.

El señor Hugler temblaba tanto que no podía evitar derramar algo del café que sostenía precariamente con la mano derecha.

—No se asuste, señor Hugler. Lo que usted acaba de presenciar es un episodio de parálisis del sueño. Es más común de lo que imagina. Y es bastante normal que se presentara en Charlie, considerando que ha descansado muy poco los últimos días.

—Pero es que fue tan violento.

—Tranquilo, señor Hugler. Tome esto, le ayudará.

—Gracias.

El señor Hugler se tomó los comprimidos apurándolos con su café, o con lo que quedaba de su café; el resto yacía en el piso.

—No les dé muchas vueltas a las cosas. Repito que los trastornos del sueño son relativamente comunes. Es una experiencia difícil. Terrorífica y desesperante para quien la sufre. Pero tiene que entender que no es más que una pesadilla. Charlie estaba en una especie de limbo entre el sueño y la vigilia. En este limbo el mundo real y los sueños se mezclan. Al no poder moverse el cerebro en automático transforma el sueño en pesadilla. Y el resultado es ese, una experiencia aterradora, acompañada de alucinaciones visuales, auditivas y hasta

sensoriales. ¿Lo entiende, señor Hugler?

—Creo que sí, doctor.

Charlie permanecía adormilado en aquella cama, con esas bolsas de suero llenándole las venas de todo aquello que él mismo se había negado a ingerir. Para el señor Hugler era desgarrador verlo de esa manera. Quería tomarlo de la mano y decirle que todo saldría bien. Pero no podía. Tan pronto lo tocaba Charlie se movía intranquilo hasta que conseguía liberar su mano. Simplemente era imposible.

—¿Cómo va doctor? Sea honesto, por favor.

El doctor suspiró cansado. Era la primera vez que pasaba la noche en el consultorio. No tenía las fuerzas de su hijo o su nuera.

—Físicamente ya está mejor, al menos dentro de lo que cabe. Mientras beba agua y

coma a su tiempo estará bien. Pero, si le soy realmente honesto, su condición no es la enfermedad, sino el síntoma.

—¿No lo entiendo?

—Mire, lo que le voy a decir es muy delicado y espero que lo tome de la manera más madura posible. Como médico, y ante la situación del niño, es mi deber asegurarme de que no haya sido víctima de abuso. Puede estar presente durante la inspección, y sea cual sea la conclusión a la que se llegue, recuerde que por el bien de Charlie debe tomar las cosas de forma madura. ¿Entiende lo que le digo?

El señor Hugler tardó un momento en reaccionar. Su rostro mostraba una perplejidad como la que nunca había mostrado. El sólo sopesar la idea le resultaba imposible.

—Pero doctor, no creerá que lo han

molestado, ¿o sí? Eso no puede ser. ¿Quién lastimaría a un alma tan pura como la de Charlie? Él no es como los otros niños. Es más sensible, más inocente. No tiene malicia en su corazón.

—La mayoría de padres de víctimas piensan eso mismo. Pero lo cierto es que su comportamiento no es normal. No estoy afirmando nada, sólo digo que es una posibilidad que debemos descartar.

—Lo siento doctor, pero no puedo aceptarlo. Charlie está triste, como todos, por la muerte de su hermano.

—Mire señor Hugler, trataré de ser bastante franco con usted. El comportamiento de Charlie, al menos el que me describe, da positivo en muchos de los indicadores de abuso sexual. Ante las condiciones de salud en que me trajo al niño,

así como mis legítimas sospechas de abuso, basta una llamada para que pierda la custodia por negligencia.

—No puede hacerme eso, doctor.

—Yo no haré la valoración, porque no es mi campo. Pero ya solicité el apoyo de una especialista, para descartar la agresión. ¿He sido claro?

—Si doctor.

—Estará aquí tan pronto salga el sol, a primera hora.

La especialista llegó puntual, a las siete de la mañana. El doctor se encargó de ponerla al día con la situación. Afortunadamente Charlie presentaba mejor aspecto, lo que contribuyó a que la mujer no actuara por su cuenta y acusara al padre de negligencia. Estaba tan acostumbrada a esa clase de cosas que no lo

hubiera pensado dos veces antes de quitarle la custodia al padre, argumentando el riesgo al que se exponía al niño.

La valoración resultó más complicada de lo que el señor Hugler habría imaginado. Por más que la doctora se esforzó en explicar a Charlie lo que pretendía hacer, Charlie simplemente se rehusó a cooperar. No pensaba desvestirse, ni permitiría que nadie le pusiera una mano encima. Aquello no hizo más que aumentar las sospechas de la mujer.

—La valoración física no toma más de dos minutos señor Hugler. Si fuera tan amable de autorizar que se le aplique un sedante a su hijo para que me permita hacer mi trabajo, tal vez no sea necesario que le pida ese permiso al estado.

—Adelante, hagan lo que se tenga que hacer

—dijo el señor Hugler muy nervioso. Entendía la amenaza implícita en la petición, y aquella amenaza no le gustaba nada.

Una vez que Charlie fue sedado la valoración fue sencilla. Al principio el señor Hugler desvió la mirada cuando comenzaron a desvestir a su hijo. Quería detenerlos, le resultaba inapropiada tal violación a la intimidad del niño. Pero entendía que de eso dependía que le dejaran conservarlo.

Finalmente regresó la vista. Estaba dispuesto a intervenir si sentía que esa mujer se estaba propasando.

La primera reacción de la mujer fue de asombro, luego de perplejidad. Flexionó las rodillas de Charlie y le abrió las piernas en aquel movimiento de rutina. Se esforzó por ver a detalle, quizás por percibir algo que se

escapara a simple vista. Pero en realidad no había nada que ver.

—El niño está intacto. No tiene golpes, rasguños o cicatrices en su cuerpo. Mucho menos presenta signos de alguna clase de contacto sexual.

Terminada la valoración una enfermera se acercó a vestir a Charlie. El señor Hugler de inmediato se apresuró a sustituir a la enfermera. Él estaba perfectamente capacitado para vestir a su hijo. Ya habían sido suficientes manos extrañas mancillando su cuerpo.

—Me disculpo por mi actitud hacia usted, señor Hugler. Pero debe entender que en mi profesión veo cada cosa, que una ya no sabe en quién confiar.

El señor Hugler no respondió.

—Y Vicente. Sabes que siempre he respetado

tu criterio y buen juicio. ¿Será este tu primer error? A ese niño nadie lo ha tocado, ni siquiera parece que sea muy inquieto. Debe vivir en una burbuja.

—Gracias por venir Tabita.

Dejaron a Charlie descansando, por cortesía del sedante, y se marcharon al despacho del doctor.

—Pues ya lo vio, doctor. Su cuerpo está intacto —repuso el señor Hugler. Aquello le quitó un gran peso de encima.

—Sí, lo está. Pero su comportamiento sigue siendo muy extraño.

—¿Y qué va a hacer?

—Mire, señor Hugler. Conozco a Charlie desde que era un bebé. Lo he visto crecer y soy consciente de su peculiar visión del mundo. Razón de más para creer que su

comportamiento es por algo turbio. Sabe usted perfectamente que mi consultorio no es un hospital. En aproximada hora y media oficialmente abro mi consulta, y tengo que atender muchas citas el día de hoy. Me preocupo mucho por Charlie, pues como dije lo he visto crecer, y le guardo cariño. Pero no puedo dedicarle todo mi tiempo. Me gustaría hablar con él antes de que abra mi consulta, para tratar de llegar a una conclusión.

El señor Hugler asintió, era verdad que estaba robando mucho del tiempo del doctor.

—De acuerdo, vamos.

—Sería mucho mejor si me permite hablar con él a solas,

—¿A solas? ¿Por qué?

—Solo intento ayudar. Si le hace sentir más cómodo puede escuchar la conversación. Pero

será mejor si no interfiere.

—Entiendo.

Pasado el efecto del sedante el doctor llevó a Charlie a su despacho y le pidió que se sentara. Después se fue atrás de su escritorio y tomó asiento también. El señor Hugler escuchaba todo desde la habitación de al lado, por medio del intercomunicador.

—¿Estás cómodo, Charlie?

Charlie no respondió.

—¿Sabes que tu papi y tu mami están muy preocupados por ti?

Charlie siguió sin decir nada.

—Vamos amigo, ya habíamos quedado en que era de mala educación no responder cuando te hacen una pregunta.

Los ojos de Charlie se abrieron al escuchar la palabra “amigo”. El doctor percibió la reacción,

aunque no la relacionó con dicha palabra.

—Sabes que puedes confiar en mí. Dime qué es lo que pasa.

—Era mi amigo —musitó Charlie.

El señor Hugler se retrepó en su silla al escuchar la voz de su hijo. Como si fuera la cosa más fascinante y extraña del universo.

—¿Quién era tu amigo? —inquirió el doctor.

—Fernando. Él está muerto. Hace mucho tiempo que se murió. El sufría mucho.

—A todos nos pone tristes la muerte de Fernando. Pero, ¿por qué dices que sufría mucho?

—Yo podía salvarlo. Él no era malo, sólo que, él quería…

—¿Qué? —preguntó el doctor muy interesado—. ¿Qué quería Fernando?

—Ese día fuimos a volar mi papalote.

Fernando estaba feliz de verdad. Me dijo que se lo prestara, pero yo le dije que no.

—¿No se lo querías prestar?

—Sí, sí quería prestárselo. Pero quería tenerlo un poco más, sólo un poquito más. Y dijo que iba a esperar. Pero se fue. Y ya no volvió nunca.

De inmediato empezó a llorar profusamente, al darse cuenta de lo que había hecho. Él había matado a su hermano por ser tan caprichoso como la naturaleza. O al menos, a lo que quedaba de su hermano. Lo había matado, justo después de verlo sonreír de verdad, sonreír en serio después de tantísimo tiempo. Se sintió como el peor de los monstruos.

—Háblame de Fernando. ¿Por qué dices que estaba feliz de verdad? ¿Por qué dices que sufría mucho?

Charlie no respondió. Escuchar las preguntas le hizo intensificar más el llanto.

En ese momento la puerta del despacho se abrió. El señor Hugler se acercó a su hijo y lo rodeó en un afectuoso abrazo. Charlie no rechazó ese abrazo. No se sentía con fuerzas para rechazarlo. De hecho, lo deseaba. Extrañaba sentirse seguro entre los fuertes brazos de su papá.

—Perdóname, papi. Yo no quería matarlo —balbuceó Charlie.

—No digas eso —se apresuró a decir el señor Hugler—. Tú no le has hecho nada a nadie.

—Perdón…

—Nunca pienses eso. Nadie te culpa. Nadie es culpable. Tú no podías saberlo.

El doctor miró todo con sus respectivas reservas. Si bien fue conmovedora la emotiva

reconciliación entre padre e hijo, la conversación dejaba más preguntas que respuestas.

—Mire señor Hugler. Usted sabe que yo no soy psicólogo, así que si gusta no me haga mucho caso. Pero el comportamiento de su hijo no me da buena espina. Puede que el rechazo de Charlie hacia ustedes como padres fuese el resultado de la culpa por sentirse responsable de la muerte de su hermano. Pero a mí me parece más el resultado de un trauma de carácter sexual.

—La doctora ya lo revisó. Mi hijo está intacto. Nadie lo ha tocado. Ni siquiera él mismo se ha tocado. No me gusta esa insistencia ni sus insinuaciones.

—Está intacto de su cuerpo señor Hugler. Pero no sabemos si su mente lo está. Le haré

una pregunta, y le repito que espero que lo tome de forma madura. ¿Tiene pornografía en casa, algo a lo que Charlie hubiese podido tener acceso?

El señor Hugler abrió los ojos y la boca en un gesto de absoluta incredulidad. Se sentía realmente ofendido.

—Por supuesto que no, ¿qué clase de personas cree que somos?

—Tranquilo. Sólo intento ayudar. Tal vez vio algo en la escuela. Hay niños que la toman de sus casas, o de internet.

—No tenemos computadora en casa doctor. Además, el cambio de Charlie ocurrió después de la tragedia. Desde entonces no ha pisado el colegio.

—Entiendo —dijo el doctor—. Le repito que mi intención es ayudar. Sólo revise su casa. Que

no haya nada extraño entre las cosas de su hijo. Y si sigue el comportamiento destructivo, lo mejor es que visite a un especialista, le recuerdo que yo no soy psicólogo.

—Entiendo doctor. Muchas gracias por todo.

Las siguientes semanas continuaron tensas. El señor Hugler no dejó de supervisar las comidas y los periodos de sueño de su esposa e hijo. Si bien Charlie ya no se mostraba tan renuente al contacto, aún le disgustaban los abrazos o a las caricias. En cuanto a la señora Hugler, por petición de su esposo fue a ver a la doctora Chapman. Después de cuatro visitas ya se mostraba más abierta y centrada. Sin embargo, como previó el doctor, ya no era la misma.

En total hicieron falta siete meses para que las cosas se normalizaran, o algo así. Charlie

volvió al colegio y la señora Hugler volvió a la rutina de un ama de casa. La pérdida de Fernando les dolía a todos, lo extrañaban todo el tiempo, principalmente a la hora de la cena. Lo que antes era un momento feliz, de intercambio de ideas y experiencias, ahora era un momento tenso y silencioso. Pero aún eso lograron superarlo, con sus respectivas recaídas y sus altibajos, lograron estabilizarse en una vida más o menos normal: un padre que trabajaba, una madre que atendía el hogar, un hijo que asistía a la escuela. Así era el tiempo después de todo. El tiempo todo lo sana, tarde o temprano.

En vísperas de su octavo cumpleaños Charlie pidió a su mamá que no hiciera fiesta. Eran sólo once días de diferencia entre la muerte de su hermano y su cumpleaños. La tristeza mermaba

cualquier espíritu festivo.

El día exacto de la muerte de su hermano, habiendo transcurrido ya un año entero, Charlie volvió a la choza en el monte. Juntó al centro todas las libretas con aquellos horribles dibujos y las bañó con el alcohol etílico del botiquín de la casa. Después les prendió fuego, y no se fue de ahí hasta que se consumieron por completo. Era mejor si aquellas abominaciones no existían. Definitivamente nadie debía verlas.

Y así llegó el día de su cumpleaños. Contrario a sus deseos, el señor y la señora Hugler se volcaron en organizar una gran fiesta. Empezaron con los preparativos desde muy temprano. Colgaron los adornos: serpentinas de colores y globos llenos de helio. Compraron el pastel: una enorme tarta de chocolate decorada con betún azul. Recibieron a los invitados: un

puñado de gente de los que Charlie apenas conocía a la mitad. Incluso trajeron a esa niña extraña que decía que era su hermana.

Desde luego que Charlie protestó, aunque a nadie pareció importarle en lo más mínimo. La señora Hugler lo obligó a ducharse y vestirse con su mejor ropa —ropa que de hecho había pertenecido a su hermano—. Lo obligó también a exponerse en medio de ese montón de aduladores que no dejaban de admirarse por cuánto había crecido y por lo apuesto que se veía. Charlie sabía que lo único que sentían era lástima, y eso le ofendía. Lo peor fue cuando le obligaron a soplar las velas del pastel. Apareció Clara con su ridículo violín y se puso a tocar *cumpleaños feliz*. Charlie no pudo soportarlo más. Se levantó y se fue corriendo.

Tardaron en darse cuenta de que Charlie

había salido por el agujero en el patio de atrás. Para ese momento ya era imposible saber a dónde había ido. A Charlie poco le importaba el destino, o eso quería creer. Corrió tanto como le permitieron las piernas, y cuando se detuvo descubrió que estaba en el puente.

La impresión le hizo temblar. Aquel era el lugar de la muerte de su hermano. Se acercó al memorial, una pequeña cruz metálica con el nombre de Fernando. Estaba pegado al muro de contención, el lugar donde tres líneas azules se incrustaban en el concreto. Se trataba de pintura automotriz, la cicatriz de un choque. Según la declaración del asesino, perdió el control del auto cuando una de las llantas estalló de forma repentina. El vehículo fue directo a donde estaba el niño. Según testigos, en un acto reflejo el niño saltó el muro del puente y cayó directo

al río. El problema fue que al saltar se golpeó la cabeza con el filo del muro de contención. No murió ahogado. Para cuando tocó el agua ya había muerto por el golpe en la cabeza, así como ya había perdido la mano izquierda cercenada por el choque.

De un momento a otro todo el enfado desapareció. Se inclinó para ver el nombre escrito en la cruz y lloró. Era un llanto más bien silencioso, un llanto solemne.

Cuesta entender las motivaciones de Charlie en este asunto. Según él lo que quería era ver el río. Intentó asomarse, pero por la altura del muro apenas logró ver algo. No se le ocurrió mejor idea que trepar al parapeto. El grosor del muro era suficiente para sentarse; al menos el trasero del Charlie de ocho años cabía holgado. Se sentó en la orilla con los pies colgando al

vacío. Ahora sí que podía ver al río.

Se asomó abajo, al agua que corría cristalina con un movimiento casi imperceptible. Si la miraba de una forma descubría un espejo inmenso reflejando el cielo, un puente y un “Charlie”. Pero si lo miraba de otra forma descubría una enorme fosa de profundidad engañosa.

Fue viendo de esa segunda forma que descubrió algo en el fondo. Al principio pensó que se trataba de su propio reflejo, pero no. En el fondo estaba esta figura tan similar a un niño, aunque su cuerpo era más bien de un color negro profundo. Sus rasgos se desdibujaban y su ropa era una suerte de ilusión óptica que bien pudiera no estar ahí.

El niño del fondo le sonrió, o pareció sonreírle con esa extraña boca desdibujada.

Extendió los brazos, como si intentara atrapar a Charlie, o como si pidiera a Charlie que lo sacara de ahí. Pero en ese momento su rostro cambió; pasó del intento de sonrisa a una mueca de espanto. Y es que había algo más en el agua. Los brazos salieron y atraparon al niño sombra, lo arrastraron abajo, más allá del lecho del río, como si lo tragara la tierra.

El graznido de un ave es agudo y fuerte; feroz a su manera. Tal vez no cause el mismo pavor el graznido de un ave que el rugido de un león. Pero el graznido de muchas aves sí que es algo a tener en cuenta. Hasta algunos leones huirían atemorizados al escuchar semejante chillido en conjunto.

Al graznido colectivo le sucedieron decenas de aves. Todas se abalanzaron contra Charlie, como si quisieran derribarlo del puente. Le

golpearon la espalda y el brazo izquierdo, incluso la cabeza. Charlie intentó aferrarse al muro lo mejor que pudo, pero poco a poco fue perdiendo estabilidad. Hasta que finalmente una de las aves le golpeo el rostro, la mejilla izquierda. Le hizo un corte considerable que pronto comenzó a sangrar. El repentino dolor fue suficiente para hacerle perder el equilibrio. Cayó cual peso muerto lastimándose la espalda en el impacto contra el agua.

Se sumergió a lo hondo, una buena distancia, y no obstante le fue imposible tocar el fondo. Manoteaba y pataleaba desesperado. Consiguió llegar a la superficie y pedir ayuda.

Lo primero que sintió fue una mano cerrándose sobre su tobillo y tirando de él hacia abajo. Debían ser las manos que se llevaron al niño sombra. Aún en el agua intentó pelear,

pero fue inútil. No podía aguantar más la respiración. Además, la herida de su mejilla le dolía mucho, eso sin mencionar todos los golpes que las aves le habían dado en la espalda y en su costado izquierdo.

Lo siguiente que sintió fue un abrazo. A diferencia de esa mano impersonal que le sujetaba el tobillo, este abrazo era humano. Pudo sentir el calor del cuerpo que se aferraba a su espalda, que pasaba ambos brazos por debajo de sus axilas y que lo estiraba de vuelta a la superficie.

Aspiró una nueva bocanada de aire fresco, luego tosió con violencia para deshacerse del agua que había tragado.

—Tranquilo. Ya te tengo, deja de luchar.

Charlie se relajó y se dejó asir. El sujeto lo acercó a la orilla, no sin dificultad.

—Tenemos que salir. Hay algo en el agua.

Tosió con violencia, pues no dejaba de tragar agua.

Las manos seguían intentando atrapar a Charlie, así que Charlie no dejaba de patalear.

—Deja de luchar.

Finalmente, el sujeto hizo acopio de todas sus fuerzas y lanzó a Charlie a la orilla.

Por un instante Charlie voló por los aires y luego impactó contra el agua. Acá si podía sentir el fondo. Se incorporó a como pudo y salió del agua a toda prisa.

El muchacho se acercó a duras penas a la orilla y se incorporó para salir del agua. La ropa mojada se le pegaba al escuálido cuerpo. Le quedaba algo grande por lo que le complicaba avanzar. Pero antes de que pudiera salir los brazos de sombra lo atraparon de los tobillos y

lo arrastraron dentro.

Charlie estaba muy asustado. No se atrevía a acercarse al agua a menos de un metro.

—¿Qué debo hacer?

—Huye —alcanzó a gritar el sujeto antes de desaparecer en el agua.

Charlie cayó de rodillas al suelo. No podía creer lo que acababa de pasar. La mejilla aún le sangraba y la herida le causaba escozor. Estaba cansado por tanto forcejeo y muy adolorido por los golpes de los pájaros. Esperó largo rato en esa posición, pero el sujeto ya no salió a la superficie. La tierra que enturbiaba el agua terminó de asentarse para revelar el fondo del río: un fondo vacío, sin sombras y sin hombre ahogado.

Se levantó aterrado. Temblaba sin control. Las lágrimas le resbalaban por las mejillas.

Brotaban a raudales. Se ocultó bajo el puente, donde lloró en silencio sin poder lanzar el grito que pugnaba por salir de su garganta.

Se quedó ahí el resto del día, muy quieto. En su mente se repetía una y otra vez esa secuencia de escenas finales. El hombre flaco y cansado que intentaba salir del agua. Las muchas sombras que lo aferraban y lo estiraban de vuelta a lo profundo. La última sonrisa nerviosa. El río completamente vacío.

No supo en qué momento dejó de llorar o en qué momento su ropa terminó de secarse. Para cuando volvió a tener consciencia de sí mismo descubrió que a su lado había una mochila. Sobre la mochila estaban una libreta y una pluma. El sujeto había estado escribiendo una carta. Guardó todo en la mochila y se la colgó a la espalda.

La mochila le quedaba grande y le hacía difícil caminar. Eso aunado al cansancio y al dolor por los golpes. Al menos la herida en su mejilla ya no sangraba.

El cielo se puso rojo y después azul. Cuando llegó a su casa ya había oscurecido por completo. Le asustó ver la patrulla que esperaba afuera, estacionada frente a la puerta. Por un momento pensó que en verdad había muerto y que esos policías iban a darles la noticia a sus padres. Incluso dudó en acercarse. Pero luego pensó en lo adolorido que se sentía y dedujo que si estuviera muerto no sentiría ese dolor.

Al entrar a casa descubrió a su mamá llorando en el sofá. Lo estuvieron buscando todo el día. Le pareció raro que a ninguno se le ocurriera visitar el lugar de la muerte de su hermano.

Al verlo la señora Hugler se levantó del sofá, se arrodilló frente a él y lo apresó en un fuerte abrazo. Desde luego que Charlie se quejó por la presión.

La impresión de verlo en tan deplorable estado hizo que nadie reparara en la mochila que traía cargando. De inmediato lo llevaron a urgencias para que lo trataran. La herida de la mejilla necesitó cuatro puntos y una dolorosa limpieza y desinfección. Ocurrió otro tanto con el resto de los golpes. Charlie no supo cómo explicar el origen de la paliza. Sabía que si contaba la verdad lo llamarían loco. Inventó que niños más grandes lo golpearon cuando quisieron robarle y él dijo que no tenía dinero. Esa fue la declaración que salió en todos los noticieros amarillistas que cubrieron la nota. Incluso en las noticias se aprovecharon del

cumpleaños de Charlie para hacer la nota más emotiva. Aunque se olvidaron mencionar que Charlie no quería una fiesta y que había huido por ello. El lado positivo en todo el trágico asunto fue el refuerzo en la vigilancia por parte de las autoridades, ahora patrullaban con más frecuencia. En otras noticias, Víctor Huerta de diecinueve años desapareció ese mismo día. Aunque a muy pocas personas les interesó ese hecho.

8 EN EL PRESENTE.



CHARLIE CONCLUYE su relato. Intenta inútilmente secar su rostro con la servilleta —ha llorado casi todo el rato—. Tiene la cara roja y los ojos hinchados. No puede evitarlo, algo en su interior se siente extraño. Esa aprensión que estrujaba su pecho todo el tiempo, que le robaba el aliento y que le hacía volver el estómago, de pronto ya no está. Lo nota y le asusta. El dolor ha estado ahí por tanto tiempo que ya era parte de él. Pero ahora no está y no puede evitar echarlo de menos. En su lugar le queda la nostalgia, que es parecida al dolor, pero no igual.

Marcia espera en silencio, a la expectativa de si Charlie dirá algo más. Clava su mirada en él, leyendo en su rostro ese mensaje tan

complicado.

—¿Lo que dices es cierto? —dice para romper con el silencio.

Charlie asiente con timidez.

Alrededor se escucha el murmullo de los curiosos que se acercaron para oír la historia, atraídos por el niño desconsolado que no dejaba de llorar. Marcia se levanta enfadada y los corre. Se alejan entre protestas. No importa, en realidad. Al día siguiente ninguno de ellos recordará nada de lo escuchado.

—Ya estás mejor, ¿verdad?

Charlie asiente.

—Imagino que debió ser muy difícil para ti cargar con todo eso por tanto tiempo.

Charlie se encoge de hombros.

Marcia no sabe cómo reaccionar. La historia es extraña; raya en lo fantasioso, pasando por lo

perturbador. Debe ser la forma en que la mente inocente de un niño de ocho años transformó una serie de eventos traumáticos en algo distinto. La forma en que intenta dar explicación a algo que se salió por completo de su control.

—¿Tú me crees?

Marcia asiente, aunque no muy convencida.

—Seguro que piensas que estoy loco.

—¿Y lo estás?

—No lo sé.

Ambos se quedan callados, como sopesando el peso de la tensión que los rodea. El silencio parece lo más natural del mundo. Marcia observa a Charlie con nuevos ojos. No está segura de haber entendido la parte de la historia que hablaba de su hermano. ¿Abusaba de él? Como sea, no está capacitada para lidiar con eso.

—Deberías hablar con tus padres. No quiero parecer insensible, pero ahora que tu hermano ya no está tal vez deberías decirles lo que hacía.

Charlie niega temeroso.

—Te hizo daño, ¿no?

—No. Fernando era mi amigo, él nunca me lastimó, siempre fue bueno conmigo.

—¿Entonces él no te tocó?

—No… Yo ni siquiera sabía esa parte de su vida. Lo supe hasta después de su muerte.

—Entiendo.

Charlie mira su ensalada a medio comer. La lechuga se oxida abrazada por el calor y el sol.

—Aún conservo su último diario. Habla del dolor. Tenía la costumbre de hacerse pequeños cortes en las manos y llenarlos con sal. Según decía, el dolor físico no se comparaba con el otro dolor que sentía. Concentrarse en el dolor

físico lo distraía, lo mantenía cuerdo. Es que fue tan injusto. Ese chico le mintió, le dijo que lo amaba, pero no era verdad, sólo quería usarlo. Y cuando ya no le sirvió, lo desechó sin más. Pero Fernando si lo amaba a él.

—¿Y sabes qué fue de ese chico?

Charlie niega con la cabeza.

—Sólo espero que haya sufrido tanto como yo. Si alguna vez sintió algo por mi hermano, sólo espero que su muerte le haya dolido hasta lo más profundo.

El silencio vuelve a plantarse entre ambos. Marcia se esfuerza por mantener la compostura. No puede derrumbarse, no frente a un niño tan afectado. Tiene que ser la adulta.

—Tienes razón, eso no era amor.

Charlie levanta la mirada.

—Nadie que te ame de verdad te obligaría a

hacer algo que no quisieras, o algo que te lastime.

Charlie da un sorbo a su té. Ya no está helado.

—¿Crees que puedas perdonarme?

Marcia baja la mirada.

—¿Perdonarte?

—Sé lo mucho que amabas a Víctor. Sé que él te pediría matrimonio, y que quizá hoy ya estuvieran casados y felices. Pero por mi culpa murió. Yo…lo maté. Pero de verdad no era mi intención. Por favor perdóname.

Marcia se levanta de su silla, se sienta en la silla que está a un lado de Charlie y lo abraza. Charlie corresponde al abrazo, primero con timidez, luego con confianza. Es la primera vez que lo abraza alguien ajeno a su familia. No llora —ya ha derramado suficientes lágrimas—,

pero sí que basta para terminar de serenarlo.

—Si hace tres años me hubiera enterado de lo que pasó, seguramente no me habría enojado contigo, aunque si sentiría un poco de resentimiento. Pero ya pasaron tres años.

Marcia sigue abrazando a Charlie, le habla al oído.

—El primer año fue de incertidumbre. Aún guardaba la esperanza de que Víctor apareciera en cualquier momento. Además, su teléfono siguió dando tono hasta cuatro días después de que desapareció. Pero finalmente tuve que aceptar que ya no estaba.

—¿Aceptar?

Marcia deja de abrazar a Charlie y vuelve a su lugar, frente a su ensalada.

—No sé lo que se siente perder a alguien en la muerte de una forma tan tajante como un

accidente. Pero si se dé algo que resulta muy doloroso. El amar a alguien y que de pronto desaparezca sin más, y quedarse con la incertidumbre de su estado o de su paradero. El no saber si sufre o no, si vive o muere. Lo busqué por un año entero, y aún después de eso seguí buscándolo. Pero luego de ese primer año, por mi propio bien, me hice a la idea de que estaba muerto. Era más fácil. Porque la incertidumbre te destruye. No te deja concentrarte, no te deja dormir, no te deja comer. Lo ves en cada calle, en cada cruce, en cada supermercado, en cada plaza, incluso en la televisión. Pero siempre resulta que no era verdad. Siempre resulta que no estaba ahí…

—Perdóname. Yo no quería…

—¿Quieres callarte?…

»Ya sé que no querías. Lo que te pasó es

horrible. Nadie merece morir, pero si hubiera que elegir entre un adulto y un niño, el niño siempre tendrá preferencia.

—No entiendo.

—Me duele la muerte de Víctor. Pero saber de su muerte, que fue en ese justo momento, también me llena de paz. Porque sé que no sufrió, que las cosas que imaginé nunca ocurrieron. La verdad es que Víctor no es el primero que desaparece de esa manera, ni el último. Incluso llegué a pensar que le habían quitado órganos, o que lo querían como esclavo, o cualquier otra cosa igual de grotesca. Este mundo es un asco. Pero, Víctor ya era un adulto cuando murió. Dio su vida por salvarte a ti, que eras sólo un niño, uno que no había tenido oportunidad de vivir. Aún ahora mismo, si no hubiera otra opción y uno de nosotros dos

tuviera que morir, yo daría mi vida sin pensarlo. Porque yo ya he vivido lo que tú no has tenido oportunidad de vivir. ¿Entiendes?

—Creo que sí.

Marcia come un poco de su ensalada, más por hacer algo que por hambre, realmente no tiene apetito.

—Tienes que vivir.

Charlie tarda en reaccionar.

—A veces quisiera estar muerto —dice al fin —. Así todo sería más fácil.

—Morir puede parecer una salida fácil, pero también es una de las más estúpidas. Quizás pienses que no te entiendo, que yo no he sentido todo tu dolor. Y puede que sea cierto. Pero piensa en esto. Me dijiste que tu hermano estaba muerto por dentro. ¿Es tu apreciación? Y si lo dijo en sus diarios, ¿no fue en un momento de

desesperación? Estoy segura de que él no deseaba morir. A pesar de todo ese dolor que sintió, ese que sólo tú sabrás si lo consideras igual o mayor que el tuyo, él no quería morir. El simple hecho de poner por escrito todas esas cosas horribles, es muestra de que deseaba una catarsis. Pedía a gritos una nueva oportunidad, pedía a gritos ayuda; a su manera tonta e infantil, pero pedía ayuda. O dime ¿Alguna vez expresó abiertamente el deseo de morir?

Charlie lo piensa.

—Nunca lo dijo.

—Siendo cuadernos en los que escribía sin tapujos lo que pensaba o incluso lo que hacía, ¿no es lógico que habría alguna alusión a la muerte si realmente quisiera morir? Estoy segura de que él no quería morir, así como estoy segura de que tú tampoco quieres.

Charlie juega con la ensalada. La remueve con el tenedor. Es mucha información que procesar.

—Yo lo entiendo —dice—. Es sólo que, todo es tan difícil.

—No me hagas abofetearte de nuevo.

Charlie se lleva la mano a la mejilla al recordar el golpe.

—No, por favor.

Marcia cruza los brazos y adopta un semblante serio.

—Escucha con atención, niño. El hombre que amaba murió para salvarte. Si tú haces cualquier cosa que atente contra tu vida, estarás atentando también contra la memoria de Víctor. Si yo me enterara jamás te lo perdonaría; ni en esta ni en cualquier otra vida.

Se sostienen la mirada por largo rato. Marcia

muestra un semblante decidido, con unos ojos férreos y una boca tensa, como ratificando sus palabras. Charlie luce más pálido de lo normal, con los ojos hinchados y con la nariz rojiza por tanto llanto.

—¿Tú crees que soy guapo? —dice Charlie.

Rompe con la tensión. En realidad, lo que quiere es cambiar el tema. La pregunta toma por sorpresa a Marcia. De un momento a otro su expresión cambia. Pasa de ese semblante feroz a una mueca de curiosidad.

—¿Por qué lo preguntas?

Charlie juega con su ensalada. Da un sorbo a su té, después otro. Luego sigue jugando con la ensalada.

—Una señora me dijo que cuando creciera a lo mejor no sería guapo. Que la forma de mi mentón aún no se ha definido o algo así. Y que

eso puede cambiar mucho la apariencia de una persona.

—Nunca había escuchado eso, aunque supongo que tiene sentido. De cualquier manera, lo importante no es como te veas por fuera, sino como seas en tu interior.

Charlie clava el tenedor en un tomate cherry y lo levanta para verlo mejor.

—Todos lo dicen, pero no es verdad. He visto en la escuela cómo molestan a los niños feos.

Come el tomate. Sonríe al sentir su sabor, no imaginaba que fuera tan sabroso.

—¿Y a ti te molestan por eso?

Charlie pone el tenedor en el plato y oculta las manos bajo la mesa.

—No.

Marcia come un poco de su ensalada, luego

da un sorbo a su té. Hace un gesto de disgusto al sentirlo tibio.

—¿Y qué hay de ti? ¿Has molestado a alguien más?

—No.

—Bueno. No me parece que seas feo. Tal vez, si no estuvieras todo lloroso, hasta te verías guapo. Así que no te preocupes.

Charlie sonríe al escuchar eso. Usa la servilleta para secarse el rostro —ya no llora, pero sí que suda—. Acomoda la chaqueta y se vale de las manos para intentar peinarse.

—Vez —dice Marcia—. Te ves mejor si sonríes.

—Entonces —dice Charlie—, si no soy feo, ¿serías mi novia?

Marcia se hunde en su silla, de una forma muy poco femenina. Se le dibuja una media

sonrisa en el rostro.

—Yo nunca saldría contigo. Y antes de que te pongas sentimental, no tiene nada que ver con que seas guapo o feo.

Charlie se queda en silencio.

—Te doblo la edad. Para mí no eres más que un niño. ¿Entiendes?

Charlie cruza los brazos algo molesto.

—La gente es muy contradictoria.

Marcia se endereza y da un sorbo a su té. En verdad sabe horrible.

—No me quieres de novia realmente. Debe haber una niña de tu edad con la que puedas salir. Aunque a tu edad yo más bien te recomendaría que jugaras y te divirtieras. Ya cuando crezcas tendrás suficiente tiempo para pensar en una chica y en salir.

—¿Jugar con quién? Siempre estoy solo. Y la

verdad las niñas de mi escuela son feas, todos ahí lo son.

Marcia cruza los brazos también.

—Ya veo que si das mucha importancia a la apariencia.

—No es verdad.

Marcia achina los ojos, suspicaz.

—¿Crees que soy bonita?

Charlie vuelve a ocultar las manos bajo la mesa.

—Sí, muy bonita.

—¿Y por eso quieres que sea tu novia? Ni siquiera me conoces. No sabes qué clase de persona soy. Podría ser mala y tú ni en cuenta. Las relaciones deben basarse en el conocimiento mutuo, no en algo tan banal como la apariencia.

Charlie agacha la mirada.

—¿Qué caso tiene? Te encariñas con una

persona y aprendes a amarla, y luego se aleja de ti, o desaparece, o te traiciona.

—¿Lo dices por lo que le pasó a tu hermano?

Charlie se encoge de hombros.

—¿Y tu reacción es hacer lo mismo que ese chico? ¿Pretendes usarme como él usó a tu hermano?

Charlie niega con la cabeza, enérgico.

—Yo jamás haría eso. Yo no jugaría con el corazón de otra persona.

—¿Entonces?

Marcia come su ensalada. Espera una respuesta, pero Charlie no sabe que decir.

—Si yo aceptara salir contigo, así en plan novia, ¿qué es lo que querrías hacer conmigo?

Charlie levanta el rostro entusiasmado.

—Muchas cosas —dice sin poder ocultar la emoción—. Salir a pasear al mall o al cine.

Desvelarnos platicando por teléfono y por mensajes. Comer juntos, tomarnos fotos juntos, cosas así. Sería muy divertido.

—¿Y no puedes hacer lo mismo con un amigo?

Charlie deja de sonreír.

—No.

—Lo que necesitas es amigos, niños de tu edad, colegas, como sea que les digas —insiste Marcia.

—Seré un buen novio, de verdad.

—No se puede, Charlie. Cuando los chicos piensan en una novia, piensan en algo más que pasear y platicar.

—¿Sexo? A mí eso no me interesa.

—¿Sabes lo que es?

—Claro que lo sé, no estoy tonto. Ya estoy en quinto año de primaria. Es eso con lo que los

papás hacen bebés. Por eso si no planeas hacer uno el sexo no sirve. Dos chicos ni siquiera pueden hacer un bebé, así que el sexo sería inútil.

—Tienes una forma muy peculiar de ver las cosas. Para mí el sexo es algo más poético. Una interacción entre dos personas que se aman, una forma de demostrarse amor.

—No es verdad.

El rostro de Charlie cambia drásticamente.

—Piensas en lo que le pasó a tu hermano, ¿verdad? Ya te dije que ahí no había amor.

—¿Tú querrías hacerlo? —pregunta Charlie angustiado—. Yo no sé si podría, jamás lo he hecho. Quizás lo podría intentar, pero no me sentiría cómodo.

—No… Claro que no. Como dije tú lo que necesitas es un amigo, no una novia.

Charlie come su ensalada, en silencio.

—Yo podría ser tu amiga, si quieres. No tu novia. Amiga. Aunque tienes que saber que yo trabajo y que tengo muchas cosas que hacer, así que no tendría tanto tiempo libre como tú.

Charlie asiente sin dejar de comer su ensalada.

—Por eso te digo que debes buscar amigas y amigos, preferiblemente de tu edad. Pero tienen que ser amigos. Y recuerda, un amigo jamás te pedirá hacer cosas que tú no quieras hacer.

—Tengo un amigo. Se llama Bastian. Está conmigo en la escuela desde el jardín de niños. Platicamos mucho y jugamos con la pelota. Pero es muy feo, y además muy tonto.

—No creo que él se exprese así de ti —dice Marcia.

—Tal vez el problema sea yo. Todos creen

que soy raro. Seguro que Bastian es mi amigo porque cree que soy raro, a él le chiflan los fenómenos. Mi papá también lo cree. Siempre se burla de las cosas que me asustan. Pienso que no lo hace a propósito, pero me hace sentir que soy diferente, y eso me hace sentir mal.

—Tu vida es todo un drama, ¿eh?

—Seguro que también piensas que soy raro —dice Charlie cabizbajo.

—Claro que lo pienso.

Charlie baja la mirada, no sabe cómo reaccionar.

—Mira, yo creo que todos somos raros; de una u otra forma; a grande o pequeña escala. Lo importante es ser raro divertido. Porque a todo el mundo le caen mal los raros aburridos y depresivos. ¿Entiendes?

Charlie se encoge de hombros.

—Un amigo es alguien que se preocupa por ti, alguien que te cuida, alguien que te acepta como eres, alguien que te corrige cuando estás mal. ¿Entiendes?

Charlie asiente.

—Odio ser un agua fiestas —dice el sujeto.

Baja de la mesa donde ha aguardado sentado todo el rato.

—Ya es tarde.

Charlie saca su teléfono celular para comprobar la hora. Pasan de las tres de la tarde. Lleva demasiado tiempo fuera de casa.

—Tengo que irme.

Saca un puñado de billetes y los pone sobre la mesa.

—La mochila es tuya. Adiós.

—Oye, espera —dice Marcia impidiendo que se levante—. Es mucho, no creo que cueste

tanto.

—En serio, debo irme.

—Espera ahí.

Marcia habla a la mesera y pide la cuenta. Paga lo convenido y deja la propina adecuada. Después entrega la feria a Charlie.

—Cargas mucho dinero. Eso es peligroso. ¿Crees que no vi el fajo? ¿Lo robaste?

—El dinero es mío.

—¿Y no tienes cartera?

Charlie niega con la cabeza.

—Bueno, de todas formas, no cabría tanto.

—En verdad tengo que irme.

—¿A tu casa?

Charlie asiente.

—¿Y cómo piensas irte?

—Pediré un taxi. Así llegué acá.

Marcia lo piensa por un momento. No puede

dejar que se vaya así nada más. No cargando tanto dinero de forma tan despreocupada.

—Mira, hagamos esto. Como tú me invitaste a comer ahora déjame a mi llevarte a casa. ¿Vale?

—¿Tienes auto?

—Sí.

—Está bien.

Se van dejando a atrás al grupo de curiosos que seguían de cerca la conversación. Esos que de pronto se descubren cerca del canal sin saber exactamente que hacen, y que se sorprenden al descubrir que han invertido mucho tiempo en nada. No tardan en perderse en el flujo de caminantes.

El auto de Marcia está en uno de los cajones más alejados del estacionamiento subterráneo. Es rojo, aunque no se aprecia bien bajo la luz

amarillenta de las lámparas. Según las letras en la puerta del portaequipaje, es un Tiida de la marca Nissan.

—Qué bonito —dice Charlie.

Lo recuerda, lo vio estacionado cerca de la casa de Marcia cuando fue a dejar el sobre.

—¿Te gusta? Lo compré hace unos meses. Es un modelo antiguo, pero está muy bien conservado.

—Sí, me gusta.

Suben al auto, ajustan cinturones y se punen en marcha. Es la primera vez que Charlie ocupa el asiento del copiloto. Desde ahí todo se ve diferente.

—Entonces, ¿dónde vives?

Charlie no sabe que responder. Busca el destino en su teléfono, luego inicia el recorrido para recibir las instrucciones.

—¿No sabes la dirección de tu casa?

Charlie agacha la mirada avergonzado.

—No salgo mucho.

Durante el camino hablan poco, tal vez es que ya se dijeron todo lo que tenían para decirse. Aun así, Marcia le pasa su número a Charlie para que le mande un mensaje si quiere platicar, pero le hace prometer que no la molestará todo el día, ni todos los días. Le pasa su correo electrónico y le sugiere que le escriba por email. Será como enviar cartas, y a ambos les dará tiempo para responder, después de todo ella tiene trabajo y no siempre tendrá oportunidad de atenderlo. También vuelve a recalcarle que sólo pueden ser amigos. Charlie acepta.

Marcia conduce siguiendo las instrucciones del teléfono de Charlie. Imaginó que vivía cerca

del centro de la ciudad, considerando que es la casa que dice que heredó, pero no. En lugar de ir al centro se alejan; y entre más se alejan más suben al cerro.

—No me dijiste que fueras rico. No lo parecía según tu relato.

—Yo no soy rico.

—¿Y todo ese dinero?

Entre más suben, más lujosas, espaciosas y exóticas son las construcciones. Marcia observa sorprendida. ¿Qué clase de tío tenia?

—Tarjetas de cumpleaños y de navidad —dice Charlie.

—¿Tarjetas con dinero? De todos modos, es mucho para los diez años que tienes, ¿Cuánto dinero puede tener una tarjeta de navidad?

—¿Te molesta?

—No.

El asistente del teléfono los lleva hasta el enorme portón de la propiedad. Al fondo se ve la casa. Luce imponente entre los jardines y las fuentes. Marcia la ve fascinada.

—Creí que el auto no soportaría esas pendientes tan pronunciadas.

—¿Le pasa algo malo al carro?

—No. Se calentó un poco. Pero con agua se arregla.

—Podría comprarte otro.

—¿Otro carro?

—Sí.

—No gracias. Así estoy bien.

Charlie baja del auto y echa un vistazo a la casa. Los de la limpieza ya no están, tampoco se ve la presencia de la policía por ninguna parte. Sus padres deben pensar que está en su habitación.

Marcia también baja del auto. Busca un bote de agua de la cajuela y rellena el radiador. Espera que el camino de regreso sea menos forzoso.

—¿Quieres pasar? —dice Charlie—. Te podría mostrar mi cuarto, o los jardines.

—No lo creo. Ya tengo que irme.

—Está bien.

—Sí vives aquí, ¿verdad?

Charlie asiente.

—Bueno… adiós.

—Marcia —dice Charlie.

Marcia voltea.

—Si ya te vas, ¿me das un beso?

Marcia ve a Charlie por largo rato, sin decir nada.

—En verdad te gusto, ¿no?

Charlie asiente.

—Cierra los ojos. Y nada de abrirlos, no seas tramposo.

Charlie cierra los ojos y espera. El corazón le late con tanta fuerza que siente que se le saldrá del pecho. Entonces siente una mano suave sujetándole el mentón. Lo levanta para acomodarlo en el ángulo correcto.

—¿Estás listo?

Siente que el cuerpo le hormiguea, que algo revolotea en su estómago, que piernas y brazos se le hacen de gelatina. Siente también como le sube el calor al rostro. Siente incluso como se sonroja. Por un momento el tiempo se detiene. Siente esos labios tan suaves sobre sus labios. Intenta abrir la boca, pero Marcia se aparta.

—Bien. Me robé tu primer beso. Por traerme hasta acá sin advertirme que vivías tan lejos.

Charlie abre los ojos. Toca sus labios.

—Tal vez pienses que fue algo genial. Pero algún día conocerás a una chica más hermosa que yo, una que consiga conquistar tu corazón, y entonces lamentarás que yo te haya robado tu primer beso.

—Eso nunca pasará.

Marcia ríe divertida.

—Ya me voy.

Charlie espera frente al portal hasta que el auto de Marcia desaparece en el horizonte. Abre la reja, el espacio justo para pasar y entra a la propiedad. Los de la limpieza sí que dejaron todo bien ordenado y pulcro.

—¿Tu novia? —dice el sujeto. Sigue a Charlie de cerca.

Charlie entra a la casa. La duela del vestíbulo y las baldosas cerámicas del salón brillan de tan limpias.

—Ya estás muerto. Déjala seguir.

—¿Seguir contigo?

Charlie lo piensa un momento.

—No creí que fueras a ponerte tan celoso.

El sujeto pasa a Charlie y se le planta enfrente. Charlie se detiene, fastidiado.

—Ya no me temes, ¿verdad?

—No —reconoce Charlie—. Cuando eras un extraño, admito que te tenía miedo. Pero ahora que te he visto, creo que necesitas más de mí de lo que yo necesito de ti.

—¿Eso crees? Podría abandonarte en este momento.

El ruido en la cocina llama su atención. Cuando vuelve la vista descubre que el sujeto ha desaparecido.

—Y me llamaste infantil —dice Charlie.

Va a la cocina para averiguar qué pasa. Ahí

está la señora Hugler, envuelta en una bata rosa que, como es de esperar, le ajusta a la medida, como un guante.

—Hola, bebé —dice ella.

Charlie entra y se sienta en uno de los banquillos del desayunador.

—Hola, mami.

—Perdóname. No sé qué me pasó. Creo que me quedé dormida todo el día. Pero en seguida te preparo algo de comer.

Charlie asiente y sonríe. La señora Hugler también sonríe.

—Por cierto, no deberías subir al tercer piso. Está todo lleno de polvo.

—¿El tercer piso?

—Te escuché corretear allá arriba. Si quieres jugar mejor ve a los jardines. ¿Qué quieres de comer?

Charlie no sabe que decir. No ha estado ahí en todo el día.

—Ya comí hace un rato. Sólo tomaré una manzana.

La señora Hugler asiente.

—Está bien. Igual ya tengo que preparar la cena.

Charlie se aproxima a la enorme nevera de la cocina. Las cosas que trajeron de la otra casa apenas ocupan una cuarta parte de todo el sitio. Toma una manzana roja, luego se acerca al fregadero para lavarla.

—Sé que no te gusta que festejemos tu cumpleaños —empieza a decir la señora Hugler; habla con cautela, como caminando en hielo—. Pero ayer en la tienda te compré un regalo.

Charlie cierra la llave del grifo.

—Tú cumpleaños es mañana, así que si te lo

doy hoy será como un regalo cualquiera, ¿verdad? No uno de cumpleaños.

Charlie sonríe, se acerca a su mamá y la rodea en un cariñoso abrazo. Luego se levanta de puntillas y le da un beso en la mejilla.

—Gracias, mami.

—¿Entonces sí quieres tu regalo?

Charlie asiente.

La señora Hugler busca en el bolsillo de su bata. Saca una cajita pequeña color rosa.

—Es para tu carita. ¿Ves?

Los ojos se le ponen vidriosos, como si fuera a llorar en cualquier momento, pero consigue controlarse.

—Hace mucho que lo quería comprar. Pero no me había alcanzado. Pero ayer lo vi y…

La señora Hugler se interrumpe, como si olvidara lo que iba a decir. Abre la cajita y saca

con torpeza el pomo que guarda dentro. Se parece al de la pasta dental. El pomo sin embargo no tiene dentífrico, sino un gel especial para desvanecer cicatrices. Echa un poco del gel a su dedo, luego lo aplica con delicadeza en la cicatriz de Charlie.

—Hueles bien —dice, y aspira profundo.

Un par de toques más y termina de aplicar el producto.

—Debes ponértelo cada noche después de lavarte la carita.

—Sí, mami.

Charlie toma su regalo y se lo guarda en el bolsillo de la chaqueta. Da otro beso a su mamá, vuelve a agradecer por el regalo y se va a comer su manzana a su habitación.

Subе las escaleras con aprensión. ¿Qué más salió del tercer piso? ¿Qué es lo que escucho su

mamá? Tan pronto llega a la segunda planta corre directo a su habitación. Está tan nervioso que batalla en encajar la llave en la cerradura. Y ya ni siquiera está esa certeza que antes le decía si estaba en peligro o estaba a salvo. Finalmente encaja la llave, abre la puerta y entra.

Está tan cansado. Deja el gel para las cicatrices sobe el escritorio. Se quita los zapatos y los calcetines. Luego se quita la chaqueta y los pantalones, y los deja colgados en el respaldo de la silla. Da un gran mordisco a la manzana. Es dulce, carnosa y muy jugosa. Tiene tanta hambre que la devora por completo. Para cuando acuerda se ha comido incluso el corazón. El estómago le gruñe. Entra el baño y usa el retrete. Le pesan los párpados, empieza a quedarse dormido. Reacciona cuando está a punto de caer. Jala la cadena, se lava a

conciencia y se va directo a la cama para descansar.

Todo es enorme, todo es lejano, todo se desdibuja. Los objetos a su alrededor dejan de tener sentido, se transforman en figuras geométricas impersonales y simplonas, se transforman en luces, se trasforman en nada. Gradualmente cierra los ojos y se queda profundamente dormido.

Le despierta el contacto, alguien está sentado sobre su vientre y lo sujeta de ambas manos. Abre los ojos asustado, la habitación está a oscuras. Quiere gritar, pero la presión sobre su vientre se lo impide. No reconoce al que está sentado encima de él. Podría ser el sujeto, podría ser quien sea. Siente la presión de sus piernas a los costados. Siente la presión de sus sentaderas en el estómago. Siente la presión de

sus manos alrededor de las muñecas, como un par de grilletes.

—Déjame —alcanza a decir.

La cosa se inclina para hablarle al oído. Siente el desagradable contacto de sus genitales en el vientre.

—¿Me temes?

La cosa pone su rostro sobre el rostro de Charlie, pega su nariz a la nariz de Charlie.

—¿Me temes?

Charlie no responde, no puede.

La presión desaparece de improviso. La cosa se aleja de Charlie, mejor dicho, es arrancada. El sujeto está de vuelta, de pie sobre la cama. De un momento a otro su cuerpo se estira, como si fuera humo, y enviste a la cosa que intenta levantarse del suelo. Lo lanza lejos, a lo más oscuro de la habitación.

Charlie intenta distinguir lo que pasa, pero la oscuridad se lo impide. Es como si pelearan. Pero no hay forma de saberlo. No hacen ningún ruido.

—No volverá a molestarte —dice el sujeto—. Ahora abre los ojos.

Charlie no entiende. Tiene los ojos abiertos.

—¡Qué abras los ojos! —insiste el sujeto.

Charlie abre los ojos. Ve el techo de la habitación. Está recostado en la cama, sudando a chorros y con el corazón desbocado. El sujeto no está en la esquina de la habitación, está a su lado, de rodillas sobre la cama. La habitación está perfectamente iluminada.

—¿Qué fue eso?

El sujeto baja de la cama y se sienta en el escritorio.

—Una pesadilla.

—¿Tú la causaste?

El sujeto se rasca la cabeza, luego se acomoda el flequillo.

—No es esa clase de pesadillas. Es más como una cosa viva; de hecho vivía aquí. De todos modos, ya no te molestará. Ni a ti ni a nadie.

Charlie se levanta y va al baño para lavarse la cara.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque me la comí.

Se seca la cara con la toalla. A tumbado el producto que le puso su mamá en la cicatriz, pero nada se puede hacer.

—¿Te enojaste conmigo?

El sujeto no responde.

—Esa cosa me atacó porque no estabas para protegerme, ¿a que sí? Tu eres la voz en mi cabeza.

El sujeto voltea hacia arriba, como viendo a través del techo, como viendo el tercer piso.

—Este lugar no me gusta. Hay cosas corrompidas en todas partes. Cosas muy antiguas,

Charlie se sienta en la cama, frente al sujeto.

—Pero, tú me cuidas, ¿verdad? Como mi ángel de la guarda.

—Creí que eras ateo.

—Ya entregué el anillo a Marcia, y las otras cosas también. Le conté lo que te pasó, que moriste salvándome. Pero sigues aquí. Supongo que aun tienes cosas pendientes. Dime cual es el siguiente encargo. Prometo no irme hasta dejarte libre.

El sujeto sonríe. Levanta el pomo con el gel para cicatrices. Lo ve, como si leyera las letras impresas en el tubo. Luego lo pone de vuelta en

el escritorio.

—No es nada complicado. Alguien dejó un libro para ti en la biblioteca. Seguro que lo viste la primera vez que me presenté de manera formal. Sólo que no le prestaste atención. Pero sigue ahí. Ve y léelo. Ese es el segundo encargo.

—Un libro.

Charlie baja de la cama y se ajusta las pantuflas. Toma una bata del baño y se la pone. Sale de la habitación y baja las escaleras a prisa. Comprueba la hora en su teléfono. Durmió muy poco, apenas unos cuantos minutos. La señora Hugler sigue en la cocina entretenida con la cena. Afuera el viento vuelve a soplar con fuerza, agita los árboles del jardín. Va al pasillo y cierra la ventana que se quedó abierta. En automático vuelve a haber silencio en el interior de la casa.

—En la biblioteca —le recuerda el sujeto.

Va hacia allá. Ve alrededor, como sabe lo que está buscando no tarda en localizarlo. Es el único libro fuera de sitio. Esta sobre la mesita, en medio de los dos sillones rojos. Es completamente blanco y en la portada pone una sola frase: 365 ROSAS BLANCAS.

Se sienta en uno de los mullidos sillones. Los muelles chirrean bajo su peso. Toma el libro y lo pune sobre su regazo. Las letras de la portada están escritas con una fuente muy elegante, como caligrafía hecha a mano. Son doradas y brilla a contra luz.

—Tengo que dejarte un momento —dice el sujeto—. Procura no quedarte dormido.

Charlie no alcanza a responder. Voltea a todos lados, pero el sujeto ya no está.

La tarea es fácil. Una nada comparado con el

encargo de entregar el anillo. Abre el libro por la primera página. Hay una copia exacta del título en la portada, sólo que acá los trazos son negros. También figura el nombre de la autora del libro: DIANA AMARAL. Hay unas palabras al pie de la página, garabateadas con una caligrafía casi tan perfecta como la del título, pero definitivamente manuscritas, con tinta azul:

Siempre has sido un gran amigo.

Gracias por todo Carlo.

Atte. Dianita.

Charlie cierra el libro y lo alza de su regazo. Es grueso y pesado. Seguro que con un montón de hojas llenas de palabras. Pensar en eso le da pereza y acentúa más el sueño. No está seguro de si podrá mantenerse despierto hasta que

vuelva el sujeto. Charlie no es un lector, no como su hermano, o como Clara.

Se vuelve a acomodar en el asiento. La bata le hace resbalarse. Los muelles del sillón chirrían. No puede seguir dándole largas. Regresa el libro a su regazo y lo abre para leer. Pasa a prisa todas esas primeras hojas con datos irrelevantes, como la información de la editorial y la imprenta, la información de la autora, las dedicatorias, los agradecimientos, las citas rimbombantes que casi siempre tienen poco o nada que ver con el contenido del libro, los prólogos —peor aún si son escritos por una tercera persona—. Tan tas hojas pasa y tan rápido que tiene que detenerse en seco y tomarse un momento para asimilar lo que ve. Regresa a la primera página después de la dedicatoria. Se trata de una fotografía, como en

el resto de las páginas.

En esta primera aparece una mujer muy hermosa, de figura esbelta y bien proporcionada, de porte orgulloso y casi vanidoso. La mujer es abrazada por un hombre. El varón le rodea la cintura a la mujer con su brazo derecho, mientras con su brazo izquierdo sostiene una sombrilla para protegerla del sol. El único texto que figura en la página es: *Día Uno*.

Pasa una a una las fotografías, dedicándoles el tiempo suficiente para entenderlas, para capturar la esencia del contexto. Aunque en un principio le parece que es una suerte de álbum de fotos sin concierto, poco a poco capta la historia que hay detrás.

En las imágenes únicamente aparecen estos dos personajes, la mujer y el hombre. Siempre aparecen juntos. Él en una postura protectora y

ella en una postura de sumisión y dependencia. En la imagen del día diez están en un bosque. Él la alza en brazos para ayudarle a subir un desnivel muy pronunciado en el suelo irregular. En la imagen veinte él hombre abre un frasco de conservas mientras ella se muestra sorprendida por tal derroche de fuerza. En la imagen treinta el hombre cambia una bombilla mientras ella mira admirada la luz que produce.

Es evidente que posan para las imágenes. Queda claro por los ademanes exagerados, los vestuarios estrafalarios y los maquillajes sobrecargados. Es tan… ¿teatral? Cada día usan un atuendo distinto, y duran pocos días en cada nuevo escenario. Si es verdad que cada imagen representa un día, entonces ese libro registra un año entero de las vidas de los personajes. Debió ser un trabajo arduo y muy costoso en su

producción.

Llegado el día cien, nota que la luz en las imágenes es más intensa. Regresa a la primera para comprobarlo. En efecto, la luz va en aumento conforme pasan las fotografías. Como si la primera fotografía fuera tomada un día muy temprano por la mañana, y así se desplazara la hora de las fotografías, lentamente, conforme pasaba cada día. En la del día cien también nota que el hombre se ve más flaco. En la primera foto se ve robusto y fuerte, ahora luce más bien débil. Sigue en esa postura servicial y protectora. En esta ocasión le ayuda a la mujer a subir a un carruaje, de esos que son tirados por caballos.

Las imágenes siguen avanzando, a través de las horas, a través de los días. Para el trescientos el hombre luce muy desmejorado. Ahora la que

adopta una postura servicial y protectora es la mujer. Charlie no se decide si la apariencia demacrada del rostro del hombre es natural o producto del maquillaje. Debe ser natural, pues su cuerpo ahora es apenas huesos y carne.

Para estas alturas es fácil intuir la historia que cuentan las imágenes. Debe ser un matrimonio viviendo su último año, antes de que la muerte los separe. Sabe que es un matrimonio porque ambos, hombre y mujer, usan anillos. De igual forma puede intuir el final. Algo está matando al hombre, y cualquiera con el libro es testigo de su muerte.

Para este punto todas las imágenes son capturadas al atardecer. Brilla intenso el cielo rojizo, con esas luces sepia bañándolo todo.

—¿Qué? —dice Charlie.

Es el día trescientos doce. Atrás del hombre

en silla de ruedas y de la mujer que le besa la mano, se extiende un hermoso lago rodeado de árboles y coronado por los cerros.

Charlie se levanta y corre a la habitación de los retratos. Casi tropieza con su bata, pero logra recuperar el equilibrio dando un giro y unos cuantos saltos. Se arrodilla en el suelo y abre el libro en esa fotografía. Pasa la vista del libro a la pintura y de la pintura al libro. Definitivamente se trata del mismo sitio.

—Sí existe —dice, y se sienta en el suelo para seguir viendo el libro.

Pasa las últimas hojas a toda prisa. Todas las imágenes son en el mismo escenario. Al parecer el lago está dentro de una suerte de finca o algo similar.

El libro no termina con la muerte del hombre, como Charlie imaginaba. La última

fotografía muestra a la mujer llorando sobre el pecho del hombre moribundo mientras él intenta consolarla. Después aparecen unas líneas con toda la apariencia de haber sido escritas a mano, pero que obviamente forman parte de la impresión:

Decidimos vivir hasta el último momento.

—Terminaste —dice el sujeto tras surgir de un rincón oscuro.

Charlie busca la imagen trecientos doce para mostrarla al sujeto. Apunta con el dedo.

—El lago es real.

Es tarde. Por las ventanas puede verse el crepúsculo azul.

—Charlie —dice la señora Hugler.

Da vuelta por el corredor y se queda de pie en el arco que da a la habitación de las

fotografías.

—¿No oyes que te estoy hablando? Ya vamos a cenar.

—Sí mami.

Charlie se levanta y va tras la señora Hugler. Se toma un momento para dejar el libro sobre la mesa en la biblioteca, luego vuelve a seguir a su mamá.

El señor Hugler espera en el comedor. Viste traje y corbata como cuando iba a la oficina. Luce cansado.

—Hola, papi —saluda Charlie.

—Hola, hijo —responde él sin mucho ánimo.

Según cuenta durante la cena, las cosas se pusieron tensas con los socios minoritarios en más de una empresa; pero al final, y gracias a la intervención de Teo, el nuevo abogado, consiguieron una especie de tregua con los

abogados de los demandantes. Charlie escucha distraído. Esos asuntos no los entiende. Piensa en el lago, eso sí que lo entiende.

Charlie come la cena con voracidad —la señora Hugler se pone feliz de verlo con tan buen apetito—, incluso repite porción. Lleva el plato al fregadero, luego se disculpa para ir a dormir. Debe recuperar fuerzas, Mañana será un día largo.



TERCERA PARTE:

DOMINGO

Domingo 25 de noviembre del 2012.

Área metropolitana de la ciudad de Monterrey.

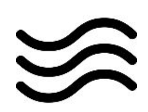
Nuevo León, México.

CHARLIE DUERME apacible. Sonríe entre sueños, como hacía mucho no sonreía. Se dibujan hoyuelos en sus mejillas y se dilatan las aletas de su nariz. Su sonrisa, es de hecho, muy parecida a la de su hermano. Sueña que es feliz otra vez, como cuando era un niño pequeño. Sueña con su hermano, que está ahí para hablarle y sonreírle todo el tiempo. Sueña que

vuelve a tener seis años y que ambos construyen una gran ciudad, la más grande de todas. Sueña con esa ceremonia en la que recibe su medalla al mérito y las famosas llaves de la ciudad. Sueña que al fin le da a su hermano ese abrazo que nunca le dio, y le dice que lo quiere mucho y que jamás le pediría hacer nada que no quisiera. Sueña que las cosas son mejores.

Una lágrima resbala por su mejilla. Pero no es de tristeza, es de felicidad.

1 EN EL PASADO.



CHARLIE DESCANSABA recostado en su cama; o pretendía hacerlo. Era difícil con tantos regalos no deseados a su alrededor. Juguetes, globos, flores y golosinas se apilaban en el piso, en su cama, sobre la misita y sobre su escritorio. A los vecinos les resulto conmovedora la historia del niño que fue asaltado en su cumpleaños, así que le seguían llegando presentes de gente desconocida, principalmente tarjetas de *feliz cumpleaños* y r*ecupérate pronto,* la mayoría acompañadas por algo de dinero. De tener las fuerzas ya habría tirado todo a la basura, pero apenas y se podía mover. Ya que se había pasado la adrenalina y el efecto de los analgésicos, le dolían los golpes. Su piel pálida acentuaba los grotescos moretones; como gotas

de sangre sobre la nieve. El corte en la mejilla le picaba de forma insoportable; y le dolía cada que intentaba rascarse.

Escuchó cada golpe en la puerta como martillazos en lo más profundo de su cabeza.

—¿Charlie?

Era Clara. Entró a la habitación, sin permiso ni invitación, y se sentó en la cama de Charlie.

—¿Cómo estás?

Charlie cerró los ojos con fuerza, como si por cerrarlos fuera a volverse invisible. Desde luego, no funcionó. De hecho, era lo primero que veías al entrar a la habitación: un cuerpecillo amoratado, apenas vestido con unos calzoncillos blancos.

—Pobrecito. Debe dolerte mucho.

Charlie no respondió. Se limitó a apretar más los párpados para ver si se hacía invisible de

una buena vez.

—Te traje jugo. Es de uva, tu favorito.

—No lo quiero —dijo Charlie molesto—. Y vete de aquí, no te quiero ver.

Clara quitó un par de osos de felpa de la mesita y dejó ahí la cajita del jugo.

—Charlie, por favor, no me hagas esto. Mañana me voy. Yo quería pasar un rato contigo.

—Vete ya, no me importa. No te quiero. Tú eres mala, nunca nos quisiste. Nunca te importamos. Vete a tu escuela fea con tu música tonta.

—Charlie.

Clara tomó la mano de su hermanito, pero Charlie en seguida apartó la mano con violencia.

—No me toques. Te odio. Vete ya.

Las palabras lastimaban a Clara, ella quería mucho a su hermanito y siempre pensaba en él, incluso le había compuesto muchas canciones. ¿Por qué le decía esas cosas tan feas?

—No me iré hasta que me digas por qué me odias. No me importa que me corran de la escuela.

Clara esperó paciente la respuesta de su hermano. Charlie intentó ignorarla. Y así la espera se prolongó por largo rato, hasta que Charlie no pudo soportarlo más. Lo único que quería era quedarse solo para poder dormir.

—Te odio porque tú nos odiabas.

Clara escuchó; aunque no entendía el significado de esas palabras.

—¿Los odiaba? —dijo Clara con duda.

—A Fernando y a mí.

Clara suspiró.

—¿Azur?

Hacía tiempo que no se acordaba de él.

—No lo odiaba, Charlie. Y a ti tampoco.

Charlie tomo su oso de peluche, el único que era genuinamente suyo y lo abrazó. Le dolían los golpes, pero quería abrazar algo, dejar de sentirse tan expuesto.

—Sí lo odiabas. Tú sabías lo que le pasaba y no hiciste nada. Tú sabías que él sufría. Tú pudiste salvarlo, pero no te importó. Y por tu culpa está muerto. Tú lo mataste.

—Estás siendo muy injusto, Charlie.

—Pero tú lo sabías…

—¿Sabía qué? ¿Qué Azur hacia cosas sucias con ese otro chico en la escuela? ¿Qué se mandaban cartitas de amor? No era un crimen que le gustaran los chicos, ¿o sí? Era asunto suyo.

Charlie giró sobre su costado bueno y abrazó su osito, en posición fetal.

—Yo no lo maté, Charlie, fue ese auto.

—Fernando sufría mucho…

—¿Sufría? A mi más bien me parecía que se la pasaba muy divertido con ese otro chico.

—Tú no lo entiendes.

—Explícame, para entender.

Charlie se quedó sin palabras. No encontraba la forma de decir lo que quería decir; y eso le hacía sentir frustrado y enojado.

—No podía decir nada, Charlie. ¿Crees que me habrían creído? Todos decían lo bueno que era; lo atento, lo amable, lo inteligente, lo sensible que era. Azur siempre fue el mejor hijo; el más ordenado, el primero en hablar, el que entendía todo más rápido, al que más querían. ¿Crees que me creerían? ¿Crees que alguien

creería que el hijo perfecto era en realidad un sucio pervertido? Por eso me fui. No soportaba vivir a la sombra de un hipócrita. No soportaba ser siempre la segunda en todo. Al fin era buena en algo en lo que él no era bueno. Yo no lo odiaba Charlie, le temía. Porque sabía que podía hacerme algo malo en cualquier momento, y sabía que a mí nunca me creerían, que siempre lo escucharían a él. Cuando lo vi, honestamente no me sorprendió. Era de esperar que tarde o temprano demostrara su verdadera naturaleza.

Charlie no respondió.

—Lo siento, Charlie; es la verdad. Azur podía ser muy… —hizo una pausa, como buscando la palabra correcta—… retorcido.

—Fernando era bueno conmigo —insistió Charlie sin dejar de apretar su osito.

—¿Qué tan bueno, Charlie? ¿Te decía

palabras bonitas? ¿Jugaba contigo, aunque a él no le gustara el juego? ¿Te acariciaba y te abrazaba todo el tiempo? ¿Te tocaba donde no debía? ¿Te hacía las mismas cosas sucias que al otro chico? ¿Te convenció de que era otro juego? ¿Te convenció de que te amaba de una forma especial? ¿Te convenció de que era un secreto que jamás debías contar?

Charlie no quería seguir escuchando. Un extraño calor subía por su vientre hasta su cabeza y se arremolinaba en sus mejillas.

—¡No! —gritó—. Fernando era bueno conmigo. Siempre me cuidaba y veía la televisión conmigo. Nunca me tocó como tú dices; me dijo que no le gustaban los abrazos. Yo no lo sabía. Debí darme cuenta, pero no lo sabía. Lo veía cuando lloraba, cuando se lastimaba, pero nunca supe por qué lo hacía. Si

yo lo hubiera sabido, le hubiera dicho a papá. Fernando era mi mejor amigo.

—¿No lo sabías, Charlie? Azur está muerto. ¿Quién te dijo que hacía esas cosas sino fue él? Porque me parece que lo sabes todo, con mucho detalle, hasta más que yo; ¿a quién crees que engañas?

—Ya déjame, ¡te odio!

—Yo no te odio, Charlie.

Clara se levantó de la cama.

—Por tu bien será mejor que te olvides de Azur. Él no sentía amor por nadie. Ni por mí, ni por papá o mamá, ni por ti; ni siquiera por él mismo.

Esperó una reacción, pero Charlie no decía nada.

—Yo te quiero mucho, Charlie. Cuando estés listo para hablar, llámame a casa del tío Roque,

o escríbeme.

Tomó el jugo de la mesita y se fue. Charlie se quedó ahí acostado, llorando en silencio.

Noviembre dio paso a diciembre. El cuerpo de Charlie sanó, pero no así su corazón. Ahora su rostro tenía esa cicatriz, para recordarle todo el tiempo lo que había hacho. Aquel hombre inocente murió por su culpa. Su corazón no tenía cicatrices, su corazón tenía heridas abiertas y sangrantes.

La primera vez pasó durante el primer frente frío de la temporada invernal. El termómetro había descendido a cinco grados centígrados. Dio un abrazo a su amigo y le dijo que lo vería el próximo lunes. Su amigo se marchó de la mano con su mamá. La señora Hugler no iría a recogerlo al colegio, ni lo tomaría de la mano; al menos eso no era lo planeado. Charlie volvería a

casa en el transporte escolar.

Esperaba cerca de la puerta del colegio, junto al montón de niños que lo acompañaban en el mismo autocar, cuando una gota de agua cayó del cielo y se estampó en su nariz. A esa gota le sucedieron nuevas gotas, hasta que pronto el agua formaba una cortina muy cerrada.

Sus compañeros empezaron a gritar y a reír por esa lluvia tan repentina. Los que traían paraguas los abrieron para resguardarse. Se amontonaban en grupitos reducidos, aquellos grupitos de amigos de los cuales Charlie no formaba parte.

A Charlie no le importaba. Cierto que temblaba por el frío, que su chaqueta no era suficiente para mantenerlo calientito, pero todos aquellos niños le caían mal. Como sea, aguantó

estoico; y se habría mantenido ahí de no ser por las sombras. A sus pies se formaban charcos y de los charcos salían ellas. Intentaban atraparlo, como si quisieran ahogarlo en aquellos charquitos, o como si quisieran llevárselo al mismo lugar a donde se habían llevado al hombre del río.

Charlie empezó a alzar los pies repetidas veces. Primero uno y luego otro, y devuelta el primero. Como si intentara aplastar una cucaracha muy escurridiza. Salpicaba agua a todas partes, cosa que arrancó nuevas rizas a los otros niños. Algunos incluso se le unieron pensando que se trataba de un juego. Y así, entre risas y empujones, cayó de sentón al suelo en un gran charco —como muchos otros niños también habían caído divertidos—. Sin embargo, Charlie era diferente a los otros niños,

para él no era un juego. Las sombras se abalanzaron contra él y lo tomaron de los chamorros y las piernas. Lo estiraban hacia abajo. Pudo sentir cómo se hundía en el charco —más allá de lo físicamente posible—, cómo se hundía en el concreto, o en otro mundo. Luchó por liberarse, y tan pronto lo consiguió se levantó y corrió de vuelta a la seguridad del edificio.

La señora del transporte llegó y pasó lista entre sus niños. Se asustó al comprobar que faltaba uno. Interrogó a los que seguían ahí, chapoteando, hasta que una niña le dijo que había visto a Charlie volver al salón de clases.

Conductora y maestra encontraron a Charlie en el aula, oculto bajo el escritorio. Intentaron razonar con él, pero Charlie no pensaba salir de su escondite. Llamaron al conserje de limpieza

para ver si podía hacer algo, pero tan pronto cargó a Charlie, el niño empezó gritar y a lanzar golpes para liberarse; y acto seguido, volvió a su escondite. La señora del transporte no tuvo más remedio que llamar a la señora Hugler e informarle de la situación. No podía entretenerse más, tenía a otros catorce niños que entregar en sus casas.

La maestra se ofreció a quedarse para esperar a la señora Hugler. Durante todo ese rato siguió intentando razonar con él, pero fue inútil, Charlie no pensaba ceder. Era la primera vez que lo vía así. Ese niño asustado, defendiéndose como si le fuera la vida en ello, no se correspondía con la imagen del niño callado y peculiarmente avispado que demostraba ser en el aula de clase. Cierto que Charlie no destacaba como el más listo, pero

igual distaba mucho de ser problemático o de lento aprendizaje.

La señora Hugler llegó treinta minutos después.

—¿Dónde está mi hijo?

Estaba completamente empapada; además de muy afectada. Aunque el agua de la lluvia le ocultaba el llanto.

La maestra saludó, sin perder las formas en ningún momento; luego le mostró el escondite de Charlie.

La señora Hugler se acercó y se inclinó para verlo. Y ahí estaba él, hecho un ovillo, cerrando los ojos con tanta fuerza que decenas de arrugas se le dibujaban en la frente y en las mejillas.

—Bebé, aquí estoy.

Charlie abrió los ojos al escuchar la voz de su mamá. De inmediato salió de su escondite y

corrió a sus brazos.

—Mami, tengo miedo, no quiero que me lleven.

Madre y maestra supusieron se refería al transporte. Lo que era una reacción extraña considerando que viajaba en el mismo autocar cada día desde que entrara a la primaria.

—Ya estoy aquí, corazón. Vamos a casa.

—No mami. La lluvia. No me gusta. No quiero salir a la lluvia. No quiero que me lleven.

Norma ya no era la misma mujer —esa guerrera fuerte y feroz que antaño habría tenido la fuerza para enfrentar cualquier problema—. Vio el rostro asustado de su hijo, y por un momento vio el rostro de Fernando. Sintió que perdía las fuerzas, que se derrumbaba. Pero consiguió controlarse. Se repitió una y otra vez que el niño que aferraba en brazos era su

pequeño Charles, hasta que estuvo plenamente convencida de ello. Recordó el día de su nacimiento, lo pequeño y arrugadito que lucía. Recordó su cuerpecito frío y desnudo, completamente empapado en el agua de la lluvia, llorando por un poco de calor. Recordó el amor con el que aferró a ese pequeño ser, a ese minúsculo pedacito de su alma, y lo llenó de besos, y le dio ese calor que tanto necesitaba. Norma ya no era la misma mujer, pero seguía siendo una madre. De pronto se sintió lucida. Todos sus sentidos se agudizaron y pudo entender en dónde estaba, por qué estaba ahí y qué debía hacer ahora. Sacó fuerzas de algún lugar en su interior, alzó a su hijo en brazos y se lo llevó a casa.

Charlie ya no era un niño pequeño que pudiera ser cargado sin dificultad. Había crecido

y pesaba mucho. Sin embargo, y a pesar de que la lluvia y el frío calaban hasta los huesos y dificultaban aún más la tarea, la señora Hugler no lo soltó en todo el camino.

Lo llevó cargado de la escuela a la parada del autobús. Lo llevó cargado todo el recorrido que hicieron sobre el vehículo. Lo llevó cargado desde la parada, cuando bajaron del transporte, hasta su casa. En ningún momento lo soltó o se quejó por su peso o por lo difícil que resultaba llevarlo al ser tan alto, así como en ningún momento dejó de hablarle para tranquilizarlo. No le importaron todas esas miradas de extrañeza, juzgándolos por tan rara situación —como si un niño pudiera ser demasiado grande como para dejar de necesitar de su madre—. Por supuesto, terminó con la espalda adolorida y con un fuerte catarro. Pero en ese momento su

hijo la necesitaba, y ella no lo iba a abandonar.

Ese primer frente frío venía con lluvias. Una semana de lluvias persistentes. Charlie se negaba a salir de su casa. No toleraba ni siquiera las gotas de lluvia que se estampaban en el cristal. Cuando el señor o la señora Hugler veían a las ventanas, veían simples gotas de agua, pero cuando Charlie veía a las ventanas, veía cientos de seres con cuerpos negros como de sombras, observando cada uno de sus movimientos desde la profundidad de aquellas gotas, estirando sus brazos con la intención de apresarlo y llevárselo al otro lado.

Durante el último día de lluvia el señor Hugler irrumpió en su habitación. Charlie estaba en su cama, cubierto con su cobija de pies a cabeza. El señor Hugler tomó la cobija y la quitó de un tirón. Descubrió a un Charlie

asustado, que temblaba de frío o de miedo.

—Quiero que me digas que te pasa.

Charlie no Respondió a pesar de lo enérgica que fue la orden.

El señor Hugler se inclinó, le tomó del rostro y le hizo voltear. Incluso le obligó a abrir los ojos. Era la primera vez que Charlie lo veía tan enojado.

—Quiero que me digas que te pasa.

Charlie titubeó. Quería hablar, pues le daba miedo la forma en que le estaba tratando su papá, pero a la vez no quería decir lo que pasaba. Aquello exasperó aún más al señor Hugler.

—Tenemos límites, Charlie. Ya no puedo consentirte más. Tienes a tu madre al borde de una crisis de ansiedad. Así que me vas a decir ahora mismo qué es lo que te pasa. ¿Entiendes?

Charlie pasó saliva y se remojó los labios con la lengua.

—Tengo miedo.

El señor Hugler soltó el mentón de Charlie, se enderezó y cruzó los brazos.

—¿Miedo de qué?

Charlie seguía tardando en contestar.

—¿Miedo de qué? —insistió el señor Hugler, enérgico.

—De la lluvia.

El señor Hugler suspiró fastidiado. Lo alzó de la cama y se lo llevó a la cocina. Charlie intentó zafarse, pero el señor Hugler era mucho más grande y fuerte que él.

—¿Alguna razón en especial para temerle a la lluvia?

Charlie no respondió. Sí que tenía una razón especial para temerle a la lluvia, pero sabía que

si se lo decía a su papá entonces creería que estaba loco. Y Charlie no quería que lo llevaran a un hospital de locos, como ese hospital al que su tía Gabriela quería que se llevaran a su mamá.

—¿Seguro que no hay nada?

—No —musitó llorando, como intuyendo lo que pasaría.

El señor Hugler abrió la puerta de la cocina y lanzó a Charlie afuera, al patio de la casa, a la lluvia. Charlie intentó volver adentro, pero el señor Hugler había cerrado la puerta con seguro.

—Papi, por favor, déjame entrar —suplicó—. No dejes que me lleven.

Golpeo la puerta, desesperado. Pero el señor Hugler se mantuvo firme.

—Me duele mucho hacerte esto, pero cuando

veas que no hay nada que temer me lo agradecerás.

Charlie estaba aterrado. Era más el miedo que sentía que el frío pasó a un segundo término, a pesar de que sólo vestía una camiseta y unos calzoncillos. Se paró sobre uno de los maceteros de su mamá, y se mantuvo en equilibrio sobre él para estar lejos de los charcos. A su alrededor las sombras estiraban los brazos para intentar atraparlo. Charlie no dejaba de temblar, no por el frío sino por el miedo.

Estuvo un largo rato bajo la lluvia. Hasta que el miedo fue tanto que pensó que moriría. Cayó al suelo. Lo último que vio fue una sombra poniéndole la mano sobre la cabeza.

El señor Hugler esperaba del otro lado de la puerta. Abrió tan pronto escuchó el golpe. Como

si arrojaran un costal de patatas al suelo. Encontró a Charlie desmayado, con fragmentos de un macetero de barro horneado cubriéndole los pies.

El experimento del señor Hugler no hizo que Charlie le perdiera el miedo a la lluvia, aunque sí le causó un fuerte catarro. Cuando Charlie se hubo más o menos recuperado de eso último, el señor Hugler lo llevó a ver al pediatra. Explicó de forma apresurada lo que su hijo había dicho. Y contó —aunque minimizando las cosas y excluyendo el catarro— el experimento de exposición al que sometió a Charlie.

El doctor escuchó paciente todo lo que el señor Hugler tenía que decir.

—Con todo respeto, señor Hugler, me parece que tiene muy poco sentido común.

Examinó a Charlie y lo encontró aceptable.

Había recuperado peso, había recuperado su color, y sus uñas, antaño azules, volvían a ser rosadas. Aunque mostraba señas de estar saliendo de un fuerte catarro —cosa que de inmediato relacionó con el experimento del padre—. Pero en términos generales, podía decirse que estaba bien.

—¿Sabe que le pasa, doctor?

—Venga, señor Hugler, me gustaría hablar con usted en el pasillo.

Charlie veía con interés a padre y doctor. Comía una insípida paleta de limón. Se veía enorme ahí sentado sobre la mesa de auscultación.

—Sí —convino el señor Hugler, y salieron de la consulta.

El doctor sacó un pañuelo, se enjugó el sudor de la frente, luego humedeció los labios.

—¿Sabe lo que es una fobia, señor Hugler?

El señor Hugler sabía la respuesta.

—Es miedo a algo…

—Miedo intenso, desproporcionado e irracional, señor Hugler.

El señor Hugler asintió.

—¿La palabra *pluviofobia* le dice algo?

El señor Hugler se tomó su tiempo para contestar. Conocía las raíces que formaban esa palabra

—Si no me equivoco, *pluvio* se refiere a la lluvia. Por lo tanto, debe ser miedo a la lluvia.

—Está en lo correcto, señor Hugler. La pluviofobia es el miedo intenso, irracional y en ocasiones injustificado, a la lluvia.

—No tenía idea de que existiera eso.

—Y eso no es todo, señor Hugler. Se sabe que la pluviofobia afecta principalmente a

personas adultas. Les aterra la idea de mojarse con el agua de la lluvia. Tanto que pueden sufrir ataques de histeria o de ansiedad, incluso desmayos.

El señor Hugler se tomó su tiempo para pensarlo.

—Pero Charlie no es un adulto.

El doctor Sonríe.

—Claro que no, señor Hugler. Pero quiero que vea que ese miedo, que para usted es irracional y exagerado, afecta principalmente a adultos. ¿Piensa que un adulto es menos irracional que un niño?

—Pues depende, pero creo que lo entiendo.

—Tratar con fobias es muy complicado. Una forma de superarlo es saber cuál es el origen de la fobia, el evento traumático que la causó.

—¿Evento traumático?

—No se espante, señor Hugler. La mayoría de veces es por cosas muy simples, cosas que quizá para usted o para mí puedan resultar insignificantes. Claro que encontrar el origen de una fobia es una tarea titánica. Un psicólogo podría intentarlo y quizás tener éxito, pero repito que es muy difícil por lo ambiguo de la situación.

—¿Y qué puedo hacer?

El doctor achina los ojos y ve a algún punto en el vacío, como recordando algo importante.

—Un psicólogo estaría bien. Sé que me ignoró esta última vez que le dije que llevara a Charlie con uno.

El señor Hugler cruzó los brazos.

—No lo necesitó, doctor. Mi hijo no está loco.

El doctor sonrió.

—Si su hijo estuviera loco le recomendaría a un psiquiatra, no un psicólogo. Son especialidades muy distintas.

—Aun así, no estoy muy seguro, doctor.

—Mire, señor Hugler. Yo igual soy del pensamiento de que hay situaciones que se pueden solucionar sin la intervención de un psicólogo hurgando en el interior de una mente. A su esposa muchas veces la detuve de llevar a Charlie a ver a un psicólogo por nimiedades. Pero hace un rato que las cosas con Charlie dejaron de ser nimiedades.

El señor Hugler extendió los brazos en un ademán de rendición.

—¿Entonces esa es su solución, llevarlo con el loquero?

—Me temo, señor Hugler, que la psique se escapa de mi rango de especialidad. Soy médico

clínico. Yo puedo revisar a Charlie físicamente, y puedo decirle que físicamente es un niño sano, aunque no me gusta nada esa fea cicatriz en su rostro. Claro que me enteré por las noticias, así que de eso no se preocupe. Mi consejo es ver a un especialista en la psique. Eso si en verdad quiere saber qué es lo que pasa por la mente de su hijo.

El señor Hugler volvió a cruzar los brazos.

—¿No hay algún tratamiento alternativo, o terapia, o algo así?

El doctor sacó su pañuelo y volvió a enjugar el sudor de su frente. Luego sonrío.

—Las terapias, señor Hugler, las llevan a cabo precisamente los psicólogos. A los adultos con pluviofobia, o cualquier otra fobia, se les ayuda poco a poco a aceptar aquello que les causa temor. No pueden deshacerse de ese

temor, el miedo siempre va a existir, pero si pueden aprender a tolerarlo. Y, no obstante, el tratamiento es paulatino y se lleva su tiempo. Fue muy irresponsable lo que hizo al exponer a Charlie a la lluvia de esa manera. Los estragos físicos pudieron ser peores a aquel catarro que me ocultó.

—Entiendo, doctor. Sé que fue muy irresponsable y que no hay justificantes. No volveré a hacer algo así.

—Mire. Dudo mucho que funcione, y más en un niño tan listo como Charlie, pero algo que ayuda a los niños a superar los miedos son los talismanes.

—¿Talismanes?

—Básicamente un objeto cualquiera que le asegure que le va a proteger de aquello que le da miedo, en este caso la lluvia.

El señor Hugler achinó los ojos con recelo.

—¿Los niños en verdad creen eso?

—Hay adultos que lo creen, señor Hugler. Con respeto de su fe, hay quienes creen que una medalla o una cruz les protege. Tal vez Charlie también lo crea. Aunque conociendo a Charlie, repito, tal vez no se trague el cuento con tanta facilidad. Dependerá de usted, de la forma en que le plantee la solución.

Volvieron al consultorio. Charlie ya se había acabado la paleta de limón. El doctor sacó otra paleta, esta vez de uva, y se la dio.

—Me gustaría hablar contigo amigo, —dijo el doctor.

El señor Hugler se dio por aludido. Salió al pasillo, aunque no tan seguro de dejar a su hijo solo.

—Serán cinco minutos, señor Hugler. Puede

contar el tiempo si gusta.

Charlie se volvió a acomodar en aquella incómoda mesa. Abrió su paleta y se la llevó a la boca. Le gustaba más la de limón.

—Siento que hay muchas cosas que me estás ocultando jovencito.

El doctor agitaba su dedo, amenazante, frente al rostro de Charlie.

—Yo no me creo que ese corte en tu cara sea por una navaja; y menos me creo que otros niños te hayan golpeado sólo el costado izquierdo de tu cuerpo. ¿Tiene eso algo que ver con tu miedo a la lluvia?

Charlie no respondió. Bajó la mirada, tímidamente, para no encontrarse con los ojos del doctor. A veces pensaba que el doctor podía leerle la mente.

—Quiero ayudarte, Charlie. Pero no puedo

ayudarte si no me dejas.

Charlie sacó la paleta de su boca.

—Fue una navaja. Los niños grandes querían dinero, pero yo no traía. Y la lluvia no me gusta; no me gusta nada.

El doctor cruzó los brazos en un gesto de incredulidad.

—¿Sabes que creo, Charlie? Creo que tú viste algo que no debiste ver. Creo que eso que viste te afectó mucho. Creo que ese corte no fue por una navaja, sino por algo más grueso, quizás un trozo de vidrio, y que quizás te lo hiciste tú mismo. Incluso los golpes, pudiste haberte impactado a propósito repetidas veces contra una pared. ¿Me equivoco?

—Se equivoca —sentenció Charlie.

Dijo esas palabras viendo al doctor directo a los ojos. Aquellas cosas sí que las debía ver, para

conocer a su hermano. Y el corte y los golpes los habían hecho los pájaros.

—Está bien, Charlie. Pero recuerda que soy tu amigo, y si hay algo que me quieras decir, el momento es ahora. Faltan dos minutos para que tu padre entre por esa puerta. Yo no diré nada más.

Charlie no habló en esos dos minutos. Se limitó a mantenerle la mirada al doctor, como retándolo a ver más allá de sus ojos grises.

Pasado el tiempo pactado el señor Hugler entró. Dio las gracias al doctor por recibirlos y se llevó a su hijo. En el camino de vuelta a casa preguntó a Charlie sobre la conversación. Charlie no tuvo reparos en recitarle toda la conversación con bastante precisión, palabra a palabra. El señor Hugler escuchó con atención. Para ser honestos, no pudo evitar voltear a ver

la cicatriz en el rostro de su hijo. En verdad que era una cicatriz muy gruesa, una que quizás se correspondería más a la del corte de un trozo de vidrio que a la de una navaja. Y siendo más honestos aún, él mismo había dudado de la explicación de la paliza dada por esos criminales, porque, ¿qué clase de gamberros se toman la molestia de sólo golpear el lado izquierdo de su víctima?

—Quiero que sepas que siempre puedes confiar en mí. Puedes decirme cualquier cosa —dijo el señor Hugler.

Charlie no dijo nada.

No hablaron de nada más el resto del camino de vuelta a casa. El señor Hugler manoseaba alguna idea en su cabeza. Charlie lo notó. Cada que el señor Hugler pensaba en algo, tan concentrado, murmuraba entre dientes como si

tuviera una conversación consigo mismo.

—Ven conmigo, hijo —dijo el señor Hugler tan pronto llegaron a casa.

Charlie siguió a su papá hasta su habitación. Se sentía incómodo. La habitación de sus padres siempre le producía esa sensación. La cama era enorme y olía a vainilla, y la luz parecía más opaca que en el resto de la casa.

El señor Hugler hurgaba en el armario, buscaba entre las baratijas que guardaba en viejas cajas de zapatos. Las cajas se amontonaban sobre la repisa superior.

—Aquí está.

Charlie se acercó para ver que era. El señor Hugler se agachó sobre una rodilla, para mostrarle el objeto mejor. Se trataba de un pequeño brazalete de tela, de los que se ajustaban con velcro. Tenía unas letras medio

arabescas que ponían: SULTANES.

El señor Hugler veía el brazalete con nostalgia.

—Cuando tenía tu edad, exactamente ocho años, tu abuelo, es decir mi papá, me llevó a ver un partido de béisbol.

Sonreía, como recordando.

—Fue el último partido al que me llevó. Después de eso, a los pocos meses murió.

Hizo una larga pausa, tiempo en el que no apartó la vista de aquella baratija.

—Ese día me compró una gorra y este brazalete. Había muchos, de muchos diseños. Yo escogí este, porque me pareció que era especial.

Tomó la mano de Charlie y le puso el brazalete. Le quedaba algo grande.

—Cuando tus abuelos murieron yo me puse muy triste. Me sentía solo y muchas cosas me

daban miedo. Me fui a vivir a una casa enorme que no me gustaba nada. En la noche la madera crujía y casi juraría que los pasillos hablaban. Yo me ponía este brazalete y recordaba a mi papá. Era como si él estuviera ahí conmigo, para cuidarme y protegerme de cualquier cosa que pudiera hacerme daño.

Charlie miró fascinado el brazalete.

—¿Me lo estás dando?

—Es uno de mis tesoros más preciados. De los pocos recuerdos que tengo de mi papá. Pero este brazalete me protegió cuando tenía mucho miedo; y sé que a ti también te protegerá. Por eso quiero que lo tengas tú.

Charlie de inmediato abrazó a su papá. Le rodeó el cuello con ambos brazos y lo aferró por largo tiempo.

—Gracias, papi.

Las lluvias continuaron y el frío se hizo más fuerte. Durante esas semanas que precedían a las vacaciones de invierno Charlie asistió al colegio a pesar de las lluvias. No olvidaba ponerse su brazalete cada día, y aunque esa clase de indumentarias estaban prohibidas en la escuela, con él hicieron una excepción luego de una visita del señor Hugler al colegio.

Todo marchaba bien hasta que llegaron las vacaciones de invierno. Clara volvió a casa para pasar las fiestas con la familia. Charlie no la podía ver, la odiaba con todas sus fuerzas. No soportaba su voz chillona, tampoco soportaba la música de su violín, o su teclado, o su guitarra, o su flauta. A veces podía ser tan presumida, como si a todo el mundo le importara que supiera tocar tantos instrumentos. Aborrecía especialmente cada que su mamá le pedía que

cantara villancicos. Como ese día, era la cuarta vez que cantaba *las campanas de Belén* acompañada por el teclado. La presión fue tanta —la música resonaba por toda la casa— que Charlie ya no pudo más, salió al patio para no escucharla. No le importó la lluvia o el frío; además, traía consigo su brazalete, estaba protegido.

Se sentó en la banca de madera y cruzó los brazos malhumorado. Las sombras lo veían, apacibles. Ya no estiraban sus brazos para intentar agarrarlo. Aunque seguían dándole algo de miedo.

Así estuvieron largo rato, Charlie viendo a las sombras y las sombras viéndolo a él.

—¡No les tengo miedo! —gritó. Más para convencerse a sí mismo que para convencer a las sombras.

—Tengo esto.

Alzó la mano izquierda, para mostrarle a las sombras su brazalete. Por un momento las sombras retrocedieron.

—Era de mi papá. Se lo dio mi abuelo. Y me protege de todo.

Algunas sombras inclinaron la cabeza a un lado, como pensando. Tal vez intuían el temor que seguía existiendo en el interior de Charlie. Una de las sombras, la del charco más grande, se acercó. Charlie levantó los pies para alejarlos del agua.

—No les tengo miedo —dijo. Pero mentía.

Intentó volver al interior de la casa, a toda prisa, pero el suelo mojado le hizo resbalar y caer. Su mano izquierda terminó en el charco más grande. Pudo sentir esa fría mano, la de la sombra que se había acercado. Le arrebató el

brazalete de la muñeca. En ese momento las otras sombras se abalanzaron contra él.

Se zafó a cómo pudo, se levantó y corrió de vuelta al interior de la casa. No se detuvo hasta encerrarse en su habitación. Su ropa estaba empapada del agua de lluvia. Escurría tanto que al poco rato un charco se formó en el suelo. En ese momento una mano surgió del charco y le devolvió el brazalete. Esa mano era distinta, se veía un poco más humana, aunque seguía siendo negra como una sombra.

El señor Hugler estaba en el cuarto de baño, en la tina. Escuchaba algo de Jazz suave y se dejaba llevar por las notas musicales, por las improvisaciones. De repente Charlie irrumpió. Seguía empapado del agua de lluvia.

—Me mentiste.

El señor Hugler no entendía nada.

—Dijiste que me protegería y no fue verdad.

Entonces Charlie arrojó el brazalete a la tina.

El señor Hugler pudo ver el vuelo del brazalete, como en cámara lenta, la trayectoria desde la mano de Charlie hasta la espuma que cubría la tina. Pudo ver como el brazalete atravesaba la capa de espuma y se sumergía en el agua.

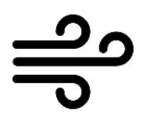
—No lo quiero. No sirve.

Dicho eso Charlie se fue.

Aquello dolió al señor Hugler. Quizás más que la muerte de su primogénito, aunque no derramó ni una sola lágrima. Pero sí que sintió ese dolor, uno como el que nunca había sentido. Buscó el brazalete en el fondo de la tina, lo sacó del agua y se lo llevó al pecho. Ese brazalete en verdad lo había protegido en aquella horrible casa. Quiso abrazar a su propio padre. Pero no

estaba. Sólo tenía un trozo de tela.

2 EN EL PRESENTE.



HACE FRÍO. Charlie lo siente y se contrae más en sí mismo en posición fetal, hasta que su barbilla se hunde entre las rodillas y puede abrazar sus piernas. Sabe que hay mantas en el armario, pero el sueño puede más. Abre los ojos despacio. Está ahí, ese rostro pálido. En realidad, no es algo que cause temor. Tal vez es que ahora lo conoce y sabe que él está dispuesto a protegerlo de las sombras. Dormido parece apacible y vulnerable, con esa cara de porcelana matizada por esos labios rojos tan finos, y con esas pestañas que apenas se ven de tan claras. Algunos mechones castaños le escurren sobre la frente. Visto así luce más infantil de lo que recuerda.

—¿Estás dormido?

El sujeto no responde. En efecto duerme —de lado, recostado sobre su brazo izquierdo—. Su escuálido cuerpo se expande y se contrae con cada inhalación y con cada exhalación. La ropa, demasiado grande, desdibuja su cuerpo flaco. Percibe su presencia, lo que significa que realmente está ahí. Siente el viento con su respiración y el olor de su aliento. También siente el calor de su cuerpo y oye el latir de su corazón. Es demasiado humano.

—Oye… ya amaneció.

El sujeto gira para quedar bocarriba, aspira aire para lanzar un gran bostezo y se estira haciendo mucho ruido.

—No sabía que pudieras dormir.

El sujeto vuelve a su posición de lado. Abre los párpados con exagerada lentitud y descubre esos extraños ojos; Charlie no se acostumbra a

ese inusual color amarillo.

—Todo el mundo duerme.

—Pero tú estás muerto.

—¿Qué te hace pensar que estoy muerto?

Charlie se levanta. Siente el cuerpo descansado y lleno de energía, el sueño de esa noche fue apacible y reparador.

—Creí que habíamos quedado en que ya no te meterías a mi cama.

El sujeto se levanta también.

—¿Esperabas que durmiera en el suelo? Además, casi somos de la misma sangre. No pasa nada si me compartes la cama. Eso sin mencionar que esa cama es enorme.

—No somos de la misma sangre.

—Dije *casi*.

Charlie se va al cuarto de baño. Trata de darse prisa con su rutina matutina. Al poco rato

sale envuelto en una toalla. El sujeto no está por ningún lado. Busca entre la ropa nueva y se viste. En esta ocasión se pone la camiseta roja, la que tiene motivos de flamas que dibujan una calavera. El día será largo —muy largo—, y quiere terminarlo cuanto antes.

El sujeto emerge de la sombra del rincón.

—Te veo muy ansioso.

Charlie no responde. Termina de anudar los cordones de sus zapatos y se pone la chaqueta gris. Enseguida va al baño para comprobar su apariencia en el espejo. Se mira con vanidad, en especial su perfil sin cicatriz. Se acomoda el cuello de la chaqueta y practica su sonrisa. No se despega del espejo hasta que está seguro de que su apariencia es la mejor.

El sujeto está sentado sobre el escritorio. Juguetea con el pomo de gel para las cicatrices.

—¿Piensas salir hoy?

Charlie se acerca al escritorio.

—¿Me permites? Quiero escribir una nota.

El sujeto baja del escritorio y va a su rincón.

—¿Para quién?

Charlie no responde, toma una hoja de papel de carta, de las que están en el cajón del escritorio, y escribe. Deja la hoja sobre el escritorio, fija de las cuatro esquinas con algunos objetos pesados. Se asegura de que sea visible y legible para cualquiera que entre a la recamara.

El sujeto se asoma y lee.

—¿Eso qué significa?

Charlie ignora al sujeto. Sale de la habitación y cierra la puerta, aunque esta ocasión no se preocupa por echar la llave. Baja, sin oír los reclamos del sujeto y va al salón de

las fotografías. Desliza las yemas de los dedos de su mano derecha por la superficie del lienzo. Recorre la pintura hasta que localiza el nombre: Piero Colón.

Fotografía el nombre con su teléfono, luego fotografía la pintura completa.

—La señora Diana debe conocerlo.

Va a la biblioteca y busca la imagen del lago en el libro. Después le hace una foto.

—No salgas. Lloverá hoy —dice el sujeto.

Charlie no escucha. Guarda su teléfono en el bolsillo de la chaqueta y se pone en marcha rumbo a la casa de Diana Amaral.

La mujer no vive lejos. Es, de hecho, la vecina. Su casa está por la misma acera, hasta el final de la calle. Sale y va a pasos largos. El sujeto le sigue de cerca.

—No puedes llegar y esperar que te dé la

dirección de buenas a primeras.

Charlie sigue ignorándolo. Abre la reja sin permiso y atraviesa el camino hasta la puerta de la casa. Esta última sí que está cerrada con seguro. Toca un par de veces y espera. Está a punto de golpear de nuevo cuando escucha el repiqueteo de un par de tacones. Supone es la señora Diana, pero no, atiende otra señora. Viste uniforme.

Charlie se para derecho y trata de poner su mejor cara.

—Buenos días. Dígale a su patrona que su vecino quiere tener una plática inteligente.

La mujer levanta una ceja y frunce los labios.

—¿Disculpa?

—Es usted la sirvienta, ¿no?

—Trabajadora doméstica, niño. No sirvienta.

Charlie sonríe apenado.

—Bueno, ¿puede decirle a la señora Diana que vine?

—Está ocupada.

Dicho eso la trabajadora cierra la puerta en las narices de Charlie y se va.

—Ya escuchaste a esa señora—dice el sujeto —. ¿Nos vamos?

Charlie no piensa darse por vencido. Vuelve a tocar, esta vez con golpes más fuertes. Nuevamente los pasos se escuchan.

—Vine a ver a la señora Diana. Ella me invitó.

La mujer sonríe. Mira a Charlie de forma extraña.

—¿La conoces?

Charlie no quita esa expresión decidida de su rostro.

—Sí, la conozco.

La mujer ríe con algo de desdén.

—Desde que trabajo aquí han venido muchos hombres, pero nunca uno tan pequeño. Jóvenes sí, pero no tanto. ¿Seguro que te invitó?

—Vaya y pregunte, ella se lo dirá.

—Bien, allá tú. Espérame aquí.

La trabajadora cierra la puerta y se va haciendo sonar sus tacones. Pasado un rato vuelve haciendo el mismo escándalo.

—La señora Amaral te verá. Pasa.

Charlie entra a la casa sintiéndose muy nervioso. El vestíbulo es enorme, más grande que el de la ex casa de su tío abuelo, y está mejor iluminado. Las paredes son blancas y los adornos sobrios, lo que denota un buen gusto.

La mujer guía a Charlie.

—Por aquí.

Lo conduce por un corredor que da a una

suerte de salón.

—La señora Amaral bajará en un momento. Ponte cómodo.

En seguida la trabajadora se va. Camina aprisa, como huyendo.

La habitación esta tapizada de rojo, no con papel sino con algo más parecido a una gruesa alfombra. Se nota en la acústica del lugar, como si hubiera sido diseñado para ahogar cualquier sonido. El suelo es de madera muy oscura, lo que aunado a la débil iluminación hace un ambiente opresivo, como una cueva. La única luz viene de una araña que cuelga del techo. Una luz opaca y amarillenta, que ilumina apenas lo necesario para distinguir las formas, pero no lo suficiente como para ver los detalles. Así con todo, se adivinan dos divanes, tres taburetes, un par de alfombras y un sillón

bastante mullido.

—Charles Hugler. ¿O prefieres que te llame Carlitos? Tal vez Carlo, como tu tío… o Carlos, para hacerlo un poco más original.

La mujer entra y se sienta en el diván.

—No te esperaba tan pronto, ¿sabes? Quizá en unos cuatro o cinco años más, como mínimo. O los diez años que te dije que crecieras.

Los ojos de Charlie empiezan a acostumbrarse a la débil luz de la habitación.

—¿Tanto tiempo?

Diana se levanta del diván con elegancia. Se mueve sosteniendo su bata, cuidando no revelar su piel.

—Cosas mías.

Camina a donde Charlie y lo toma del brazo. Charlie puede sentir lo suave de la seda de la bata de la señora; ese contacto hace que se le

ericen los bellos del cuerpo. Diana lo guía hasta el mullido sillón y lo empuja. Charlie cae sentado en el sillón. También es muy suave. Al instante el sillón lo envuelve en un abrazo.

—Te veo preocupado, pequeño.

Diana rodea el sillón y se pone a espaldas de Charlie.

—Y muy tenso.

Toma los hombros de Charlie y empieza a masajear, muy despacio. Dibuja pequeños círculos, en sus clavículas, en sus omoplatos, en su cerviz, en sus ganglios.

En un momento Charlie piensa en apartarla, pero el contacto no resulta desagradable, hasta se siente bien, quizá demasiado bien. Está relajado; y ante la penumbra que lo envuelve, junto con el perfume de Diana, siente sueño.

—Así está mejor, ¿no?

Charlie voltea hacia arriba. El rostro de Diana parece el rostro de un ángel, con su piel blanca y tersa, sus labios rojos y carnosos, sus largas pestañas, sus finos cabellos negros.

Las manos de Diana bajan, pasan de sus hombros a su pecho, y sigue acariciándolo. A Charlie le sorprende descubrir que aquella parte de su cuerpo es tan sensible. Cada que las manos de Diana le recorren el pecho, aún por encima de su camiseta, extraños escalofríos le suben y le bajan por la columna vertebral.

—Sólo tienes que relajarte.

Le susurra al oído.

—Olvidarte de esas cosas que te hacen sentir mal.

Las manos de Diana bajan hasta su vientre. Charlie lanza un profundo suspiro al sentir como uno de esos dedos dibuja el contorno de

su ombligo. Entonces le levanta la camiseta y sigue acariciando su vientre. Charlie siente como la temperatura de su cuerpo se eleva y como finas gotas de sudor le perlan el rostro. No puede evitarlo, el pene en su entrepierna comienza a abultarse, como aquella noche del homenaje cuando estuvo hablando con Diana.

—Tranquilo, confía en mí.

Las manos de Diana bajan un poco más. Rozan peligrosamente el borde de sus pantalones, pero no por encima, sino por debajo, aún por debajo del elástico de sus calzoncillos. El tacto de la piel de Diana en su piel desnuda se siente distinto a cualquier otra cosa que hubiera sentido antes. Pero Charlie no está tonto. Sabe lo que pretende. De inmediato cierra las piernas, pero no por mucho, su pene está tan hinchado que se lastima.

—Tienes que relajarte. Yo te guío.

Charlie siente el contacto de los labios de Diana en su oreja, siente sus dientes mordiéndole delicadamente el lóbulo. Suspira al sentir la suave mordida, esta vez un suspiro violento.

—Estoy bien —dice Charlie.

Las manos de Diana están entretenidas en desabrochar la hebilla de su cinturón. Para entonces Charlie ya percibe una extraña humedad en sus calzoncillos.

Diana aparta las manos de la hebilla del cinturón a medio desabrochar y las pone sobre las piernas de Charlie, una mano de cada lado, incómodamente cerca de su entrepierna. Al sentirlo Charlie sacude los hombros para quitarse a Diana de encima. Ya la tiene sobre los hombros, con su rostro demasiado cerca,

lanzándole su aliento cálido en el oído derecho, con sus dientes sujetándole la parte más blanda de la oreja.

Diana suelta la oreja de Charlie y va retirando las manos con lentitud, como una caricia muy suave. Desde las piernas, pasando por su vientre, por su pecho, por sus hombros, por su cuello, por sus mejillas, así hasta terminar en su cabello.

—¿Algún problema?

Charlie no responde. El corazón le late muy rápido, su cuerpo hierve en fiebre, su respiración es agitada.

Diana lo ve desde detrás del sillón. Observa con indiferencia aquel pequeño bulto en los pantalones de Charlie. Es más chico de lo que imaginaba.

Rodea el sillón y se sienta en el diván.

—¿Qué te trae por acá, pequeño?

Charlie sacude la cabeza para despejarse. No puede controlar su cuerpo. Detener a Diana requirió mucha de su fuerza de voluntad. Ahora mismo hace un gran esfuerzo por mantener sus manos lejos de su entrepierna.

—El libro.

La bata de Diana resbala un poco de su hombro derecho. Deja ver su piel —blanca, tersa y seguramente muy suave— y parte de su lencería.

—¿Qué libro, pequeño?

Charlie ajusta su cinturón y baja su camiseta.

—Quiero salir de aquí.

Diana se cruza los labios con un dedo y pide silencio.

—No pienses tanto, pequeño. No hace falta.

Se levanta y camina a donde Charlie. A cada

paso su bata ondea, revelando sus piernas largas y bien formadas. Se arrodilla frente a él y lo sujeta del mentón. El cuerpo de Charlie sigue muy caliente y aquel contacto no ayuda mucho.

—Pobrecillo niño. Sólo mira tus ojos, el vacío en tu interior. Me partes el corazón. Tu alma mancillada y tu idea corrompida del amor jamás te dejarán conocer el amor. A menos que me permitas enseñarte el camino. Vamos, libérate de esas ataduras que forjaste, te lo ordeno.

Charlie escucha sin entender muy bien. Lo único que puede hacer es ver el rostro perfecto de Diana, el dibujo de sus clavículas, el encaje de su lencería. Enseguida se lanza a rodear su cuello en un abrazo. Intenta besarla en los labios. Pero Diana lo detiene. Atraviesa la mano con la que le sostenía el mentón, de modo que

los labios de Charlie topan en su palma, y así lo empuja de vuelta al sillón.

—Eres muy pequeño. No estás listo aún.

Charlie no puede entenderlo. Lo único que quiere es rendirse a sus manos, que lo siga tocando de esa manera, sentir su suave piel en la propia piel, pero Diana se niega a aceptarlo.

—Ven conmigo, pequeño.

Diana lo toma del brazo y lo lleva a otra estancia. Esta es blanca y bien iluminada. Parece ser el comedor. Lo sienta en una silla y ahí lo deja, frente a la gran mesa.

—Espérame aquí.

Charle aguarda sentado. En más de una ocasión la tentación le hace tocar su entrepierna —sigue tan sensible—, pero logra resistir, hasta que su cuerpo se enfría y pasa la erección.

Diana lo observa desde lejos.

—¿Y bien?

Entra al comedor ya que confirma que se ha calmado.

—¿Qué era lo que decías?

Se sienta al otro extremo de la larga mesa. Trae un vestido blanco que le cubre de los pies hasta el cuello, aún hasta las muñecas. También un sombrero blanco con una redecilla que le cubre el rostro.

Charlie se levanta de la silla.

—¿Qué me hizo?

Diana permanece muy quieta, como un maniquí.

—¿Qué clase de pregunta es esa, jovencito?

Charlie camina, despacio, en dirección a Diana.

—Usted quería hacerlo conmigo, lo sé, no estoy tonto.

Diana inclina la cabeza.

—Fuiste tú el que se lanzó a besarme, yo te detuve.

—A eso me refiero. Yo no quería, pero usted me hizo algo.

—Yo no controlo tus impulsos, los guío. Por eso te detuve, pequeño travieso.

—No me llame así.

—¿Me dirás a qué viniste?

Charlie se rasca la cabeza, nervioso.

—Usted dejó un libro en mi casa.

—¿Qué te hace creer que yo hice tal cosa?

—No lo creo, lo sé.

Diana sonríe detrás de la redecilla que le cubre el rostro.

—Admito mi vanidad, joven Charles. Era una hermosa jovencita cuando tomaron esas fotografías. Aún conservo muchos de esos

vestidos. ¿Acaso esperabas que me vistiera y me maquillara para ti? Mientras no toques, podría complacerte.

Charlie niega con la cabeza.

—No quiero eso. Mejor le muestro las fotos que tomé.

—Jovencito, ¿qué pretendes mostrarme?

Charlie busca en su teléfono y muestra a Diana la fotografía del libro y la fotografía de la pintura.

—Oh, te referías a esto. Es un escenario muy hermoso.

—Quiero saber dónde está ese lago.

—Más bien estanque.

—Estanque, o lo que sea, quiero saber dónde está.

—Te ayudaría pequeño, pero no puedo.

Charlie se sube a la mesa y se sienta frente a

Diana. Ella tiene que retroceder un poco, pues lo tiene muy cerca. Así Charlie sobrepasa a Diana por casi cabeza y media.

—Tiene que decirme… o diré lo que quería hacerme.

Diana ríe al escucharlo. Se quita el sombrero para verlo mejor, luego le toca la punta de la nariz con el dedo.

—Tal vez debería hacerte algo para que así tengas algo que contar.

Charlie se queda sin palabras.

—Si te soy honesta, Charles, así no me gustas. Por eso te dije que vinieras a mí en diez años más.

Charlie sigue sin reaccionar.

—Pues bien, sino hay más asuntos que tratar, tal vez debas irte.

Charlie vuelve a rascarse la cabeza más

ansioso aún.

—Por favor, sé que usted sabe dónde está. Debe decirme.

Enseguida se inclina, toma las manos de Diana y las pone sobre sus piernas.

—Haré lo que sea que me pida si me dice dónde está. Esta vez sí dejaré que me haga lo que quiera. Pero debe decirme.

—¿Por eso te subiste a la mesa y te pusiste tan cerca? ¿intentas seducirme o algo así?

Diana aparta las manos y vuelve a reír, esta vez muy divertida.

—Joven Hugler. Aún si pudieras seducirme, ¿crees que necesito tu permiso para hacerte algo? Mira, la verdad es que me caes bien, me pareces muy divertido, pero no me atraes lo suficiente como para tentarme.

—¿No le gusto? ¿Entonces por qué me tocó

de esa manera?

—No lo hice por mí, sino por ti. Era lo que deseabas… aunque no lo que querías, por lo visto.

Charlie se siente tan frustrado que algunas lágrimas se asoman.

—No me digas que vas a llorar. Te ves ya lo bastante grande como para hacer un berrinche. ¿No acabas de ofrecerme tu cuerpo como una moneda? No creeré tus lágrimas.

Charlie aprieta los dientes y se fuerza a no llorar.

—Te propongo un trato. Nada extravagante te lo aseguro. No te pediré tu cuerpo ni nada así. ¿Estás dispuesto?

Charlie asiente.

—Bien, Charles. Ven a verme en un año. Sé que lo tendrás presente, después de todo hoy es

tu cumpleaños. Tienes que traer contigo tu objeto más valioso. De preferencia algo que puedas cargar con tus propias manos.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo… salvo una cosa.

—¿Qué cosa?

—Que si aceptas por nada en el mundo podrás romper tu promesa. De lo contrario te las verás conmigo. Y ahora sí, eso es todo.

—Acepto.

Diana le da la dirección, aunque no aparece en el mapa. Sin embargo, con la ayuda de ella, Charlie ubica el sitio con el mapa satelital. Está relativamente cerca.

—Supongo que eso es todo, jovencito.

Charlie asiente.

—Bien, puedes irte; pero aguarda un momento, será un minuto.

Diana hace sonar una campanilla. De inmediato aparece una muchacha. Viste uniforme, igual al de la señora que atendió a Charlie en la puerta. Carga una charola cubierta. Anda agachada, evitando los rostros de Diana y su invitado. Deja la charola sobre la mesa, a un lado de donde está sentado Charlie, y se va a toda prisa.

—Bebe, antes de que te vayas.

Charlie quita la tapa de la charola. Al centro está un vaso alto lleno de lo que parece ser un batido.

—¿Qué es?

—¿Importa? Te dará mucha energía; e imagino que la necesitarás.

—No estoy seguro…

—Descuida. Sabe a chocolate. Pedí que la prepararan especialmente para ti. Sé que te

gustará.

Charlie alza el vaso y bebe todo su contenido. Está delicioso. Espera un momento para ver si se siente diferente, pero no, se siente igual.

—Debo irme.

Diana se levanta de la silla y se aparta para dejarlo pasar.

—Lo sé.

Charlie dedica una última sonrisa a Diana, baja de la mesa y se va. A decir verdad, ahora sí que se siente un poco extraño. Su cuerpo vuelve a estar caliente y el corazón le late muy rápido. Además, su pene vuelve a abultarse en los pantalones, no tanto como hacía un rato, pero si lo suficiente como para hacerle incomodo el caminar.

El sujeto le espera afuera, sentado en los

escalones de la puerta.

—¿Por qué tardaste tanto? ¿Qué pasó?

Charlie no responde.

—Lo intenté, pero no puedo entrar a esa casa. Hay algo, como una pared invisible.

Charlie busca en su teléfono la aplicación para solicitar un taxi.

—¿Me estás escuchando? No puedes ignorarme todo el día.

Charlie levanta la mirada.

—Sí puedo.

El sujeto se acerca para ver lo que hace en el teléfono. Al parecer la aplicación no le permite solicitar un viaje hasta lugar a donde quiere ir.

—¿Me dirás que pasa?

Charlie solicita un viaje hasta donde la aplicación acepta. Sigue estando lejos de la propiedad con el lago, pero es lo más cerca que

puede llegar; el resto del camino tendrá que hacerlo a pie.

—Ya encontré el lago, no te necesito. Si quieres puedes volver a la casa y quedarte ahí. Te doy permiso de que espantes a quien quieras. En especial a mi hermana.

—¿Piensas abandonarme, después de todo lo que he hecho por ti?

Charlie se toma un momento para pensarlo.

—Te ayudé con el anillo, Marcia ya sabe lo que te pasó. Esto es algo que yo debo hacer, y no tienes derecho a interferir.

—Sin mí nunca hubieras encontrado ese lago.

—Claro que sí. Tarde o temprano lo habría encontrado. O habría encontrado cualquier otra cosa.

El sujeto se toma un momento para ver a

Charlie. Sus mejillas están enrojecidas, respira agitado y actúa más violento e insolente que de costumbre.

—¿Qué te pasó ahí adentro?

—¿Pasarme de qué? Conseguí la dirección del lago por mí mismo, ya lo dije. Empiezas a fastidiarme.

—Bueno, iré contigo. Es peligroso que vayas sólo.

Charlie pone los ojos en blanco.

—¿Qué es lo peor que me puede pasar? ¿Morir?

Charlie sale a la calle para esperar y se sienta en la banqueta. Está tan ansioso que no deja de mover las piernas. En más de una ocasión estira el cuello de la camisa para dejar entrar el aire, el calor empieza a resultarle insoportable a pesar de lo fresco del ambiente.

El sujeto insiste en hablar, es obvio que no se encuentra bien, pero Charlie se niega a responder sus preguntas o a contarle sus planes.

Pasado un rato que a Charlie se le antoja exageradamente largo, llega el taxi. Aparca frente al portal de la casa de Diana. El conductor mira su GPS; es el sitio correcto. Charlie y conductor intercambian miradas, el primero de impaciencia el segundo de duda.

—¿Charles Hugler?

Charlie asiente y sube al auto.

—¿Vas tú solo, hijo?

Charlie no responde. Saca el dinero del bolsillo de su chaqueta y lo entrega al conductor. El importe más una generosa propina.

—Preferiría no hablar.

El conductor se toma unos segundos para

evaluar la situación, luego comprueba la propina y se pone en marcha. Da unos cuantos vistazos al niño desde el espejo retrovisor. Está colorado como un tomate, quizá enfermo. Además, no deja de mover las piernas.

—¿Todo bien?

Charlie ignora la pregunta. Se hunde más en el asiento y cierra los ojos. Si no se moviera tanto pasaría por dormido. De hecho, eso quiere, dormir un poco para ocupar el tiempo del camino, pero no puede. Así que se conforma con el silencio y con la oscuridad de sus parpados cerrados. Lo último que quiere es seguirle el juego a un conductor parlanchín metiéndose en lo que no le incumbe.

El viaje es largo y tedioso. Charlie puede sentir cada movimiento del auto. También escucha con nitidez el monótono bullicio de la

ciudad, la música impersonal de la radio y la respiración serena del conductor.

—Llegamos.

Charlie abre los ojos, lento, adaptándolos a la claridad del día. Tal vez sí se durmió después de todo, aunque no está seguro. Está a punto de bajar cuando escucha su teléfono. No está en el bolcillo de su chaqueta sino en el asiento. Debió caerse en algún momento durante el viaje, Es una llamada de su papá. Charlie toma el teléfono, sale del auto y se aleja en dirección a la plaza, tan aprisa que se olvida de dar las gracias al conductor del taxi.

—¿No piensas contestar? —dice el sujeto.

No piensa hacerlo. Espera a que la llamada entre a buzón, enseguida cambia la configuración de su teléfono a modo avión, para dejar de recibir llamadas.

—Papá está preocupado.

—Dirás mi papá, no el tuyo —dice Charlie molesto.

Una señora que vende golosinas se le queda viendo por semejante exabrupto; supone que es por algo que vio en su teléfono. Charlie le sonríe apenado. No trae el manoslibres, así que no puede fingir que está en llamada.

—No hagas las cosas más difíciles, sólo vuelve

Charlie guarda el teléfono en el bolcillo de la chaqueta. La aplicación de mapa no sirve con el modo avión, así que tendrá que hacer el recorrido de memoria.

Mira a su alrededor para ubicarse. Está en una gran plaza, de esas típicas plazas que te encuentras en los pueblos pequeños: con su respectiva fuente, sus bancas, sus caminos

embaldosados, sus grandes árboles y sus amplias zonas verdes. Hace algo de frío, el viento sopla y el cielo está nublado. En esas condiciones son pocos los que pasean o los que abrieron sus puestos callejeros, como la señora de los duces.

En todo en derredor se alzan grandes edificios —la mayoría negocios—: una oficina de correos, una heladería, una zapatería, una mueblería, una pastelería, un estudio fotográfico, destacando, por supuesto, una gran iglesia de estilo colonial. Se acerca a esta última y pide permiso para usar el baño. El monaguillo, un chico unos tres o cuatro años mayor que él, al principio no está tan seguro de dejarlo pasar; pero un billete es suficiente para convencerlo. Después de usar el sanitario entra a una tienda para comprar algo de comer. Su estómago protesta. Una salchicha y un refresco son

suficientes para dejarlo satisfecho.

—Aún puedes volver a casa.

Charlie no responde. Y aunque quisiera, sin el manoslibres no puede ir por ahí hablando solo como un loco. Se limita a caminar. Localiza la calle que le lleva al camino entre el bosque y sigue andando, por la orilla de la carretera, sin detenerse y sin mirar atrás. Algunos conductores se le quedan viendo, extrañados de toparse a un niño andando solo en aquel inusual camino, pero sus miradas se pierden con la misma velocidad con que sus vehículos avanzan. Gradualmente los autos dejan de ser frecuentes; alguno que otro pasa de forma esporádica. También aumenta la vegetación; los árboles son más grandes y frondosos.

—¿Hueles eso? —dice el sujeto—. Es la lluvia, ya está aquí.

Charlie se detiene en seco y mira al cielo. Las nubes plomizas lucen más cargadas que al iniciar el día. No es que no espere la lluvia —sabe que es inevitable— es que aún no es el momento, aún no está en el lago. Cae primero una gota, luego otra, luego otra, y luego otra más, hasta que la lluvia es una cortina cerrada. Se abraza a sí mismo y se agacha de cuclillas.

—Debiste volver cuando aún podías.

Charlie cierra los ojos, los aprieta con fuerza para no ver a su alrededor. Pero no sirve de nada, ya siente a las sombras acariciando sus zapatos y tentando sus tobillos.

—¿Estás bien, niño?

Charlie levanta el rostro y abre un poco los ojos para ver quién le habla. Es un hombre de camiseta roja y gafas de sol. Sonríe mostrando dos perfectas líneas de dientes blanquísimos.

—Te estás empapando, si no te resguardas enfermarás. ¿Quieres subir?

El hombre conduce un auto rojo, bastante anodino y olvidable.

—¿Estás perdido? Te puedo llevar a casa.

El sujeto se inclina de cuclillas para estar a la altura de Charlie.

—No me gusta esa persona. No vayas con él.

El hombre de rojo abre la puerta del auto para salir. De inmediato el sujeto se abalanza contra la puerta y la embiste con fuerza para cerrarla de nuevo.

—¡Corre! —grita el sujeto.

Charlie no reacciona, no tan rápido como debiera. El hombre de rojo toma la manilla de la puerta y la abre otra vez, pero el sujeto vuelve a embestir la puerta para cerrarla.

—¡Que corras!

Charlie se levanta confundido, no termina de entender qué está pasando.

—No hagas eso chico, no quiero hacerte daño. Sólo quiero hablar.

El hombre insiste en abrir la puerta, pero el sujeto sigue cerrándola.

—¡Que corras… ya!

Al fin Charlie espabila. Hay algo en la sonrisa del hombre de rojo que no le agrada. Titubea, luego corre al bosque. Va con los ojos cerrados, pisando esos charcos que tanto quiere evitar, chocando con ramas y con árboles en su camino. Aunado a eso, las sombras intentan atraparlo, así que lo hacen tropezar todo el tiempo.

—No seas tonto, abre los ojos.

Charlie obedece. Es más fácil y rápido avanzar con los ojos abiertos, ahora sí puede

evitar los obstáculos. Pero no por eso deja de estar asustado.

—Detente. Nos viene siguiendo, tienes que ocultarte.

—¿Cómo? Tengo miedo, no entiendo qué está pasando.

—Ocúltate bajó esos arbustos. Yo lo distraeré.

—No. Ahí están las sombras. Están en todas partes.

Charlie vuelve a cerrar los ojos. La lluvia no deja de formar charcos y en los charcos siguen apareciendo las sombras. Estiran los brazos para atraparlo.

—Chico, ¿dónde estás? —canturrea el hombre de rojo. Se escucha cada vez más cerca.

—Abre los ojos, no es momento de llorar. Trepa a un árbol lo más arriba que puedas. Yo

lo distraeré.

Charlie busca con la mirada hasta localizar un buen árbol. Enseguida trepa tan arriba como puede. El sujeto espera a que suba. Charlie no está tan oculto como quisiera, pero no hay otra cosa que se pueda hacer. El hombre de rojo se oye cerca. En seguida el sujeto se va corriendo a una dirección al azar, teniendo cuidado de romper muchas ramitas a su paso.

—Ven… vamos a jugar.

El hombre de rojo observa el suelo, es obvio que sigue las huellas de Charlie. No tarda en localizar el rastro del sujeto, pero algo hace que se detenga. Ríe divertido, luego voltea hacía arriba.

—¿Creíste que podías engañarme con un truco tan bobo?

Charlie se aferra al árbol con todas sus

fuerzas, pero es difícil, por la lluvia está muy resbaloso.

—¿Qué quiere de mí?

El hombre se quita los lentes de sol. Se ve de algunos cuarenta años, quizá menos, quizá más. Sonríe a Charlie muy divertido mientras lo señala de forma juguetona con un enorme cuchillo de caza.

—¿No es obvio?

Charlie no responde.

—Quiero tu muerte.

Charlie pierde el equilibrio al escucharlo, pero al último momento consigue sostenerse.

—Cuidado, podrías caer y romperte el cuello.

—Déjeme en paz.

—Dime cómo lo hiciste. No parece que seas telépata.

Charlie no entiende nada.

—Vamos, dime. Aquí entre nos, de victima a asesino.

—No sé de qué habla.

—Claro que sabes de qué hablo, no me dejabas abrir la puerta del coche.

Charlie no responde.

—Bueno, no importa. Tarde o temprano tendrás que bajar. Por iniciativa propia o cayendo a causa del cansancio. Yo estaré aquí esperando.

—¡Ayuda! —grita Charlie en dirección a donde se fue el sujeto.

El hombre de rojo ríe a carcajadas.

—Créeme niño, nadie te escucha, ni siquiera Dios. Estamos solos en esto.

—¿Por qué quiere matarme?

El hombre de rojo se toma un momento para

pensarlo. Sigue jugueteando con el cuchillo de caza, incluso lo usa para rascarse la sien de forma descuidada. Se hace un pequeño corte que no tarda en sangrar; el agua de la lluvia se encarga de disolver el hilillo de sangre.

—No tengo por qué responderte. Pero supongo que no importa en realidad.

Guiña un ojo.

—Te lo diré como una confidencia, de asesino a víctima.

Busca en el bolcillo trasero de su pantalón y saca una fotografía impresa.

—Existe un libro muy antiguo que se llama *Judicium vita*. Esta es la fotografía de una de sus hojas. Y resulta que es un dibujo de tu cara, acompañado con una serie de números que indican una fecha y una coordenada. Entiendes de que hablo, ¿no?

Charlie no entiende.

—No es nada personal, chico. Sólo que, al universo, o a Dios, o a quien se encargue de esas cosas, se le ocurrió que tu existencia era peligrosa y que este sería el día de tu muerte, así que lo puso en la mente de algún clérigo, monje o un *quéseyo,* no importa, algún tipo con una cruz, para que lo pusiera en el libro. Y heme aquí.

El hombre de rojo no alcanza a decir nada más. Los brazos de las sombras emergen del charco donde está parado y lo apresan; en seguida lo estiran al interior del charco hasta desaparecerlo.

El sujeto sale del mismo charco.

—Debemos irnos…

Charlie baja del árbol con dificultad. En el último tramo resbala, rasgando su chaqueta

nueva y su camisa. Se hace varios rasguños en los brazos, en el pecho y en el vientre.

—Él, está muerto…

—No. Está atrapado y está enojado; y no tardará en liberarse. Debemos irnos.

Charlie corre. Trata de esquivar los charcos lo mejor que puede, dando largos saltos y zigzagueando. No quiere que las sombras lo atrapen y se lo lleven al otro lado, menos sabiendo que el hombre de rojo está ahí.

No tarda en volver a la carretera. La lluvia sigue cayendo y hay charcos por doquier. La presión es tanta que vuelve a inclinarse de cuclillas y a cerrar los ojos con fuerza.

—Recuerda la canción de Clara —dice el sujeto.

Charlie recuerda la canción. Afuera llovía tanto como llueve ahora. Charlie estaba en su

cama cubierto con la cobija. No quería hablar, pero Clara no dejaba de insistir. Preguntaba una y otra vez a qué le temía, hasta que Charlie confesó que era a la lluvia. Entonces Clara tomó su guitarra y cantó:

Lluvia cae, sobre mí, limpia mi dolor.
Lluvia va, por mi piel, desde el corazón.
Fluye sobre mi alma, corriendo a mis pies,
dice que la calma, volverá otra vez.

—Concéntrate en la canción y ellas te dejaran en paz.

—¿La canción? —dice Charlie, más para sí mismo.

Recuerda la melodía: esos acordes tan profundos como melancólicos; y la voz de clara, suave, dulce y cristalina. Recuerda la figura de ella, sentada en el buró a un lado de la cama,

esperando paciente, contándole historias para distraerlo, cantándole canciones.

Abre los ojos. Las sombras siguen ahí, expectantes, a la espera de cualquier descuido. Ya no intentan atraparlo.

Mírame, sigo aquí, yo a tu lado estoy.
Junto a ti, siento que, todo irá mejor.
Lluvia de mis ojos, pronto cesará,
con una caricia, tú la secarás.

Se levanta y corre con todas sus fuerzas, tanto como nunca ha corrido. De sobra está decir que no es el más activo de los niños, dada su falta de interés por los deportes o las actividades al aire libre en general. Sin embargo, hay algo en su interior que le da una mayor resistencia a la habitual. En clase de deportes apenas puede correr; con las primeras

dos vueltas a la pista termina tan cansado que si no se detiene a recuperar el aliento vomita. Pero ahora corre ignorando sus propias limitaciones físicas.

Lluvia cae, vez tras vez, desde mi interior.
Eco es, del crujir, de mi corazón.
Sale de mi cuerpo, para no volver,
y una flor marchita, vuelve a florecer.

Finalmente, un tropiezo le detiene. Cae de lleno al piso raspándose la palma derecha y haciéndose un corte en la barbilla. El pantalón termina roto de la rodilla derecha.

—¿Estás bien? —pregunta el sujeto.

Charlie se levanta ignorando el dolor.

—¿Quién era ese tipo?

—No lo sé. Pero sus intenciones no eran buenas.

—Quería matarme.

Charlie saca su teléfono para intentar ubicarse —basta desactivar el modo avión—, pero la pantalla está estrellada y por el agua de la lluvia ya no enciende.

—Tal vez sea el momento de volver a casa.

Charlie comprueba su barbilla, le duele. Sus dedos terminan empapados en sangre. Los raspones en la palma y en la rodilla le escosen.

—No puedo volver, ese tipo está ahí atrás. En cualquier momento me alcanzará con su auto. Además, estoy cerca. Sé que puedo llegar, memoricé el mapa.

Reanuda la carrera. Le molesta la rodilla y el tobillo, pero no es algo que no pueda soportar. Avanza un largo tramo, hasta que la falta de aliento le detiene. Otra vez cae al suelo, aunque no de forma tan aparatosa. Apenas puede

respirar y los calambres le obligan a doblarse de formas poco naturales.

—No creo que puedas seguir corriendo —dice el sujeto.

Charlie no atiende a razones, ha recorrido tanto, ha llegado tan lejos que no puede rendirse ahora, pero está tan cansado que su cuerpo no responde. Se queda tirado en el asfalto, con la lluvia cayendo y acumulándose en charcos a su alrededor. Las sombras parecen indecisas, algunas aventuran a atraparlo, pero enseguida lo sueltan.

—¿Ya estás listo para volver a casa?

Definitivamente no puede rendirse, es el último esfuerzo que debe hacer. Planta ambas palmas en el suelo y se impulsa para levantarse; incluso algunas de las sombras lo empujan para que se ponga en pie. Camina despacio, pero sin

detenerse. Pronto ve a lo lejos una camioneta azul. En seguida se pone alerta, recordando al hombre de rojo, pero la camioneta no parece que sea el vehículo de un asesino. Lleva dos bicicletas de montaña en la caja. Sus músculos vuelven a entrar en calor, lo que facilita avanzar, a pesar del dolor. No hay nadie en la camioneta y no se ve a nadie cerca. Trepa a la caja, libera los broches que aseguran a una de las bicicletas y la baja. Tiene años sin montar una bicicleta, La última vez su hermano aún vivía. Deja en la caja una generosa paga en billetes mojados, suficiente para comprar tres iguales, luego sube a la bicicleta y sigue con su camino.

Pedalear es tan difícil como agotador, pero ir en bicicleta es mejor que correr. Tras pedalear lo suficiente puede descansar un poco mientras

la bicicleta sigue avanzando.

En más de una ocasión cae por el cansancio. Hierve en fiebre y su cuerpo no deja de temblar. Repentinos calambres le magullan los músculos de las pantorrillas, las piernas, los glúteos y la espalda baja.

El último kilómetro lo avanza muy despacio; impulsado más por su fuerza de voluntad que por su fuerza física. Pero el esfuerzo rinde su fruto. Se emociona al ver el monumento que anuncia que ha llegado al fraccionamiento campestre residencial. El guardia de la entrada duerme, así que Charlie pasa a un lado de la caseta sin ser visto.

No tarda en encontrar la dirección de la quinta, Llora al ver la enorme casa, una mansión quizá mayor a la que le heredó su tío. Pero la construcción no le interesa en lo más

mínimo, lo que le interesa es el lago en el patio de atrás. Intenta bajar de la bicicleta, pero no puede levantar la pierna así que cae de nuevo al suelo.

—Hicimos un trato —dice el sujeto—. Te ayudaría a llegar al lago de la pintura si me hacías tres favores. Y este es el tercero: No mueras. No aquí, no este día.

Charlie se incorpora a duras penas, claro que recibe un poco de ayuda. Le es difícil mantenerse en pie, pero las sombras no lo dejan caer.

—Ya no importa tu trato. Estoy aquí.

Camina rumbo al portón de la propiedad, pero antes de poder acercarse a menos de cuatro metros, el sujeto se interpone entre él y la casa.

—No quería hacer esto —dice el sujeto.

Toma a Charlie de la camiseta, lo levanta y

lo avienta lejos.

Charlie cae al fango, sobre algunos charcos. De inmediato las sombras lo apresan; pero no intentan llevárselo, más bien le ayudan a ponerse de pie. Cuando está firme, con los pies en el suelo, lo sueltan. Charlie está concentrado en llegar a la puerta. Se acerca, pero el sujeto vuelve a aventarlo lejos. Charlie se repone con ayuda de las sombras y el sujeto lo vuelve a lanzar lejos, hasta en tres ocasiones más.

—Ya… déjame.

Charlie llora. El cuerpo le duele, apenas le quedan fuerzas; de no ser por las sombras no podría mantenerse en pie.

—No si no cumples tu parte del trato.

La lluvia se intensifica aún más, el agua se acumula en charcos cada vez más grandes.

—No puedes negarme mi derecho.

—Nadie tiene derecho a quitarse la vida, ni siquiera el tío lo tenía.

—Tengo derecho a reunirme con mi hermano.

Charlie talla sus ojos, intenta quitarse el agua del rostro para ver mejor.

—Pero si yo estoy aquí, contigo.

Charlie se estremece al escuchar esa voz tan familiar. Entorna los ojos para ver al sujeto, la cerrada cortina de lluvia complica las cosas, sin embargo, es claro que ya no luce como Víctor. Se acerca a pasos lentos. Ahora es más bajo en estatura, el color de su piel es más bien aceitunada y no pálida, su cabello es negro y no castaño, y sus ojos, ya no son de ese extraño color amarillo sino grises, un gris oscuro que podría pasar por negro.

—Yo siempre he estado aquí para cuidarte,

hermanito. Yo siempre he estado a tu lado.

—¿Fernando?

El sujeto extiende los brazos como ofreciendo un abrazo, ese que nunca le ofreció en vida. Charlie se acerca con timidez. Es el rostro que recuerda, con el que soñó esa madrugada, el rostro en sus fotografías. El sujeto le sonríe con dulzura.

—No debiste dejarme. Si hubieras insistido yo te hubiera prestado mi papalote.

—No pienses en eso.

El sujeto da un par de pasos y abraza a Charlie. Es un abrazo firme y cálido, tan lleno de amor que parece autentico. Al principio Charlie duda, luego sede y lo abraza también. Ya no es un niño pequeño, ahora tiene la misma estatura que su hermano. Es quizá un poco más alto. Lo abraza con ternura, tratando de

transmitir en ese abrazo todo el apoyo y comprensión que no le dio en vida.

—Debiste confiar en mí. Yo te habría ayudado.

El sujeto se aparta de Charlie y lo toma de los hombros, para verlo mejor. Le vuelve a sonreír.

—Yo siempre confíe en ti, hermanito. Eres mi hermano favorito.

Charlie sonríe, luego llora. Pero no de pena o de felicidad. Es otra cosa, un sentimiento extraño. Aquella cosa se ve y se oye como su hermano, pero no es Fernando.

—¿Por qué me engañas?

El sujeto suelta los hombros de Charlie y retrocede un paso.

—Yo…

—No eres él.

El sujeto baja la mirada.

—Yo en verdad soy tu hermano. Tal vez no el que quieres, pero lo soy, y te consta. Yo siempre he estado contigo, y te amo. Por eso no puedes hacerme esto. Yo… no quiero morir.

Charlie no puede seguir viendo al sujeto, por más que se vea como Fernando. Lo odia con todas sus fuerzas, por querer usurpar un lugar que no le pertenece, por intentar engañarlo.

—Tú no eres mi hermano.

Las sombras surgen del charco y apresan al sujeto, luego lo lanzan contra el portón. El impacto es suficiente para reventar la cadena que lo asegura.

El sujeto intenta levantarse, pero no se puede sostener. Escupe grandes cantidades de sangre.

—No lo hagas… por favor…

—No quiero hacerlo, pero me estorbas.

Charlie busca a su alrededor, hay varios objetos, por ejemplo la cadena, pero se decanta por una gran piedra. La levanta y se acerca al sujeto para aplastarle la cabeza. Y a punto está, pero las sombras se interponen y se llevan al sujeto, lo desaparecen en el charco antes de que la piedra impacte contra el suelo.

No tiene un reloj para comprobarlo, pero la hora es la una de la tarde con treinta y tres minutos, lo que significa que en ese momento oficialmente cumple once años de edad.

A lo lejos se escucha el sonido de una sirena. El sonido se acerca. Charlie sabe que queda poco tiempo ya.

Rodea la casa para llegar al extenso patio. Ahí está lago —o estanque, como le dice Diana Amaral—. Se quita los zapatos, los calcetines, la

chaqueta y el pantalón.

El sujeto surge de un charco cercano. Aún se le ve maltrecho, pero al menos ya no escupe sangre.

—No puedes romper el trato.

La sirena ya suena dentro del fraccionamiento.

Charlie camina directo al lago —si a eso se le puede decir caminar—. Las sombras mueven su cuerpo, como si se tratara de una marioneta. Es difícil decir si es movido por la voluntad de las sombras, o si las sombras obedecen a la voluntad de Charlie. Llega al agua del lago y mete primero los pies. El agua está fría, más que el agua de la lluvia. La frialdad se acentúa debido a la fiebre. Sigue caminando. Pronto el agua le llega a la cintura, después al pecho, y así hasta que no puede tocar el fondo y el agua le

cubre por completo.

Las sombras se mueven a su alrededor como bailando. Rodean su cuerpo con los brazos, en suaves caricias. Lo apresan de las piernas, de la cintura, del pecho; lo estiran hacia abajo, hacia el fondo del lago.

Lo último que ve es la luz del sol que se asoma a través de un hueco entre las nubes. Visto desde el interior del agua el sol luce diferente. A la luz intensa le sigue la oscuridad y la nada absoluta. Charlie muere.

3 EN EL PASADO.



ESA MAÑANA Marcia se levantó con dolor de cabeza. La culpa era de las margaritas que bebió la tarde anterior. Vaya si las necesitaba, después de escuchar semejante historia un poco de alcohol no le sentaba nada mal. El dolor era mucho, sí, pero podía soportarlo. Después de todo era un dolor viejo, uno que a su manera había superado y con el cual había aprendido a vivir. Pero ahora que al fin sabía lo ocurrido con Víctor, ese dolor terminó de asentarse. Se sentía completamente lista para seguir adelante. Además, no podía dejar de ver su anillo. Debió costar una fortuna. La piedra era preciosa. Si le preguntaban por la joya diría que era un regalo de ella misma para ella misma. Nadie podría juzgarla; ella valía eso y más.

Salió de la cama y se fue directo a la regadera. Disfrutó del agua tibia por largo rato; dejó que le recorriera el cuerpo desnudo —particularmente sensible—. Se merecía ese momento. El domingo apenas empezaba y no tenía planes; en realidad, no le apetecía salir. Ese domingo sería exclusivo para ella. Comería helado sin preocuparse por las calorías, vería una o dos películas, se pintaría las uñas —cada una de sus veinte uñas— con minuciosidad.

Salió de la ducha envuelta en una toalla y se encaminó a su habitación. Ignoró a su hermana, que reclamaba el baño con su florido lenguaje. Ignoró también al odioso gato de su hermana, que se empeñaba en dificultarle el paso atravesándose a sus pies.

Se sentó frente al peinador y tomó la secadora de pelo. En eso estaba cuando escuchó

el sonido de las notificaciones en su teléfono celular. Se asomó a la cama, donde el teléfono esperaba paciente. Era un email según se veía en la pantalla. En un principio pensó en ignorarlo, dejarlo pasar y revisarlo hasta el lunes, pero una corazonada inexplicable le llevó a levantar el teléfono para echarle un vistazo.

Era un email de ese niño, Charlie. Sonrió y volvió a arrojar el teléfono a la cama. Le había escrito demasiado pronto, no pasaba nada si lo hacía sufrir un día o dos antes de mandarle una respuesta. Pero nuevamente una extraña corazonada le hizo recuperar el teléfono y ver de qué se trataba. Se dijo a sí misma que era porque no tenía nada mejor que hacer. Seguro que el niño se emocionaría de recibir una respuesta tan rápido.

Hola Marcia. Soy Charlie.

Atiende este mensaje por favor. Hoy planeo suicidarme, a las 13:30 horas, justo en el momento en que cumpliré once años.

Adjunto al correo encontrarás dos cosas. Primero el contacto de mi papá. Él te confirmará mis planes, pues he dejado mi nota de suicidio dentro de mi habitación. Lo segundo es el lugar a donde iré a suicidarme.

Si puedes detenerme antes, hazlo, por favor. Si no por lo menos procura llegar a tiempo. No quiero morir; y lo sabes. En el fondo yo no quiero morir. Por favor, sálvame.

Pasó cerca de un minuto para que Marcia pudiera reaccionar. Las piernas le flaquearon, así que se sentó en la cama. ¿Aquello era en serio? La extraña corazonada le dijo que sí, era muy en serio. En seguida marcó al número adjunto.

El señor Hugler tardó en contestar pues no estaba en su casa. Pero finalmente aparcó para atender a ese número que marcaba con tanta insistencia.

—Diga.

—¿Bueno? ¿Con el señor Charles Hugler?

El señor Hugler no reconocía la voz. Por un momento creyó que se trataba de una niña, tal vez alguna amiga de su hija Clara. El corazón le empezó a latir muy rápido. Le debía una llamada a su hija y con tantos pendientes no se había dado el tiempo.

—El habla.

—Es por Charlie.

—¿Perdón?

—Acabo de recibir un email de su hijo Charlie. Dice que planea suicidarse el día de hoy, a la una y media de la tarde. Él me dio su

número, dice que usted puede confirmarlo todo, en su habitación está la nota de suicidio.

—No estoy en casa, señorita. Tardaría unos treinta minutos en volver.

—Está bien, yo espero su llamada.

El señor Hugler vio de nuevo la pantalla. No reconocía ese número.

—¿Es una broma de mal gusto? ¿De qué conoce a mi hijo?

—No es una broma, señor Hugler. Mi nombre es Marcia. Conocí a su hijo ayer, está realmente afectado, me dijo que quería morir. Yo intenté disuadirlo, pero creo que necesita ayuda profesional.

El señor Hugler colgó la llamada y se puso en marcha de vuelta a la casa.

Marcia se vistió aprisa con lo primero que encontró: unos jeans azules, una blusa azul, un

anorak rojo y sus sandalias. Nunca había estado tan desarreglada en toda su vida. Apenas y pensó en eso; tomó una liga, se hizo una coleta —ni siquiera se maquilló— y así salió a la calle.

Subió a su auto, luego marcó al número de Charlie. La llamada no entró, le mandó a buzón al instante; ya se lo esperaba. La lluvia era copiosa, cosa que la puso muy nerviosa pues odiaba conducir con agua. Arrancó sin tener muy claro lo que haría. No podía pensar con claridad; y la molesta luz parpadeante del tablero le hacía las cosas más difíciles. Tan pronto vio una gasolinera llegó para acabar con ese problema.

—Buenos días señorita…

—Tanque lleno por favor.

—¿Quiere algún aditivo?

—¡Que llene el tanque, joder! Tengo prisa.

El dependiente hizo tal y como le indicaron. Sudó frío al recibir la tarjeta de crédito pues Marcia se veía bastante alterada y aquel chisme de las tarjetas a veces fallaba. Afortunadamente para todos, la transacción fue exitosa. Tan pronto recibió su tarjeta de vuelta Marcia arrancó sin dar las gracias al dependiente.

Aparcó en una tienda de conveniencia. Tenía que darse unos minutos para aclarar las ideas. Respiró profundo y marcó los tres dígitos del número de emergencias.

—Buenos días, habla Marcia Quintanilla.

—¿Cuál es su emergencia, señorita?

—Hablo para reportar el suicidio de un niño.

—Edad del menor.

—Once años.

—¿Hizo usted el hallazgo del cuerpo, señorita?

—No, aún no lo hace.

—¿Podría explicarse mejor?

—Él me lo dijo.

—¿Se encuentra con el menor en este momento, señorita?

—No, me envió un email.

—Le recuerdo que es un delito el hacer llamadas de broma…

—No es una broma, señora. Lo conozco y sé que lo hará.

—¿Sabe cómo planea hacerlo?

—No tengo idea de cómo piensa hacerlo.

—Lamentablemente no podemos ofrecerle ayuda si no nos da más información.

—Conozco el lugar donde planea hacerlo, y la hora en que lo hará. Es muy lejos y yo no podría llegar a tiempo.

—Le recuerdo que esta llamada está siendo

grabada…

—Rastree mi llamada y venga por mí si eso hará que se aceleren las cosas.

—¿Qué relación tiene con el menor?

—No es nada mío.

—Puede indicarme su edad, señorita.

—Veintidós años.

—¿Desde cuándo conoce al menor?

—Apenas ayer lo conocí.

—¿Por qué el menor se puso en contacto con usted para informarle de sus planes?

—¿Sabe qué? Jódase. Si el niño muere me encargaré de que se enteren en todos los noticieros de la ciudad. Y cuando vea la noticia, sepa que usted fue quien lo mató.

Colgó el teléfono enfurecida y dio varios golpes al volante. No podía concentrarse. Aparte de la resaca el estómago le dolía de hambre;

seguía en ayunas. Bajó del auto y corrió a la tienda; aunque de todos modos, terminó empapada por la lluvia. Compró un jugo y una manzana, estaba segura de que pensaría mejor con el estómago lleno.

Apuraba el último trago de su jugo cuando sonó el teléfono.

—Diga.

—Hay una nota en su habitación. Es muy criptica, pero supongo que puede pasar como nota de suicidio. Le envío una fotografía.

Marcia vio la foto. La nota ponía:

Me voy con mi hermano.

—Se culpa por la muerte de su hermano, señor Hugler. Le enviaré las coordenadas. Yo… yo intentaré llegar antes.

Tardó en reaccionar. Tan pronto colgó el

teléfono se quedó en blanco. No podría llegar a tiempo, realmente estaba lejos. Tenía que pensar rápido.

Subió al auto y se puso en marcha, ya pensaría algo en el camino, por ahora lo ideal era acortar distancia.

El golpe no fue muy aparatoso, pues iba de reversa para salir del estacionamiento.

—Joder, joder, joder —gritó mientras golpeaba el volante.

El otro conductor salió enfadado.

—¿Qué no ves, mujer?

El hombre no dijo nada más al ver el rostro de Marcia. Estaba pletórica de furia. Marcia se acercó a ver los daños, el hombre hizo lo mismo, aunque un poco más mansito.

—Me lleva la chingada —dijo Marcia al ver la llanta trasera salida de su sitio.

Respiró profundo, luego marcó al seguro.

—Hablo para reportar un accidente.

Dio sus datos, indicó el lugar.

—¿Necesita una ambulancia, están todos bien?

La idea le llegó de improviso, como un chispazo de inspiración.

—Sí, ocupo una ambulancia. Dese prisa, por favor.

La ambulancia llegó, incluso antes que el ajustador. Un par de paramédicos bajaron para evaluar la situación. Salvo por un ligero dolor de espalda del otro conductor, todos parecían estar bien.

—Tengo un arma —gritó Marcia.

Los paramédicos y el otro conductor retrocedieron asustados, lo mismo que los curiosos que empezaban a amontonarse

alrededor. Marcia tenía la mano en el bolcillo del anorak. Se adivinaba una forma similar a una pistola.

—Tranquilícese señorita.

Marcia se acercó a ese paramédico. Era el único que se había animado a hablar, lo que significaba que tenía agallas.

—Tú.

El paramédico retrocedió con las manos en alto.

—Vamos a dar una vuelta.

Marcia lo guio hasta la ambulancia, sin dejar de apuntarle en ningún momento. Ordenó al conductor que bajara, luego subió y pidió al paramédico escogido que subiera.

—Ahí están las coordenadas.

Le arrojó el teléfono celular. El paramédico lo atrapó con torpeza.

—Llévame ahí; y más vale que te des prisa.

El paramédico ingresó las coordenadas al sistema de navegación de la ambulancia. Luego encendió la sirena y se puso en marcha. Avanzó por la ciudad sorteando a los otros automovilistas. Con la sirena encendida era fácil, el resto de autos se hacían a un lado para ceder el paso. Sin embargo, la lluvia no menguaba, lo que en verdad complicaba el viaje, más considerando la velocidad a la que el paramédico conducía la ambulancia. Fortuitamente todos los semáforos les daban luz verde tan pronto tenían que pasar por ellos y conforme más se alejaban de la ciudad menos eran los autos estorbándoles el paso.

—¿Por quién vamos?

Marcia levantó su intento de arma para apuntar a la cabeza del paramédico.

—Ya sé que no traes un arma, desde hace rato que vi cómo se doblaban tus dedos.

Marcia sacó la mano del bolsillo del anorak, hacía la forma de una pistola con los dedos.

—Mejor ponte el cinturón. Te llevaré de todos modos.

Marcia se acomodó en el asiento y se abrochó el cinto.

—Gracias.

—Bueno, no te habrías tomado tantas molestias si no fuera importante. Me llamo Ernesto, por cierto.

—Soy Marcia.

—¿Y bien?

—Es un niño…

El paramédico escuchó, con una mezcla de asombro e incredulidad. Marcia intento mostrarle la fotografía de la carta de suicidio,

pero el paramédico no podía apartar la vista del camino.

Llegaron a la una de la tarde con treinta y cinco minutos. Ahí estaba una bicicleta tirada en el fango, más haya un portón abierto de par en par y una cadena con un candado roto en el suelo. La lluvia seguía cayendo con ímpetu. La ambulancia entró a la propiedad, hasta donde pudo avanzar.

—Si sigo nos quedaremos atascados en el fango.

Marcia bajó de la ambulancia. Intuía que algo andaba mal, podía sentirlo. Por más que buscaba no veía a Charlie por ningún lado.

—Mira —dijo el paramédico.

Ahí estaban unos pantalones en el fango, con apariencia de ser nuevos; los pantalones de un niño. Un poco más allá, cerca del estanque,

estaba la chaqueta, una que ella conocía bien.

De inmediato entendió lo que pasaba.

—Está en el agua, quería morir ahogado.

Apenas tuvo tiempo de quitarse el anorak y las sandalias. Se lanzó al agua para buscar a Charlie. No podía ver nada con el agua revuelta, pero supuso que lo más lógico era buscar al centro del estanque en la parte más honda. Nunca fue la mejor nadadora, pero hizo su mayor esfuerzo para llegar. Y ahí estaba el cuerpo de Charlie. Lo rodeó del pecho y lo sacó a flote.

No pesaba. Lo llevó a la orilla sin dificultad. El paramédico se sorprendió mucho al verlo. En su interior seguía creyendo que aquello eran disparates. Aún al ver al niño ahogado, algo en su interior le seguía diciendo que no podía ser, que no era real.

—No respira, Ernesto, no respira.

Marcia dejó el cuerpo de Charlie en el suelo.

El paramédico pidió espacio y empezó con las maniobras de resucitación. Le levantó el mentón y sopló aire a sus pulmones.

—Está muy frío. Su corazón se detuvo. Ya no tiene pulso.

Continuó con las maniobras de RCP por tres minutos más, pero fue inútil.

—Lo siento Marcia. No responde. Murió.

Marcia caminaba alrededor, como leona enjaulada.

—No puedes detenerte. Usa esas cosas de los toques. No has usado esa cosa de los toques.

—Hay demasiada agua y la lluvia no se detiene. Así no podemos usar el desfibrilador. Además, no sabemos cuánto tiempo llevaba sumergido.

—Hazte a un lado, eres un inútil.

Marcia se arrodilló a un lado del cuerpo de Charlie. Le levantó el mentón como había visto hacer al paramédico y sopló cinco veces. Después dio las treinta compresiones en el pecho —según había alcanzado a contar—. Volvió a soplar. Volvió a dar las compresiones. Así hasta que quedó convencida de que aquello era inútil.

Gritó con todas sus fuerzas al entender lo que pasaba. El niño estaba muerto.

El paramédico se acercó a abrazarla para consolarla —sufría una severa crisis de histeria —, pero ella lo apartó de sí.

Marcia se dejó caer sobre el pecho del cuerpo de Charlie.

Ocurrió tan rápido. La estática levantó cada cabello —rompía la barrera del sonido en la

forma de un fuerte zumbido—. La luz iluminó en un blanco perfecto, al tiempo que se escuchaba el estruendo más fuerte que Marcia había escuchado nunca. Todo en menos de un segundo, hasta que dejó de ver y de escuchar.

4 EN EL PRESENTE.



Sus ojos batallan para adaptarse a la claridad del día. Le duele todo el cuerpo, en especial el pecho. Gira a su derecha ayudado por las sombras y vomita grandes cantidades de agua. Cada arcada es agónica, arde en sus pulmones, no por fuera sino por dentro. Tose repetidas veces y llora por el dolor que le produce cada espasmo a causa de la tos. La lluvia sigue cayendo e inundándolo todo.

Cuando termina de aventar el agua en estómago y pulmones se queda boca arriba, respirando con dificultad. Su cuerpo está tan adolorido que se niega a funcionar.

—Marcia.

Habla en un hilo de voz. Ella está ahí, tirada en el suelo a un lado de él. Intenta alcanzarla,

pero el brazo le pesa. Una de las sombras le ayuda a moverlo. Apenas logra rosarle el hombro con la punta de los dedos.

—Marcia.

Insiste, pero ella no reacciona.

—Marcia.

—Está muerta…

Esa voz… es como la voz de Diana.

Charlie intenta ubicarla. Las sombras le ayudan a mover el cuello para ver alrededor, cada movimiento le duele un montón, pero no está. Puede ver al paramédico inconsciente, lo mismo que al árbol partido en dos a causa del rayo —aún tiene fuego y de él se eleva una densa columna de humo—, pero Diana no está, no se ve por ningún lado.

—Recibió el mayor impacto.

Las sombras voltean la cabeza de Charlie a

donde Marcia, aunque eso implica un nuevo acceso de dolor. Llora de rabia e impotencia. Ella no puede estar muerta, ya no puede cargar con otra muerte, el muerto debería ser él.

—Son las consecuencias de intentar romper una promesa. Una vida por una vida.

—No la escuches, aun puedes salvarla —dice el sujeto.

Se arrastra en el fango a donde Charlie. Las sombras lo levantan y lo depositan a su lado.

—Juntos somos más fuertes. Además, ya no tienes fuerzas para sostenerme en este mundo.

Abraza Charlie y desaparece.

—Descansa, pequeño. La ayuda va en camino.

—¡No! —grita Charlie.

Diana ríe.

—Una vida por una vida. No puedes

cambiarlo. Aun si consiguieras que ella despertara, lo único que lograrías seria aplazar tu deuda. Tarde o temprano tendrías que pagarla.

Charlie se incorpora, con ayuda de las sombras. Cada movimiento le arranca alaridos de dolor.

—Pobrecito bebé. Tan débil y tan maltrecho. Yo curaré tus heridas. Sólo debes esperar un poco.

La idea aparece en su cabeza: ella quiere que se concentre en su cuerpo herido, pero su fortaleza no está en el cuerpo.

—No seas ridículo, Charles. No puedes moverte.

Charlie cierra los ojos, en parte por el dolor, en parte para concentrarse. Debe ayudar a Marcia y hacerlo rápido.

—Admiro tu determinación, pequeño. Ve a la ambulancia. Cuando estés ahí sabrás lo que necesitas. Si lo haces rápido la salvarás, pero aún me deberás una vida, tú vida, y yo haré con ella lo que quiera. O déjala morir y se libre.

Charlie avanza los casi cinco metros que lo separan de la ambulancia. Cada paso es doloroso, casi insoportable, a pesar de ser literalmente movido por las sombras. Tan pronto pierde concentración las sombras lo sueltan y cae. La última caída fractura su pierna izquierda. Pero no puede rendirse, no puede dejar morir a Marcia. Las sombras lo levantan y le ayudan a avanzar.

Las sombras abren las puertas traseras de la ambulancia, luego elevan a Charlie y lo suben. Hay muchas cosas dentro, pero sólo una llama su atención. Es un pequeño tubo de plástico con

una etiqueta amarilla. En la etiqueta pone: epinefrina.

—Una dosis en el momento justo puede despertarla. Pero si fallas, su segunda muerte será más dolorosa que la primera.

Charlie baja de la ambulancia y emprende el camino de regreso. Avanza poco más de la mitad del tramo, pero ya le es imposible concentrarse por el dolor. Las sombras lo sueltan y cae al suelo fracturándose el brazo derecho. La sensación tibia en sus calzoncillos le advierte que se ha orinado.

—Déjalo ya.

Charlie no piensa detenerse. Los últimos dos metros lo recorre a rastras. Es difícil moverse en el fango; brazo y pierna fracturados le arrancan alaridos de dolor. Aun así, consigue llegar.

Marcia está ahí, tendida. No parece respirar.

Charlie le levanta la blusa tanto como puede, descubriendo su pecho desnudo. Quita la tapa de la jeringuilla con los dientes, luego le clava la aguja muy cerca del ceno izquierdo.

Tan pronto el líquido entra en el cuerpo de Marcia la chica arquea la espalda de forma violenta. Aspira una gran bocanada de aire y abre tanto los ojos que parece que se saldrán de sus cuencas. Al instante él área donde se clava la aguja se torna de un insano morado rojizo.

Al ver que Marcia vuelve a respirar y a moverse las fuerzas abandonan el cuerpo de Charlie. El dolor que siente es tanto que simplemente ya no puede más. Se desmaya.



EPÍLOGO

Lunes 25 de noviembre del 2013.

Área metropolitana de la ciudad de Monterrey.

Nuevo León, México.

1 EN EL PASADO.



DESPERTÓ EN una habitación blanca. Estaba recostado en una cama de hospital, rodeado de flores, peluches y globos de muchos colores. Tenía ambos brazos entablillados, lo mismo que su pierna izquierda. Respiraba ayudado por una manguera que aventaba aire a sus pulmones a intervalos regulares.

El sujeto se acercó y le quitó la mascarilla. Charlie suspiró agradecido, respirar por sí mismo era reconfortante. Aunque el pecho aún le dolía mucho.

—¿Dónde estoy?

Hablaba con dificultad.

El sujeto estaba entretenido en ordenar la habitación. Charlie solo podía ver su nuca, una mata de cabello negro —como la de su hermano

—. Suponía que ahora tendría que acostumbrarse a verlo así.

—En el hospital. Te dije que papá estaba preocupado. Nos trajeron en helicóptero.

Charlie no recordaba ningún helicóptero. A quien sí recordaba era a Marcia.

—¿Qué le pasa a tu voz?

—Nada, estoy bien.

—Como sea, no debería estar aquí. Debería estar muerto.

El sujeto presionó el botón para levantar la cama y se acercó para acomodarle las almohadas. Sentado Charlie tenía una mejor panorámica de la habitación.

—Moriste. Así que ya puedes quitarte esa idea de la cabeza.

—¿Morí?

—Y yo contigo, como por cinco minutos.

Cinco largos minutos de inexistencia. Eres un completo egoísta.

—¿Donde está Marcia?

—Ella también murió. Pero descuida, la trajimos de vuelta. Está también en este hospital, aunque en el área de los adultos, obviamente. Papá se está encargando de todos los gastos. Dicen que Marcia es una heroína. Aunque no se le dio publicidad. ¿Sabes que la lluvia mató a mucha gente? Hay avenidas enteras destruidas.

El sujeto tomó uno de los regalos y caminó a los pies de la cama. Se encaramó de un salto y alzó el oso de peluche. Era enorme, como una versión agrandada de su osito, el que guardaba en el baúl. Lo hizo bailar frente a Charlie.

—¿Te gusta? Lo compró Clara. ¿Sabías que el avión hace menos de una hora desde allá

hasta acá? Vino tan pronto se enteró de todo, aunque se perdiera sus clases. Yo creo que es lindo. El oso, no el perderse las clases.

Charlie observaba, pero no al oso de felpa, sino al sujeto. No tenía la apariencia de su hermano.

—Eres como yo.

—Sabía que un día me verías como realmente soy. Aunque, como ves, yo no estoy quebrado, ni tengo esa cicatriz.

El sujeto infló la mejilla y se inclinó para que Charlie pudiera verla.

—Nunca te pregunté tu nombre. Me gustaría saberlo.

—¿Mi nombre? —repuso el sujeto—. Me llamo Charles, supongo, aunque puedes decirme Charlie.

—Ese es mi nombre, no el tuyo.

—Lo siento, pero es el único que conozco.

El sujeto bajó de la cama y trajo consigo la bandeja de comida. Era una pasta extraña y un poco de gelatina.

—Come algo, estás muy débil, y no quiero desaparecer. Si no puedes tú solo, podría ayudarte.

Charlie parpadeó varias veces, como si por tanto parpadear la imagen fuera a cambiar.

—No puedo llamarte Charlie. Debe haber otra forma de llamarte.

—Llámame Álter.

—¿Como *alterar* en inglés?

—No, como *álter ego* en latín, ¿lo recuerdas?

Charlie lo recordaba.

—Lo dijo Clara. Significa otro yo. Aunque no creo que se refiriera a esto.

—¿Importa?

Álter se trepó de nuevo a la cama para sentarse junto a su hermano.

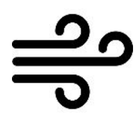
—Ahora come. Necesitas recuperar energía.

La comida no se veía apetecible, pero en verdad tenía hambre. Intentó tomar la cuchara, no obstante, seguía cayéndosele de la mano.

—Deja, yo te ayudo.

No muy lejos de ahí, en el cuarto de vigilancia, un guardia veía asombrado el monitor treinta y dos. Observaba como las cosas flotaban en la habitación de ese niño rico que había ingresado hacía dos días. Ahora mismo la cuchara levitaba para alimentarlo, lo mismo que la servilleta, para limpiarle los labios. Al amanecer no lo recordaría, y esa grabación habría dejado de existir.

2 EN EL PRESENTE.



Da un último vistazo al baúl para comprobar que todo esté en su sitio. Igual da una segunda repasada a las cosas sobre la cama, las que sacó del baúl porque desea conservarlas. Parece que todo está en orden.

Álter aguarda sentado sobre el escritorio. Observa sin quitar ese gesto de recelo.

—¿Seguro? No tienes que hacerlo.

Charlie cierra el baúl.

—Lo prometí.

—Rompiste la promesa que me hiciste a mí, incluso intentaste matarme a sangre fría. Rompe también esta promesa.

—No era yo, estaba drogado.

—Pues drógate. Pero no vayas.

—Si no lo hago será peor. Además, tengo

una corazonada, Álter, siento que es importante.

Trata de levantar el baúl, pero aún es muy pesado, aunque le ha vaciado la mitad del contenido. Abre bien las piernas, toma el baúl de ambas asas y vuelve a dar otro tirón. El esfuerzo le hace lanzar una ruidosa flatulencia.

Álter ríe divertido.

—Acéptalo, Charlie, no puedes. Escoge cualquier otra cosa.

Charlie endereza las piernas y arquea la espalda hacia atrás para hacer crujir las vértebras.

—Entonces ayúdame. Entre los dos será más fácil.

Charlie toma el baúl de un asa, Álter de la otra. Sigue siendo pesado, pero con el peso distribuido entre ambos es fácil llevarlo. Salen de la habitación y bajan las escaleras. Salen de

la casa por la puerta principal y recorren el sendero que lleva al portón, con los árboles del jardín custodiando a ambos lados del camino. Salen a la calle y recorren toda la acera hasta la casa de Diana Amaral. Cruzan el portón sin pedir permiso, como hicieron hace exactamente un año.

—Sabes que yo no puedo entrar a esa casa.

—Sí, lo sé.

Dejan el baúl en el suelo. Charlie está a punto de tocar cuando la puerta se abre. No se trata de la trabajadora doméstica de la otra vez, o cualquier otra atípica trabajadora doméstica. Quien atiende es Diana Amaral, envuelta en un vestido de diseñador y cubierta de una gruesa máscara de maquillaje.

—Charles Hugler. Te estaba esperando.

—Ya cumplí mi promesa. Este es mi objeto

más valioso.

—Me debes tu vida, pequeño; me parece recordar.

—No puede ser enserio.

Diana se le queda viendo con fijeza directo al rostro.

—¿Qué le pasó a tu cara?

—Crecí.

Diana ríe.

—Sigues teniendo la misma cara andrógina de siempre, joven Charles. Pero apenas veo tu cicatriz.

—Estoy en tratamiento. En pocos meses se borrará casi por…

—Tonterías, jovencito —interrumpe Diana —. Era lo único que te daba personalidad. Ahora eres un niño más del montón.

Charlie se lleva la mano al rostro y pasa los

dedos por la cicatriz. Apenas se siente.

—Bueno, no te quedes ahí como un tonto, trae el baúl adentro.

—Es que. No puedo, es muy pesado.

—¿Cómo lo trajiste hasta aquí entonces?

—Pues yo…

Diana pone los ojos en blanco.

—Ya. Está bien.

Abre la cajita adherida al muro a un lado de la puerta y descubre un teclado similar al de la alarma de la casa de Charlie. Entonces introduce un código de siete dígitos.

—Dile a tu sombra que ya puede pasar. Ahora traigan ese baúl adentro.

Ambos, Charlie y Álter levantan el baúl, cada uno de un lado. A ojos de Diana la escena es ridícula, ella sólo puede ver a Charlie. Los conduce hasta el comedor.

El lugar es tal y como Charlie lo recuerda: una estancia amplia, blanca, limpia y bien iluminada. Al centro está el enorme comedor, puesto para dos comensales.

—Pueden dejar el baúl por ahí, yo me encargo del resto.

Diana hace una señal para que se sienten. Charlie se acomoda a la cabecera de la mesa, el mismo lugar que le dio Diana un año atrás. Álter se sienta en la silla de al lado.

—Deben tener muchas preguntas, y con gusto las responderé, pero no pienso hablar con la sombra si no puedo verla.

Álter voltea a ver a Charlie, pidiendo permiso. Charlie se encoje de hombros como toda respuesta. Nunca antes lo han intentado. Álter se concentra y gradualmente va pasando de ser una presencia vaporosa a tener un cuerpo

palpable y perfectamente visible.

Diana lo ve intrigada.

—Hola, a ti no te conozco.

—Soy Álter, señora.

Diana hace sonar su campanilla. De inmediato se presentan un grupo de chicas con la comida. Disponen los platos por toda la mesa, un verdadero banquete.

—Coman, por favor, sé que están empleando mucha de su energía.

Charlie corta la pierna de lo que parece ser un pato y lo pone en su plato. También se sirve puré de patatas y un montón de tomates cherry. Es verdad que mantener el cuerpo de álter requiere gran parte de su energía.

—Usted estaba ahí, el día en que morí. He pensado mucho en ese día y sé que usted fue quien envió ese rayo, ¿o me equivoco? —

Charlie devora la carne del pato a grandes mordidas.

—¿Cómo lo hizo? —interviene Álter.

Diana sonríe.

—No era yo, sino mi sombra.

Charlie tose, atragantado por el pato. Bebe toda el agua de su baso, en seguida una de las chicas se lo vuelve a llenar.

—¿Tiene usted una sombra como yo?

—No.

—Explíquese —exige álter.

—Ustedes dos son un caso especial. No son únicos, hay más como ustedes, pero si puedo asegurar que personas como ustedes son muy escasas, una entre varios cientos de millones de personas. Sólo mírense, son idénticos. No son la misma persona, eso es un hecho, pero si comparten la misma vida, por ser nacidos de la

misma madre y al mismo tiempo, como hermanos gemelos.

—¿Qué hay de la sombra de usted?

—Calma, joven Charles. En su momento tendrás todas las respuestas. Respecto a mi sombra, no hay ningún misterio. Requería una, así que la escogí a ella, y ella aceptó. No nos une nada más que un contrato de honor. Si mi sombra muere, me basta con conseguirme otra, y viceversa. Pero si Álter muere, tú mueres, joven charles, y viceversa.

—¿Qué es lo que quiere de nosotros? —pregunta Álter.

—Su talento. Son umbromantes poderosos. El único umbromante que conozco que está a su nivel, no es parte de este mundo. Por eso los quiero a mi lado, para cuando las cosas se pongan feas.

Charlie toma un racimo entero de uvas y un trozo de tarta de moras.

—¿Tiene eso que ver con el tipo que quería matarme?

Diana ríe.

—¿Ese payaso? Los *paladines rojos* pueden ser como una espina en el trasero, pero no representan un mayor problema. Son anticuados, un puñado de fanáticos que se creen los elegidos por los dioses. No te molestarán más, perdieron su oportunidad, no tienen forma de saber quién eres o donde encontrarte.

—Usted si es la elegida por los dioses, me imagino.

—¿Mordaz, joven Charles? Que no se te olvide con quien estás hablando.

—¿Con la elegida por los dioses? —pregunta Álter.

Diana sonríe divertida.

—No soy nadie importante, si es lo que preguntan. Pero ahora mismo sí que represento a algo más grande. Los invito a formar parte de Unión.

—Y eso que es —preguntan Charlie y Álter a la vez.

—Una iniciativa que busca el equilibrio y la preservación de nuestra realidad.

—Sigo sin entender —confiesa Charlie.

—Lo entenderás a su tiempo, los dos lo entenderán, siempre y cuando así lo quieran. Yo pongo dos caminos frete a ustedes, y deben escoger uno. Elijan con cuidado, pues una vez seleccionado no hay vuelta atrás.

»Opción A: Puedo hacerlos olvidar todo lo ocurrido estos años. Esas cosas que te afectan, Charles, como la muerte de tu hermano, ya no

te dolerán más. Claro que eso implica que Álter vuelva a un estrato inferior, que se olvide que alguna vez salió, como tú olvidarás que una vez lo conociste.

»Opción B: Vengan conmigo. Aprenderán los grandes secretos, y aprenderán a ver el mundo de una manera distinta, de una forma que hará que lo que hoy los hace sufrir no importe para nada. Será difícil y doloroso, pero los hará fuertes.

Álter cruza los brazos, receloso.

—¿A qué se refiere con eso de ir con usted?

—Bueno, joven sombra, es sólo una forma de decirlo.

Una de las chicas se acerca y entrega un folleto a Diana.

—Tomen —dice Diana y ofrece el folleto.

Álter se levante a recogerlo y lo lleva a su

lugar para mostrarlo a su hermano.

Charlie lo ve con curiosidad, parece ser el folleto de una escuela. Está escrito en inglés, así que Charlie no lo entiende.

—¿Un colegio?

Diana levanta el mentón, orgullosa.

—El instituto William Baxter para jóvenes extraordinarios.

—¿Qué? ¿Está lleno de mutantes o algo así?

—No, pequeño Charles. Pero si hay jóvenes extraordinarios.

—No lo sé.

—La decisión es de ustedes. Y no podrán irse de aquí hasta que tomen esa decisión. Olvidar o conocerlo todo.

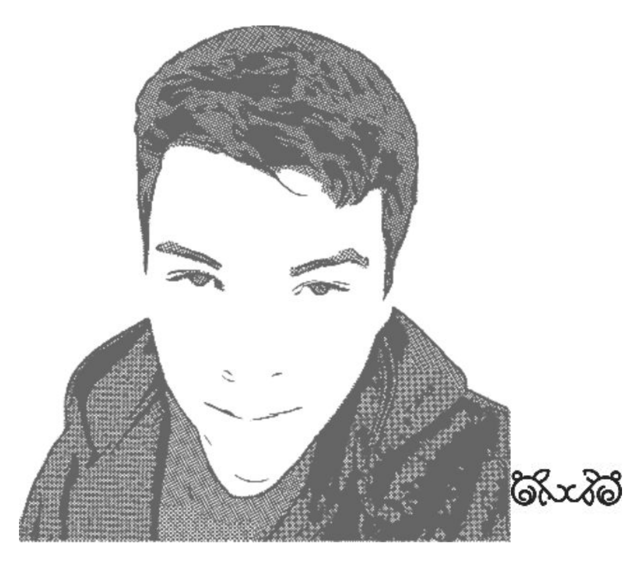
Alter y Charlie intercambian miradas. No quieren separarse y olvidarse, no ahora que al fin se conocen y viven juntos.

—Papá nunca me dejará ir ahí.

—De tus padres yo me encargo, joven Charles. Además, desde hace años que les cubro las espaldas a ambos, a tu sombra y a ti. Ya va siendo hora de que aprendan a cubrir sus huellas por ustedes mismos.

—Pues, es un sí. Pero que conste que es porque nos está obligando. Es la única forma de seguir juntos.

SOBRE EL AUTOR.



ORIUNDO DEL área metropolitana de la ciudad de Monterrey, Nuevo León, México. Su vicio más grande, hasta la edad de quince años, siempre fue la televisión y hacer el vago todo el rato. Un buen día consiguió su primer empleo, con algo de ayuda, y al menos hasta el día de hoy ese primer empleo sigue formando parte de su vida. A una edad, más bien tardía, se le ocurrió que tal vez no sería mala idea tomar un libro al azar y empezar a leer; una cita a ciegas con un libro. A partir de entonces se convirtió

en un verdadero devorador de letras. Años después, cansado de leer las mismas historias una y otra vez, se le ocurrió que él podía narrar esas mismas historias a su manera. Así, armado con una laptop y una taza de café negro sin azúcar, comenzó a escribir. Esto que tienes en tus manos no es lo primero que ha escrito, seguramente esas primeras letras fueron eliminadas de cualquier soporte informático, básicamente por temor a que alguien pueda leerlas, son muy penosas. Sus estudios son limitados, pero no le avergüenza ser reconocido con el apelativo de analfabeta o ignorante, nunca esos adjetivos le han detenido de alcanzar sus metas. Esta felizmente casado con su adorable esposa Anakaren, a quien ama con locura. Es diseñador y programador en una empresa de desarrollo de software, como los hay

millones. Lo mismo que escritores, que hay por montones. Al parecer le gusta ser del montón.

AGRADECIMIENTOS.

GRACIAS A todos aquellos que me dieron su voto de confianza y se aventuraron a sumergirse en esta historia, por dedicar su tiempo a leer y comentar los borradores de esta novela. Sus opiniones y señalamientos fueron muy valiosos.

Anakaren, amor, gracias por ser tan paciente conmigo. Sé que escribir es una labor solitaria, y pudiera parecer bastante aburrida, por eso tengo en alta estima tu comprensión. Pero oye, al menos no soy de los que escriben todo el rato, todos los días.

Y gracias lector por acompañarme en esta aventura. Te aseguro que hay más. No seas malo y, si te gustó, pasa la voz. Tal vez esta historia pueda interesarle a un amigo o amiga, tal vez quieras dedicarme algunas palabras en tu red

social favorita recomendando mi libro, o tal vez quieras comentarme personalmente qué te pareció, este es mi correo:

eleserfstone@yahoo.com

Atte. *Ele Serfstone*